Crónicas de mi trabajo en la cafetería

Sí, estamos ABIERTOS

Elena Martin

Sí estamos abiertos

Crónicas de mi trabajo en la cafetería

Elena Martin

Like My Book

Derechos de autor © 2021 Elena Martin

Derechos de autor © 2021
Elena Martin Derechos de autor

Todos los derechos reservados
Copyright © Elena Martin.

Aviso legal: reservado todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Titulo original: Sí, estamos abiertos - Crónicas de mi trabajo na cafetería
Autora: Elena Martin © 2021 Elena Martin

Portada: Like My Book – Isabel de Campos

Obra protegida por Derechos de Autor, con número de registo en Safe Creative: 2109089202348

Primeira Edicción: Septiembre de 2021
Diseño de la portada de: Isabel de Campos

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

A todos mis amigos, a S. que es pilar de mi sanidad. A compañeros de trabajo que se transformaron en amigos y que son hoy parte de las historias que cuento. Y parte de mi vida.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo
No te vayas ya, que tengo algo que decirte.
Libros de este autor

Capítulo 1

Mi impresionante currículum

Nada de esto que vais a leer en los próximos dos capítulos es relevante para la historia que me dispongo a contaros, pero me veía en la obligación de poneros en antecedentes para que comprendan y no os sorprenda ciertos sucesos que poco a poco vais a descubrir.

Para tal voy a empezar a hablaros de mi impresionante currículum. Como todo en la vida, las cosas más importantes de nuestra existencia comienzan en la infancia. Y más tarde, en la vida adulta, tendemos a culpar a las personas que nos acompañaron en nuestro crecimiento de los errores que nosotros mismos cometimos y que, en ese momento, no nos gusta admitir.

Yo intento no caer en eso y reconozco que, a pesar de los esfuerzos de mis padres, es posible que no me explicasen algo bien o que yo estuviese distraída cuando lo hicieron. Si no me han dicho al menos mil veces «*labrarse un camino en los estudios es tener un futuro seguro*,» no han dicho ni una. Y a mi tierna edad de seis años, no estaba preparada para entenderlo. En resumen: no lo entendí en absoluto. ¿Qué significa eso? Sencillo: siempre fui un cero a la izquierda para todo lo que tenga que ver con el estudio.

Terminé mis estudios a duras penas, o, mejor dicho, las penas fueron las que yo tuve por los profesores. Porque yo, honestamente, lo pasé en gloria. Hay muchas personas para las que ir al instituto o el mero hecho de ir a un centro educativo ya es sinónimo de tortura, horror o thrillers psicológicos. Y puedo entenderlo. Muchos de mis amigos han sufrido acoso por parte de sus compañeros, y conozco demasiado bien las consecuencias de ello. Sin embargo, no era porque yo misma lo hubiera sufrido, no, en absoluto. De hecho, todo lo contrario. Yo era más bien un estilo justiciero. Con la capa y la espada en la mano.

Todos nacemos con un cierto sesgo de personalidad. O al menos eso es lo que yo creo. Y no es que sea lo suficientemente brillante en psicología o biología como para hacer afirmaciones tan vehementes, son solamente mis creencias humanas. Con los años, me di cuenta de que yo también tenía una personalidad. Sí, señores, puede que haya sido un verdadero borrón en cuanto a estudios y todo lo que quieran, pero no fue por falta de inteligencia. O al menos así se lo dijo el psicólogo a mis padres: «La niña no es tonta, simplemente no quiere trabajar. No se esfuerza. Se distrae mucho, sobre todo con sus compañeros».

¡Uf! No puedo decir cuántas veces he oído esa misa. Desde el primer hasta el último año, creo que fue la única constante en mi vida: las citaciones del jefe de estudios; las reuniones en las que mis padres eran convocados por el orientador psicopedagógico; la presencia de mis padres para justificar las ausencias y las reuniones extraordinarias de evaluación para los alumnos que siempre iban por detrás de los demás, como yo. Y sí, detrás es sinónimo de ir de culo.

Y este es el resultado de toda esta charla sobre la escuela: no fui a la universidad; terminé el instituto con unas notas deplorables, lo justo para aprobar; me resulta difícil encontrar trabajo porque no tengo ninguna cualificación ni nada que destaque en mi currículum; mi vida está condenada al fracaso laboral como consecuencia de mi continuo fracaso escolar.

Sin embargo, como he dicho antes, mi personalidad escapó a todo este lío de mala gestión académica y falta de voluntad para estudiar. Tal vez porque a mi personalidad exuberante se sumaba el hecho de que pasaba de todo y no me comprometía con nada más que conmigo misma. Resulta que yo era la chica con la que todos querían hablar, ser amigos e incluso ligar. No porque fuera una diosa griega o una modelo de *Victoria's Secret*, en absoluto, nada más lejos de la realidad. Lo que tuve y tengo es un enorme descaro; un morro que me queda grande, un nervio, una frialdad, una desvergüenza, una frescura, una caradura y todos los adjetivos que quieras ponerme. Para cotillear y cotorrear, yo la primera, pero no creas que era con palabras vacías, ¡no, no, no! Encontré mi camino a través de la elocuencia, la fluidez y la labia. Era la reina de la oratoria y de la retórica. No me podía perder nada. Yo era toda una filosofía de pacotilla.

¿Cómo crees que he superado la enseñanza obligatoria? Por supuesto, a cargo de tener un morro que me lo piso. Para mí, establecer una conversación, ya sea con desconocidos o no, es coser y cantar. Es sencillo y me nace. Y así es como me convertí en la chica más popular del instituto.

Y antes de entrar en materia, te dejaré aquí algunos consejos de lo que he aprendido por el camino.

Veamos la fórmula: tener un morro que no veas *—ya lo hemos visto en el punto anterior—*; vestirse siempre de forma casual, original, no exagerada y dentro de los estándares de lo que es "guay". *—por lo menos a esa edad, después puede que te la sude—*; llevarse alguien al huerto *—es decir, tener tus conquistas amorosas, para que no acabes siendo la solterona del instituto—;* tener una dosis de empatía mayor que la cantidad de cafeína de tu café matutino; sonreír, siempre *—aunque te den por el culo; no literalmente, porque sonreír cuando es en estos casos no siempre procede. Pero bueno, dejemos este comentario para otro contexto—*; hacerse con muchos amigos, no importa si quieren ser

tus amigos o no — *En algún momento, nadie querrá enemistarse contigo. Sobre todo, si ya estás empezando a causar una gran impresión, para bien o para mal*—; cagarte en cada expresión que te digan, como, por ejemplo: «No se calla ni debajo del agua»— *Si prestara atención a esto, hoy seguiría tragando mierda y no habría conseguido mi máster en retórica —;* y, por último, pero no menos importante, como se dice: ponerse las pilas, que es lo mismo que: «¡Espabílate!» — *No hay nada como intentar relacionarse con alguien en la jungla que es la escuela, siendo una mojigata, una monja o una ingenua. Y si son las tres al mismo tiempo, estás a punto de celebrar tu propio funeral.*

Todo esto, por supuesto, tiene que nacer contigo, pero si no, lo echas a parir. En un abrir y cerrar de ojos, ya estás en el ciclo y no puedes parar. Eres como una lavadora y no tienes la nueva función de parar en medio del proceso para colocar más mierda. ¡No! Empiezas y no paras. No mires atrás, no nades contracorriente. Sigue tu destino. Así es como he seguido el mío.

Ahora, dicho lo dicho, otro gallo cantaría si hubiera estudiado más. De eso estoy segura. Estoy yo y todas las personas que invirtieron en mi fallida carrera. Pero como no soy una persona que se rinde y estoy muy orgullosa de lo que soy, que ante todo y, sobre todo, aquí estoy y aquí llegué, conseguí encontrar parte de mi lugar en el mundo y sobrevivir. Y vivo con la certeza de que cada día puedes volver a empezar y darle la vuelta a la tortilla.

Si no tienes lo que necesitas para ser feliz, sé feliz con lo que te sobra y encuentra la manera de que lo bueno que tienes sea más que suficiente.

Puede que no sea la chica más inteligente o intelectual del mundo, pero soy amiga de mis amigos, una buena persona, siempre dispuesta a echar una mano a quien lo necesite —*a veces incluso echo una mano a quien no la quiere, pero esa es otra historia.* Nunca he defraudado a nadie y soy incapaz de tener una mala palabra para quien sea. Me considero una persona agradable, humilde y alegre. Y si para algunos esto es sinónimo de presunción, solo porque digo la verdad como truños, perdón, como puños — *consecuencia de no haber tenido buenas notas a Lengua*—, entonces me la pela. Aprendí rápidamente que no hay mayor belleza ni éxito que ser tú mismo y llevarlo en el pecho como una medalla de guerra.

Y todo lo demás son nimiedades —*también puedo hablar con elocuencia cuando quiero.* Y con el resto me refiero a cosas como el aspecto físico, la edad, las posesiones, el estatus, entre otras cosas. Una persona que se pasea con su personalidad radiante por delante no necesita armarse con el escudo de ninguno de los anteriores.

Veamos mi situación: ya sabemos que no tengo un currículum académico más que una hoja de papel con una foto, mis datos

personales y mi permiso de conducir —*eso sí que logré sacar a la primera; y tan orgullosa*—, la información de que me gradué en el instituto y algo de experiencia laboral, si se tienen en cuenta los pequeños trabajos como niñera de primos en los veranos azules y mi trabajo actual. Y eso es todo. Ese es mi lado profesional.

Luego está mi aspecto físico o mi apariencia, como quieras llamarlo y mis preferencias personales: soy una chica que quiere ser una chica —*de momento*—; heterosexual —*hasta que veas que nunca digo «no beberé de esta agua»*. Tengo el pelo largo y negro, casi hasta la raja del culo; uso flequillo, porque tengo la frente ancha y así la cubro bien —*tienes que saber sacar el máximo partido a las cosas que menos te gustan de ti mismo*. Actualmente me gusta vestir con un estilo desenfadado, aunque he pasado por muchas fases, pero ahora lo que más me gusta es una camiseta básica, unos vaqueros a la moda de varios colores, siendo mi favorito el negro, unas zapas cómodas y a ser posible chulas y que molen.

Y no mucho más. Ah, sí, me gusta el maquillaje, mi pequeño delineador de ojos siempre; me da una expresión felina y la gente dice que hace que mis ojos verdes destaquen. Mi barra de labios con un poco de color o un bálsamo de cacao siempre a mano. Un poco de colorete para iluminar la piel blanquecina que tengo y estoy lista para bailar.

No tengo sobrepeso ni estoy delgada. Estoy en mi peso, creo. Sin embargo, podría confesar que no me gusta la barriguita que llevo últimamente. Ese resorte de carne que cuelga cuando no me pongo el cinturón o llevo la faja que me aprieta hasta el colon que no es Cristóbal. Mi piel es tan blanca, mis venas son tan translúcidas que eso me hace sentir mal; por eso evito ponerme faldas, a no ser que sea en verano y ya haya tomado un poco de sol; mis pechos, qué puedo decir de mis pechos, son los mejores pechos que hay para correr: no existen. Si hay algo que he heredado de mi padre, son esas dos maravillosas colinas, que parecen más bien dos baches en el camino. Dos badenes de carretera. Que es como decir que cuando subes con una rueda, bajas inmediatamente. No voy a mentir, si tuviera un trabajo mejor y dinero en una cuenta de ahorros, cosa que no tengo, me plantearía hacerme unos implantes molones. Si hablamos en confianza, eso es lo que pienso. Y, por último, aquí está mi altura: no era realmente la Torre Eiffel, era más bien para el minigolf. Con mi metro y medio me resultaba difícil llegar a los estantes superiores, pero si no existiera gente como yo, los fabricantes de taburetes quebrarían.

No sabría qué más decir de mí, al menos desde mi punto de vista. No tengo vicios. Manías tengo muchas, pero casi todas están asociadas a mi personalidad estridente y acelerada. Creo que sufro algunos trastornos, al menos de tantas veces que me lo han dicho; algunos que

tengo en mente, como: la eleuteromanía: que es el deseo irresistible por la libertad. No puedo evitarlo. La ergomanía: el deseo obsesivo de trabajar. O quizás ya lo veo como un trastorno. Si lo piensas, quizá sea más bien una necesidad, ahí lo dejo. La homicidiomanía. Impulso irresistible por cometer homicidio. Aunque solo me pasa cuando veo a mi jefe. La hedonomanía, que es el deseo incontrolable por obtener placer. Esta la empecé a desarrollar cuando me di cuenta de lo egoístas que son los hombres en el sexo. La katisomanía: que es la compulsión incontrolable por sentarse. Si trabajaras tantas horas de pie como yo, también tendrías este trastorno. Y, para terminar, creo que tengo la manía de tener manías.

Tengo veintiséis años. Soy un cáncer, quiero decir, soy Cáncer. Nací el veintidós de julio, por poco no nazco leona, pero me gusta ser Cáncer. Amigable con los amigos, muy familiar —*aunque mi familia no diga lo mismo*— siempre con la cabeza en la luna, pero con un corazón enorme.

Lo único que poseo es una casa alquilada —*que visto lo visto lo único que poseo es la deuda de cada mes, junto con el agua, la electricidad, el gas e internet*. Tengo una Vespa, tipo Scooter, blanca, que me encanta y que me lleva a todas partes. Una cuenta bancaria que siempre está en números rojos. Y si se puede llamar posesión, tengo un gato negro al que quiero, que está poseído y no por mí, llamado Vladimir. Cuando era pequeño solo se le veían los afilados dientecillos que salían de su boca toda negra y más se parecía a un pequeño vampiro. Así que siguió siendo Vladimir. Aun así, al principio le llamé Wasabi, pero luego le cambié el nombre. A veces le llamo por su apodo secundario cuando me enfado con él. Es una especie de fórmula para que tengas más autoridad cuando le regañes. No es lo mismo decir: «Ven aquí, Vladimir Wasabi», que decir simplemente: «Ven aquí, Vladimir». No tiene la misma fuerza. Todas las madres lo saben.

Y, por último, para acabar con todo mi currículum sobre mí, estarían los estatutos. No hay muchos. Tengo la condición de hija, de mis dos padres que ya no están juntos. Se divorciaron cuando yo tenía trece años. Mi madre se volvió a casar, con un hombre al que llamo padrastro y con el que me llevo bien. Eso me convierte en hijastra. Soy la hermana de mi único hermano mayor, Jules, que suena más como el nombre de un gato que otra cosa, aunque como es guapo y gatito, le queda bien. Jules y yo siempre hemos sido buenos amigos, al principio con mi personalidad, teníamos nuestras peleas, pero pronto mi hermano se dio cuenta de que era mejor para él ser mi amigo porque yo conocía a todo el mundo.

De momento no tengo novio. Yo tampoco he tenido nunca uno, porque nunca se convierten en novios. He tenido algunos ligues y

demás, mis cositas, pero ningún novio. Resulta que todo esto tiene una consecuencia: a los chicos no les gustan las chicas con mucha personalidad. Les intimidamos, y siempre me tratan como a uno de los suyos. Lo cual es bueno. O no. Porque cuando te gusta un chico y al final te das cuenta de que te ve como su mejor amiga y nada más, no tiene tanta gracia. Pero, tengo buenos amigos, eso es seguro. Y amigos que están buenos, en todos los sentidos, eso también.

Hasta aquí mi introducción. Ahora vamos a ver cómo acabé trabajando en una cafetería y no os preocupéis, esto no es una tesis sobre mí, sino que os contaré las crónicas de mi vida en ese empleo soñado. No os perdáis el fantástico espectáculo que es mi vida. Os advierto que aún hay mucha tela que cortar.

Capítulo 2

Mi primer empleo como camarera

Con el maravilloso currículum que os presenté, no se podría esperar que encontrara un trabajo con un salario fantástico, un horario de oficina que permitiera la conciliación familiar.... ¡Esperad! No creo que eso exista todavía. *A no ser que seas el dueño de la empresa, o estés en una posible progresión profesional.*

Lo mejor que pude encontrar fue mi actual puesto de camarera en una cafetería que acababa de abrir en un barrio de Madrid. La cafetería era agradable, una verdadera maravilla. Nunca había trabajado como camarera. Nunca había trabajado en nada. Después de pasar casi dos años en la guarida de mis padres, tuve que bajar mi nivel de expectativas y asumir que no iba a ir a ninguna universidad, ni iba a conseguir nada mejor con mis habilidades.

Llevaba cinco años en la cafetería en la que trabajaba, que los celebraba este año. Pero no se equivoquen: tuve que aprender a hacer los cafés con espuma, con chocolate, con florecillas teñidas, con colorantes, con arte y rápido, qué sé yo, ¡un poco de todo! Dos años después de conseguir este trabajo como camarera, conseguí hacer algunos cursos obligatorios sobre varias cosas: manipulación de alimentos, barista, coctelería, entre otros.

Bueno, para resumir la historia: era una maestra, con un doctorado en cafeína, teína y taurina. Incluso sabía hacer cócteles, desayunos, almuerzos, limpiar máquinas, servir a las mesas y ser una buena anfitriona.

El espacio en el que trabajaba era muy bonito, grande, muy blanco con tonos morados y rosas, muy de moda. Entraba mucha luz a través de las paredes de cristal. Las mesas tenían formas diferentes y un aspecto moderno y retro a la vez. Muy chulo todo. A lo largo de los años había sufrido algunas reformas y de vez en cuando cambiaba la temática y la decoración.

Como estaba cerca de un edificio comercial y de negocios, donde había varias empresas dentro, entraba todo tipo de gente. Principalmente gente del mundo laboral, que se paraba por la mañana a pedir su café y a la hora de comer una comida rápida, que siempre teníamos para servir: un bocadillo, una sopa del día, un *brunch* de cualquier cosa vegetal y muy verde, que hoy en día era sano y estaba de moda. Por otra parte, el barrio en el que se encontraba la tienda era un barrio antiguo, es decir, el típico barrio en el que hay personas mayores y duraderas que llevan allí desde el principio. Por eso muchas

abuelas venían a tomar el té de la tarde.

Lo bueno de la cafetería es que cerraba pronto. No servía cenas y no estaba abierto por la noche, así que cerrábamos sobre las seis. Pero aun así eran doce horas de trabajo. Por supuesto, nos turnábamos, pero si no hubiera hecho yo turnos dobles a lo largo de los años, no habría hecho nada. Me vino bien por el dinero, pero tuvo sus inconvenientes, como el hecho de que durante esos cinco años pasaron por allí más compañeros que personas en un peaje. En primer lugar, porque no era el trabajo mejor pagado del mundo. En segundo lugar, porque los turnos eran extraños: o llegabas a las seis de la mañana —porque la cafetería abría a las seis y media, hasta las tres, con una hora de descanso repartida a lo largo del día— o, llegabas a las dos y te ibas a las siete y tenías que cerrar la tienda. Que es lo mismo que limpiar toda la porquería y dejarla lista para el día siguiente.

En tercer lugar, no tenías muchos días libres. Podrías tener un día libre entre semana y nunca los fines de semana porque nunca cerraba. Eso no era nada gracioso. Vacaciones, limitadas. Solo podías ir un par de días seguidos y nunca en fechas especiales, es decir, Navidad, Semana Santa, fiestas locales, básicamente siempre que hubiera algo que supusiera más flujo de dinero en la caja. En verano podrías tener una semana como máximo. Preferiblemente antes de agosto, por el turismo. Yo solía tomarme la semana de mi cumpleaños.

No hace falta decir que era la camarera que más tiempo permaneció en la cafetería. Detrás de mí apenas estaba mi colega Rita, que había trabajado allí durante tres años. Todos los demás fueron una vuelta y media. Cada mes era una lanzadera: solo que nunca llevaba y traía a las mismas personas. Al fin y al cabo, acaban rindiéndose ante estas condiciones. Y también había una gran razón para ello. Lo que nos deja con la cuarta razón, y quizás la más importante de todas: el gerente, el jefe del personal.

La dueña del restaurante era una viuda muy agradable, de mediana edad, y estaba a cargo de la cocina. Siempre había trabajado como camarera en el extranjero y, como toda buena emigrante, ahorró todos sus céntimos para volver a su país de origen y abrir el café donde trabajaba.

Como responsable del local, la señora Rocío había dejado a su hijo menor, el temible y arrogante Christopher. Aparte de tener un bonito nombre por haber nacido en el extranjero, era un idiota de treinta años que creía que toda la gente era de hace dos siglos y que todos teníamos que pagarle vasallaje. Trabajar con sus reglas y su mezquindad era sin duda lo peor del lugar y una gran razón por la que la mayoría de la gente no soportaba su humor ni su forma de hablar.

Era estúpido desde que se levantaba hasta que cerrábamos la cafetería. Y posiblemente hasta la hora de acostarse, aunque nadie

podía confirmar este misterio, porque todos dudábamos de que pudiera tener una novia que lo aguantara durante la noche. A él y a todo lo que pudiera tener para el propósito. Conmigo aprendió a comportarse un poco, de lo contrario no habría podido permanecer allí tanto tiempo. Al ser yo tan audaz, no tuvo más remedio que bajar la guardia. Además, era una de las pocas personas que conocía el local como nadie y cada rincón de la casa, todos los clientes, proveedores, ratas y demás cosas que pasaban por allí.

Sin embargo, mi colega Rita tenía otra teoría, decía que el hombre se cayó como un pino por mí, que estaba enamorado hasta los huesos, por lo que no era tan imbécil para mí. Tenía mis dudas. Si le gustara de verdad, aunque no me importara, con el tiempo habría sido un poco más amable o cariñoso, pero no. Seguía siendo el mismo ogro que había sido desde el primer día que llegué. Así que supongo que Rita ve cosas donde no las hay y son todo chuminadas.

De hecho, había conseguido llegar a un acuerdo con Cristofito (el apodo que Rita y yo le pusimos al bueno de Christopher) y así trabajaba una semana en el turno de mañana y la otra en el de tarde. Los fines de semana siempre estaba en el turno de mañana, solamente. Digamos que el hecho de tener más antigüedad me daba privilegios. De todos modos, trabajar en una cafetería significaba dejarse el pellejo todos los días. Era un trabajo duro, exigía tu máxima energía, acababas siempre sonriendo a los clientes y diciendo siempre las frases habituales, «Que tenga un buen día» «Cómo quiere su café» «Bienvenido al local» «Un placer servirle», entre otras idioteces del manual que Cristofito nos había hecho tragar y escupir todo el tiempo.

Yo, por mi parte, estaba contenta con lo que había conseguido. Es cierto que era el único miembro de la familia con un trabajo tan sencillo. Mi hermano Jules había sido más inteligente y había ido a la universidad. Estudió recursos humanos y ahora trabajaba en una buena empresa, a cargo de la contratación. Y si me van a preguntar si con un hermano trabajando como reclutador no podría haberme puesto el enchufe y darme un buen trabajo, te advierto que el único enchufe que me habría puesto sería en el culo y me habría electrocutado. Todo el mundo en mi casa conocía mis habilidades académicas. Y mi hermano nunca arriesgaría su trabajo para ponerme a trabajar con él. Los dos acabaríamos siendo despedidos. Además, Jules trabajaba en una empresa de construcción. Supongo que no era la persona más indicada para levantar cimientos o hacer trabajos de revoque. Aunque os aseguro que era muy capaz y con mi valor incluso vendería las casas o edificios que aún están en escombros.

Pero mirémoslo por el lado positivo, que siempre es mejor: tenía mi pequeño trabajo casi fijo, podía pagar el alquiler, vivía sola y era

independiente. Para obtener más ganancias, buscaba un compañero de piso. Me sobraba un poco de espacio y podía utilizarlo para los gastos. El problema era que no encontraba a nadie adecuado y dispuesto a vivir en los dos metros cuadrados de espacio que tenía. Pero estaba en ello. No se podía decir que no intentaba mejorar mi vida y aprovechar al máximo lo que tenía. Al fin y al cabo, mi vida era muy básica, pero fluida y no podía quejarme. No tenía mucho, pero lo poco que tenía era mucho para mí.

Evitaba pasar mucho tiempo en las celebraciones familiares; odiaba que llegaran mis primas Hortensia y Rosa (mi tía era muy aficionada a las flores), siempre pavoneándose de sus carreras y haciendo lo posible por echarme en cara la miseria que era mi trabajo. Se parecían mucho a las hijastras del cuento de Cenicienta. Con la sutil diferencia de que yo no llevaba zapatos de cristal, y no eran mis hermanastras, sino mis primas, y vamos, todos sabemos que «entre primo y primo más me arrimo». No veo que esta gente sea mucho de mi sangre. Lo que sí veo es que siempre estaban dispuestas a sacar sangre, sudor y lágrimas de las cenas de Navidad.

Por todo lo demás, me preocupaba, lo que venía siendo una auténtica cacota de perro. Y aquí llegamos a la maravillosa vida que tengo. Y para terminar esta larga presentación de lo que ha sido la historia de mi vida, solo tengo que añadiros que tengo la mala costumbre de hablar por los codos (hasta ahí llegamos todos, gracias por la aclaración), que tengo una creatividad y una imaginación absolutamente desarrolladas —*de hecho creo que mis profesores han desaprovechado mis capacidades, podría ser un genio hoy en día*—, lo que me lleva a estar siempre con la cabeza a mil por hora, pensando en voz alta —*muchas veces*—, y pensando en silencio —*constantemente*.

Algunos dicen simplemente que viajo mucho. A Narnia, esencialmente. Creo que la mayoría de las personas que piensan o hablan de mí son envidiosas y no me conocen en absoluto. Y al final, eso es lo que cuenta. Hablando de contar, pasemos al tercer capítulo y vayamos al grano. Es decir, un día normal de trabajo en la vida de Alba María Torres Soler, con sus veintiséis años, su metro y medio de estatura y su alegría contagiosa. Nacida en Soria, la magnífica región de Castilla y León y criada en Madrid, la bella capital del Reino de España, ¡y olé ella!

Capítulo 3

El cambio nunca es bueno, pero siempre acaba siendo positivo

Eran las seis de la mañana de un lunes. Y ya estaba en la sala que había al final de la cafetería, donde solíamos tener nuestras taquillas, vestuarios, incluso una ducha (por si acaso) y unos bancos para relajarnos. Allí nos reuníamos todos por la mañana antes de empezar a trabajar. Pero los lunes, había algo más que me hacía estar (fuera de horario) a las seis en la cafetería. La bendita reunión inútil de Christopher antes de empezar la semana. Hace un año se le metió en la cabeza que cada semana tendríamos un *meeting o breefing*, como él llamaba a las reuniones, porque desde que hizo su máster en marketing y publicidad, a pesar de ser licenciado en dirección de empresas, le dio por convertir nuestra pequeña cafetería en una megaempresa. Así que los lunes repasaba nuestras tareas e informaba de lo que iba a ocurrir durante la semana. Era una verdadera pérdida de tiempo y un agobio que nos llevó, vamos, hasta el pirri.

—¿Ya ha llegado Cristofito? —Vi entrar a Rita, corriendo, despavorida, y casi se estrelló contra la taquilla con el impulso que llevaba. La abrió y empezó a desvestirse rápidamente y a cambiarse de ropa.

En la cafetería todos teníamos que llevar uniforme. Es decir, una camiseta blanca, un pantalón preferiblemente negro y un delantal morado con el logotipo de la cafetería y nuestra insignia.

—Debe estar en camino, no tardará mucho. Date prisa o te pillará con las tetas al aire —la miré mientras se cambiaba la camiseta a toda velocidad—, sí porque con ese sujetador de encaje no dejas mucho a la imaginación.

—Me imagino que eso está en los sueños de Cristofito. Desea él. No debe haber puesto los ojos en uno de estos desde que era un niño, iba a la natación y se cambiaba en el vestuario de mujeres. Si alguna vez los vio. Es uno de esos tíos acostumbrados a ver películas en las que el sujetador es una pieza extra y prescindible.

—Lo que me imagino es la película que montará hoy si te ve así, me la veo venir. Es más, hoy vendrá con el humor de mierda, ya verás. El viernes, cuando llegué en el turno de tarde, me dijo antes de cerrar: «El lunes tendremos una reunión para decidir la aplicación de las nuevas normas y los cambios que generaremos para este semestre». —Imité su voz con un tono tonto.

—¿Y cuáles son esos cambios? —Los ojos de Rita se abrieron de par en par mientras terminaba de meterse la camisa en el pantalón.

—No tengo ni idea. Ya sabes cómo es. Desde que se cree un hombre de negocios de éxito y piensa que dirige un equipo formado por varios departamentos, se le va la olla. A ver qué tiene que decir esta vez —añadí.

En ese mismo momento, uno de los nuevos compañeros se dirigió a nosotras y nos preguntó:

—Oye, ¿sabéis de qué va la reunión?

—¡NO! —Contestamos las dos al unísono.

Cuando llegó Christopher, Rita y yo estábamos sentadas en el largo banco de descanso, con las manos en los bolsillos de nuestros delantales, moviendo las piernas de un lado a otro como de costumbre. Nuestros nuevos compañeros, dos chicos jóvenes, estaban de pie con los hombros apoyados en sus taquillas. Mi compañera Lourdes, que ayudaba a la señora Rocío en las tareas de la cocina, estaba terminando de ponerse el gorro de cocinera. Y Chus estaba en el baño.

—Buenos días —dijo el gallardo y sombrío gerente al entrar en la sala—. ¿Ya estamos todos? — Miró rápidamente alrededor de la habitación. No sé si esperaba encontrar un pelotón de trabajadores de una plantación de café, pero solo éramos seis gatos sueltos—. Deberíamos haber empezado ya. ¿María Jesús? —chilló. Como si no fuera él el que llegaba tarde.

—¡Voooyyyy! —gritó Chus desde el baño.

La mema de Rita, que tenía una risa débil y todo sonaba como una buena carcajada, tuvo que ponerse una mano sobre la boca para reprimirla. Quería matarla porque, por contagio, me hacía sonreír más de lo habitual.

—Veo que el fin de semana estuvo muy animado por aquí —protesta Cristofito con ironía, mientras nos miraba con el tic nervioso en su ojo izquierdo. Ya podía hablar del fin de semana, porque el amigo aquí, en carne y hueso, se los tomaba todos libres y nunca venía a trabajar ni sábados ni domingos. Era gerente de lunes a viernes. A los fines de semana, nosotros trabajaríamos como si esto fuera un lugar de hacinamiento. Y ahora es el momento en que este libro también podría titularse: «El día que me convertí en gerente sin que me pagaran un duro por ello». Porque me dejaba ese papel, el de tener que supervisar todo, sin que formara parte de mis funciones salariales—, pues ya que estáis tan contentos, a ver si resulta que el total de efectivo en caja pueda ser el motivo de vuestra alegría. Así podremos reírnos todos juntos.

Mientras él pronunciaba este discurso apoteósico de buena mañana, cuando el sol aún no brillaba en el cielo, Chus salió del baño

y, limpiándose las manos aún medio mojadas en el delantal, vino a sentarse a nuestro lado.

—Lo siento mucho, pero acabo de tomarme el cafelito de la mañana y mis tripas se están volviendo locas. Estoy empezando a desgreñarme un poco…

«*Soy yo el que se vuelve loco*», gorjea bajito el jefe. En ese momento la mano de Cristofito ya estaba levantada, abierta frente a la cara de Chus en señal de ¡basta já! A Rita casi se le cae la baba de la risa. Yo cierro los ojos con fuerza y aprieto los dientes rezando para que no me salga una carcajada sonora.

—Hablemos de cosas más importantes —*mierda por mierda*, pensé —. Como todos sabéis, y si no es así, os informo, la próxima semana se abrirá aquí, en este mismo barrio, una cafetería cuyo nombre no pronunciamos dentro de estas paredes.

—¿Cuál? ¿La americana? ¿La «*Estarluques*»? —inquiere Chus con total tranquilidad. Se me olvidó decir que, si yo tenía la boca hasta los pies, ella tenía la garganta directamente conectada al intestino grueso. Nunca decía nada oportuno y hablar con ella o con una pared era más o menos lo mismo.

—¿Cuál fue la parte de «la cafetería cuyo nombre no pronunciamos aquí» que no entendiste, María Jesús? —preguntó con las manos en la cadera, como si estuviera vendiendo pescado en la lonja local. Rita, roja de contener la risa, dejó escapar un pequeño hipo de risa por la nariz. Cristofito deja caer sus grandes ojos azules sobre ella, pero sin mover la cabeza ni un centímetro—. ¿Le suena divertido, señorita López?

La cara de Rita era un poema, negando con la cabeza y ahogándose las ganas de echarse a reír. Ella no sabía si arrodillarse y pedir disculpas o soltar una carcajada. Pero por ahora solo sacudía la cabeza. Esto era prometedor.

—Continuando y, por cierto, quien tenga algo que decir que hable ahora o salga de la reunión —Espera unos segundos, señalando con el dedo la puerta y todos miramos al suelo, esperando en silencio, como si estuviéramos en una boda medieval—. Ya sospechaba. Sigamos adelante... Como decía, la semana que viene abrirá una nueva cafetería americana en el barrio. Serán nuestra competencia directa y feroz. Pero no vamos a rendirnos y dejar que la gentuza nos coma. Así que antes de que silben por la gloria aquí, vamos a enfrentarnos a ellos como se debe hacer.

«¿De qué coño estaba hablando? ¿Competencia?» Pero si éramos una cafetería de barrio, bonita sí, pero de toda la vida del Señor. Y lo que él decía que no se podía pronunciar era un Starlucks, una cafetería con franquicias en todo el mundo, con una fama y reputación de la leche. Y del café y de todo lo que se vendía allí, vamos. Encima decía

que teníamos que ponernos al día, ¡manda narices! ¡Se le había ido la pinza, y mucho! Su credibilidad se sustentaba en que había estado fuera y tenía un montón de información que los demás ignoraban. ¡El listillo!

—Así que, a partir de esta semana, vamos a ajustar nuestro servicio al cliente. Hagamos las cosas con los mismos protocolos que utilizan en esa cadena de cafeterías. Han venido a mancillar nuestro mundo y no voy a permitirlo. ¡Atentos a la información! —*¡Coño!* Se parecía al párroco de la iglesia el domingo de catequesis: «Atentos a la Palabra de Dios»—. Estoy cansado de deciros que vengáis con una libreta a estos *breefings*, pero como siempre nadie me hace caso.

Por fin, una verdad como un templo: nadie le hacía caso. ¡Joder! Un cuaderno, dijo. ¡Qué fuerte!, pero si podía arreglármelas sola con esta cabeza que Dios me dio y que no servía para mucho, y sabía podía anotar mentalmente los pedidos de siete mesas seguidas y tres más en la barra y no olvidarme de ninguno. Y ahora este pedazo de troll habla de cuadernos. Cuando nunca sustituyó ni siquiera las hojas de pedidos.

—A partir de ahora, en cada pedido vamos a escribir los nombres de los clientes en las tazas.

Nuestras caras serían de divina comedia, porque a Cristofito le salía humo por las orejas. Nadie fue capaz de decir nada, porque imagino que todos estábamos pensando lo mismo. Gloriosa María Jesús, que hizo una entrada triunfal por el silencio con su pregunta sabia.

—Pero, jefito —Estoy bastante segura de que la cara que vi poner a Cristofito era parecida a la de una serie de asesinos psicópatas que empecé a ver no hace mucho; él odiaba que lo tratara así. Era el jefe o el Sr. Christopher. Yo era la única que podía llamarlo Christopher, directamente, pero esa es otra historia para otro capítulo—, ¿cómo vamos a escribir los nombres de las personas en las tazas? El bolígrafo que tenemos no sirve ni para escribir en papel, y menos en cerámica.

La miró con ojos amenazantes, lanzando sapos y culebras por la boca mientras se peinaba nerviosamente con los dedos.

—Escuchadme todos. Esta misma tarde intentaré proporcionaros rotuladores adecuados para escribir en las tazas —dirigió una mirada mortal a Chus—, y el resto no creo que sea necesario explicarlo. Es sencillo, preguntamos al cliente su nombre, lo escribimos en las tazas, apuntamos su pedido y cuando todo está listo para entregárselo, le llamamos por el nombre que nos ha dado. De este modo, se consigue un trato más personal a los clientes. ¿Lo tenéis claro?

Se podía oír el canto de los grillos en el silencio de la habitación. Nuestro compañero Jorge no tardó en romper la barrera de la ausencia de sonido.

—Oiga, jefe, cuando dice el nombre del cliente, ¿es el nombre completo o el nombre de pila?

—Tú eres el que voy a echar por el nombre de pila, pedazo de energ… —se calló a tiempo—, pero ¿qué parte de preguntar el nombre del cliente no has entendido? —Jorge guardó silencio, pero Daniel resolvió las dudas de su colega.

—Pero, jefe, vale, anotamos el nombre que nos dice el cliente, pero si hay dos nombres iguales, ¿a quién llamamos? ¿Cómo sabemos quién es quién?

Christopher cierra los ojos con fuerza y le veo apretar los dientes. Esto no augura nada bueno. Rezo para que no nos eche a todos a la calle con esta clase magistral de gestión *starlukiana* que nos está dando. Miró su reloj y yo él mío. Eran las seis y media.

—Ya es la hora, dejemos este *meeting* para otro momento… ¡Hala! ¡Hala! ¡Hala! Todo el mundo para trabajar, vamos, que se hace tarde.

Toda la gente se levantó y empezó a salir por la puerta para abrir la cafetería, pero justo cuando estaba a punto de salir yo también, oí una voz profunda que detuvo mis pasos.

—No tan rápido, Alba. Tú te quedas que quiero hablar contigo —¡Genial! Este hombre era insufrible. «*Sabía que me quedaría con la mejor parte*», pensé sarcásticamente, para mis adentros.

Hice un puchero con la boca y miré a Rita, que abrió los ojos con un silencioso resoplido de solidaridad. Todos se fueron y yo me quedé de pie frente a la puerta con los brazos cruzados, esperando el discurso matutino de Cristofito.

—Tus compañeros Alba, no saben nada de dirigir un negocio —*¿y tú sí*?, pensé—, pero te conozco —murmuró con voz tétrica, acercándose a mí y mirándome a las tetas. ¡Lo que me faltaba por ver! Estaba jodido, no había mucho que observar en esa dirección—, eres una persona más informada —¡oh sí, claro!, por eso trabajo aquí, idiota—, así que espero que te encargues de formar a tus compañeros en las nuevas directrices. Nos esperan tiempos difíciles y tenemos que estar unidos en esta lucha.

Lo miré estupefacta… ¿tiempos difíciles, dijo? Pero hacía cinco años que no pasaba por nada más que momentos difíciles en este puesto. ¡¿Qué me estaba contando?! Todo esto porque se iba a abrir un Starlucks a la vuelta de la esquina y ahora teníamos miedo de la competencia. Bueno, perderíamos algunos clientes, pero seguro que mantendríamos a otros. Era licenciado en marketing, así que lo mejor sería darse prisa en saber qué hacer y cómo. No creía que escribir los nombres de los clientes en las tazas y luego tener la tarea de lavarlas con alcohol fuera la solución. Yo no, pero el Sr. Estudios sí. Y, por lo tanto, también era él el propietario. Y el avezado en conocimiento de cafés.

—¿No vas a decir nada? —preguntó, levantando la barbilla.

—Lo tengo todo claro. Ya me dirás cuando hagas los cambios. Ahora, si no te importa, tengo clientes que atender y nombres que apuntar.

Vi cuando tragó en seco y dibujó una cara seria. Fue en ese exacto momento en el que lo dejé ahí plantado, en su *breefing*.

Capítulo 4

El marketing de la leche

La semana transcurría sin problemas. Christopher había comprado los marcadores ese lunes. Era un verdadero tacaño, así que, compró una caja de diez y con eso dijo que nos saldríamos con la nuestra. La norma se aplicó entonces en poco tiempo. Sin embargo, tardé casi dos días en conseguir que los nuevos aprendieran lo que había que escribir en las tazas, pero tras eso, la cosa fluyó. Lo malo era que cuando pedían un café expreso, las tazas eran chiquitinas y era difícil escribir con un rotulador grueso. Todos terminábamos el turno con manchas de rotulador negro hasta las pestañas.

Rita y yo solíamos estar en la barra y en la caja. Los chicos en el salón recogiendo y llevando pedidos. Chus servía en la pequeña terraza que teníamos, que fuera de tonterías, tenía casi diez mesas y cuando hacía sol, se llenaba. Yo estaba ocupada haciendo cafés y Rita estaba en la caja cuando me susurró al oído:

—Mira quién acaba de entrar —alzó y bajó las cejas en una señal secreta. Con calma, giré el cuello para ver quién había llegado. Y me eché la cabeza hacia delante muy rápidamente. Mis mejillas ardían como lava.

—¡Joder!

—Vamos, ocúpate de él y yo terminaré de preparar los cafés. ¡Date prisa!

En ese momento estaba un poco desorientada, sin saber qué hacer, así que me fui de donde estaba y me acerqué a la caja, limpiándome las manos en el delantal e intentando colocarme el pelo en los lugares adecuados. Lo que más me irritaba de este uniforme que nos obligaban a llevar era tener que llevar una redecilla en el pelo. No podíamos llevar el pelo suelto, siempre tenía que estar recogido en un moño, a no ser que fuera corto, muy corto, y además dentro de esa red de malla negra de medias de señora mayor. Como tenía flequillo, necesitaba meterlo en la gorra, lo que me quedaba, vamos, como un pez ramirezi atrapado en la red. Así que cuando Christopher no estaba, intentaba sacar mi flequillo de su prisión.

—Buenos días, Alberto, ¿por aquí esta mañana? —dije yo, tonta. Y ¡¿cómo no iba a estar allí por la mañana?!, si llevaba dos años trabajando en el edificio de al lado y venía todos los días a tomar café a la cafetería.

Mi estupidez radica en que me gustaba el chico que tenía delante, Alberto. Mucho. Rubio, con ojos azules brillantes (al menos para mí),

un cuerpo de modelo (podía imaginar lo que llevaba debajo), una sonrisa perfectamente blanca y una amabilidad que es difícil de encontrar hoy en día. Estaba absolutamente encantada con él. Soñaba con él, me veía con él, e incluso me tocaba pensando en él. Así que estaba muy pillada. El problema era que el chiquillo no lo sabía. Y no tenía tanto morro, porque era incapaz de invitarle a algo más que a una galleta extra en su café. Sin que Cristofito lo viera, claro, porque una vez me vio dándole una galleta extra junto con su café, sin pagar, y casi me echa a la calle en ese momento. Era un usurero, manitas de ternera; mi abuela solía decir: «En el arca del avariento, el diablo yace dentro».

—Buenos días, Alba. Lo de siempre, tengo ganas de café. ¿Me das tu fórmula mágica?

"*La fórmula mágica es la que te voy a dar cuando te tenga debajo de mí*".

—Claro —Iba a preparar su pedido cuando recordé el estúpido protocolo que teníamos ahora. Cogí una taza, un rotulador y pregunté avergonzada—. Lo siento, Alberto, es que ahora escribimos los nombres de los clientes en las tazas, ya sabes, para tener un trato más personal y amable con la gente. Así que escribo Alberto, ¿no? —suena estúpido tal y como es. ¿Qué demonios iba a escribir? Gilipollas, ¿verdad? Lo siento. Eso sería para la taza de Christopher. Aunque si fuera por mí, escribiría «te quiero», pero no tenía el valor.

—Sí, Alberto. Gracias.

Una vez me hube ganado toda su confianza con el nombre, acudí entonces al refuerzo del termo de leche y galletas. Haciendo un gran acopio de fortaleza, pugnando para no emocionarme más de lo que debería, dije a Rita bajito:

—Vete tú a la caja, ya tengo el pedido de Alberto. Quiero atenderlo como se merece. Gracias —me guiñó un ojo y fue a atender a los demás clientes.

Mientras tanto, preparé el café de Alberto con todo mi cuidado y cariño. Rita me dio dos pedidos más de cafés y me dispuse a hacerlos todos antes de entregarlos, porque tenía que calentar la leche y hacer la espuma para todos ellos, así que aproveché y los hice todos a la vez. Cuando terminé, cogí las tazas y con mis pestañas abriéndose y cerrándose como aletas de pez guppy, le entregué la taza a Alberto.

—Alberto —Su nombre rodaba por mi lengua y me producía intensas vibraciones—, aquí tienes tu café, como te gusta. ¡Qué aproveches!

Me dedicó una sonrisa, cogió la taza y se volvió rápidamente hacia una mesa, no sin antes darme las gracias. Lo miré con cara de tonta. Rita me dio un codazo, porque Christopher acababa de entrar en el bar, y yo salí de mi ensoñación y recogí apresuradamente las otras dos

tazas de café y las entregué a sus respectivos dueños.

—MARÍ —grité el nombre que había en la taza, mientras miraba a la gente que esperaba. Una chica se asomó por encima de los hombros de los demás y levantó la mano—, aquí tienes tu café. ¡Qué aproveches y gracias por tu visita!

Le entregué la taza y me dio las gracias con una sonrisa. Todavía tenía otra taza. Miré el nombre y grité.

—ALBERTO — Empecé a buscar al dueño de la taza, pero de repente me fijé en el objeto que tenía en las manos. ¿Alberto? ¿Otro Alberto? Qué casualidad. No era un nombre muy común. Si un Alberto ya me volvía loca, dos entonces, vamos… —, ¿ALBERTOO? —chillé un poco más fuerte.

Alberto apareció frente a mí con una expresión extraña. Y otro chico apareció a su lado también con una expresión similar.

—Disculpa, pero este no es el café que me sueles dar —dijo Alberto.

—Oye, ¿vas a llamarme de una vez o tengo que ir a tomar un café a *Starlucks,* al lado? — dijo el chico cercano a Alberto con malas pulgas.

Abrí los ojos como platos y sentí que una sombra se acercaba a mí. Por el rabillo del ojo pude ver a Christopher sacando espuma de la boca de algo que no era leche. Creo que era la ira. Cuando aquel hombre pronunció la palabra «cuyo nombre no pronunciamos», todos nos quedamos helados. Incluso mi colega Jorge, que pasaba detrás de mí en ese momento, se quedó parado, completamente inerte. Como si se tratara de una película a cámara lenta, la escena cobró sentido cuando miré la taza que tenía en mis manos y luego miré la que Alberto tenía en las suyas. Era sencillo, la suya decía Óscar. La mía, Alberto. «*Me cago en todos sus cafés.*»

—¿Se puede saber qué fue lo que hiciste? —preguntó horrorizado Christopher, tan perplejo como yo o más, si cupo. Mientras tanto él recogió las tazas de los clientes y se hizo a un lado para regañarme.

Lo miré y sonreí. Aunque me temo que fue más bien una risa nerviosa, mezclada con un ataque de ansiedad, debido a la vergüenza que sentía. Me vi atrapada en una situación muy perturbadora, en mi humilde opinión.

—¡Eh! Yo… ¡Eh! Yo…, lo siento —las pocas veces que me quedé afónica—. Alberto, lo siento, me he equivocado…

Mi voz se hundía y debía parecer una muñeca pepona con el color de mis mejillas ardiendo. El otro tipo, que, por cierto, era un subnormal perdido, empezó a lanzar más petardos. Como si él mismo no fuera, por definición, un petardo.

—Vaya atención tenéis aquí. Y vaya empleados. Ni siquiera saben poner el nombre del cliente en una taza. No es de extrañar que luego

pierdan clientes.

Me dio un poco de rabia ver que Alberto miraba al chico y asentía en su defensa. En ese momento, creo que se me rompió el corazón. Nunca pensé que tomaría partido en una situación tan estúpida. Sí, me había equivocado con las tazas, pero no era para tanto. Y ver que se ponía de acuerdo con alguien que no tenía ninguna consideración por los demás era muy descorazonador y decepcionante. Al fin y al cabo, no solo me había equivocado con las tazas, pensé.

—Lo siento, caballeros, sus pedidos correctos están saliendo ahora mismo. Estos son de la casa. Les ruego que se sienten, os serviré enseguida, ya que soy el encargado.

¿Cómo no? El jefe se estaba ganando su oportunidad de oro para parecer una estrella. Cuando Christopher se volvió hacia mí, me entregó las dos tazas y, de espaldas a los clientes, se asomó a mi oído y me regañó:

—Coge estos dos cafés ahora mismo y saca las comandas correctas. Y, obviamente, estos cuatro cafés saldrán de tu bolsillo. Considéralos descontados de tu salario. Y date prisa. Los clientes están esperando.

Cogí las tazas con rabia, pero me tragué el orgullo y cuando puse los ojos en la cafetera, de espaldas a la habitación, Rita estaba a mi lado sacando sus cafés y me miró de reojo. Sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, preguntó en voz baja para que Christopher no la oyera:

—¿Estás bien?

No he dicho nada. Sacudí sutilmente la cabeza. No, no estaba bien. Acababa de cometer un error que iba a pagar, había sido humillada y criticada por mi jefe y un cliente delante del chico que me gusta, que, para colmo, no solo no me defendió, sino que incluso se puso de parte del villano. Para mí, en ese momento ya no era mi héroe. Tenía ganas de llorar, pero no podía hacerlo. No quería, y no iba a darles el placer de verme enterrada en el barro.

La emoción y la confusión del momento me impidieron actuar con lucidez, lo reconozco. Ni siquiera sabría afirmar que aquella situación estaba cobrando realismo ante mí. El caso fue que, en ese momento, en cuanto terminé los cafés, mi jefe al mando, Christopher me miraba con impaciencia. Tan obnubilada y desconcertada me encontraba que resumí a bajar la cabeza y continué mi camino. He dejado los cafés correctos con las «personas correctas» y continué registrando nuevos pedidos en la caja, como me tocaba.

—Cuando termine tu turno, quiero hablar contigo —dijo el jefe cuando alcé la vista hasta interceptar su mirada con la mía. Pensé rápidamente en los pros y contras de contestarle y decidí que era mejor mantenerme al margen. Por una vez, como dicen mis amigos mexicanos «¡Calladita te ves más bonita!»

Él se fue, sin más. Mordí las mejillas por dentro, mala costumbre que tenía cuando me callaba algo que quería escupir a fuego. Seguí con mi trabajo, pero la historia no acababa aquí. Pasados unos veinte minutos, el chico que había estado masacrándome por una puta taza de café, volvió a pasar por mí antes de salir de la cafetería. Me miró y fue entonces cuando me di cuenta de que era realmente guapo, incluso podría decir que bastante atractivo. Llevaba un traje de dos piezas, con una corbata y una camisa impolutas, y sus ojos azules brillaban en un rostro serio y masculino. Le daba un cierto aspecto de chico malo que le hacía ser sexy. Y un hijo de puta.

—Oye, solo una cosita, quizás deberías pensar en cambiar de profesión, porque como camarera no vales ni las tazas que escribes —abrí la boca hasta el suelo. ¡*La madre que lo parió! ¡Pedazo de oruga—!*, pero déjame que te diga que tu jefe tampoco se queda atrás. Que tengas un buen día.

No podía salir de mi asombro. En ese momento vi a Alberto saliendo por la puerta y me quedé mirándolo. Ni siquiera se despidió ni dijo un «hasta luego». Me quedé perpleja un rato más, pero no sin que mi cara mostrara la decepción que sentía en ese momento. Hizo que mi corazón se rompiera en mil pedacitos.

—Alba, déjalo —dijo Rita empujándome de la caja, con cariño— vete y tomate un descanso, deja que me ocupe de todo. Necesitas un descanso. Vete.

Asentí con la cabeza, salí de la cafetería y fui a reservarme en el banco de los vestuarios. Me senté y me cubrí la cara con las manos, exasperada. Era consciente de que si no respiraba e intentaba desconectar lo que había pasado, nunca me recuperaría de semejante trauma. Sin quererlo, por primera vez en cinco años, me puse a llorar. Fui incapaz de controlar mis emociones. El espectáculo se había acabado y la situación en si misma me había podido.

Después de unos dos minutos de sollozos, lagrimones y llantos, oí que se abría la puerta y entraba alguien.

—¿Alba? ¿Qué te pasa, estás llorando? —La voz de Christopher era definitivamente lo último que quería haber escuchado en ese momento. Volvió a mi lado con el ceño fruncido, como preocupado.

Capítulo 5

Una pausa para el café

Por primera vez percibí que lo que me pasó fue una absurda pesadilla. Me frustré porque no había logrado alcanzar la libertad tan anhelada en mi propio estatuto. Después de cinco jodidos años manteniéndome la compostura y ganándome el respecto del jefito a pulso, ha bastado un chico guapo, o mejor, dos y cuál de ellos él más idiota, para conseguir que el idiota mayor, que se lleva la palma, ahora me pillase completamente desolada e indefensa. Ya anteveía lo que me iba a soltar, el discursito de liderazgo y buenas prácticas profesionales. La reprimenda, los protocolos, bla, bla, bla. Y me dio miedo, porque de la manera como estaba yo bien podría haberle soltado algún improperio y mandarlo a freír espárragos.

—¿Alba? —Levanté lentamente la cara de las manos y lo miré con los ojos tan hinchados como si fueran dos escarabajos de la patata—. Me cago en todo.

¿Qué se cagaba en todo? ¿Él? Si alguien estaba a punto de cagarse en todo, esa era yo y miradme, tan entera que aún estaba. Suspiré. Él se acercó y me sentí un poco incomodada con su cercanía.

—Lo siento, solo necesitaba unos minutos para recomponerme. Ahora mismo vuelvo a trabajar.

Empecé a enderezarme el delantal y a limpiarme los ojos, teniendo cuidado de pasar los dedos hacia arriba, porque con el maquillaje y todo ese lavado de ojos, tenía que parecer un mapache.

—Mírame —me dijo serio—. Nada tiene sentido ya. O ya no, al menos.

Le miré y estreché las cejas. Me miraba con una cara muy inexpresiva, pero casi podría decir que preocupada. No dijo nada más, solo me miró. Me produjo un suave escalofrío y me abracé por reflejo. Nos miramos durante unos breves segundos, que parecieron una eternidad. Pero ni él movió los ojos, ni yo. Eso me provocó una sensación demasiado extraña.

—Cámbiate de ropa. Te espero fuera de la cafetería, en la parte de atrás, en diez minutos. Trae tus cosas.

Y así, bajo su autoritaria sentencia, salió del vestuario dando un portazo. «*¡Genial! No me jodas.*» No podía creer que me despidiera por esta chorrada. ¿Iba en serio? Lentamente abrí mi taquilla. Me quité el delantal y la redecilla del pelo y lo dejé completamente suelto. Me he cambiado de ropa. Guardé todo y cerré la taquilla, pero cuando me di la vuelta, la volví a abrir. Lo metí todo en una bolsa y me lo llevé. No

sé por qué, pero fue mi uniforme durante cinco años, no iba a dejarlo en manos de nadie. Mis cosas iban a ir conmigo hasta que muriera. Envié un mensaje de texto a Rita para explicarle rápidamente lo que ocurría y por qué no había vuelto al trabajo. Le dije que no se preocupara por mí, que ya hablaríamos más tarde. Salí por la puerta trasera, como me había dicho Christopher.

Su cochazo estaba aparcado allí. Estaba de pie con los brazos cruzados, apoyado en la puerta del conductor en el exterior. Cuando me vio salir, se acercó y me miró las manos.

—¿Qué coño haces con tu uniforme en una bolsa? Se suponía que hoy lo traerías limpio. ¿Por qué lo llevas encima?

Su mirada era el símbolo de mi orgullo destrozado, del amor propio herido, del rechazo emocional inmotivado, del dolor, la angustia y todos os sentimientos y confusión que afloraron en mí. Me limité a sacudir los hombros y él negó con la cabeza.

—Sube al coche —dijo, abriendo ya la puerta del conductor para entrar. Pero antes de que pudiera hacerlo del todo, al verme inmóvil, me indicó de nuevo—, ¿Puedes subir al coche o tengo que obligarte?

Di la vuelta al coche para poder abrir la puerta del pasajero. Tragué con fuerza. Era la primera vez que me subía a su coche. De hecho, era la primera vez que estaba a solas con él fuera de la cafetería. Y me sentí rara, por alguna razón que no sabía en ese momento. De todos modos, decidí obedecer.

—Ponte el cinturón —me miró, con su cinturón abrochado y el motor en marcha. Obedecí y me puse la protección. Al menos para los accidentes de tráfico, porque para lo que me iba a meter, no creo que nada me protegiera. Antes de arrancar el coche, me preguntó—. ¿Dónde está tu casa? O, mejor dicho, sé dónde está tu casa —abrí los ojos, ¿sabía dónde estaba mi casa—?, es obvio, conozco todos los detalles de mis empleados. Pero tienes que darme indicaciones, nunca he estado allí. O pon las indicaciones en el GPS del coche. Te llevaré a casa.

—¿Por qué? —fue lo único que pude decir desde que entró en el vestuario.

—¿Por qué el qué? —¡Perfecto! Vamos en bucle.

—¿Por qué quieres llevarme a casa? Puedo caminar con mis propios pies.

—Ya lo sé. Pero, hoy quiero ser yo a llevarte. ¿Algún problema?

Giré la cabeza hacia delante y le indiqué cómo llegar a mi casa. No tenía ganas de entrar en una discusión, y mucho menos provocada por mí. Empezó a conducir y solo intercambiamos palabras sobre las direcciones en el camino.

Cuando se detuvo frente a mi casa, paró el motor y giró ligeramente su cuerpo hacia mí, quitándose el cinturón de seguridad.

—Hemos llegado —dijo. ¡Qué novedad! Creo que sabía dónde vivía, hasta el momento. No hacía falta tanto protocolo. Juro que por momentos lo odié más aun.

—Gracias por traerme a medio de la jornada laboral. No merecía la pena. Bueno… puede que sí —Me quité el cinturón. Toda la confusión se instalaba ahora en mi pecho y empecé a soltar la lengua. No me iba a ir sin decir al menos lo que pensaba—. Entiendo que quieras asegurarte de que no vuelvo al trabajo, ni siquiera para despedirme de mis compañeros. No te preocupes, conozco mi lugar y sé lo que he hecho.

Busqué un enfado en sus ojos, pero siguió mirándome tranquilamente con una expresión neutra. Durante un segundo, volví a sentir esa extraña sensación. Christopher rara vez estaba callado durante mucho tiempo, y menos aún sin expresión. Eso me desconcertó. Respiré profundamente y puse una mano en el pomo de la puerta para abrirla, mientras seguía hablando con él.

—Fue un placer trabajar en la cafetería. —No dijo nada. Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Iba a ser así? Este sería mi fin en el que había sido mi hogar durante los últimos cinco años. ¿Así? ¿En esta triste y insólita despedida? Me di la vuelta para marcharme, pero entonces una repentina rabia subió a mi pecho, y antes de abrir la puerta me volví hacia él y reuní todas mis fuerzas—. En realidad, no. No fue un placer. Fue una mierda. Trabajar para ti es una mierda. Es un puto asco, una agonía… y sabes que… ¿Cristofito? —Ni siquiera se echó atrás, y eso me enfadó aún más—, métete tu liderazgo por donde te quepa.

Estaba a punto de darme la vuelta para irme, cuando me agarró el cuello con la mano y, sin darme tiempo a pensar, respirar o emitir un solo sonido, me besó. No me dio tiempo ni a esquivarlo. ¡Joder! Y ¡joder!, como besaba el hijo de satanás. ¡Ostras! Yo no daba crédito. Me besó con avidez, de forma posesiva y ansiosa. Invadió mi boca, mi lengua y mi voluntad, sí, porque fui sumisa a su tacto. Pero lo que es peor, me gustó, Dios mío, mi odioso jefe me besó y me gustó, y me gustó mucho. ¿Qué necesidad puede tener una persona de disfrutar de un beso de Christopher? Vamos, aunque fuera el último hombre sobre la tierra.

Cuando conseguí apartarme de su boca, ambos nos miramos con la respiración entrecortada. Todavía no sabía si prefería a Christopher de la reunión de la mañana o esta versión que tenía delante. Un cuerpo abrazó el mío sin darme tiempo a reaccionar. El suyo. Y me besó. Y dejé que lo hiciera de nuevo.

Esta vez, su beso no fue tan abrumador, sino tierno y suave. Su mano acarició mi mejilla y mi cuello, la otra acarició el pelo que caía por mi espalda, donde luego la apoyo para que me abrazara.

«Quiero tirarme por la ventanilla del coche, de verdad» «Peor, quiero tirarme a sus brazos, ¿cómo es posible?» «Dios mío, estoy loca.»

Cuando me soltó, di por mi buscando su boca y vi su sonrisa maliciosa burlándose de mí. ¡Que cabronazo! Sabía el efecto que me había dejado. Lo tenía todo estudiado y me pilló en la curva.

—Quiero que descanses durante los próximos dos días. Y el jueves te espero a tu hora habitual para tu turno. Descansa bien.

Abrí la boca, pero la cerré inmediatamente al ver sus ojos en mis labios y tragué con fuerza. Bajé la mirada y no pude decir nada, me di la vuelta para irme. Al abrir la puerta, le oí decir detrás de mí.

— Por cierto, no me desagrada en absoluto el mote que me has puesto. Tengo que admitir que me gusta más que «hijo de puta».

Tragué con fuerza. Mis mejillas volvieron a arder y salí del coche sin mirar atrás. Corrí a casa y solo cuando cerré la puerta y me apoyé en ella para darme el apoyo que necesitaba, antes de caer al suelo, fui consciente de lo que acababa de ocurrir.

Cristofito, que además de saber que lo llamábamos así, tuvo la osadía de besarme. Me llevó a casa, me dio dos días de vacaciones y me besó. ¿Qué demonios ha pasado aquí? Seguro que ha ocurrido algo que se me ha escapado de la ecuación. Lo único que sabía es que no estaba en condiciones de analizarlo. Pasé los siguientes minutos pensando en Christopher, en todo lo que ha pasado, y preguntándome por qué me aterraba tanto la idea de que me haya gustado su beso. Sigue siendo Christopher. Mi horrible jefe. A quien ahora tendré que ver todos los días que vaya a trabajar. Después de lo sucedido, ¿cómo?... ¡mierda, mierda, mierda! Eso es todo lo que necesitaba para empantanarme con mierda hasta el cuello.

Sonó mi móvil y conseguí salir de mi estado de perplejidad. Era un mensaje de Rita. Estaba en su descanso y me preguntó qué había pasado. Y yo le contesté:

“Cristofito me besó.”

Obtuve la respuesta en pocos segundos. Era como si ella tuviera los dedos en la posición de arranque y preparados para escribir.

“No jodas. ¡¿Queéééé?!”

En este punto, yo misma no sabía qué decir o qué hacer. Primero tenía que ordenar las ideas.

“Volveré al trabajo el jueves. Christopher me ha dado unos días libres. Te llamaré el miércoles y hablaremos mejor y no te preocupes, todo está bien. No hay mucho más que contar.”

Intercambiamos algunos mensajes más y quedamos en hablar más tarde. Dejé el teléfono en la mesa de centro y me desplomé en el sofá. Fue entonces cuando Vladimir salió, con ojos de sueño y estirando las piernas me miró.

—Ya lo sé… —le dije—te pillé durmiendo la siesta del borreguito. Ya… si ni yo sé que hago aquí a estas horas, no te sorprendas. No tengo respuestas para ti, bicheza. —Lo llamaba así, porque era una mezcla entre bicho y realeza. Que era bien su estatuto.

Vladimir ronroneó y se subió al sofá para tumbarse a mi lado. Nos acurrucamos juntos y, tras unos minutos, me dejé llevar por el sueño. Hacía años que no echaba una siesta a media mañana. Pero hoy me la he ganado con creces.

Al día siguiente, mi hermano Jules me llamó y me preguntó a qué hora salía del trabajo para venir a tomar un café conmigo. Dijo que tenía algo que decirme. No quería decirle que no estaba en el trabajo porque eso significaría contarle todo lo que había pasado y no me apetecía. Había aprovechado el día para arreglar cosas de la casa para las que nunca tenía tiempo en mis días libres y ya era tarde, así que, en un acto de valentía, le dije que nos viéramos en el Starlucks, cerca de mi trabajo. Tenía muchas ganas de conocer el lugar de cerca. No hay nada mejor que conocer a tu competencia lo suficientemente bien como para saber cómo enfrentarte a ella. Tenía mucha curiosidad por saber cómo funcionaba. Sabía cómo eran las franquicias, pero quería ver el ambiente, saber si los clientes que solían ir a nuestra cafetería iban allí. ¿«Nuestra cafetería»? *Solo porque tu jefe te dio un beso no te hace dueña del local, su tonta,* me recriminé.

A las seis de la tarde estaba plantada en la puerta de la dichosa cafetería, rezando para que ni Christopher ni nadie me viera allí y me delatara, porque de lo contrario no era necesario que volviera el jueves a trabajar, ni el jueves ni nunca. Jules llegó rápidamente, gracias a Dios mi hermano era una persona puntual.

Nos sentamos dentro charlando de nuestras cosas. Estuvimos media hora hablando de todo tipo de tonterías, mientras yo me tomaba una taza de *matcha latte*. En la cafetería aún no habíamos probado este tipo de té diferente y lo disfruté especialmente. Tengo que admitir que estaba bueno. Mientras mi hermano hablaba, yo miraba por todas partes con mis ojos inspeccionando el lugar y todo lo que pasaba, estudiando el entorno.

Cuando me levanté para ir al baño, al entrar en el pasillo que lleva a las puertas de los aseos, la última persona que esperaba ver salió de una puerta de servicio, exclusiva para el personal autorizado. O, mejor dicho, la única que no quería volver a ver. El engreído que casi fue responsable de mi despido. El prepotente y arrogante… ¿Cómo se llamaba? Me acordé de la taza que tenía Alberto en la mano. ¡Oh, sí! Óscar.

—¿Tú por aquí? —me dijo con aire despectivo. Levanté la barbilla.

—Eso mismo digo yo. ¿Qué pasa, no tienes nada útil que hacer además de andar chuleando por las cafeterías? —Ya no estaba en mi

lugar de trabajo y ahora era un cliente como él. Así que mejor apechugaba el carácter de mierda que tenía. No me iba a dejar intimidar por un gilipollas.

—Quizás la que no tenga nada de útil para hacer eres tú. No, espera. ¡Qué falta de perspicacia la mía! —Entrecerré los ojos y él se acercó y empezó a hablarme en voz baja e irónicamente—. Has venido aquí para aprender a ser camarera. A mí me parece bien. Tienes mucho que aprender.

—Escúchame bien, fulanito —me miró con los ojos abiertos y la cara asqueada—. La única persona que veo por aquí que necesita lecciones eres tú. Porque con esos modales, no te contrataría ni para limpiar los baños.

—Entonces es bueno que no seas tú a cargo de contratar a nadie. Pero, esa parte la conocemos todos. Si ni siquiera puedes escribir bien los nombres de las personas en una taza, menos aún saber escribir un contacto.

—Que te den —le dije, antes de dejarlo plantado y entrar en el baño.

Sanguijuela, malnacido, pedazo de…. *Respira, Alba. Respira.* Cuando entré en el baño estaba tan desorientada que había olvidado lo que había ido a hacer allí. Abrí el grifo y me pasé el agua por la nuca para refrescarme. Intenté controlarme y, después de hacer lo que me había llevado allí, finalmente salí y volví a acercarme a mi hermano.

Cuando me senté, Jules me miró y me preguntó si todo estaba bien. Miré a mi alrededor, pero no había ni rastro del estúpido. Me relajé. Le sonreí y le contesté que estaba bien. Seguimos hablando.

Capítulo 6

Óscar, el que no es de la Renta, pero podría serlo

—¿Qué me querías contar de tan importante, Jules? —le pregunté a mi hermano. Por fin me había llamado para hablar de algo que aún no había dicho. No creía que hubiera venido solo para decirme tonterías.

—No sé por dónde empezar —dijo él.

—¿Qué te parece si empiezas por el principio? —Hice una mueca.

—He conocido a alguien.

—Jules, tú siempre conoces a alguien. ¿Qué me vas a contar? ¿Qué tiene este de diferente para que le hagas tanto bombo?

Él respiró hondo y me miró nervioso. Me quedé parada, esperando. ¡Hum! Parecía ser algo más serio de lo que me esperaba.

—De esta vez va en serio. Creo que estoy enamorado.

—¿Cómo la última vez?

—¡Joder, Alba! ¿Por qué tienes que recordarme de cosas tristes? Sergio no fue así tan especial.

—¿No fue? Te has caído en un abismo por ese tío y me dices que no fue nada de especial —mi hermano tuvo una relación con un chico que simplemente lo había hecho añicos. Desde entonces, se limitaba a ligar por aquí y por allí y, tal como yo, huía de los compromisos serios. Bueno, yo no es que huira, es que nunca había tenido ninguno para saberlo. Y de enamorarse, vamos, tal y como acabó la última historia, pasaba del tema.

—Alba, eso son aguas pasadas bajo puente, por favor, no quiero darle más importancia. Coño, te estoy diciendo que estoy saliendo con alguien. Y que va en serio.

—¿Lo dices de verdad? — el momento en que me cayó la ficha de que mi hermano tenía una relación seria—. ¿Quién es?

—No lo conoces. Es un ex compañero de trabajo. Empezamos a salir y las cosas se fueran poniendo más serias. Estamos juntos hace tres meses.

—Cabronazo, no me has dicho nada. Me la colaste bien. Eso no se hace. ¿Cómo se llama?

—Jordi.

—¿Es catalán?

— Sí, y de eso quería hablarte.

Lo miré. Sentí un escalofrío.

—Uy, uy, Jules, no me dirás que quieres mudarte a Cataluña, ¿verdad?

Él me miró serio. ¡Ostras! No, no, no. Mi hermano no. Era uno de mis mejores amigos. No podía abandonarme; no ahora que me había hecho la picha un lío. Mi vida estaba de patas arriba.

—Todavía no hemos hablado de nada, pero él tiene que estar allí por su trabajo y…

—¿Y qué, Jules? No puedes largar todo y hacer eso. Y ¿tu trabajo? ¿Qué? Lo dejas todo por un tipo que conoces desde hace tres meses. No creo que ese sea tu discurso.

—¿Qué quieres decir con eso? No voy a dejar el trabajo. Tenemos oficinas allí y pediría una transferencia de funciones allí. Hay trabajo en ambos lugares.

Mi esperanza de retenerlo se había ido al garete.

—Lo siento, Jules, estoy feliz por ti, de verdad que estoy, pero no estoy preparada para dejarte ir. No quiero quedarme aquí sola sin ti.

—Puedes ir a vivir allí, conmigo, con nosotros, durante un tiempo. Busca otro trabajo allí. No es que tu trabajo sea tan importante que no puedas dejarlo.

Confieso que la frase me ofendió un poco. Vale, ser camarero no era realmente una profesión a los ojos de mucha gente, pero para mí lo era. Y me tomé mi trabajo con mucha seriedad y profesionalidad. Recordé los labios de Christopher. *¡Muy profesional, sin duda!*

Estuvimos en silencio unos instantes, hasta que una voz detrás de mí me resultó familiar y mi hermano se levantó para saludarla, justo detrás de mí.

—Óscar… tío… que alegría verte por aquí. ¿Cómo vas? —dijo mi hermano extendiendo la mano para saludar a dicho personaje que prontamente la sacudió en retorno.

—Jules, amigo, ¡cuánto tiempo! Yo que me alegro de verte.

Contorneó la mesa y los dos se dieron un abrazo.

—Deja que te presente a mi hermana. —Jules me miró y Óscar hizo lo mismo. Cuando sus ojos posaron los míos su semblante cambió. Y vi como tuvo dificultades en disfrazar la desilusión.

—Tú… —dijo.

—Yo… —dije.

—¿Ya se conocían? —preguntó mi hermano, mirándonos a los dos.

—Conocer es una palabra demasiado fuerte, aunque puede ser que tu amigo crea que me conoce mejor de lo que piensa en su cabeza —mi hermano irguió una ceja. Óscar esbozó una sonrisa irónica.

—Jules, no sabía que esta señorita —apuntó la mano hacía mí—, era tu hermana. Que sorpresa tan… sorpresa. —Jules seguía sospechando de nuestra forma de hablar.

—Sí, alguna vez te hablé de ella. Es Alba, mi hermana pequeña. Y única.

—Única, sin duda. Encantado de conocerte, Alba —dijo él,

estrechando los ojos. Yo solo asentí con la cabeza, forzando una sonrisa, más por mi hermano que otra cosa.

—¿Qué haces aquí, chaval? Pensé que estabas en Madrid.

—Y estaba. Pero ahora soy el responsable y coordinador de zona de esta tienda. —Me miró de reojo—. Soy el director de la franquicia en el norte del país, por lo que soy responsable de la formación de los nuevos baristas y camareros.

No levanté la boca del suelo, porque primero tendría que recuperar mi asombro. ¿Qué me decía este? ¿Este petulante estaba a cargo de las tiendas de Starlucks? En otras palabras, ¿el villano de la competencia? Entrecerré los ojos. Claro, ahora lo tenía en pillado. Gran hijo de puta.

—Ahora lo recuerdo —los dos me miraron—. Lo siento, te confundí con otra persona. Verás, yo también trabajo en una cafetería, y el otro día entró un tipo que se parecía mucho a ti, pero desde luego no eras tú. Porque ese hombre era una rata espía que intentaba destruir a la competencia mediante malas prácticas y comentarios abusivos, con la única intención de quebrar a la gente, y luego quebrar el lugar. —Mi hermano seguía en confusión, pero Óscar había puesto la mirada felina. ¡Joder! Ahora que lo veía bien, sí que era guapo a rabiar. E igual de estúpido.

—¡¿No me digas que trabajas en la cafetería de la calle al lado?! —dijo abriendo los ojos, claramente de forma hipócrita y meneando la cabeza para corroborar su magnífica interpretación—. ¡Qué pena! Algunos clientes que vienen aquí tomar el café me dicen que menos mal que abrimos, porque antes solían ir ahí y al parecer la gente que ahí trabaja es deplorable.

Si mi hermano ya estaba conmocionado por la conversación de la que no captó absolutamente nada, ahora se había quedado completamente mudo. En cuanto a su amiguito, mis ganas de tirarle algo más que una taza con nombre a la cabeza eran supremas y parecían ser recíprocas. Ahora nos mirábamos con evidente desprecio. Empezó a sonar un teléfono móvil y nos quedamos mirando fijamente. Finalmente, mi hermano sacó el teléfono del bolsillo del pantalón.

—Perdonad, chicos, tengo que coger esta llamada — dijo, cogiendo la llamada y alejándose un poco de donde estábamos para seguir su llamada.

No me gustaba tener que estar sola allí con Óscar en un ambiente de mierda. Pero en realidad, a él no le importaba, porque en cuanto Jules se fue, empezó a divagar.

—Bueno, ahora que nos conocemos, no creo que haya necesidad de sernos hipócritas. —dijo.

—Habla por ti, ya que tienes la mala costumbre de hablar por los demás, juzgar a los demás. Se te debería caer la cara de vergüenza, no de hipocresía. —No iba a dar el brazo a torcer. No olvidaré que casi

pierdo mi trabajo por su comentario inapropiado.

—¿Eres siempre tan desagradable? Me cuesta creer que seas hermana de Jules.

Creo que mi anterior petición no quedó suficientemente clara y necesitaba un aliciente para callarse de una puta vez. El enfrentamiento visual que establecí con él duró exactamente quince segundos, los justos y necesarios para que me viera obligada a tragar en seco, porque ahora que nos retábamos con la mirada, podía ver sus penetrantes, brillantes ojos azules que dejaban huella en mis retinas. ¡Joder! ¡¿Pero por qué todos los idiotas tenían que estar guapos y buenorros? ¡Qué infierno! No se aprovechaba nadie. O están casados, o cogidos o son…

Ahora eran mis ojos los que brillaban, se me pasó algo por la cabeza y no iba a perder la oportunidad de decírselo. ¿Cómo no había pensado en eso antes? Era obvio.

—Sí, soy la hermana de Jules y conociendo tan bien a los amigos de mi hermano, no me sorprende que se conozcan. Te diría que te fueras a tomar por culo, pero lo peor es que te gustaría, así que solo te digo que me dejes en paz y que dejes de darme por saco en mi trabajo.

Se acercó y su rostro se quedó a pocos centímetros del mío. Por alguna razón, mi comentario le molestó.

—No soy gay.

—Eso no es de mi incumbencia. Así como no es de la tuya lo que hago o dejo de hacer en mi trabajo. No eres mi jefe.

—Eso es seguro, porque si lo fuera, te habrías quedado con las patitas en la calle. — Di un paso atrás cuando me di cuenta de que era una cabeza y media más alto que yo y sus hombros hacían dos de los míos. Visto desde mi perspectiva, era bastante imponente.

No podía decir que era alto, porque toda la gente era alta con relación a mí. Pero era grande, un poco musculoso y se podía ver la tensión de sus músculos en su camisa perfectamente planchada y ajustada. Sí, definitivamente era atractivo. «*¿Seguro de que no era gay?*» Era demasiado guapo. Y siempre pasaba, cuando veía a alguien muy guapo, por regla general, nunca solía estar disponible. ¿Y qué coño me importaba si estaba disponible o no? ¡Arghhh!

—Dudo mucho que, si fueras mi jefe, quisiera trabajar contigo.

Empezó a reírse a carcajadas y eso me molestó mucho. Estaba como un tomate. Sentí que ardía de rabia por dentro. De repente se detuvo, se puso serio y me miró con una expresión muy penetrante.

—Tu jefe es un gilipollas y te trata como una mierda. Si algún día quieres salir adelante en la vida y tener un trabajo en el que realmente puedas aprender algo y puedas ser algo más que una empleada despreciada por todos, ya sabes dónde encontrarme.

Ahora fui yo la que empezó a reírse a pierna suelta. Entrecerró los

ojos.

—Puede que mi jefe sea una mucha cosa, como tú dices, pero no te llega a los tobillos en cuanto a ser un imbécil. En eso, estoy de acuerdo contigo. Puede que no sea el mejor jefe del mundo, pero nunca dejaría un lugar en el que al menos se me dio una oportunidad, para seguirte a ti, cuya única oportunidad que me diste, de primeras, fue juzgarme. No conozco tus funciones, ni cómo tratas a tus empleados, pero desde luego, si es así como lidias con los demás, yo nunca, y lo digo con la boca llena —me tapé la nariz y él hizo lo mismo por reflejo-, nunca trabajaría para vosotros. Prefiero morirme de hambre.

Mi jefe puede ser mucha cosa, pero no llega a tus tobillos de ser gilipollas. En eso, estoy de acuerdo contigo. Puede que no sea el mejor jefe del mundo, pero jamás saldría de un lugar donde al menos me dieron una oportunidad, para seguirte a ti, que desde primeras la única oportunidad que me diste fue la de juzgarme sin pena ni gloria. No conozco tus funciones, ni como tratas a tus empleados, pero desde luego, si es como tratas a los demás, jamás y lo digo con la boca llena —eché el cuerpo y la nariz hacia adelante y él hizo lo mismo por reflejo—, jamás trabaría para ti. Prefiero morir de hambre.

Óscar parpadeó. Sus ojos eran increíbles, y no sólo por su profundo color azul, o por las motas verdosas que me recordaban al Mediterráneo en un día soleado, sino por la increíble profundidad y fuerza que transmitían. Se me puso la piel de gallina cuando levantó el labio superior izquierdo con una sonrisa absurdamente sexy.

—Jamás es una palabra muy permanente. Y yo no suelo usar palabras tan permanentes en mi vida, ni para bien, ni para mal. Te recomiendo a que hagas lo mismo, porque no hay buen viento para quien no tiene puerto, y mañana puedes tener que anclar tu barco donde no imaginas.

—Pues, hablando en vientos, quien siembra vientos, recoge tempestades, y ya que te gusta los refranes te dejo este más: ¡No me importa que el mar se seque si no me voy a bañar!

—Lo que se promete en la tormenta, se olvida en la calma…

¡Genial! Ahora estaba en un Starlucks en una pelea de gallos con un gerente arrogante y cara dura en una conversación de refranes como si fuéramos dos idiotas. Y a estas alturas, no sé quién de los dos ganaba el premio al mejor concurso de tontos. Por suerte, mi hermano volvió de la llamada y nos encontró a los dos con una sonrisa más falsa que las pesetas.

— Lo siento, pero era una llamada de trabajo. Óscar, ¿podemos organizar una cena, un fin de semana o algo así? Te llamaré y lo arreglaremos. ¿Sigues teniendo el mismo número? Me alegro de volver a verte. No podemos volver a perder el contacto.

—Por supuesto, también me alegro de verte. Además, ahora sabes dónde encontrarme. En la mejor cafetería del barrio. —Me miró de reojo y yo hice una mueca, sin que Jules lo notara.

—Hacemos así entonces.

—Jules, me tengo que ir, ¿vale? —dije a mi hermano, en un intento desesperado de escaparme de aquel fin de tarde inesperado.

—Yo también me voy, te dejo en casa.

—De acuerdo.

Todos nos despedimos. Mi hermano le dio un fuerte abrazo a Óscar y yo me limité a levantar una mano en señal de despedida. Salimos de la bendita cafetería. Y Jules me dejó en casa.

Capítulo 7

Manu me pone al corriente

Era mitad de semana y quedarme en casa era algo tan extraño para mí, que no sabía qué más hacer. Mañana, jueves, volvería al trabajo. Anoche, después de la increíble cita instantánea de tercer grado que tuve, estuve al teléfono con Rita hasta casi la medianoche. Le conté todo lo que había pasado, con Christopher, con Óscar, con mi hermano. Estaba aturdida y no podía creer todo lo que había pasado, de la nada. Pasé de tener una vida aburrida de trabajo, casa — casa, trabajo a vivir la adrenalina de las cosas extrañas. Durante estos dos días no he podido quitarme de la cabeza algunas de ellas. De todos modos, tenía que volver a la rutina y olvidar lo sucedido.

A la mañana siguiente, me desperté un poco agitada. Cuando sonó la alarma a las seis de la mañana, pensé que estaba en una trinchera de guerra y que me estaban bombardeando. Los cambios de rutina, como he dicho, no son buenos para el cuerpo. Es como cuando estás de vacaciones, días antes de volver al trabajo tienes que readaptarte a tu horario laboral o te sientes como si tuvieras desfase horario durante la primera semana. Solo llevaba dos días en casa y ya me sentía así. Vladimir se enredó en mis piernas, impidiéndome vestirme correctamente. Casi tropecé con el gato dos veces y me ir de boca al suelo. Entre las legañas, la visión borrosa y una mala noche de sueño, había poco que me ayudara esa mañana. Aun así, me puse a trabajar.

Entré en el vestuario y mis compañeros ya se estaban preparando. Todos me miraron y se quedaron parados, como si yo hubiera congelado la imagen con un mando a distancia de televisión. Era como esa película con Adam Sandler llamada «Click» en la que tenía un mando y podía detener la vida. Eso es lo que quería ahora. Para avanzar rápidamente al menos dos veces. Abrí mi taquilla y, al ver que no daba lugar a más cotilleos, la gente siguió su marcha. Cuando terminé de cambiarme, me dirigí al salón, pero en cuanto salí por la puerta, me topé con, ¡¿imaginad quién?! Por supuesto, Cristofito. *Después de todo, ¡qué extraño es llamarlo así!*

Temerosa y sin saber qué decirle, me limité a darle los buenos días. Para empezar. Cuando me vio, su voluntad de decir mierda ciertamente se desvaneció y su tez se volvió pálida.

—Buenos días, Alba. Espero que hayas descansado bien. Bienvenida de nuevo.

— Gracias. Ya estoy bien. Ahora, si me permites, voy a abrir la cafetería.

Se apartó hacia un lado y me dejó pasar. Oí a Chus entrar por la puerta.

—Señora María Jesús — dijo Christopher con su típica voz imperiosa de la mañana. Volvía a ser el mismo de siempre. Dejé escapar un suspiro de alivio—. ¿Cuál es el tiempo de tolerancia para llegar al trabajo?

—¡¡¡Ayyy, jefito!!! —levantó la nariz como si la hubiese acabado de introducir en un orinal público e hizo una mueca de asco—. Esta mañana he salido con retraso, había tráfico en la entrada de la...

—MARÍA JESÚS —gritó y las dos nos quedamos clavadas en el sitio; sentí que me convertía en un gusanillo asustado como cuando empecé a trabajar allí y, al parecer, mi nuevo valor se fue a la mierda en el instante en que gritó. Se dio cuenta de que había vocalizado más de la cuenta y se aclaró la garganta—. ¿A qué esperas? Ponte a trabajar de una vez, que ya es muy tarde.

Chus salió corriendo por la puerta de los vestuarios. Yo tenía la puerta de la cafetería en la mano, medio abierta. Christopher me miró y yo lo miré.

—A ver si nos espabilamos todos, que ya hemos empezado mal el día —dijo de mala gana y se fue.

La mañana fue muy ajetreada. Muchos clientes, pedidos, la faena habitual. Parece que ni siquiera Óscar pudo sacarnos tantos clientes. Salía a las cuatro, pero a las dos tenía un descanso de media hora. Y siempre comía en la terraza o salía a charlar con algún cliente. Christopher no decía nada al respecto. De hecho, incluso prefería que nos mezcláramos con los clientes, para demostrar que el lugar nos gustaba tanto como para comer allí. Antes de salir para mi descanso, miré a través de la enorme ventana de cristal que teníamos a la terraza. Había un chico que ofrecía una cucharada de pastel a su futura novia, muy probablemente, acompañado de una de esas miradas largas e intencionadas que habrían provocado mariposas en el estómago a cualquiera. A mí solo me dio algo de ternura y un poco de envidia. A veces me gustaría tener a alguien con quien compartir momentos. Por sus risas y gestos, era fácil adivinar que estaban compartiendo confidencias y momentos de afecto. Mientras los observaba, tenía la sensación de que alguien me observaba a mí. Giré el cuello y vi a Manu en la terraza, que acababa de sentarse a la mesa y agitaba la mano, haciéndome un gesto para que lo viera. Sonreí. Levanté la mano para decirle que lo había visto y que me esperara. Dije, muda, con la boca, gesticulando con un lenguaje no verbal: «Ahora salgo».

Cuando me di la vuelta, pude ver a Christopher apoyado en la pared, con su cuaderno en la mano y parecía estar ocupado con sus notas, aunque pude ver perfectamente que me estaba mirando.

Pasé a su lado y le dije: —Salgo a mi pausa. —Quité el delantal y cogí mi café y mi merienda. Salí y me fui a sentar con Manu.

Manu era un chico que trabajaba en el edificio de al lado, el mismo que Alberto. Dentro de ese edificio había varias empresas. Uno de los pisos era un Coworking. Uno de estos espacios modernos donde la gente comparte oficinas. Básicamente, los espacios de Coworking son oficinas compartidas en las que autónomos, teletrabajadores y emprendedores se reúnen para trabajar, y donde los gestores del espacio intentan conectar y crear oportunidades profesionales y personales entre y para sus miembros. Pagan por tener un espacio compartido para trabajar. Manu era diseñador gráfico y programador y tenía su trabajo como *FreeLancer* o autónomo, para buen entendedor. Alberto trabajaba en su espacio de coworking, pero solamente me enteré hace unos meses. Manu empezó a trabajar allí hace un año y siempre que podía bajaba a desayunar conmigo. Al principio, bajaba a tomar café. Un día, estaba en mi descanso para comer y él había bajado a tomar algo. Empezamos a charlar sobre algunas trivialidades y desde entonces nos hicimos amigos Manu era un bonachón y un chico muy majo. Éramos amigos de los momentos de pausa. Curiosamente, nunca habíamos marcado nada fuera de la cafetería, pero nos conocíamos como si fuéramos amigos desde la infancia. Él me contaba su trabajo y yo le contaba el mío. Conocía mis historias y se había convertido en un gran amigo. O al menos, yo lo tenía como tal y creo que era recíproco. Sabía de mi enamoramiento de Alberto. Una vez, cuando lo vi pasar, me senté con él y le dije que me gustaba ese chico. Fue entonces cuando me dijo que trabajaba en sus oficinas. También era autónomo y trabajaba en marketing y publicidad, según me dijo Manu. Me dijo que trabajaba con otras 3 personas en un equipo. Una de las cuales le gustaba a Manu. No es que le gustara, es que era una relación extraña. Se odiaban y se amaban a partes iguales.

—¡Qué confusión! ¿Qué está pasando, Alba? ¿Se han venido todos a almorzar a esta hora? Me costó conseguir una mesa —dijo él cuando me senté y lo saludé con dos besos.

—No me digas nada, esta semana está siendo eterna e insoportable.

—¿A mí me lo dices? Te recuerdo que yo ya *soporto lo insoportable* —dijo Manu, mientras daba un trago en su café americano. Siempre tomaba un café largo, típico de las pelis americanas—. No te vi ayer ni anteayer. Incluso he preguntado a tu gerente qué te había pasado.

Abrí los ojos.

—¿Has hablado con Christopher? ¿Qué te ha dicho? —pregunté curiosa.

—Oye, ¿qué está pasando? ¿Me está escapando algo? Es la primera

vez que te escucho llamar tu jefe por su nombre. ¿Qué pasó con Cristofito?

—Pero ¿qué ha dicho?

—De primeras me miró mal, seguramente preguntándose qué coño le estaba preguntando por ti, y luego me dijo que estabas ausente. Y no me dijo nada más. Es decir, no me ha aportado nada. Ya sabía que estabas ausente.

—No quiero irme por las ramas… Tienes que saber que esta semana han pasado muchas cosas. Probablemente no me dé tiempo a contarlo todo en este almuerzo, porque voy con la hora pegada al culo y tengo que currar, pero ya te digo que esta semana se montó aquí la de Dios.

—¡¡¡Nooo!!! —se acercó como si confiara en seguir cotilleando. Si alguien pudiera vernos desde fuera, diría que somos dos cotorras que cotillean más que el programa de Ana Rosa—. ¿Qué pasó?

—Para empezar, me ha decepcionado mucho tu colega Alberto esta semana. Incluso podría decir que creo que algunos de mis sentimientos por él se fueron al garete.

—¿Qué ha hecho este personaje ahora? — Levanté las cejas. Es cierto que Alberto no era la mayor preferencia de Manu, pero me pareció que le era más bien indiferente como para tratarlo de esa manera—. Últimamente va un poco subidito y se sigue así, conmigo le quedan dos telediarios.

— Veo que tú también has tenido historia. La mía es sencilla, se puso del lado de un cliente estúpido que ahora explicaré mejor, y que me trataba como el culo. Tuve un impulso irresistible de coger la escoba y aplastar la cabeza de Alberto. Nunca pensé que tomaría partido en una situación humillante contra mí, pero al final me lo merecía.

—¿Qué vas mereces, chica? Es un imbécil. Te digo que últimamente anda muy subidito de tono. No sé qué le pasa, pero esta semana ha empezado a sacar las garras. De vez en cuando, cuando tenía que discutir con Amparo, me dejaba algún comentario inapropiado. Ya estoy harto de él. Se está metiendo donde no le llaman y no me gusta cómo se insinúa a ella. He llegado a pensar que está interesado en ella y que me está tomando el pelo.

—¿Alberto está interesado en Amparo? ¿Qué dices? —Sin embargo, la información me pilló desprevenida y me sentí mal, para qué negarlo, no me lo esperaba.

—No confirmo ni niego, pero no me fío de él, ¿sabes? Te lo he dicho muchas veces, parece un buen tipo y esos son los peores.

—No, te equivocas en eso. Porque esta semana he conocido la versión opuesta. Dos personas que se comportan como chicos malos y son aún peores.

—¿Y eso? —preguntó sincero y preocupado.

—Así resumiendo mucho, muchísimo: Christopher estuvo a punto de despedirme, porque cometí un error con la historia de las tazas que ahora llevan escritos los nombres de los clientes, como te dije. Como resultado, un cliente empezó a despreciarme delante de toda la gente, incluido Alberto, porque me había equivocado de nombre. Y eso es únicamente la parte que te he contado. También está el hecho de que Cristofito, como has dicho, me envió a casa dos días de vacaciones y me besó en su coche. —Manu abrió los ojos como platos y su boca cayó sobre la mesa, casi—. Por otro lado, me enteré de que el cliente que me humilló en esta misma cafetería es el gerente de la tienda Starlucks que abrió al lado. Que, por cierto, es amigo de mi hermano, que quiere ir a Cataluña con su nuevo novio de tres meses. Todo esto en las últimas 96 horas, más o menos.

—¿Cómo puedes decirme todas esas cosas y quedarte tan campante? ¡Joder, chavala! Eso me tienes que contar con pelos y señales. O sea, has estado en una movida peor que un culebrón… no ¡espera! ¿Te ha besado tu jefe? —ahora le parecía haber caído la ficha —. ¡Ostras! ¡Qué fuerte! Es que flipo.

—Ya te contaré, prometo —Fue lo único que le respondí.

—¿Me vas a dejar en ascuas hasta mañana?

—Sobrevivirás. Además, me tienes que contar mejor ese tema de Alberto. Temo que lo mío con él se acaba esta semana.

—Alba, hablas como si tuvieras algo con él. El chico ni siquiera sabe que estás pillada por él.

—Estaba.

—¿Significa eso que te estás cavando un agujero al besar al otro tipo?

—Un agujero te escarbo yo para meterte dentro, Manu, tira que me tengo que ir adentro. Descansa, mañana hablamos —Acabé por no querer darle demasiada información, y por no quitarme de la cabeza su comentario sobre lo que podría pasarme si no olvidaba lo que había pasado dentro del coche de mi jefe.

Estaba a punto de despedirme de él, cuando vi a Christopher dentro de la ventana mirándome con los ojos entrecerrados.

—Mejor me voy, si me ve aquí charlando…

—Si nos ve, que se joda, no eres propiedad de nadie, y menos tener que justificar nada. —Me guiñó un ojo y le devolví la sonrisa.

—Tienes razón, no le debo nada.

—Muy bien, chica lista.

—¿Te veo mañana?

—Sí, salgo para almorzar a la misma hora.

—Vale, nos vemos. Y por cierto… no comentes nada con Alberto.

—¿En serio, Alba? Quiero que Alberto va a… mejor me callo. Me

voy.

Y se fue. Mientras tanto, volví a trabajar. Fui al vestuario para ir al baño a lavarme los dientes y limpiarme y me puse el delantal para volver al trabajo.

Capítulo 8

Un ataque de celos

Cuando estaba a punto de volver al trabajo, vi a Christopher entrando por la puerta de los vestuarios. ¿Qué narices estaba haciendo allí? Aparte de que nunca había ido al vestuario, más que para dar sus aburridas charlas, había estado todo el día en la cafetería observándome y eso no es propio de él, que suele escabullirse a la primera oportunidad.

—¿Se puede saber qué tanto haces en la terraza con los clientes?

—¿A qué santo viene eso ahora? —le contesté cruzando los brazos.

—Viene del hecho de que estás constantemente de charleta con los clientes y eso no se ve nada bien. Además, no te das cuenta de que la cafetería está abarrotada y que tus compañeros necesitan ayuda mientras tú estás ahí «*ji ji ja ja*».

Seguía comiéndose el tarro a todo lo que hacíamos. Con qué arte había vuelto a ser lo mismo de siempre, despreciable e insoportable. Avanzó un paso y yo reculé dos. Paró delante de mí a una cierta distancia de seguridad.

—Te di dos días de descanso para que te calmaras y te aclararas, pero veo que vuelves a ser la misma de siempre.

Fueron años duros en los que me labré un futuro y en los que se forjó la personalidad que me llevó a convertirme en la mujer que era; una mujer fuerte y sin miedos que miraba el futuro de cara. Lo último que iba a admitir era ser controlada por un cavernícola.

—Tú también no has cambiado nada. Pero no me sorprende.

Avanzó otro paso más y otro más y yo fui reculando hasta quedar contra la taquilla. Colocó las manos de cada lado de mi cabeza, encorralándome contra el metal. Levanté la mirada, porque también él era bastante alto; él bajó la cabeza para encontrar sus ojos con los míos.

—Vaya… vaya… Si no fuera porque tengo trabajo que hacer y tú también, ya me contarías porque no te sorprende cosas sobre mí. ¿Qué pasa? ¿Tanto piensas en mí como para dejarte sorprendida? ¿O no sorprendida?

De buena gana me hubiera lanzado a su cuello y apretado con fuerza, pero por alguna razón mis ojos se posaron en sus labios y… «*¿Qué me está pasando*?» «*Porque me quedo inmovilizada mirándolo como si me hechizase.*»

—Bueno, puedes sacar las conclusiones que quieras porque yo no pienso en ti.

—¡Ufff!… claro… claro. —Su cinismo ya le salía por las orejas—. Si no fuera porque estoy plenamente convencido de que no vas a tardar ni un suspiro en volver a caer en mis brazos cuando te bese, diría que no es bien así.

—¿Me dices donde tengo que firmar mi renuncia, por favor?

Que a gusto me iba a quedar cuando estampase mi firma en ese papel y lo dejase colgado de una puta vez. ¡Qué atrevimiento! «*¿Quién se habrá creído?*»

—Si te vas dejas de ver a tu amiguito todos los días. —Se acercó a mi boca y me sobresaltó ligeramente, haciéndome salir del limbo que causaba su presencia. La distancia entre nosotros era mínima, y si alguien entraba en ese momento íbamos a armar un lío. Noté cómo sus ojos brillaban de forma diferente, casi exudando lujuria.

—No te preocupes por mis amigos, Christopher, los veré en otras ocasiones más privadas. — Confieso que quería atacarlo y ser estúpida con él para bajarle el ego que tenía, me sacaba de mis casillas.

—¿Tienes algo con ese tío? —preguntó con el mismo tono de supremacía y de quién seguía haciendo agua los sesos. Aun así, tengo que admitir que fue directo. ¡¿Qué leches le importaba con quién salía?!; estaba loco. ¿A qué venía su repentino ataque de interese por mi vida? —Está claro que él te gusta y hay una conexión especial entre ambos.

Me dio las ganas de reír. ¿Dónde se sacaba tamañas películas? Pero él se quedó inmóvil y nervioso. Podía sentir su respiración agitada. Entonces me puse seria.

—¿Estás celoso de un cliente? ¿Va en serio, Christopher?

Me puse la mano en la frente, estaba nerviosa, como si fuera mi primer día de trabajo. Súbitamente entendí que Chris se estaba llevando esto a otro nivel.

—Sí.

Así, seco, escueto y rápido confirmó una barbaridad. Estaba teniendo un ataque de celos. ¿Por mí?

—Voy a ser directa contigo, Christopher… no te voy a proponer llevarnos bien, porque sería difícil, ni te voy a hablar de mi vida ni de con quien salgo o no, porque eso no es de tu incumbencia, pero podemos olvidar todo lo que está pasando y volver a nuestro trabajo, como siempre…

Me cogió la barbilla y quedé paralizada.

—¿No lo ves? —inquirió sin apartar los labios de los míos, provocándome un cosquilleo. Cerré los ojos, empecé a sudar escalofríos. Abrí los ojos y de pronto me encontré con los suyos; tragué saliva—. Soy tu jefe, sí. Y me veo obligado a decirte lo que pienso. He caído como un imbécil. —Enarqué una ceja—. Sí, como un imbécil. En tus manos. Mírate. ¿No lo ves? Has conseguido todo lo que

no quería…

—¿De qué coño estás hablando? —No entendía nada de lo que decía.

Atrayéndome por completo a su cuerpo, me volvió a besar. Pero de esta vez, logré empujarlo.

—Accedí hablar contigo, pero no a que me metieras las manos y la boca. ¿Por qué me besas? No puedes besarme así sin más.

—¿Sin más qué? Quiero besarte. Quiero… mucha cosa.

—Que te estás precipitando, en lo personal y en lo profesional.

—Me he enamorado de ti.

Me mordí el labio. Él pasó los ojos por mi gesto y con él dedo lo soltó y beso suavemente la parte mordida de mi labio inferior. Volví a morder el labio con un gesto malicioso.

—Me vuelves loco.

Me rodeó la cintura con los brazos, atrayéndome otra vez hacia él, y el siguiente beso fue completamente distinto. Fue un beso profundo, y la tensión sexual que había flotado entre nosotros desató con toda su fuerza. Y con la misma fuerza me empujó contra la taquilla, haciéndome retroceder, arrinconándome contra el metal de su puerta. Me puso las manos sobre los hombros y las deslizó por mis brazos, mientras su boca me comía a besos. Entrelazó los dedos con los míos. A la continuación, me subió los brazos, sujetándolos contra la puertita y el ruido metálico inundó la habitación. *«¡Dios mío, como entre alguien ahora!»*. La mano libre deslizó por mis nalgas y con una fuerza increíble logró cogerme por debajo de ellas y me irguió. Instintivamente rodé su cintura con mis piernas. De esa forma conseguí quedarme totalmente atrapada por aquel cuerpo poderoso que me sostenía como si fuera una pluma.

Soltó mi mano que seguía presa contra la taquilla y me cogió la nuca. Mi mano de inmediato rodeó su cuello para poder mantener el poco equilibrio que me quedaba.

—Ummm… Me gusta —su boca bajó a mi cuello, dejando un reguero de caricias electrizantes y regresó a mis labios hambrientos—. Esto es lo que quiero y no creo que pueda aguantar más…

Y en el error de mi pensamiento me dejé llevar por los siguientes cinco minutos. «¡*Esto se nos está yendo de las manos!*», pensaba, intentando mantener la poca cordura que me restaba. El jefe y yo. Caí en picado y sentí, sin querer asumirlo de inmediato, que yo también quería lo que él me estaba haciendo. Quería más de él, mucho más. No importaba cómo lo llamara entonces o cómo lo llamaría después, pero en ese momento, quería más de Chris.

Sé que, en ese abismo, mi cabeza me decía que quería follarlo a besos, entre otras cosas, y en otras ráfagas de lucidez, me decía que, tarde o temprano, me iba a cagar en su puta madre.

—Dime lo que quieres… —me besaba y me hablaba—. Dime que quieres más, por favor…

Yo no pensaba hacer otra cosa más, solo iba haciendo lo que me instinto me decía, no sabía que era lo que se seguía, que era que en ese momento quería o no quería, pero yo estaba desconcertada y cachonda.

—Chris… —no conseguía hablar. Me pesaban los ojos de la locura, me cuerpo estaba tenso por la pasión que me consumía. Tenía que parar antes de que fuera demasiado tarde.

Mantuve los ojos entornados, abandonándome a las sensaciones que estaba experimentando. Sus labios me tomaban con posesión, su lengua exploraba mi interior, igual que sus dedos recogían mi cuerpo y rodearon mi pecho para acarícialo. Temblorosa, rogué que no parara. Chris despegó sus labios de los míos, jadeando y yo miré a sus ojos.

—Quiero más… —me susurró.

—Pero te vas a quedar con las ganas. Suéltame. —Me miró perplejo y con la mirada peligrosa, pero me colocó en el suelo. Intentó volver a tocarme, pero lo detuve.

Se mantuvo frente a mí. Estuve a punto de dar un paso atrás para retirarme, pero mis tobillos no estaban del todo estables, así que me mantuve quieta y decidí que uno de nosotros tenía que tomar las riendas de lo ocurrido y ser sensato. Y aunque me dolía el corazón, debía hacerlo.

—Si me vuelves a tocar, Christopher, te juro que me iré a trabajar en ese mismo instante directamente a la cafetería cuyo nombre no se pronuncia aquí.

Sentí el deseo de abrazarlo, besarlo y acariciarlo y no solo había cometido una estupidez, sino que a juzgar por la expresión en su rostro la habíamos cagado y bien. En qué había estado pensando, era Christopher. Sentí una punzada en el pecho y él seguía mirándome con aspereza. No obstante, no dijo nada.

Corrí a la sala principal y lo dejé plantado en el mismo sitio. No lo volví a ver en todo el día.

Salí de currar a las cuatro, como era supuesto. Este día iba a hacer unas cuantas horas más para compensar las que había perdido, pero después de lo ocurrido, no tenía ganas de compensar nada. Llevaba un tiempo pensando en ello, pero no estaba segura de que iba a poder hacerlo. Las cosas entre Christopher y yo se habían complicado. Era obvio lo que Rita siempre decía, y yo no le hacía caso: que él sentía algo por mí. Ya sea por atracción o por deseo —lo más probable—, lo que ocurrió entre nosotros no debería haber sucedido. Si nuestra relación había sido mala durante los últimos cinco años, esto apenas complicaría las cosas.

Y, además, estaba el hecho de que no podía entender por qué cada vez que me besaba, me sentía rara. Christopher era un hombre atractivo, no lo iba a negar. Si no fuera tan estúpido, casi podría decir que era mi tipo de hombre ideal. Pensar en ello me producía arcadas, pero era cierto. Pensé en todos esos años con él y si me detenía a hacerle una breve descripción, mi estómago volvía a sufrir un espasmo.

Chris era un hombre alto, pero de nuevo, todos lo son para mí. Tenía una voz profunda, pero que desgraciadamente, a menudo me sacaba de quicio. El mero hecho de escucharla me ponía los pelos de punta y me hacía sentir malhumorada. Llevaba un corte mohawk, con su pelo negro azabache y sus cejas en forma de guadaña. Su nariz romana y sus pómulos de media cúpula se asentaban sobre una mandíbula de roble. Sus hombros de luchador formaban parte de su fornido físico. Caminaba con paso de tigre y sus ojos azules nómadas centelleaban. Eran redondos como Saturno y estaban llenos de triunfo tras su éxito en el trabajo. Su personalidad audaz y su voz grave eran una parte importante de su ambicioso carácter. Siempre llevaba ropa elegante y su olor penetrante y picante era atractivo. Me encantaban esos hombros de Titán. Me gustaban los hombres con espaldas y hombros anchos. Se me ocurrió que acunarme en el hueco entre su clavícula y su cuello y quedarme dormida allí, sería maravilloso.

Lo único que me ponía nerviosa era su personalidad. Tan sombrío, tan oscuro. A su juicio, una mente rígida e impenetrable, no dispuesta a someterse a los desacuerdos, era más eficaz, según su opinión. Era arrogante, se creía en posesión de la verdad y era altamente resistente al cambio. Me enfadaba con este tipo de personas, con mentes dogmáticas que se niegan a revisar sus creencias, a dudar de sus principios y a rechazar cualquier información. Son personas serias y amargadas a las que no les gustan las bromas o la lúdica convivencia. Por otro lado, son normativos y conformistas: se aferran a la tradición y al pasado y, por tanto, están condenados a repetir los mismos errores. Y para amargar la vida de los demás. Si no fuera por eso, que ya es bastante malo, Christopher sería sin duda el hombre ideal. Un cuerpo y una cara perfectos con una personalidad tan horrible. ¡Qué pena! O no.

Y de repente empecé a compararlo con otra persona. Con Óscar. No lo conocía, pero parecía tener una personalidad similar. Pensé en ambos.

Óscar, tenía características similares a las de Christopher, si lo pensaba. No era un modelo masculino, pero debería haberlo sido. Su frondoso cabello dorado tenía un aspecto ondulado, signo de su rebeldía. Su único defecto era que tenía cejas de escarabajo, que a veces se tejían con frustración.

Su nariz aguileña complementaba sus prominentes pómulos. Guapo de forma sutil, su mandíbula de basalto y sus hombros espartanos hablaban de fuerza. Poseía un poder leonino latente y siempre caminaba con determinación y autoridad. Sus hipnotizantes ojos azules eran igualmente característicos. Con forma de eslogan, podían brillar tanto como las estrellas de la noche cuando las iluminaba la alegría. Sus ojos, tan brillantes y cautivadores como las estrellas de cristal, hechizaban a todos los que caían bajo su firme mirada. Brillaban de alegría y resplandecían como dos joyas de azul eterno forjadas en la nieve. Otras veces, podían parecerse a dos charcos de brillante fuego azul líquido.

Parecía sacado de un molde diferente, ya que tenía un aspecto andrógino poco habitual en la mayoría de la gente. Lacado y esmaltado por el sol, irradiaba energía y brío. Sus contornos eran tan afilados que parecían tallados y recortados a la perfección. De carácter extravagante, la sala estaba siempre llena con su voz sonora y retumbante. También se apresuraba a dar una réplica irónica o humorística. Su postura elegante de hombre de negocios de éxito le daba un encanto muy particular. Tenía una visión diabólica y una sonrisa estelar.

En total, se trataba de dos buenos especímenes de de puta madre que harían mojar las bragas a cualquiera, pero ninguno de ellos valía el suelo que pisaba. O, como dijo uno de ellos, las tazas que servían. Suspiré profundamente. «*¡Te estás metiendo en berenjenales, Alba!*».

Capítulo 9

Anécdotas del día a día en la cafetería

A la mañana siguiente, tras mi perturbado regreso del día anterior, las cosas pintaban mal. No eran ni las siete de la mañana y ya estábamos corriendo por la cafetería como cucarachas. No sé qué pasaba que no podíamos parar ni un segundo, y en días así, el bullicio se apoderaba del local y de la personalidad de todos. Y también de la de Cristofito, suficiente para empezar a dar por saco a diestro y siniestro.

¡Ah, el mundo de la elaboración del café! Tanto si te dedicabas un poco a tiempo parcial mientras estudias como si era tu trabajo a tiempo completo, sabrías que ser barista ponía a prueba tus nervios. No hay duda de ello. Trabajar en la hostelería te daba una paciencia como ninguna otra: te relacionabas con algunas de las personas más imposibles que pisaban esta tierra, y lo hacías todo con tu mayor y más falsa sonrisa... La mayoría de las veces, te merecías una medalla.

Llevaba una bandeja cargada de cafés, porque hoy me tocaba servir en la terraza. Chus no había venido a trabajar, lo que puso furioso a Christopher. Y cuando eso ocurría, los demás éramos el campo de batalla de sus achaques. Me indicó que me quedara a atender a los clientes en la terraza, tarea de Chus, pero como ella no estaba, me tocaba a mí. Pero lo peor era que también le echaba una mano a Rita. Dijo que, como yo estaba a cargo después de él, tenía que hacer un esfuerzo adicional y ayudar en ambas tareas. En esos momentos me apetecía llamarle de todo. Pero, veamos... Yo, que cobraba un sueldo de camarera casi desde que empecé a trabajar, tenía que asumir tareas de gerencia, responsabilidad y tener más tentáculos que un pulpo; pero mi molusco jefe se encerraba en su concha y no hacía nada. Sus funciones eran supervisar que todo estuviera en orden. Christopher no ponía cafés, no tocaba una fregona y ni siquiera movía el culo de su ingenioso traje de dos piezas, que resultaba ridículo para trabajar en una cafetería cuando todos llevábamos su autoimpuesto uniforme. Mi temperamento empezó a subir y con él, mi mala leche. Y hablando de leche, empecé a servir al Sr. Riviera, que siempre se sentaba en la misma mesa. Me preguntaba con qué iba a salir hoy. No tardé en obtener una respuesta:

—¿Dónde está mi café con leche? No fue esto que te pedí. —Miré el cortado que había colocado sobre la mesa. La madre que lo parió... Luego pregunta dónde está su café con leche. Tuve que luchar contra el impulso de decir: «*Tu café con leche ya estaría listo si eso fuera lo que*

realmente has pedido». Pero, desgraciadamente, el cliente siempre tiene razón, y quito el cortado que ha pedido y me pongo a preparar un café con leche. A regañadientes.

Cuando termino de servir a todos los clientes, un chico en una mesa me llama. No hace falta decir que la terraza exterior estaba llena. Como había salido el sol y hacía un día espectacular, invitaba a tomar algo afuera.

—Perdona, ¿puedo pedirte algo?

—Sí, dígame, ¿qué le traigo?

—No, quería preguntar si puedo cambiar de mesa. Espero a dos personas más y en esta mesa no caben todos, pero veo que no hay asientos. Si pudieras encontrar uno para mí, te lo agradecería mucho.

Eché un vistazo a todas las mesas y vi a un tipo en una mesa de cuatro, solo. Pensé que podía pedirle educadamente que cambiara de lugar con ese señor.

—No se preocupe, hablaré con el señor de aquella mesa. —Señalé la mesa que había visto—. Un momento.

—Gracias por tu gentileza.

Asentí con la cabeza y me acerqué a la mesa donde estaba el chico solo.

—Disculpe molestarlo, pero ¿podría cambiar de mesa con aquel señor, por favor? —pregunté con una sonrisa, enseñándole con el dedo la mesa correspondiente. Levantó la vista con una expresión de fastidio.

—Estoy bien aquí, ¿por qué tengo que cambiar?

—Tenemos otros clientes que necesitan esa mesa y, como está solo, he pensado que podría pasar a otra mesa más pequeña.

La mesa era más grande que las demás y más accesible. Había varias donde podría haberse sentado, pero la suya era la única con más asientos y la única que ocupaba solo.

—No, no creo que lo haga... a menos que haya una buena razón para ello.

Su cara se frunció y me quedé patidifusa. «*¿Qué más le costaba cambiarse?*»

—Lo siento, pero el señor de la otra mesa está esperando a otras personas y esta mesa es la única con más asientos. No va a cogerlos todas, podría perfectamente pasar a una mesa individual.

—Ah, ¿sí? ¿Y a quién le ha dicho que no espero a alguien también?

—¿Espera? —pregunté con enfado. Era obvio que estaba siendo desagradable. ¡Qué paciencia!

—No, pero podría. Además, pagué un suplemento para sentarme en la terraza y no creo que hubiera ninguna restricción en cuanto a dónde podía sentarme. Así que puedo sentarme donde quiera.

—Es usted muy antipático.

—Y la señora tiene una boca muy atrevida. Y me debe una disculpa —abrí los ojos con total desprecio.

—No voy a hacer eso. —Era él quien debería disculparse, no yo.

—Pero estoy seguro de que su gerente podría hacerlo. Quiero hablar con él. No quiero hablar con usted.

—Muy bien.

Me di la vuelta y volví con el hombre que me pidió la mesa.

—Lo siento, pero no he podido conseguir una mesa para usted. —Miré de reojo al fulanito engreído y hice una mueca de asco.

—No pasa nada. Ya nos apañaremos, no hay problema. Gracias de todas formas. Es usted muy amable. —*«Díselo al señor estúpido que no quiso cambiar de mesa contigo».*

Volví a entrar y dejé la bandeja vacía. Entregué los pedidos a Rita, que estaba en la barra, y le pedí que preparara los cafés. Mientras tanto, me acerqué a mi jefe y le comenté:

—Oye, jefe —Decidí llamarlo así, para no ser demasiado íntimo—, un cliente de la terraza quiere hablar con usted.

Aquella mirada de cerca era insostenible. Lo vi alzar levemente las cejas y bajar su boca hasta mi oído.

—¿Por qué mierda me llamas "usted"? —Di unos pasos para apartarme de él y levanté la barbilla, pero no contesté. Alzó de nuevo las cejas—. De verdad, Alba, no sé qué hacer contigo. Me desesperas. —«*¿Yo? Tiene gracia*»—. ¿Cuál cliente?

Señalé a fulano y él salió a la terraza con largas zancadas para encontrarse con susodicho.

Volví a revisar los pedidos anteriores y llené la bandeja de nuevo. Cuando salí a dejar todo, pude ver a Christopher hablando con el señor gruñón. Cuando me vio, me dirigió una mirada diabólica: ¡fantástico! Justo lo que necesitaba. Otra reprimenda.

Fui dejando cositas en las mesas, y tras dar la espalda a una de ellas, oí:

—¿Me estás tomando el pelo? Pedí un café helado con caramelo, no esto.

Me giré y miré al hombre que se quejaba. ¿Qué coño ha pasado hoy, todo el mundo se ha tomado el día libre para putearme? El tipo tenía a su lado a una rubia despampanante y probablemente se hacía el remolón para impresionar a la chica. No sé qué tenían los hombres que pensaban que sacar su lado estúpido, despreciando a los demás, era un signo de virilidad y poder. Era simplemente una gilipollez. Y nada más.

—Caballero, esto es un café helado, eso es lo que ha pedido.

—No, yo pedí un café helado con caramelo. —Me paro a pensar. Llevo algo más de cinco años trabajando allí y lo he hecho muchas veces; creía que sabía cómo era. Pensé lógicamente y luego pregunté:

—¿Se refiere a un café helado con helado de caramelo? —No sé qué otra cosa podría haber pedido, porque no teníamos ese tipo de café en el menú.

—¡¡No!! Café helado con caramelo. No necesitas un curso académico para entenderlo, ¿verdad? —Lo que no era necesario era ofender, pero parecía que todos los pijos de la ciudad habían ido a sentarse allí en la terraza.

—Al mejor, ¿querrá un café helado normal con glaseado de caramelo?

—Joder, chica, tráeme un puto café con caramelo. ¿Tan difícil es? Ese que anunciáis en la tele.

Detrás de mí apareció una cabeza. Y una voz inconfundible.

—¿Pasa algo? —Christopher nos miró a los dos, a mí con la típica mirada fulminante y al cliente con una sonrisa falsa—. ¿Puedo ayudarte en algo? Yo soy el gerente.

—Por fin, alguien con luces. —Miré hacia abajo y me quedé quieta en mi sitio. No iba a discutir con un cliente delante del jefe. Cuando volví a levantar la vista con los ojitos bajos, la expresión de Christopher era dura—. Le dije a tu camarera que me trajera un café helado con caramelo y me trajo un café helado con algo que no sé qué es. Le he dicho la de veces lo que quería y parece que no lo entiende. Ya no sé cómo explicarlo. Incluso le dije que es lo mismo que sale en los anuncios de televisión. No tiene perdida.

Debía tener una mirada confusa, y antes de que pudiera responder a la acusación, Christopher puso una mano delante de mí, no pude saber si para detenerme o protegerme. Pero con la mano todavía allí, le dijo al cliente:

—Creo que eres el único que se ha perdido algo aquí. Mis empleados están perfectamente cualificados para servir en esta cafetería, y como te ha dicho la señorita aquí presente —tragué saliva —, no servimos ese tipo de café, porque esta no es la cafetería que tú crees que es. Creo que te equivocas.

—No me jodas, ¿esto no es el Starlucks que abrió? Entonces ¿qué es?

Pude ver cómo la cara de Cristofito cambiaba de color. Desde el blanco hasta el rojo, pasando por el amarillo y el morado. Esto no era nada bueno.

—Esta es una cafetería en la que se sirve un buen café, en la que hay gente competente y en la que se trata a los clientes como si fueran de la familia, así que está claro que este no es el lugar para ti. Me gustaría que abandonaras mi cafetería inmediatamente.

—¿Perdón? —El chico se levantó y estiró el pecho hacia Christopher. Él se acercó al cliente y pensé que iba a pegarle o algo así, pero se limitó a sujetar su figura. Joder. Cuando estaba así,

parecía que medía dos metros. Me cago en sus músculos, era realmente fuerte y con esa postura tan encrespada y su mano defendiéndome, de repente estaba muy excitada. «*¡Qué tonta soy!*»

—Lo que he dicho, por favor, no eres bienvenido en mi establecimiento. Por favor, vete.

Durante unos segundos siguieron mirándose peligrosamente, pero entonces el chico, dándose cuenta de que no iba a ponerse chulito delante de la chica a la que quería impresionar y permitiéndose llevar dos hostias de un hombre que le doblaba la edad, se limitó a coger el brazo de la sumisa doncella y le dijo:

—Vamos, que esto es un café de barrio y esto es una gentuza.

Cuando percibí que Christopher iba a avanzar hacia el chico, Dios sabe para hacerle qué, le agarré del brazo y él miró mi mano sobre su piel. Entonces me miró a los ojos.

—Por favor, no es necesario. Se va. —No dijo nada. Suspiró, se calmó, salió de la terraza y entró en la cafetería.

Toda la gente de alrededor observaba la escena. Hice mi trabajo, porque lo bueno de los chismes y las anécdotas de los cafés era que eran fugaces. Los restaurantes acumulan una gran cantidad de anécdotas que son verdaderas joyas, suficientes para escribir un libro sobre ellas.

Todavía me sorprendió la actitud de Christopher. Creo que era la primera vez que me defendía delante de un cliente. Después de lo ocurrido esta semana, en la que casi me echa del trabajo por la situación con Alberto y Óscar, nunca pensé que saldría en mi defensa de esa manera. Es cierto que el cliente estaba siendo muy borde e inapropiado, pero tampoco entendí su reacción. Pero eso no fue lo último del día, hoy estaba siendo un justiciero y me dejó muy desconcertada. Más tarde, cuando ya estaba sirviendo en la barra, entró un viejo verde, de esos a los que les gusta mandar bocazas a las camareras.

—¿Me pones una americana? —dijo el garrulo con picardía.

—¿Lo que quiere es «un americano»? —pregunté sonriente. Mucha gente se confundía con los extraños nombres que se daban actualmente a los cafés, era normal.

—No, no me gustan los hombres, me gustan más las chicas guapas como tú. —Y con esa insinuación tan directa, consiguió dejarme con una sonrisa amarilla. Podía ver por dónde iban los tiros.

—Muy bien, ¿corto o largo?

—¡Qué atrevida eres! La tengo bien dimensionada. —Dejé escapar una profunda bocanada de aire. Se me estaba acabando la paciencia con los cerdos. Había alcanzado mi cuota de disponibilidad. Pero, mi perro guardián parecía estar detrás de mí todo el tiempo y, de repente, sentí unos brazos que me empujaban fuera de la caja y un cuerpo que

me sustituía. Otra vez Christopher. ¡¡¡No!!! Mi boca se había ido hasta el suelo. «*¿Cristofito en la caja? ¿Qué le pasa? ¡Está enfermo!*».

—Gracias, Alba, yo me encargo de este señor —dijo sin mirarme, ya detrás de la caja registrando el pedido—, así que para usted le pongo un café largo, tipo americano, ¿no, caballero? Al mejor le pongo también una galletita de oferta, ya que es usted tan dulce con mis empleadas. Una galletita o dos.

Comprendí perfectamente la ironía de su expresión. Lo que quería era clavar dos «galletas» en el hocico del hombre. Ya éramos dos. Se sentía extraño ser defendida por él. La verdad era que, aunque era agradable verlo hacerlo, yo sabía cómo defenderme y no necesitaba a un hombre para que me defendiera. De hecho, lo primero que aprendí fue a defenderme de él. Así que era irónico y muy extraño.

No sabía cómo afrontar todo esto. La verdad es que me pasaba todo el tiempo pensando en él, incluso me di un baño de agua fría cuando recordé ciertos acontecimientos, las noches anteriores. Y no pude evitar sentirme muy acalorada con él actuando como un protector. Era estúpido pensar así, pero ¿a quién no le gustaría sentir que alguien le protege? Yo, por supuesto.

En ese mismo momento, empezó a sonar de fondo la canción «*I have nothing*» de Whitney Houston, de la película "El Guardaespaldas" y, pensé que no podía ser más apropiada. Ahora tenía una especie de guardaespaldas. Ya sabemos cómo acabó la diva Whitney. Al menos en la vida real. Así que lo mejor era dejarse de tonterías y volver a tener la cabeza en su sitio.

Sin embargo, me paré a escuchar la música por un rato, mientras lo veía atender los clientes, por primera vez, en la caja.

«Comparte mi vida, tómame por lo que soy. Porque nunca cambiaré, todos mis colores por ti. Toma mi amor, nunca pediré demasiado. Solo todo lo que eres y todo lo que haces. No necesito buscar, mucho más allá. No quiero tener que ir, donde no sigas. La retendré de nuevo, esta pasión interior. No puedo huir de mí misma, no hay donde esconderse.

No me hagas cerrar una puerta más. No quiero hacer más daño. Quédate en mis brazos si te atreves o debo imaginarte allí. No te alejes de mí, no tengo nada, nada, nada, si no te tengo a ti, a ti, a ti, a ti.»

Capítulo 10

La aparición y la lucha de gallos

No podía ser peor. A las dos de la tarde, mi hora de descanso, me senté en la terraza a comer. No había visto a Manu. Quizá le haya pasado algo. *¡Qué mierda!,* pensé. Casi un año hablando y siendo amigos y yo no tenía su número y él no tenía el mío. Era ridículo. Tenía que pedirle enseguida sus datos de contacto. Estaba preocupada y ahora no sabía qué podía haberle pasado. Con esto en mente, vi a Alberto pasar para el interior de la cafetería. Podría preguntarle sobre Manu. Trabajaban en el mismo lugar. Pero si lo hiciera, sospecharía de todo. Se supone que no debía conocer esa información, es decir, ¿cómo podía saber que Alberto trabajaba con Manu? A no ser que lo estuviera acosando o que fuera porque estábamos hablando de él. Sin embargo, a pesar de todo eso, estaba preocupado por Manu y sentí el valor de levantarme y probar suerte. Me sonrojé en cuanto entré en la cafetería detrás de él. Le vi pedir una empanadilla para llevar. Rita me miró con ojos cómplices. Justo cuando iba a acercarme a él, volvió a pedirle algo más:

—También voy a llevar un *macchiato* de soja descafeinado triple con sirope de avellana sin azúcar.

¡Qué raro! No bebía ese tipo de café. Al ver su cara me imaginé que era cierto lo que había dicho Manu de que Alberto estaba enamorado de otra persona, de la chica de Manu. Sentí que la ira subía en mi pecho.

—Perdona —me miró con los ojos asustados, pero al verme e identificarme suavizó la mirada y esbozó una sonrisa de lado. Definitivamente no se alegraba de verme—, no quiero molestarte, Alberto, pero ¿puedo hacerte una pregunta?

Estaba un poco intimidado y vi que ponía cara de cirunstancias. Miró su reloj y chasqueó la lengua.

—Sí, claro, no tengo mucho tiempo, pero dime.

Técnicamente no se trataba de un pedido de café, pero fue una verdadera prueba del principio «el cliente siempre tiene la razón». Y esta vez, Manu tenía razón. Alberto no era lo que ambos creíamos que era. Cada vez me daba más asco.

—Es algo rápido. Solo quería preguntarte si sabes algo de Manuel. Suele venir a almorzar y no lo he visto, me preguntaba si estaría enfermo o algo así.

Me miró como si me hubieran salido dos cabezas. Si pensara mal, acertaría. En cualquier otro momento, me temblarían las piernas, las

babas estarían en el suelo y probablemente nunca habría tenido el valor de preguntarle ni la hora, y mucho menos de hablar con él y desahogarme. Parecía una broma, pero fue suficiente para hacerme morir de vergüenza. Únicamente que ahora pensaba en todo lo que había querido de él.

Sí, otrora quise que él fuera la persona que nos apoya en los peores momentos, la que nos empuja cuando no queremos avanzar, la que nos consuela y nos anima. El que comparte nuestras penas y nuestras alegrías, el que nos recoge con sus brazos en su regazo cada vez que necesitamos un abrazo, y nos besa con ternura, aplacando las inquietudes del alma. Una persona muy especial para mí. Pero ahora solo veo a un chaval tonto. Al fin y al cabo, las circunstancias siempre me han enseñado que la vida no es un cuento de hadas, ni las personas son los personajes de los libros de romance o de las películas de comedia romántica. Solo son personas. Hay momentos en los que la vida es buena, gratificante, y aprendemos a apreciar a quien tenemos a nuestro lado en ella. Como ahora mismo. Aprendí que Alberto no era más que un personaje que había creado en mi cabeza y que nunca existió. Además, pensaba que estaba enamorada del concepto que había idealizado de él, no de él. Lo había etiquetado, sabiendo que esto no trae buenos resultados para nadie. Y que está mal hacerlo. Pensé que necesitaría una máscara de oxígeno si un día me rechazaba. Y por eso, preferí pasar años queriendo una idea, un estereotipo de persona en mi cabeza. Menos arriesgado, sin duda. Y menos real. Resumiendo: Alberto, ahora mismo, me importa lo que venía siendo un carajo. Y sonreí, porque por fin conseguí entenderlo y ser libre de nuevo.

—¿De qué Manuel estás hablando? Conozco muchos Manueles. —Preguntó, prefiriendo relegar al olvido su antipatía. Realmente no lo conocía. Me bastaron dos minutos de conversación para perder el interés por él.

—Creo que sabes perfectamente a qué Manuel me refiero. El que trabaja en tu oficina junto con Amparo.

Se quedó con el rostro congelado. Lo había pillado.

—No lo sé, hoy no lo he visto en la oficina. No sé por qué no ha venido. Deberías llamarle si estás tan preocupada por él.

¡Qué interesante! De repente, se encendió una luz en esa cabeza y los dos fuimos conscientes de quién estábamos hablando. La decepción de no conocer bien a alguien que estaba tan presente en tu alrededor era evidente para mí.

—Lo haré, gracias. Que tengas un buen día.

—Igualmente. —Recogió su pedido, pagó y salió.

Rita preguntó desde el otro lado de la barra: —No puedo creer que hayas tenido el valor de invitarle a algo... —dijo, creyendo en los

milagros.

—Alberto es un idiota —resoplé. Se notaba que ella quedó sorprendida. No podía dejar volar su continua imaginación hacia algo que llegaba a su final.

—¿Te ha rechazado? ¿Qué te ha dicho?

—Nada de especial. Más bien soy yo quien no quiere decirle nada más. Paso de él.

—¿Perdóname? —preguntó ella incrédula.

—Perdonada. Lo digo en serio. Alberto me da asco. Ya te lo explicaré más tarde.

Vi a Christopher entrar en la sala y me apresuré a salir para terminar mi descanso. Ya se había perdido demasiado tiempo con gente tonta. Me senté de nuevo a comer mi bocadillo de lomo con queso y zumo de naranja.

—¿Cómo te va el trabajo? —Levanté la vista con un trozo de pan en la boca, intenté cortar con los dientes el trozo que había cogido, pero cogí la parte del nervio del trozo de carne —que, además, estaba más seco que la mojama—, y empecé una lucha directa con un bocadillo. Estaba estirando la carne hacia un lado y mis dientes la presionaban para dar un bocado sin sacar todo el lomo de un solo golpe—. Veo que te está dando lucha tu almuerzo. ¡Qué aproveches!

¡Joder! Qué vergüenza. Óscar se sentó en la mesa justo delante de mí, mirándome en aquella peculiar escena. Una mujer se acercó a mí en ese mismo momento, me tocó el hombro y me dijo:

—Albita, tienes que meterte en la boca trozos más pequeños — Levanté la vista y debió de parecerse a esos perros con los ojos muy abiertos de un cachorro abandonado, aferrados al hueso en un intento de defenderlo de otros depredadores, mientras mis dientes mordían un trozo de carne que no quería dejarse comer.

Era la señora Rosario. Una anciana muy dulce, que tenía casi noventa años en cada pierna y era muy amable con todos. Todos los días venía a tomar su café y a comer.

—A mí me pasa lo mismo y como llevo dentadura postiza es aún peor. El truco es cortar trozos pequeños.

Después de esa clase magistral sobre «cómo comer un bocadillo de lomo sin perder la vida», tenía tantos pares de ojos mirándome fijamente que me sentía como una atracción de feria. No había nadie que no se diera cuenta de que estaba pegada a un trozo de carne. Estaba más roja que un tomate. Finalmente, decidí dejar la presa.

—Gracias por los consejos, Sra. Rosario, siempre con su eterna sabiduría. —Le sonreí.

—Por supuesto, he tenido tanta práctica que incluso creo que conseguiría hincarle el diente a un joven apuesto como este chico de aquí. —Señaló a Óscar, que también se puso rojo como un pimiento.

«Toma castaña. Así que no te reirás.»

—Señora Rosario, esas cosas no se dicen… —la regañé con cariño —, ¡una señora con su edad!

—Por eso mismo, hija mía. Con mi edad pierdes todo, los dientes, la flexibilidad y la vergüenza. Lo único que no pierdes son las ganas. Esas no me las quita nadie. Un buen polvo es lo que hace falta a todos. Un buen polvo.

Me quedé estupefacta. Óscar ahogó una carcajada y estaba haciendo un verdadero esfuerzo para no caerse al suelo a reírse.

—Que aproveches, niña guapa. Aprovecha la juventud, siempre te lo digo.

Me limité a negar con la cabeza y la espabilada de la Sra. Rosario se fue a sentar a una mesa alejada de nosotros. ¡Gracias a Dios! No creo que los dos días que me dio Christopher fueran suficientes, necesitaba unas vacaciones urgentes y aún faltaban unos meses para las mías.

—Que señora más interesante y todo lo que dice son verdades como puños —constató Óscar.

—¿Cuál parte? — pregunté, preguntándome qué hacía allí en la cafetería.

—Toda. Especialmente la última. Es increíble lo amargadas que pueden ser las personas a falta de sexo. De buen sexo.

Suspiré sonoramente.

—A quien lo dices.

—Pero si justo te lo estoy diciendo a ti por algo.

—¿Qué significa eso? ¿Acaso piensas que soy alguna mal follada? —¡¿En serio que estábamos teniendo esta conversación?! Con este hombre todo salía del protocolo social.

—Si quieres, te lo vuelvo a explicar. Si no tengo más remedio lo repetiré, a ver si lo entiendes de una vez por todas.

—¿Qué es exactamente lo que yo tengo que entender?

—Lo dicho… una buena noche de sexo. Intenso.

Tragué con fuerza. Un súbito calor subió a mi cuerpo ante su comentario. Aquellas palabras en sus labios no eran el mejor digestivo después de la pelea con un bocadillo.

—Yo también te agradezco esta lección didáctica, pero no es necesaria. Sé exactamente a dónde quieres llegar con esa insinuación —lo ataqué.

—¿Sabes una cosa? —me miró con una mirada diferente. En algún lugar entre la perversidad y la ironía—. No lo tengo tan claro que lo sepas.

Me crucé de brazos e intenté cambiar de tema. Cuanto más avanzaba, más excitada me sentía.

—¿Qué haces aquí, no te gusta el café que sirven en tu tienda? —

Tomé un poco de zumo. Había renunciado a terminar el bocadillo de guerra.

—Me temo que esa no es la razón. No solo es la mejor cafetería de la zona, sino que tiene el mejor personal. He venido a averiguar si has cambiado de opinión y quieres venir a trabajar con los mejores.

—Tú crees que tienes la verdad universal. ¿Lo has pensado alguna vez?

—Claro, por mí el tema está zanjado. —Asintió y exclamó sonriente y altivo—. Si fuera por mí, ya estarías trabajando conmigo.

—¿Quién trabajaría con quién? —La figura de Christopher apareció de la nada: ¿era un maldito gato con almohadas en los pies? Parecía un superhéroe que venía a rescatarme sin saber de dónde. Los dos se miraron con desprecio. A mí no me convenia ponerme belicosa porque sabía que llevaba las de perder.

—¿Y de quién sería si no?... —Óscar dudó, negando con la cabeza —, Alba. Estaría mejor trabajando conmigo. Y, por cierto, cuando tengas ocasión, tráeme un café solo, expreso por favor, bien sacado. —Al ver la cara de asombro de Chris, volvió al ataque—. Para eso eres el gerente, ¿no?

No sé si debí tomármelo a broma o empezar a buscar un hueco bajo las mesas donde poder esconderme, para protegerme del fuego cruzado que estaba a punto de empezar a disparar en la terraza.

—Tú eres el del otro día… —dijo Chris estrechando los ojos y mirándome en seguida. Parecía estar montando piezas de un rompecabezas.

—Yo soy lo que soy —dijo Óscar—, se levantó y le extendió el brazo. Chris lo miró sospechoso y yo me sentía pequeñita, pequeñita —. Óscar Pérez. Gerente regional de las tiendas Starlucks. Es un placer conocer a la competencia. No, espera, no podemos llamarte exactamente competencia. En fin, encantado.

Óscar se quedó con el brazo colgando, porque Christopher ni se dignó a saludarlo. Con un chasquido de lengua, Óscar se acercó a mi mesa y se sentó a mi lado, sin pedir siquiera permiso. Me escondí detrás del zumo de naranja.

—Si no te importa —Chris seguía con la boca abierta, perplejo. Se quedó como una estatua mirándolo—, sírveme el café en esta mesa y le haré compañía a mi futura empleada Alba.

¡Madre mía! De las dos, una: o Óscar tenía un morro que, tal como el mío, se le caía o entonces, estaba pidiendo una estadía en un hospital, donde se iba a quedar una larga temporada, comiendo por una pajita.

Se estiró en su silla con toda la arrogancia del mundo. Incluso sentí pena por Christopher por primera vez. Se limitó a mirarme con los ojos caídos y volvió a entrar. Me sentí mal por él.

—¿Por qué has dicho eso? ¿No te parece que has cruzado la línea de fuego? Te estás yendo por las ramas y no me parece nada adecuado.

—Joder, pareces mi ex hablando.

—Por algún motivo es tu ex, ¿no?

—Vamos, me vas a decir que te lo tengo que explicar, no quiero pensar que aparte de servir mal los cafés, eres chismosa.

—¿Hasta cuándo me vas a echar en cara que me he equivocado en una taza de mierda?

—Una no, dos —replicó.

—Dios, dame paciencia —miré al cielo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Cuándo te darás cuenta de que no tienes futuro aquí? Lo decía en serio cuando dije que debías venir a trabajar conmigo.

—Y yo, hablaba en serio cuando te dije que, aunque fuera lo último que me quedaba antes de morir de hambre. No trabajaría para ti por ningún concepto.

—¿Por qué? —*¿Era tonto?*

—Porque las primeras impresiones juegan un rol fundamental en la idea que las personas hacen de ti. Y tú, desde luego, me has caído como el culo.

—No seas tan mala conmigo. —Estaba conteniendo una sonrisa, pero sé que no le hacía gracia.

En ese momento, llegó Christopher con el café de Óscar. Nos miró con recelo. No parecía demasiado incómodo, pero tenía una mirada extraña. Colocó el café sobre la mesa.

—Su expreso, caballero —dijo con total profesionalidad.

Me sorprendió su actitud. Pero solo fue eso, una sorpresa momentánea, porque no tardó en sacar las garras. Esto era una pelea de gallos y yo tonta, no me di cuenta. Christopher se apartó un poco y Óscar cogió su café y estaba a punto de llevárselo a la boca, cuando Christopher dijo:

—Que aproveches. —Dicho eso, al salir dio un fuerte empujón en la silla donde Óscar estaba sentado, haciendo retumbar la mesa, la taza de café y todo alrededor. Lo hizo tan rápido y de forma tan bien estructurada, que pareció un accidente, pero los tres sabíamos que no había sido así. Y eso por una simple razón: había logrado que Óscar se tirase todo el café encima, dejándolo completamente perdido y marrón. Se levantó de inmediato.

—¡¡¡Mira lo que has hecho!!! —se miró, indignado, con su traje y su camisa blanca totalmente manchadas. Christopher ni se inmutó, simplemente se limitó a mirarlo—. Sinceramente…

—Lo siento mucho, es una pena que yo no sea bueno sirviendo café. Por eso contrato a los mejores y no los dejo escapar. Tú deberías

hacer lo mismo. Lástima que no esté disponible para ocupar tu lugar.

A Óscar le sorprendió la respuesta de Chris, pero no fue el único. Debo confesar que se lo merecía. Y que Cristofito no era un hombre que se dejara intimidar con mierdas. Fue como una lucha de titanes de café y, por alguna razón, aunque no tomé partido por ninguno de los dos, admito que Christopher, en aquel momento, tuvo la sartén por el mango y había ganado la partida con bastante acierto.

Capítulo 11

Más incidentes, como si fuera poco

Mi hermano me llamó el viernes por la noche. Me dijo que el sábado tenía una cena en su casa y que yo tendría que ir para conocer a Jordi. También me dijo que Óscar iba a venir a la cena. Así que íbamos a ser dos parejitas, siendo que, de esas, dos personas se odiaban. Sin embargo, contrariada, tuve que decir que sí a mi hermano. No se merecía el amigo que tenía y yo no iba a ser una aguafiestas.

El sábado por la mañana apenas trabajé hasta la una, para tener tiempo de prepararme. Estuve agotada toda la semana y además tuve que ir a trabajar el domingo. Una vez al mes tenía que tomarme los domingos libres, porque era temporada alta y era difícil tomarse un día libre. Christopher se aseguraba de que no pudiéramos salir, el esclavista. Sobre las once se acercó a mí en el pasillo mientras volvía del baño. Me resultaba extraño que últimamente apareciera allí los fines de semana.

—Alba, ¿tienes un momento? Quería comentarte una cosita —asentí con la cabeza y me quedé esperando que hablase, pero parecía tener dificultad en verbalizar. Miraba a todo el lado y ajustaba la chaqueta todo el tiempo. Parecía nervioso. Tras esperar sin respuesta, hablé yo:

—Christopher me cas a decir qué es, tengo clientes que atender. —Considerando que no le gustaba hacer esperar a los clientes y que, si fuera al revés, me regañaría.

—Claro, sí. Es que… quería preguntarte si… ¡eh!, esta noche tienes planes… es que pensé que…

¿Me estaba invitando a salir? ¿Una cita? Decidí sacarlo del sufrimiento rápidamente.

—Sí, tengo planes. Mi hermano me invitó para cenar en su casa y voy a ir. ¿Querías algo?

—No, no. Tu hermano… vale. Bien, que lo pases bien —salió por la puerta de acceso al salón, cagando leches, no esperó ni a que yo contestase. Pero nadie me quitaba de la cabeza que era eso lo que venía a preguntar.

Durante el resto de la mañana, evitó mirarme. Me di cuenta de ello, porque cuando nos mirábamos de vez en cuando, él apartaba inmediatamente los ojos y huía de mi campo de visión. Media hora antes de que terminara mi turno, hacia las doce y media, empecé a sentirme extraña. Me dolía la cabeza y me sentía muy cansada. Además, empecé a sentir escalofríos. Más tarde, cuando llegó la hora

de salir, en el vestuario, me sentí muy mal. Cuando me despedí de la gente, no vi a Christopher. Salí por la puerta y lo encontré ya fuera, apoyado en su coche.

—Hasta lunes — Me sorprendió que estuviera allí un sábado cuando nunca iba a trabajar en fin de semana. La verdad es que me había sorprendido mucho cuando le había visto esa mañana asumiendo por fin sus funciones de gerente.

—Alba —chilló cuando estaba a punto de darle la espalda. Giré el hombro y la cabeza hacia atrás para mirarle. Tenía las manos en los bolsillos—, mañana vendré a trabajar. ¿Quieres que te deje en casa?

Hacía muchísimo sol y me costaba verlo a contraluz, puse una mano sobre los ojos para ensombrecer un poco la visión.

—Gracias, pero no hace falta. —Ahora también se ofrecía a llevarme a casa, no daba fe de lo que estaba escuchando.

Estaba a punto de girarme otra vez para seguir camino, cuando de repente me sentí mareada y no sé si me bajó la tensión o qué me pasó, casi me caigo al suelo. Unas manos que me sujetaron y me sentí un poco desubicada, sin embargo, esas manos permitieron incorporarme de nuevo en los dos pies. Los brazos de Christopher eran ahora el soporte que me mantenía erguida.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé —dije aturdida—. Creo que tuve una quiebra de tensión. Está mucho calor.

—Ven. Te llevo a casa. —Empezó a caminar conmigo.

—De verdad que no hace falta. —No pude continuar, porque me interrumpió.

—Ya no es una cuestión de hacer falta o no, es que te voy a llevar a casa. Punto.

Fue perentorio en su decisión y yo no tuve otra alternativa que entrar en el coche y dejarme conducir hasta casa.

Cuando paró a la puerta de mi casa para dejarme, me apresuré a sacar el cinturón para salir. Iba a hacerlo, cuando me sujetó el brazo.

—Descansa, pero por favor, dime algo más tarde. Quiero saber cómo te encuentras. Me has dejado preocupado. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve al hospital o que me quede contigo?

—No, ¡qué va! Estoy bien, no ha sido nada. Fue solo un mareo. Nos vemos lunes, gracias por traerme.

Salí del coche pitando y corrí para casa.

Cuando llegué a la cocina para preparar algo para comer no me apetecía nada. A duras penas comí un plátano y bebí un zumo de frutas. Volví al sofá y me tiré a dormir una pequeña siesta. ¡Qué cansada estaba!

Dormí hasta el final de la tarde y me desperté a tiempo de arreglarme para la cena. No pensé que me dejase dormir tanto.

Teniendo en cuenta que había tenido un descanso extra esa semana, no entendía porque me sentía tan cansada. Lo cierto es que también había tenido unas movidas distintas y mi cuerpo no estaba acostumbrado.

Me puse unos vaqueros y una camiseta chula, pero no quería ir en plan toda emperifollada a una cena en casa de mi hermano. Jules vivía en un chalet. El cabrón ganaba mucho dinero y tenía una vida de puta madre. Comparada con su casa, la mía era apenas una despensa de la suya. Tenía dos plantas, un sótano en la planta baja y un gran jardín. Eso es lo bueno de estar soltero y no tener hijos. Por otra parte, yo también lo estaba, y vivía en un cuchitril microscópico. Pero en Madrid era lo mejor que podías encontrar. Ya podía estar grata de tener mi pisito. Alquilado, pequeño, pero vivía yo sola. Al menos hasta que pudiera alquilar la mini habitación extra. Si alguna vez pudiera hacerlo, ya que nadie había respondido al anuncio. Tenía que hacer mejores fotos, el ángulo no le sacaba todo el valor que merecía. Eso o era realmente un verdadero agujero infumable.

Cuando llegué a su casa, él y mi futuro «cuñado» Jordi ya estaban allí —El responsable de querer llevarse a mi Jules a otra comunidad. De todos modos, no iba a empezar con mal pie, así que sonreí y les saludé. Pude ver que mi hermano estaba visiblemente nervioso. Creo que estaba realmente enamorado, por su aspecto. Jordi resultó ser un chico muy agradable y simpático. Y era bastante guapo. Mi hermano había tenido buen gusto, había que decirlo. Super educado y de buen humor. Media hora después ya estaba con un vaso de vino en la mano, contando anécdotas embarazosas de la infancia de mi hermano. Jules nos fulminaba con la mirada, mientras nosotros, en una merecida complicidad, nos mofábamos de él divertidos.

El timbre sonó y Jules se levantó para abrir la puerta. Óscar irrumpió en el salón. Me quedé alucinada, ¡qué guapo estaba! Acostumbrada a verlo con su traje inmaculadamente planchado y su camisa con los pliegues en su sitio, el hombre que ahora estaba ante nosotros era definitivamente un tipo de persona diferente. Sin embargo, debo admitir que esta versión me había gustado bastante. Llevaba unos tejanos azules desgastados que le apretaban las piernas y, sobre ellos, una sencilla camiseta azul oscuro que resaltaba su pelo rubio. Y sus ojos. El cuello en V hacía que su cuello fuera más elegante y largo y, para ser sincera, se veía sexy, con lo sencillo que estaba. También parecía una persona más terrenal. «*Por lo menos hasta abrir la boca*», pensé.

Se hicieron las presentaciones, charla aquí, charla allá, nos sentamos todos a la mesa. No dije mucho, para lo parlanchina que era. Los chicos estaban de buen humor y yo únicamente vaciaba botellas de vino. Mi hermano tenía una increíble colección de botellas. Era un

profundo amante del vino y sabía mucho sobre viñedos y la cultura alrededor de los vinos. Hubo una época de su vida en la que quiso ser viticultor y siempre dice que su sueño, cuando se jubile, es comprar una pequeña finca o granja donde pueda tener un viñedo y elaborar su propio varietal de diferentes castas. En este punto, estaba siendo de gran ayuda como catadora de vinos. No hacía más que tragar un vaso tras otro. El calor ya empezaba a subir a mis mejillas a lo grande.

Óscar me observó mientras daba un sorbo a mi vino. Me di cuenta y me sonrojé. Se me escapó una tímida sonrisa. Parecía disfrutar viendo cómo me emborrachaba como un mono chupando fruta de marula. Un mirón que se asoma a un mundo secreto, una Alba diferente a la que él conocía. Él me devolvió la sonrisa con calidez, como si quisiera reconfortarme. Lo hacía. Empecé a disfrutar de su mirada. Absorbiéndola. Sintiendo cómo sus ojos se movían sobre los míos. Desde los ojos hasta la nariz, las mejillas, los labios. Hago lo mismo. La curva de su cuello. La inclinación de sus hombros. Su pecho. El pequeño escote que asoma por su camiseta. De nuevo, me sonrojé. Esta vez, él también. Volvemos a beber vino.

Por breves instantes, todo lo que nos rodeaba se desvaneció. Estábamos en un universo propio. Perdidos en la profundidad de nuestros ojos. Yo pude sentir su deseo, él el mío. Pero no era lujurioso. Calmado, suave, controlado. Con una sensación de anhelo de escapar para siempre a ese universo que nos rodeaba. Sin poder controlar el impulso y las sensaciones calurosas que me estaban lanzando al abismo de aquellos ojos azules, decidí que era mejor respirar otro aire.

—Jules, se está acabando el vino. Voy a por otra botella, ¿vale?

Mi hermano, que se lo estaba pasando muy bien entre su nuevo amor, la conversación y la presencia de su amigo, se animó a ayudarme.

—Perfecto, Alba. Nos traes el Vega Cecilia Reserva Especial de 2007 o el Marques de Vargas Reserva. O los dos, nana, lo que tú quieras.

—Cariño, sí que estás en altas, así se habla. Alba, trae ese vino maravilloso y vente corriendo —dijo Jordi.

Y tanto que estaba en altas, yo no sabía nada de vino, pero sabía que eran botellas especiales que mi hermano guardaba con cuidado. Bueno, todas sus botellas eran así. Lo bueno de mi hermano es que para él compartir lo que tenía con los amigos y la gente que le importaba era algo que valoraba más que lo que valían esas botellas.

—A ver qué puedo hacer, esperemos que no acabe trayendo vinagre balsámico. Tened fe, chicos, intentaré volver.

—Voy contigo, Alba. Será mejor que te ayude a encontrarlos, dos cabezas piensan mejor juntas.

La que tenía dos cabezas era yo, de la cogorza que llevaba. Y lo

peor es que cuando miré a Óscar me pareció que también tenía dos cabezas, porque justo cuando había conseguido escapar de sus miradas, va el listo y se apunta a ir conmigo. No tuve más remedio que llevarlo a la bodega para buscar el vino perdido. Y la expedición comenzó.

Empezaba a moverme y a sentirme perdida con todas las copitas que había tomado. Mientras bajaba las escaleras tuve la sensación de lanzarme a una cornucopia. Por suerte, Óscar se dio cuenta y me lo dijo:

—Mejor bajo yo primero. Tú apóyate en la pared. —¡Joder! *¡¿Tan mal estaba?!* Confirmo mis propias sospechas aferrándome a la pared. *¿Por qué me huía la pared?*

Todavía no sé cómo conseguí bajar esas escaleras, pero llegamos a la puerta del sótano tras el tortuoso descenso. Óscar abrió la pesada puerta con dificultad.

—Que pesada es esta puerta. —Tiró del pomo e hizo ademán para pasar. Pasé detrás de él y entré—. Qué raro es este pomo, parece que está suelto.

Miró el pomo de la puerta mientras yo, con dificultad, intentaba encender la luz del interior de la bodega. Se podía oler el aroma característico de las bodegas cerradas, aunque la mayoría de los vinos que había allí estaban dentro de sofisticados armarios que controlaban la temperatura de las botellas. El espacio no era muy grande y tenía un techo bajo de madera que resultaba un poco claustrofóbico. De repente, la puerta se cerró y el ambiente de la sala se volvió peligroso. La luz tenue y amarillenta se encendió y oí cómo se cerraba la puerta. Y vi que Óscar la miraba seriamente.

—¿Pasa algo? —pregunté al verlo parado delante de la puerta.

Cogió el pomo y lo hizo rodar de nuevo. Y una y otra vez. Pero la puerta no se movía.

—Coño, ¿qué ha pasado? ¿Me puedes contestar? —Insistí cuando seguía sin responderme, ignorándome.

—Pues que ya me lo veía yo raro. Me pareció extraño cuando la giré de primeras. Esta puerta está jodida. Está rota.

—¿Cómo que está rota?

—¿No lo ves? No abre. Estamos encerrados. —Se giró y lo soltó con una expresión resignada y molesta al mismo tiempo.

—¡¿Qué?! —Me acerqué a la puerta y cogí el pomo girando una y otra vez, sin éxito—. ¿Qué mierda has hecho con la puerta? ¿Nos has encerrado aquí?

—A ver… ¡¿Ahora es mi culpa que la puerta esté hecha mierda?! No se abre, como puedes ver.

—Veo que no se abre, pero ¿por qué? —insisto.

—Yo que sé… ¡¿acaso tengo pintas de oráculo?!

—¿Eso crees?

—Venga, y decías que yo era cínico…

Vaya. Si hubiéramos forzado la situación no habría terminado de una manera tan mala. Esperaba que le hubiera empujado el impulso de sacarnos de aquella situación de forma civilizada, pero sabía mostrarse arrogante cuando la ocasión lo requería.

—Llama a mi hermano —dije con la expresión glaciar.

—Llama tú, yo no tengo el móvil aquí —murmuró de pronto con una carcajada seca, como mofándose de mi comentario.

—¿No has traído el móvil? —pregunté, empezando a darme cuenta de que tampoco tenía móvil y no podíamos contactarlo.

—Alba, salí de la mesa tal como tú y he venido a la bodega de tu hermano, no a Mordor. No pensé que hiciera falta traer la hermandad del anillo. —Se metió las manos en los bolsillos y entró en el sótano, dejándome en el mismo sitio, sin creer todavía lo que estaba pasando. Desesperada, empecé a girar de nuevo el pomo para ver si la maldita puerta se abría, lo que resultó inútil. No se movió ni un centímetro. Suspiré profundamente.

Contuve la respiración, presintiendo que algo siniestro estaba a punto de suceder. No me di cuenta de que estaba a punto de quedarme sola en un espacio minúsculo con Óscar. Y que no estaba en mis mejores condiciones, ni mis reflejos.

Óscar empezó a abrir los armarios y a mirar las botellas. Al cabo de un rato, sacó una de ellas y echó un breve vistazo alrededor. De un armario superior de la pared, sacó dos copas de vino. Y se puso a buscar otra cosa, que consiguió encontrar: un sacacorchos. Mi hermano pensó en todo cuando montó el chiringuito.

—¿Realmente vas a degustar vinos con tranquilidad? ¡A este paso se me va a ir la olla, que era lo que me faltaba!

—No tienes ni puta idea de lo que estoy haciendo —dijo él.

—¿Crees que no lo sé? —dije—. Te importa un carajo que nos quedemos aquí encerrados. Te lo estás tomando todo de puta madre.

—No, no me gusta estar encerrado aquí, porque, en realidad, no me gustan los espacios cerrados, pero lo estamos. Y lo mejor es disfrutarlo, hasta que alguien venga a rescatarnos, que no tardará mucho.

—Al mejor lo hiciste aposta, jodiendo intencionadamente la puerta.

Comenzó a reírse mientras servía el vino, con una calma irritante.

—¿Te hace gracia, Óscar?

—Ahora mismo lo único que me hace gracia eres tú. Toma —Me entregó una de las copas de vino. Lo tomé despacio con mi mirada recelosa. Esbozó una atractiva sonrisa—. Propongo un brindis. Por momentos inesperados con personas inesperadas.

Chocó suavemente su copa con la mía y bebemos a sorbos sin apartar los ojos el uno del otro.

Capítulo 12

Aquí hay gato encerrado

Pasaron cinco minutos y nosotros seguíamos sentados en el suelo, bebiendo el maravilloso vino de mi hermano. Pero nadie había venido a rescatarnos. No lo he entendido. Mi hermano sabía que estábamos abajo y que había venido a por vino. ¿Tan difícil era darse cuenta de que no habíamos vuelto desde hacía más de cinco minutos? Debería haber venido a ver qué pasaba. Pero no, quizás se estaba follando a Jordi en la mesa, aprovechando nuestra huida. Miré a Óscar, que tenía los ojos cerrados y apoyaba la cabeza en la pared, con el vaso sobre las rodillas dobladas.

—Si sigues mirándome así, nos meteremos en arenas movedizas y en un buen lio.

¿Cómo sabía que lo estaba mirando? Sus sentidos estaban muy apurados.

—¡¿En un lío?! Ya estamos metidos en un lío. Y, además, las arenas movedizas estás hechas de tierra o barro y sal. Y nosotros estamos de mierda hasta el cuello, no es lo mismo.

Lo sentí en lo más profundo de mi ser con solo mirarlo. Yo también lo sabía, como un presagio del futuro. Y ahora entendía lo que quería decir: había una tensión palpable entre nosotros, y cada vez era peor. Nunca me había sentido tan excitada mirando a un hombre, la atracción de sus ojos, la rubicundez de su pelo desordenado inclinando toda mi realidad sobre un eje.

—¿Es esto lo que se siente al enamorarse? —me preguntó de la nada.

Esperaba que no. Seguro que esperaba que sí. ¡¡Espera!! ¿Ha dicho enamorarse? Pero ¿de qué estaba hablando?

—No sé de qué hablas —él abrió los ojos. Posó el vaso en el suelo y comenzó a arrastrarse hacia mí. Su mirada se fijó en la mía que lo miraba sin poder moverme. Sus ojos se estrecharon en astillas. Quería esconderme, pero aparte de estar encerrada en un espacio minúsculo y de apenas tener cerca vino en el que quería sumergirme para siempre, no había escapatoria.

Dirigió su mirada hacia mí, con ojos de halcón, como si me estuviera cazando. ¿Qué demonios podría querer conmigo? *Nada bueno.* Me miró fijamente con tal intensidad que perdí mi capacidad de respirar. Mi vientre se tensó con la necesidad, recordándome mucho que, por alguna razón, sí me importaba su presencia. Lo estaba mirando. No sabía quién era, no dejaba de ser un desconocido para

mí, pero había algo en él que me atraía. Me puso una mano en la mejilla y su caricia me hizo cerrar los ojos por reflejo.

Un sentimiento cálido se apoderó de mí y sonreí mientras mi mente se transportaba a sus labios tan seductores. Los miré cuidadosamente, grabándolos en mi mente. Sin embargo, mientras tanto, experimentaría su exquisita tortura.

—Me apetece tanto besarte. He querido hacerlo desde que entré en esta casa.

Cuando lo oía hablar, tenía una sensación muy profunda en la boca del estómago. Sentía como las habituales mariposas en el estómago, pero mucho más intensas, un cosquilleo implacable. Se extendió a mi interior. Junto con el hormigueo se produjo un calor que se extendió por mi cuerpo hasta que me ardieron los ojos y supe que me estaba sonrojando.

Trayendo una sonrisa a su rostro, recogió mi cabeza mirando hacia él, y con sus delicadas manos colocándolas en mi mejilla derecha, una mirada a mis ojos, acercando sus labios a los míos colocándolos fácilmente en la posición ideal, permitiéndose besarme.

Me encantó que empezara a ser suave y tierno con su mano en la parte posterior de mi cabeza. Me besó suavemente. Entonces su mano se aferra a mi pelo mientras me atrae más hacia él, nuestras bocas se alternan entre toques con la lengua que tantea y los dientes mordisqueando los labios uno del otro. Duro y erótico. Sus labios, tan suaves y delicados. Su piel, maravillosa.

Soporté todo el tormento que pasó. Sentía como si él fuera el loco. Atrayéndome continuamente de formas desconcertantes. Encantador, era lo suyo. Asombroso, me mantuvo continuamente aturdida y desconcertada. Cuando se detuvo, para mirarme, su boca saltó, como si estuviera intentando contener una sonrisa.

Casi me desmayé de miedo. «*¡Oh, maldita sea!, estoy enamorada de la boca de este chico*.» Pensarlo, no había sido fácil. No me cansé de su beso. Lo exigí. Esperaba sentirlo, tocarlo. Tenerlo dentro de mí. Para sentir su tacto en todos los sentidos. Tener su mano recorriendo todo mi cuerpo. Con un solo beso me dejó sumisa a sus caprichos. Creo que entendió cómo me dejó, porque me lo dijo en voz baja:

—También me estás poniendo muy loco y lo sabes muy bien.

Tomó mi rostro entre las manos y comenzó a besarme de nuevo, poco a poco, con delicadeza y ternura, pero rápidamente pasando a la pasión, a la necesidad de ir más allá. Nos besamos abrazados, entrelazados, jadeantes.

Fue cuando escuchamos la puerta abrirse y nos separamos de inmediato, como se hubiésemos sido electrocutados por un bastón. La puerta se abrió del todo y pudimos ver la cara de espanto en los rostros de mi hermano y de Jordi. Óscar se colocó de pie al instante. A

mí me costó un poco más, entre el alcohol y el subidón que nos dimos, nada contribuía para mi sobriedad. Óscar me dio la mano para ayudarme, ya disculpándose.

—Nos quedamos aquí encerrados —dijo rápidamente.

—No encontramos las botellas que pediste —añadí yo, por fin, consiguiendo colocarme de pie.

Jules y Jordi continuaban sin emitir sonido. Parecía que estaban en estado de shock.

—Bueno, ¿cogemos las botellas o qué? —inquirió Jules.

Finalmente, mi hermano entró en la bodega, sacó una de las botellas y puso fin a la conversación.

—Se me olvidó decirte que la puerta estaba rota y no se abre desde dentro. Pero, supongo que lo habéis descubierto por vosotros mismos. Venga, vamos arriba, Jordi y yo estábamos esperando el vino. —Miró la botella abierta y los vasos y sonrió—: Me alegro de que os habéis mantenido hidratados.

Los dos nos pusimos rojos de vergüenza y salimos del sótano. La cena terminó con nosotros bebiendo un poco más. Yo, después de un tiempo, me sentí fatal. La cabeza me daba vueltas y no había bebido así antes, me picaban las sienes. Me sentía como si estuviera ardiendo por dentro. Así que me disculpé con todo el mundo y decidí coger un taxi e irme a casa. Óscar se levantó en ese momento y estuve a punto de decir algo, pero guardó silencio. Nos despedimos normalmente con dos besos. Y con esta inesperada cena, me fui a casa, destrozada y pensando en lo que acababa de pasar.

Podría haberme dicho a mí misma que estaba borracha como una cuba y que por eso había hecho lo que había hecho. La verdad es que hacía mucho tiempo que no tenía una aventura de una noche. Había tenido novios que no me habían durado ni dos telediarios, muchos ligues que habían durado un par de días. Pero nunca uno que hubiera durado menos que una cena y que ni siquiera hubiera terminado en un polvo. Aunque había habido muchas ayudas de manos aquí y allá. Y solo con recordarlo se me calentaba de nuevo.

Cuando llegué a casa, me sentí tan cansada y débil que me acosté en la cama, tal como había venido. Y me quedé dormida.

Capítulo 13

La cura de todos los males

Cuando quise levantarme el domingo estaba hecha mierda. Me sentía febril, enferma. No me lo podía creer que me estaba cogiendo una gripe o algo similar. Al menos estoy bastante segura de que eso es lo que tenía. Por eso me he refugiado en el sueño otra vez. De todas formas, ¿cuánto dura la gripe? ¿Diez días? ¿Un mes? No podía quedarme tantos días en casa, y lo peor es que tenía que ir a trabajar. Mi alarma sonó a las cinco de la mañana, como siempre. Pero en lugar de levantarme de la cama para ir a trabajar, lancé el despertador al otro lado de la habitación, haciéndolo añicos.

¿Te has dado cuenta de que algunas de las peores enfermedades de la historia tienen un sonido lírico? Palabras como paludismo, diarrea, cólera. ¿Crees que lo hacen a propósito? ¿Para que suene como algo que se les ha caído del culo a los perros?

Gripe. Suena bien, si lo dices lo suficiente. Me di la vuelta y volví a dormir. Cuando finalmente arrastré el culo fuera de la cama, me sentí débil y con náuseas. Me dolía el pecho y la cabeza. *¿Ves? La gripe, ¿verdad?* No podía seguir durmiendo, así que me planté allí, en mi fiel sofá. El día no invitaba precisamente a salir a la calle ni tan siquiera a la habitación de al lado. Hacía frío y el gris asomaba por todas partes de mis ojos. Ese domingo decidí quedarme en casa confortable y dejándome morir por la enfermedad.

Cogí el teléfono de la mesita de café frente al sofá y tecleé un mensaje a Christopher.

"He pillado algún virus. Creo que tengo gripe o algo así. No puedo ir a trabajar. Estoy realmente mal. Lo siento"

Nunca me ausenté por enfermedad, rara vez ocurrió y no podía decirme nada. Pero, aun así, me sentía mal por haberme quedado y fallado a mis compañeros, que se quedarían con más trabajo. Y los domingos eran días de mucha faena. Pero mi cuerpo no reaccionó de forma voluntaria.

Cuatro horas más tarde me despierto con el sonido del timbre de mi puerta. Suspiré profundamente y me obligué a levantarme del sofá. El paseo hasta la puerta me llevó tiempo; cada paso de mis piernas rígidas y doloridas era un esfuerzo.

¡Maldita gripe!

Abro la puerta y me preparo para la ira del visitante no invitado. Con una bolsa en la mano, frente a mí estaba la última persona que podía imaginar. Debía estar alucinando. Esto era malo. Me estaba

muriendo. La mirada de Christopher estaba puesta en mí. Ignoré su presencia, dejando la puerta abierta, y volví a mi sofá sin decir nada. Estaba convencida de que estaba alucinando y de que era un sueño o una pesadilla. Me tumbé en el sofá y cerré los ojos.

Siento que el sofá se hunde cuando un peso se asienta a mi lado. Abrí una rendija del ojo, de lado, con la cabeza metida en el cojín y vi que se había sentado a mi lado.

—¿Alba? —Sentí su mano acariciando mi pelo. Era agradable—. ¿Cariño?

Su voz es tan dolorosamente preocupada que me recuerdó a mi padre. Cuando era una niña y estaba enferma en casa, papá entraba en mi habitación con chocolate caliente y sopa en una bandeja. Me besaba la frente para ver si seguía ardiendo de fiebre. Siempre me hacía sentir mejor. Las acciones similares de Christopher hicieron que mis ojos cerrados se humedecieran.

—¿Estoy un desastre o qué? —dije entre dientes, sin saber bien que decía.

—Estás tan guapa como siempre. Aunque te he visto días mejores.

—Tengo un virus malo. Estoy muriendo.

Le digo, aunque no estoy segura de que me haya oído. Mi voz se perdió en el dulce aroma de mi cojín de sofá. Me sacudió suavemente los hombros. Me rendí y me senté, frotándome el cansancio de los ojos al hacerlo.

—Habla conmigo. ¿Cómo te sientes? ¿Has tomado algo? ¿Has llamado al médico?

Al contemplar la expresión de preocupación de mi gran y atractivo jefe, sus ojos me hicieron retroceder veinte años en el tiempo y ahora me sentía como una niña delante de él. «*Un momento, ¿qué coño hace en mi casa?*»

—Ve a darte una larga ducha caliente. Tendremos que bajarte la fiebre. Estás hecha un desastre. ¿Has comido?

Seguía mirándolo, incrédula y confusa. ¿Por qué Cristofito estaba en mi casa?

—¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí. Nunca estuviste… —definitivamente deliraba.

Sonrió con compasión.

—Necesitas una buena comida caliente y una ducha. Entonces, te sentirás mejor. He venido a ayudarte. Sé que vives sola y estaba preocupado.

Quizás tenía razón. Dios sabe lo que había estado haciendo durante las últimas veinticuatro horas. Como una niña de cuatro años con una rabieta, agarré mi preciosa almohada y la arrastré conmigo. De camino al baño, no pude evitar pensar en cómo sucedió todo. Una vez tuve una vida normal. Una vida perfecta. Y entonces todo se fue a la

mierda. Y ahora mi odiado jefe estaba en mi casa.

Entré en el baño y cerré la puerta. No sé porque lo hice, pero sentí la necesidad de pasar el pestillo. Me sentía extraña con un desconocido en mi casa. ¿Realmente era un desconocido? Empecé a intentar quitarme la ropa. Estúpidamente, en el día anterior cuando me dormí en la cama llevaba los vaqueros puestos y una camiseta. La camiseta logré sacar, quedándome en sujetador. Pero los vaqueros, después de haber pasado la noche sudando de la fiebre, los tenía colados al cuerpo. Quería sacarlos y darme una ducha. Todo mi cuerpo estaba aún pegajoso del sudor. Me senté en la tapa de la taza del váter para conseguir un apoyo y quitarme los malditos pantalones, que más parecían unas medias pegadas al cuerpo. Tiré del bajo de un tobillo, pero no había forma. Los bajé parcialmente hasta medio de las nalgas, donde ya no cedieron más. Intenté levantarme, pero con todo esto, mis piernas se quedaron más atrapadas aun y con la poca fuerza que tenía, resbalé del váter y acabé en el suelo. Al caer, del susto, emití un grito agudo. No me había hecho daño, pero casi no podía moverme.

A los pocos segundos, escuché la voz de Christopher del otro lado de la puerta.

—¿Alba? ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —*No. No. No, por Dios, que no entré*. Entonces, me recordé que había puesto el pestillo. No podía entrar. Menos mal. Suspiré aliviada— Alba… contesta, coño, o entro.

—Sí… estoy… ¡eh! Es que… —¿Qué diablos iba a decir? Intenté levantarme del suelo, inútilmente. ¡Mierda! Era un destrozo de persona.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has gritado? Dime si estás bien…

Piensa, piensa, piensa… Coño… No me salía nada. Estaba muy mal por la fiebre, mis neuronas apagadas, mi voz sumida, mis ganas de contestar por el suelo. Pasaron unos segundos. Silencio. Escuché el pomo rodar en la puerta. Otro intento. Inútil, obviamente. La puerta estaba cerrada por dentro.

—No entres… —fue todo lo que pude decir—… ya me levantaré —¡Idiota! Era una idiota. Acababa de confesarlo.

Más silencio y más segundos. Escuché un golpe seco en la puerta. Me asusté. Tapé los oídos. ¿Qué ha pasado? Pasados tres segundos, el segundo golpe fue aún más fuerte. *¿Intentaba derribar la puerta?* Dios mío. Quería chillar que no, pero no me salía la voz. Al tercero intento, logró abrir la puerta, despedazando el pilar y rompiendo en pedazos el pestillo. ¡Menudo animal!

Cuando me vio en el suelo, se acercó a mí.

—Alba, ¿qué ha pasado? —la preocupación en su voz me dejó muy avergonzada.

—He caído al intentar desvestirme —dije pautadamente y bajito.

—Debías habérmelo dicho y hubiera entrado a ayudarte más rápido. —Cuando iba a intentar cogerme los brazos para ayudarme a levantar, me acurruqué un poco y me aparté de él. Él me miró intensamente y después esbozó una sonrisa—. Pareces un animal asustado, lo que me lleva a pensar que tu problema no es que estés indefensa, tu problema conmigo es… —él se acercó un paso más en el suelo—, personal.

—No seas absurdo —dije y levanté mi barbilla un poco más, como un reto. Parpadeó y me sonrió con sus blancos, muy blancos dientes. Me cogió por un brazo. Lo golpee en el pecho con un dedo para hacerlo retroceder. Su durísimo pecho. Sus ojos bajaron hasta mi pecho, y fue cuando me recordé que solamente llevaba un sujetador. Que como tenía poco pecho era de tela fina y se podía antever todo. Con una mano lo cubrí. Miré hacia abajo. Diablos. No podía hacer nada ahora para que no me viera casi desnuda. Le pegué de nuevo con la otra mano, en el pecho. Fuerte.

—Para de mirarme —le dije, nerviosa. Él no sacaba la sonrisa perversa del rostro.

—No me da la gana. Y tú no estás en condiciones de ripostar nada. Ven, te ayudo a acabar de desvestirte.

—NO. —Chillé—. Quiero que te vayas, puedo perfectamente cuidarme sola, solo tengo que… —intenté ponerme de pie, pero no tenía fuerzas.

Rápido como un halcón cogiendo su presa, me levantó del suelo a brazos y me colocó de pie frente a él. Parecía una muñeca, sin vida, al antojo de sus manos. Se arrodilló frente a mí y esa imagen, a pesar de mi alucinada cabeza, no me saldría de la memoria en mi puta vida. Dios mío. Tenía mi jefe a mis pies, arrodillado. Y era tremendamente atractivo tenerlo así. Alucinando era poco para lo que me estaba pasando. El caso era que ahora tenía un hombre a desnudarme. Y ese hombre era Christopher. «*Y dijiste que no querías ser la sumisa de nadie. Y ¿esto qué es?*»

Sujetó ambos lados de los vaqueros y tiro de ellos hacía bajo. En poco tiempo, logro dejarme solamente con las bragas y el sujetador vestido. Con la cabeza a la altura de mi cintura, miraba mi ombligo. Hasta arrodillado yo me sentía chiquitina cerca de él. Entendí que estaba haciendo un esfuerzo enorme por mantener la cordura, porque respiraba rápido y me sujetaba la cintura con ambas manos. Miré adelante, sin moverme y nos quedamos algunos largos segundos en esa posición sin decir nada.

Al rato, se levantó, abrió la puerta de la mampara de la ducha y dejó el grifo abierto calentando el agua. Se giró hacía mí y me dio sus instrucciones.

—¿Crees que te puedes duchar sola o necesitas ayuda?

Me quedé callada, con los ojos puestos en los suyos. Mi corazón latía rápido y galopante. No sabía que decir, no conseguía razonar. Nada. Estaba bloqueada. Cuando se inclinó sobre mí, esperé notar una mínima expresión de interés. Sin embargo, me encontré con una mirada fugaz que me recorrió de arriba abajo y unas cejas arqueadas.

—Y yo que esta mañana me he despertado con tu imagen en mi cabeza, lejos estaba de imaginar lo que mis ojos tienen por delante. Confieso que yo tampoco tengo palabras.

Sus ojos azul eléctrico me estaban dejando hipnotizada. Tenía unas finas arrugas de expresión blancas que surgían en las esquinas de sus ojos cuando sonreía; me provocaba consecuencias devastadoras. Puso una mano en mi espalda y con una total maestría logró desabrocharme el sujetador. La pieza cayó de mi pecho, cuando él colocó dos dedos en las tiras para sacarlas de mis hombros. En ningún momento miró hacia abajo, siempre estuve fijo en mis ojos. Se inclinó un poco y se bajó, nuevamente sin quitarse los ojos de los míos. Yo lo seguía como en una súplica. Era increíble cómo nos entendíamos mejor en el silencio. Había una extraña complicidad en esa ausencia de sonido. Me quitó suavemente las bragas. Me quedé totalmente desnuda delante de él. Y cohibida. Se levantó a la posición inicial. Quitó los zapatos que llevaba. Y se bajó para quitar los calcetines, una vez más, sin dejar de mirarme. Se sacó los pantalones. Podía verlo sin tener que bajar los ojos. Solamente de camisa arremangada y de *boxers*, me cogió la mano y me arrastró suavemente para dentro de la ducha. Entró conmigo y se dispuse a ayudarme. Rápidamente su ropa se empapó de agua y la camisa que llevaba se coló al cuerpo, para dejar delineada una figura tremenda. La cual yo estaba con dificultades en no tocar. Me rodó hasta dejarme bajo el chorro de agua. Cerré los ojos. No quería ver lo que él veía o miraba.

—Abre la mano —lo hice sin abrir los ojos. Me sujetó la mano y me depositó gel de baño dentro de las palmas—. Si necesitas ayuda estoy aquí.

Desgraciadamente no había remedio para mi cura. Me sentía boba y sensible. Mientras pasaba el gel por mi cuerpo, me sentí muy expuesta. Podía sentir su presencia justo delante de mí. No tuve coraje de lavarme en las partes más íntimas, porque eso implicaría tocarme y él me estaba mirando.

Terminé de hacerlo y me quedé esperando que él agua se encargase de lo resto. Abrí los ojos. Él seguía mirando a los míos, delante de mí. Tenía que mirar hacia arriba para verlo. Se quedaba enorme dentro de la ducha, que ya era demasiado pequeña para los dos. Sin pensarlo coloqué las dos manos sobre su pecho. Volví a cerrar los ojos, pero sin quitarme las manos. Cuando los abrí, volví a buscar

su mirada y vi su boca entreabrir. Tenía realmente un excelente auto control. Mejor que el mío.

—No compliquemos más las cosas. —tenía que decir algo. Arqueó una ceja. Por un instante, sus ojos reflejaron algo distinto a la seriedad con la que me había tratado hasta ahora. El peligroso brillo en sus ojos había llegado casi tan rápido como había previsto.

—Alba… —me contestó él con la voz exageradamente lenta—. Creo que llevo cerca de cinco años enamorado de ti. Ya no sé ni desde cuándo, porque perdí la cuenta. —Abrí los ojos y entreabrí los labios, perpleja con su declaración—. No te haces una idea de lo mucho que me está costando no tocarte ahora mismo. Estás desnuda delante de mí, que es mucho mejor de lo que alguna vez imaginé y, tus manos reposan en mí. Por favor, estás enferma y te lo juro por todo lo que me es más sagrado y querido, que he venido única y exclusivamente por preocupación y para cuidarte. Por favor, Alba, por favor, no me digas que no complique más las cosas, porque estoy haciendo todo lo que puedo por no joderlo todo. Lo estoy haciendo por ti. Juro que solo he venido a ver qué tal estabas —me quedé mirándolo sorprendida. Puso una mirada de dolor. Sus palabras me golpearon como puñales en el pecho y durante un segundo no pude hablar. Sabía que me pasaba algo. Éramos dos personas muy diferentes. En ese instante me di cuenta de lo diferentes que éramos y, por un momento, me pregunté cómo podía sentir esto por dentro. Algo en mí se agitó. No sentí ira ni resentimiento hacia él.

Lo miro a los ojos. Sus intensos ojos azul oscuro brillaban, no parpadeaban. Algo bailaba en ellos: algo salvaje, loco. Una sensación de miedo corrió por mis venas, el agua seguía corriendo por mi espalda. Podía sentir cómo su corazón estallaba en la mano que se llevaba al pecho. Su respiración se entrecortaba y jadeaba contra la mía. Odié el miedo que apareció en mi voz cuando me di cuenta de lo inevitable. Me gustaba Christopher. Me estaba gustando más de lo normal. Me atraía, me provocaba sensaciones extrañas en mi cuerpo, pero buenas. Me empujaba hacia él.

«No te metas en líos, Alba»

—Chris… yo… creo que… —No soy la única que estaba ansiosa. Me llevó la mano a la espalda y me acercó a él. Debió sentir la misma urgencia, la misma necesidad desesperada, porque también me tocó, sus manos recorriendo mi espalda, sus caderas empujando contra las mías, y finalmente me besó apasionadamente. Le metí la lengua en la boca y solté un gemido que lo hizo perderse. *Joder, qué bien sabe, incluso mejor de lo que esperaba*. Pude sentir su sonrisa en mi boca, y me aparté para encontrar su mirada risueña.

—¿Qué pasa? —Volvió a regalarme su mejor sonrisa y me derretí.

—¡Qué sexy eres, joder! Dios, eres preciosa.

Me dije a mí misma que era una locura, pero mi corazón latía demasiado fuerte para que pudiera pensar con claridad. Solo quería que me besara y me abrazara.

Capítulo 14

Declaraciones muy fuertes

Christopher me besó de nuevo. En ese momento me di cuenta de que lo deseaba tanto que temblaba de pies a cabeza. Abrí un poco los ojos mientras nos besábamos. Todavía estábamos bajo el agua y no entendía cómo no pude verlo. Es cierto que Chris siempre me pareció un hombre guapo e interesante, físicamente, pero el hecho de que fuera como era me hizo mirarlo de otra manera. Nunca le di más importancia de la que merecía. Pensándolo bien, creo que estaba ciega. El hombre que tenía delante era impresionante. Su camisa mostraba su cuerpo perfecto, sus largos hombros, su pecho musculoso y pronunciado. Su abdomen era duro y plano. Sus manos eran grandes y su tacto era firme y poderoso. Era muy atractivo. Y me estaba besando.

—Alba, cuánto te deseo —me dijo con la voz grave.

—Lo sé —murmuré bajito—. Lo sé.

Él asintió en mi boca. La fuerza de aquel beso me dejó sin aliento, lo que me llevó a aferrarme a sus hombros, porque me sentía ligeramente mareada y me temblaban las rodillas. La invasión de su boca no se parecía en absoluto a nada que hubiera experimentado con anterioridad. Aquel beso hizo con que se borraran de mi memoria los besos de otros hombres, como si jamás hubieran existido. Y, con este pensamiento, me recordé de la noche anterior, cuando Óscar me besó y me perdí en su boca. ¡Mierda! Debió ser la fiebre, porque ahora me había confundido.

Me aparté de él, porque la imagen de la boca de Óscar en poco menos de horas me hizo retroceder. Me miró.

—¿Estás bien? —Su cuerpo apretado contra el mío, desnudo, me dio la seguridad que necesitaba. Al menos hasta que se alejó y me sentí abandonada—. Venga, voy a por una toalla y salimos. No quiero que te pongas más enferma de lo que ya estás.

Cerró el grifo, salió de la ducha y cogió la toalla. Desde la puerta me envolvió y me abracé en el mullido algodón, como un chaleco salvavidas. Me abrazó y bajó la cabeza para mirarme. Era tan alto que tuve que bajar las rodillas para que sus ojos se encontraran con los míos.

—¿Mejor? — Me dedicó una sonrisa que me hizo mirarlo con ternura. Sentí que el corazón me daba un vuelco y no quería dejarlo. Estaba tan a gusto en sus brazos que quería quedarme así para siempre. Asentí y apoyé la cabeza en su húmedo pecho—. Estoy muy

mojado.

Pero no me moví y mantuve la cabeza allí. Me agarró la barbilla y me levantó el mentón para mirarme. Me tomó entre sus brazos con fuerza, me apretó contra él con urgencia mientras me besaba apasionadamente, con su lengua mojando mis labios para que el contacto eléctrico entre nosotros fluyera más fácilmente.

Gemí en su boca y él aprovechó el momento para profundizar el beso, para deslizar su lengua en la cálida cavidad que escondía mis labios. Clavé las uñas en sus hombros. El olor masculino que desprendía penetró mis fosas nasales y me entró un calor muy intenso por todo el cuerpo. Se separó lentamente de mis labios y empezó a besarme por el cuello. Sus manos seguían apoyadas en mi espalda y no se movían más allá de la tranquilidad.

—Cuando a poco estaba mirando el agua que corría entre tus piernas y en tu pelo, no pude dejar de imaginar que estás hecha para mí. Intento no pensarlo, pero me resulta imposible no desearte más, no querer ir más allá contigo. No quererlo todo.

Las sensaciones que recorrían mi cuerpo y mi mente ante aquel hombre eran sorprendentes y extrañas. Sus caricias verbales me confundían y me creaban anhelo al mismo tiempo. No sabía que pensar. Todas sus confesiones sobre mí, sobre la forma como pensó en mí a lo largo de todos estos años era avasalladora. No sabía cómo reaccionar ante todo esto, pero aparentemente mi cuerpo estaba reaccionando por cuenta propia.

Me condujo fuera de la ducha.

—Es mejor que te seques y te vistas. No es plan quedarse peor. —Me puso una mano sobre la frente—. Parece que la fiebre bajó un poco.

—Curioso, me siento más caliente que nunca —Como si hubiera percibido la señal, deslizó una mano sobre mi cintura y me cogió en brazos.

—¿Tu habitación? —la pregunta era obvia y la respuesta era simple.

—Todo reto a la derecha.

Él ahogó una exclamación ante aquella invitación, pero antes de que le diera tiempo a embobarse, empezó a andar en dirección a mi cuarto. Cuando llegó, me depositó encima de la cama y antes de tumbarse encima de mí, sacó la camisa mojada que aún se colaba al cuerpo. La tiró al suelo. Ahora sí, podía ver el monumento que se formó ante mis ojos. *Cristofito… ¿quién diría? Estás para comerte, enterito.* Mis pensamientos volaban de mi razonamiento.

Él colocó la mano detrás de mi cabeza, sujetando mi cuello.

—Eres perfecta —murmuró paseando la lengua por mi oreja, provocándome espasmos de escalofríos intensos. *Dios, me pierdo*.

Sentía el frescor de su boca en contraste con el calor de mi cuerpo, lo suyo encima de mí; sentía su pecho tocando el mío, piel con piel. Sentía el bulto entre sus piernas tocarme sobre la fina tela de su ropa interior, lo único que nos separaba. Me empezó a acariciar las piernas, y me colocó una de ellas alrededor de su cintura para que lo abrazase. Sus dedos se movían cada vez más cerca de su erección. No pudiendo aguantar el deseo y la exploración, arqueé las caderas hacia delante de manera que su miembro me tocase más.

Él se sorprendió, pero disfrutó de mi atrevimiento. Podía sentirlo, fuerte y pulsante. Me empezó a besar el cuello, lo que me llevó a agarrarlo del pelo con violencia y a mover las caderas más rápido deseando su contacto, confirmándole lo excitada que estaba.

—Chris, por favor —Le supliqué. Ni yo sabiendo bien el qué ni porqué.

Jamás había sentido algo tan violento, no sabía que un hombre me pudiera excitar tanto; jamás había sentido un deseo tan primitivo como el que estaba descubriendo con él. Ni podía ni quería cuestionarme mi deseo y mi necesidad. Lo único que sabía era que tenía que entregarme a aquel hombre que me reclamaba. Chris se quedó quieto por un momento, deteniéndose en mis ojos.

Me abrazó con fuerza, como si jamás me fuera a soltar.

—A partir de ahora las cosas no volverán a ser iguales entre nosotros. Lo sabes, ¿verdad, Alba? —me dijo bajito casi susurrando.

—Sí, lo sé. Y ¿qué pasa? —le contesté sin entender porque hacía tal afirmación. Era obvio que nada sería igual.

—Me asusta.

—¿Yo te asusto?

En el instante en el que me volvió a abrazar me quedé anonadada. Después me dio un breve y suave beso, que no tenía nada que ver con los que habíamos compartido anteriormente.

—Ya te he dicho que estoy completamente enamorado de ti. Pero, sé que no es recíproco. Estás enferma y no quiero incitarte a nada que no quieras.

—¿Qué dices? No me estás obligando a nada, Christopher. Estoy a gusto contigo.

—Pero no estás enamorada de mí. No sé siquiera si estás enamorada de otra persona.

Lo miré, sin saber qué decirle. Es cierto que no estaba enamorada de él, me gustaba, pero no sé si eso era suficiente.

—No estoy enamorada de nadie.

—Ni de ese tu amigo…

—¿Óscar? No… que va. No hay nada entre nosotros. Lo de ayer no ha sido nada. — Christopher abrió los ojos como platos. *Mierda. Yo y mi boca de sapo*.

—¿De qué estás hablando, Alba? Yo me refería a tu amigo que suele ir a desayunar contigo a la cafetería. ¿Qué ha pasado con… Óscar? Te refieres al tipo del… —se apartó de mí. «*¡Hostias! Qué hábil soy para meter la pata.*»

—No, pensé que hablabas de otra persona, lo siento. No, no hay nada entre Manu y yo, solo somos amigos.

Se apartó de mí y se sentó a mi lado. Me senté y me sentí desnuda y expuesta, por eso cogí parte del edredón de la cama para cubrirme el pecho. Lo vi pasarse la mano por el pelo, agitado.

—¿Qué pasó ayer con Óscar? Sé exactamente quién es. Y tú también lo sabes, no me mientas.

—No pasó nada, lo juro, nada. Cenamos en casa de mi hermano y no pasó nada. Es amigo de Jules.

—¿Cenaste ayer con él? —Su expresión de sorpresa y pánico me hizo sentir mal—. Me dijiste que no podías salir conmigo porque ibas a cenar con tu hermano y en realidad lo que querías era estar con él. ¿Te gusta?

—¿Quién, Óscar? Qué dices... —Tragué en seco. Por alguna razón me sentí mal por mentirle, no sé por qué. Pero ¿le estaba mintiendo? ¿Me gustaba Óscar? Dios mío, estaba haciendo la picha un lio.

—Te lo digo en serio, Alba, ¡tu amiguito sólo quiere pasar un buen rato contigo!

—¿Y tú no? —Las palabras se atropellaron en mi boca para salir, sin pensar. Se levantó rápidamente de la cama y me irritó su actitud y sus comentarios.

—Yo no tengo malas intenciones —dijo, cruzando los brazos.

—Ya sé que eres mejor que nadie. —Se dio cuenta de mi ironía y entrecerró los ojos— ¿Cómo sabes que Óscar tiene malas intenciones hacia mí?

—Lo sé, puedes ver a kilómetros de distancia lo que quiere. Quiere lo que es mío.

—No soy tuya ni de nadie, y nunca permitiré que ningún hombre me ponga en esa situación.

—Maldita sea, Alba. No lo he dicho con relación a ti. No soy ese tipo de hombre. ¡Olvidémoslo!

—Estupendo, por lo que a mí respecta, se ha olvidado —me levanté para irme. Justo cuando iba a pasar por delante de él sin mirarlo, me agarró del brazo y me obligó a hacerlo.

—Lo siento. —Me miró con una mirada suplicante. Me daba pena, pero no me gustaba cómo se comportaba conmigo—. ¿Podemos empezar de cero?

—Dices empezar del menos mil, ¿no? ¿Por qué no?

—Alba, por favor, no me tomes el pelo. Estoy dispuesto a cambiar por ti.

—No te estoy tomando el pelo. Tu es que me estás tomando el pelo a mí. A menudo me tomas por una idiota que no sabe ver las intenciones de los demás.

—No has visto ni las mías. No te vayas con él, por favor, con él no. Lo único que quiere es acostarse contigo para atacarme.

—Sí, es cierto que no he visto las tuyas, pero eso no significa que sea así para todo. ¿Y a ti que más te da? Tú mismo has venido a mi casa y mira donde estás. ¿Cómo puedes ser tan hipócrita? Tú problema es una lucha de gallos y yo no tengo nada que ver con eso. ¿A ti qué te importa con quién me acueste o no? Que yo sepa sigo siendo dueña y señora de mi coño.

—Alba, por favor, no juegues a este juego. Sabes perfectamente que no permitiré que te acuestes con él ni con nadie.

—¿Perdona? ¿Qué derecho tienes tú sobre mí para decirme eso? Ni que fueras mi padre. Quien, por cierto, nunca me dijo tal barbaridad machista.

—Eres mía —me dijo con toda la cara dura.

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo?

—Desde hace una hora atrás.

—No sé de qué me estás hablando, Christopher. Eres demente. Estúpido y demente.

—Tú también no te quedas atrás —lo miré con incredulidad—, y ¿sabes por qué? Porque acabas de negar lo que sé que sientes.

—Y se puede saber ¿qué es que tú crees que yo siento?

—Esto. —Me agarró y besó con ferocidad. Intenté empujarlo y detenerlo, pero me rendí al primero intento al sentir su lengua y sus labios saborearen los míos. Desgraciado. Estaba en lo cierto. Súbitamente paró—. Ya sé que no me quieres, pero te hago sentir algo.

—Sí, odio. —añadí en un tono irónico.

—No quiero discutir contigo. Ódiame si prefieres, pero no niegues que me deseas. Solo quiero complacerte. Déjame hacerlo, por favor. No me rechaces.

—No quiero estar con un troglodita.

—No soy así, déjame demostrarte que no soy así, no huyas de mí.

—No huyo de ti, Chris. ¡Yo no huyo de nadie! —hablé pronto y gordo.

Él se quedó pensativo, me besó en los labios con ternura y mirándome intensamente en los ojos me dijo:

—Te quiero. Como nunca, jamás, nadie te querrá. Soy completamente loco por ti. Por ti, hago lo que sea.

Me temblaban las manos cuando me soltó. Nuestras miradas se clavaron el uno en el otro. Sentí que me derretía por dentro. No era justo que el único hombre que me volvía loca fuera el más maravilloso

del mundo. Y el único que me dejaba sin palabras, para bien o para mal.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Y me quedé quieta en el mismo sitio durante mucho tiempo.

Capítulo 15

Paris sin ti

Cuando, ya vestida, volví al salón, encima de la mesa estaba una sopa caliente y una nota de papel al lado que decía:

"Por favor, tómate la sopa. Te la he traído con cariño y necesitas alimentarte. Más tarde te llamaré para saber cómo estás. Disculpa salir así, pero creo que es lo mejor para los dos, por ahora. Mañana no te quiero ver en el trabajo. P.D. Te quiero. Eso es lo más verdadero que te puedo decir."

Por primera vez, mis ojos se inundaron de lágrimas. Seguro que por causa de la maldita gripe que me estaba dejando pachucha y ñoña. También podría ser el hecho de que, a pesar de todo, habría preferido que no se hubiera ido. Que me gustaba el hecho de que viniera a cuidarme y me tratara con el máximo respeto. O tal vez, porque una vez más, tengo que admitir, como ya he dicho antes, que me ha gustado Christopher. Hoy, más que ayer. Aunque le tenía rabia y odio por su forma de ser estridente, por su perturbada personalidad. Me limpié las lágrimas. Me senté y me comí la sopa. Estaba delicioso. Cuando terminé, no pude ni llevar el cuenco a la cocina, me levanté para dar unos pasos y me dejé caer en el sofá, donde me volví a dormir. Las emociones de la mañana se apoderaron de mí y me dejaron exhausta. No tardé en dejarme hundir en el sueño y la enfermedad.

◆◆◆

Dos días después volví a trabajar. Este mes ya había faltado más días que en todos los cinco años que había trabajado allí. Por la mañana me senté en el banco junto a Rita.

—¿No querías entretenerme? —Me preguntó al cabo de unos minutos, mientras balanceábamos las piernas juntas como de costumbre, con las manos metidas en los delantales.

—Me encanta divertirte —Rita estaba ansiosa para que le contara todos los sombríos detalles de lo que había ocurrido en mi casa, aunque solo le di una idea de lo que había pasado. Pero prefería que la diversión fuera una experiencia compartida en confianza, y bajé el tono y me acerqué a su oído— ahora, con toda la pandilla aquí, no puedo.

— Eres un aguafiestas. Siempre me mantienes al borde de mi asiento.

—Con el tiempo y una caña, amiga. Ahora calla, que Cristofito está

a punto de llegar y no quiero que nos pille cotilleando.

—Ahora ya no te dirá nada, eres su preferida. Eso y mucho más —se empezó a reír a hurtadillas.

—¡Dale que te pego! ¡Chuu! Calla que entra —me reí también. Era difícil quedar seria con ella. Christopher acababa de entrar por la puerta y nos miró a todos. Me miró, durante lo que creo que fueron unos dos segundos más que a los demás. Pero luego continuó con su postura habitual. Por alguna razón, hoy no me ha gustado su actitud. Íbamos a contracorriente.

—Buenos días, equipo.

¡Cómo se ve un hombre tan afrodisíaco! Sintiendo que me arden las mejillas, me aclaro la garganta para quitar la sensación que me atraviesa el pecho. Cojo la botella de agua que tengo a mi lado, quito la tapa y bebo un poco, mientras recupero aliento.

—Buenos días —le saludo, en unísono con los otros compañeros. *No mires, Alba. No mires*. Hago lo posible por evitar su figura que me distrae. ¡Qué calor! Y sus piernas... Maldita sea, tiene unas piernas increíbles, fuertes y firmes, y la postura que siempre lleva asertiva me impone; junto con sus hombros anchos que añaden mucho a mi profana imaginación.

—Vamos a empezar la reunión de hoy —responde con suavidad, su voz es cuidadosamente reservada—. Alba… —cuando escuché mi nombre mi corazón se disparó y él me sorprendió sacudiendo las manos para ver si el calor se iba—, ¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes mejor esta mañana? —preguntó genuinamente preocupado. Mi mirada se negó a acceder a mi deseo anterior. Levanté la vista ante su pregunta conmovedora, y su rostro estaba aprensivo. Una pequeña sonrisa de agradecimiento se dibuja en mis labios ante la preocupación que desprende por mi estado, delante de todos. Sin duda una primicia.

—Bien, jefe, gracias, mucho mejor —dije, tartamudeando un poco. Recibí un codazo de Rita, que estaba a mi lado y se dio cuenta.

—Me alegro. —No añadió nada más y empezó a hablar sobre los temas de la reunión.

Al final de la charla motivadora y castrante que dio, como siempre hacía por las mañanas, dejó caer una noticia que nos dejó a todos en vilo. Por diferentes razones.

—Quiero anunciaros algo importante, y por eso he convocado esta reunión. La semana que viene, o más bien dentro de tres días, estaré fuera una semana. Voy a una conferencia sobre el café en París y no estaré presente. Por ello, durante mi ausencia, Alba será la persona encargada de sustituirme en las funciones de gerencia. Nada que no sepáis ya. Debéis hablar con ella de todo lo que tenga que ver con la gestión y me lo transmitirá cuando llegue el momento. Hasta que yo

vuelva, ella encontrará soluciones a vuestros problemas. Y dicho esto, podéis volver a vuestras obligaciones. E ir a celebrar mi ausencia lejos de mi vista.

Era evidente que la gente estaba deseando gritar de alegría, todos menos yo. ¿Se iba al extranjero durante una semana? ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Y por qué no me lo dijo? Una ira empezó a subir a mi estómago y a alojarse en mi pecho, haciéndome arder de furia.

¡Uhmm!... Necesitaba tanto la cafeína en aquel momento. Mi actitud socarrona estaba en marcha mientras Chris me sostenía la mirada. Se estaba divirtiendo con su inesperado anuncio, ¿verdad? Ah, todos los hombres son iguales y él no es una excepción. No dije nada; me di la vuelta y me dirigí a la taquilla para cerrarla. Cuando todo el mundo se hubo marchado y supe que seguía a mis espaldas, golpeé deliberadamente la puerta sobre el metal y con ese puñetazo la cerré con un ruido impresionante. Me metí la llave en el bolsillo.

Cuando me giré para salir, vi que Chris también se dirigía a la salida, de espaldas a mí. Antes de salir por la puerta, lo llamé.

—Christopher… jefe… ¿podemos hablar? —se volvió hacia mí y se detuvo. Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, dio un paso adelante hasta situarse frente a mí.

—¿Necesitas algo?

—Antes de nada, quería darte las gracias — murmuré, sintiéndolo desde el fondo de mi corazón. La perplejidad era evidente en sus ojos, probablemente reflexionando sobre la connotación de mi gratitud—. Por cuidarme, el otro día —aclaré, repentinamente abrumada por el miedo... el mismo miedo que estaba haciendo todo lo posible por abandonar.

—Apenas hago mi trabajo. Yo haría lo mismo por cualquiera de mis empleados —responde fríamente. Cansada, asiento con la cabeza.

—No tienes que hablarme así, Chris. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí. No me lo esperaba —Se alejó. ¡Uf! Gimoteé mentalmente, poniendo los ojos en blanco. ¿No podía aceptar nunca un cumplido? ¡Por Dios! «*Solo hago mi trabajo*», imité su voz, riéndome para mis adentros. *¡Qué pedazo de rencoroso!* Le sujeté un brazo, para detenerlo.

—No me has dicho nada sobre sustituirte. Deberías haberme consultado.

—Sabes que en mi ausencia eres tú que asumes las funciones de gerencia.

—Sobre eso… —más que nunca me costaba hablar del tema con él, después de todo lo que pasó, pero no iba a mezclar churras con merinas—, te quería hablar. No quiero hacer esa función. No me pagas para eso.

—No sea por eso. Este mes te acierto las horas del tiempo que me

sustituyas. —Nuevamente hizo ademán para salir y lo volví a sujetar por el brazo. Me lanzó una mirada fulminante y retiré la mano como si me hubiera quemado al tocarlo—. ¿Hay algo más que necesites, Alba?

—Sí, hay. ¿Por qué tienes esa actitud conmigo?

Se me hizo un nudo en el estómago, porque podía ser uno de los peores gilipollas cuando quería. Lo que era la mayor parte del tiempo. Si él también quería alejarme, entonces me vería obligada a dejar de aceptar sus estúpidas exigencias. Y yo no quería eso, aunque sé muy bien que solo tenía esa actitud conmigo por despecho.

—No sé de qué hablas, Alba. Pensé que habías sido muy clara.

—¿En qué?

—En odiarme.

—No seas bobo. Yo no te dije nada de eso. Dame tiempo.

—¿Tiempo? Te daré tiempo, estaré fuera una semana. Tendrás tiempo de no verme y de no estar en mi presencia.

Sus palabras me chocaron como un huracán. *¿Por qué era tan hiriente, tan ocho u ochenta?* Me desesperaba.

—Chris… —lo miré y al ver su mirada perdida, mis ojos se nublaron. Se dio cuenta, porque entreabrió los ojos y la boca. Creo que, por fin, se dio cuenta de que estaba siendo un exagerado.

Me abrazó con fuerza, haciendo que me derritiera por completo ante su contacto, mi cuerpo cediendo a su agarre. Cierro los ojos para deleitarme con el momento, el mismo momento obsceno en el que me susurró al oído, algo que apenas pude escuchar. Intenté darme la vuelta, para ver por fin su hermoso rostro, el que me había maravillado un millón de veces en mi corazón, pero no lo conseguí. Porque no me dejaba. Me soltó.

Lo miré, y parecía muy nervioso, con su pelo corto alborotado por un constante rascado, supongo, que es lo que hace cuando las cosas se ponen feas en la cafetería, y sus ojos están ocupados mirando su tableta. ¡Dios, ayúdame! Lo conocía demasiado bien.

—Paris… Esta vez te tomas un permiso, qué bien, ¿no? —pregunto, siendo brujilla.

—Voy a ir a trabajo. Prefería llevarte conmigo. Paris nunca será lo mismo sin ti. Lo he pensado todas las veces que estuve allí y… te voy a echar de menos.

Vale, ahora tenía curiosidad por conocer a este increíble hombre que me contaba estas cosas tan horriblemente románticas. Entendía que le gustaba decir tonterías conmigo, pero ahora, creía que iba en serio lo que decía. Estaba empezando a preguntarme si Christopher estaba realmente enamorado de mí.

—Tal vez… cuando vuelvas… podamos… no sé —dije con dificultad y él esbozó una sonrisa—, tomar algo. No lo sé. Hablar.

Conocernos mejor.

Su sonrisa se alargó y ¡joder! Estaba estúpidamente guapo.

—De acuerdo. Bueno, me voy afuera durante un tiempo, así que espero que te mantengas a salvo. No voy a estar para salvarte, de momento. Pero, espero llegar a salvo también para reencontrarte. Nada me dará más aliento.

Solo sacudo la cabeza, sonriendo. No solo era romanticón, bobalicón y cursi, sino que era muy tierno y en estos momentos, era otra persona. A veces había que aceptar a la gente tal y como era y descubrir que eran mucha cosa.

Los dos volvimos al trabajo con las promesas en el aire y las palabras suspensas por las ganas.

Más tarde, mientras servía cafés, alguien se puso en la cola para hacer su pedido.

—Buenos días —la voz de Óscar retumbó por toda la cafetería al punto de hacer que Christopher, que estaba sentado en su mesa habitual haciendo pedidos a proveedores en su tableta, levantara los ojos para mirarlo. Cuando lo vi venir, supo lo que vendría después. Fingí que era un cliente como otro cualquiera, pero conociendo a Óscar, él se aseguraría de que lo notara.

—Necesito hablar contigo ahora, Alba. ¿Tienes un momento? —preguntó tranquilamente. Por el rabillo del ojo pude ver que Christopher no quitaba los ojos de nosotros.

—¿Qué vas a tomar? Te pongo el pedido y cuando tenga tiempo saldré y hablaremos, ¿vale?

—Si eso, dame un café solo. Te espero en la mesa.

—En seguida. Toma asiento.

He preparado tu café y el de los demás clientes. Le pedí a Jorge que entregara los pedidos restantes. Cuando vi que Óscar ya había terminado su café en la terraza, decidí salir a hablar con él.

—Salgo un momento a la terraza —dije, saliendo de la barra.

Christopher parecía estar ocupado con sus asuntos y no me miró. ¡Perfecto! Óscar se levantó y caminó hacia mí.

—Vamos al fondo de la cafetería, donde podemos hablar tranquilamente, pero te advierto que no tengo mucho tiempo.

—No te detengo mucho. Vamos.

Salimos por la calle lateral, que nos llevó a la parte trasera de la cafetería. Había una puerta que llevaba a la cocina y allí estaban las cajas viejas y la basura. Era un callejón sin salida.

—¿De qué querías hablarme?

—Hace tres días que no me dices nada. Me tenías preocupado. He venido aquí y me han dicho que estabas enferma. No tenía forma de contactar contigo y me gustaría tener tu número. No quería preguntar a otra persona, así que te lo pregunto directamente a ti.

—De acuerdo, no hay problema, te daré el número ahora mismo. —Hemos intercambiado nuestros datos de contacto—. De todos modos, gracias por la preocupación, ha sido una gripe, nada más.

—Esa noche que pasamos juntos estabas un poco indispuesta, es cierto.

Dejé escapar una sonrisa ligeramente avergonzada al recordar la noche que pasé con él.

—Tengo una propuesta para ti, Alba.

—¿Una propuesta? ¿Vas a pedirme que me vaya a trabajar contigo? Ya sabes que la respuesta sigue siendo no. —Sonreí, cruzando las manos sobre el pecho.

—No, me gustaría tener permiso para llevarte a una cita. Quiero tener una cita contigo. —Óscar habló con la voz suave.

—¿Una cita? —Mi sorpresa sonó en mis palabras.

—Sí, una cita. ¿Cuándo fue la última vez que saliste a divertirte limpiamente?

—¡Hace mucho!

—Di que sí y te sacaré a pasear, sin ataduras.

—¿Me sacas a pasear como a los perros? ¿Hablas en serio? —Mis ojos se iluminaron de las ganas de reír.

—Muy en serio. Y no, no te sacaré como a un perro. Será una cita real, de verdad. Con cena, paseo, etc.

—¿Etc.?

—Etc.

—Vale. Pero avísame con tiempo.

Parecía tan serio y comprometido a invitarme a salir que no pude decir que no, eso y porque todavía me recordaba su boca y lo guapo que era. Además, no quería limitar mis posibilidades. Nos estábamos conociendo. Se acercó a mí y me sentí, súbitamente, incómoda.

—Bésame, Alba.

—¿Qué? ¿Estás loco? Este es mi local de trabajo, no puedo… —miraba a todos lados.

Óscar no vaciló, tomó mi cara entre las manos y cuando sus labios tocaron los míos, un planeta en alguna parte explotó. Sus labios eran suaves y cálidos y olían a manzanas doradas. Gemí y me abrí para él. Él profundizó el beso y sus manos abandonaron mi rostro y se dirigieron a mi cintura. Sabía que se estaba excitando, porque su lenguaje corporal emitía todas las señales.

—Óscar... —Me quedé un poco aturdida cuando de repente se apartó. Mis pechos subían y bajaban, mis ojos permanecían cerrados.

—¿Qué quieres, Christopher? — Lo oí hablar con alguien por encima de mi hombro con voz molesta y altiva.

Me di la vuelta y abrí los ojos inmediatamente y allí estaba él, mi jefe, de pie, mirándonos. Básicamente, pillados en la parte trasera de

su cafetería comiéndose la boca uno al otro. ¡Mierda! Ver su cara destrozada me hizo sentir la mayor perra del mundo. No sé qué me pasó, pero su expresión me dejó tan desolada que en ese momento una lágrima rodó por mi mejilla.

—¿Qué pasa, cariño, estás bien? —Óscar me vio y se asustó con mi actitud.

—Alba, te necesitan en la cafetería. ¿Podrías terminar tu pausa e ir a ayudar a tus compañeros? Si ya has terminado por aquí, claro. —la voz de Chris era débil y apagada. Me encogió el corazón.

—Óscar, me tengo que ir —le dije, apartándome de él.

—Vale, guapa, tienes que irte y yo también, pero no olvides nuestra cita. Te llamaré más tarde y hablamos. —Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, mientras miraba a Christopher. Creo que fue la primera vez que realmente entendí que lo estaba provocando—. Me muero de ganas de volver a estar contigo.

Me alejé de Óscar y pasé por delante de Chris, que no me miró. Se quedó mirando a Óscar con los ojos entrecerrados. Entré corriendo y volví a mis tareas, sintiéndome muy mal, como una verdadera mierda. Y merecía estar así.

Capítulo 16

Si el arrepentimiento matara

«*No, la propuesta había venido de un hombre oscuro.*» Mientras servía los cafés, no dejaba de pensar en ello. Óscar había ido demasiado lejos al besarme delante de Christopher. Es como si lo hubiera hecho a propósito para que nos pillara. No se sentía bien en absoluto. Por otro lado, no dejaba de pensar en la facilidad con la que Óscar me besaba y me gustaba. Estaba muy confundida. Me gustaban dos personas por igual. Al menos, eso creía yo.

Hubo un momento en que apenas había nadie en la cafetería y Rita se inclinó para hablar conmigo.

—Tú no estás bien de la cabeza. —Vale. Habíamos llegado a un punto de reflexión en la conversación—. Aclárame una cosa, ¿te gusta Óscar o Christopher? Porque veo que la estás liando parda con los dos. Acabo de ver Christopher en la cocina parado como si fuera una estatua. No se ha movido ni cuando pasé y saludé.

—Lo que pasa es que me están rompiendo los esquemas y no sé qué sucede conmigo. Nunca me sentí así —Rita arqueó una ceja—. No quiero contarte más de lo que está pasando. No por ti, que conste. Por mí, porque creo que no logro entenderlo ni yo todavía. El caso es que pienso que me gustan dos personas diferentes. A la vez.

—¡Ostras! Déjame adivinar: Cristofito y Óscarito.

A Rita la historia la estaba entreteniendo, porque sonreía con ganas de echarse a reír fuertemente.

—Lo único que sé es que me siento fatal con todo esto.

—Quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites. Para desahogarte, para enfadarte, para lo que sea. —Me puso una mano en el hombro como señal de sororidad.

—Lo sé, amiga, lo sé, y créeme que te voy a necesitar, no sé ni por dónde tirar. Me alegro de que Christopher se vaya esta semana, si no, no sé cómo podría enfrentarme a él o encararlo.

—Pero ¿qué pasó?

—Me pilló besando a Óscar en las traseras de la cafetería.

—¡¡¡No!!! —Arrastró su sorpresa todo lo que pudo—. Vale, yo sé que Cristofito es un estirado resentido, pero creo que te has pasado.

—¿Yo? La culpa fue de Óscar, que lo hizo aposta para provocarlo.

—¡Huuh! Tienes ahí dos machotes pegándose a ballas y si no te apuras la que se va a ver metida en una camisa de cinco varas eres tú. Ahora veo normal que Christopher se mosqueara tras una escena tan violenta.

Suspiré. *Si el arrepentimiento matara, yo estaría, vamos, en un ataúd de titanio, bien cerradita.*

—No sé qué hacer. Mi vida se ha convertido en algo rocambolesco, y no sé cómo afrontarlo todo.

—Me parece sencillo. ¿Te gusta Christopher?

—Creo que sí, no lo sé.

—¿Te gusta Óscar?

—A ver… sí, también, de cierta manera.

—No te estoy preguntando qué te gusta en ellos. Te gustan los dos y punto. Es normal. Suele pasar.

—¿A quién? —pregunté curiosa y con alguna ironía retorica.

—A ti, por ejemplo. Una más para la estadística.

—Me dejas mucho más animada, Rita.

—¿Dé que tienes miedo? Explora las dos situaciones y una de ellas, seguramente, ganará más fuerza.

—Y ¿sí no es así? Yo creo que debería apartarme de los dos.

—Yo creo que deberías ir a hablar con Christopher. Está destrozado y se va mañana. Sería muy cruel de tu parte dejarlo ir, así, sin decir nada.

Rita me dio una buena hostia. Justo en la cara. Y con guantes blancos. Me hizo sentir culpable, y con razón, y al mismo tiempo me invadió una emoción llamada tristeza y frustración. Rita tenía razón, no podía dejar que Chris se fuera sin decírselo. No después de lo que había observado esta tarde.

Hacia las tres, cuando terminó mi turno; entré en el vestuario para cambiarme de ropa. Cuando tuve mis cosas listas, entré en el almacén. En realidad, no era un almacén propiamente dicho, sino más bien una gran despensa, donde guardábamos todo lo que se iba a consumir en el local. Encontré a Chris, ordenando algunos pedidos que habían llegado.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —dije en voz baja, ya que se había percatado de mi presencia, pero no me dijo ni una palabra por un buen rato.

—¿Qué quieres? Mi madre vendrá mañana y en principio ya está todo organizado. Todo irá bien mientras yo no esté. Si necesitas algo, envíame un mensaje, como siempre.

De repente, el ambiente entre nosotros se había vuelto insoportable. Yo estaba muy tensa y él parecía completamente indiferente.

—Chris, si quieres, puedes decirme lo que tengas que decirme. Prefiero que hagas eso a que me trates así —dije, dejándome rendir por la evidencia.

Dejó lo que estaba haciendo, colocando una caja en el suelo, y me miró seriamente. Mi corazón casi se detuvo cuando vi que sus ojos se

oscurecían.

—No vas a querer oír lo que tengo para decirte y, más que eso… yo no quiero que tú lo oigas.

—¿Por qué? —insistí.

Bufó exasperado. Podía ver el sufrimiento en su rostro y ¿cómo podía ser posible aquel sentimiento? Me dolía verlo así. A Christopher. ¿Cómo era posible?

—Te aseguro que el choque con la realidad destruyó mucha cosa en mi interior. Así que, por favor, no me pidas milagros.

—Hasta donde me acuerdo te llamas Christopher, no Lourdes. No te pido milagros, te pido que me escuches y me entiendas.

Christopher dio una valiente patada a una caja de cartón vacía, haciéndola rebotar en el aire lejos de nosotros. Ese acto me sobresaltó, por el ruido y la imprevisibilidad del evento.

—¿Qué quieres de mí? —chilló y se me llenaron los ojos de lágrimas. Su rostro estaba a milímetros del mío y destilaba ira y algo más que no pude identificar.

—Quiero que me escuches, coño, ya te lo he dicho. —Las lágrimas corrían ahora por mi cara sin parar—, admito que lo que viste entre Óscar y yo…

—No hables de él en mi presencia. Ya te advertí sobre la persona que es, si eres tan boba que prefieres encapricharte con él o enamorarte de alguien como él, no seré yo quien te impida hacerlo. Eres libre de hacer lo que quieras con tu vida. Al menos uno de nosotros lo es.

—¿Qué quieres decir con eso de que soy libre? ¿No lo eres tú también, acaso?

—No, sabes que no. Cuando tu corazón pertenece a otra persona como el mío pertenece al tuyo, no eres libre. Eres un esclavo de ese amor.

—Hablas como si tus sentimientos por mí fueran un martirio. Te recuerdo que yo no quería nada de esto. Hasta hace muy poco no sabía lo que sentías por mí. A veces incluso creo que todavía no lo sé. No quiero herirte, pero no estás siendo justo. Nunca lo eres. Ódiame si te hace sentir mejor —dije, rindiéndome.

—Las personas se hacen daño mutuamente muchas veces, pero eso ni siempre mata el amor.

—¿Te equivocas a menudo con la gente? ¿Te hacen daño como yo? —quise saber.

—Alba, realmente me desesperas, chiquilla. —Se puso las manos en el pelo, nervioso—. No me he equivocado contigo, ni me has hecho daño. Al menos no hasta ahora. Me lo comeré yo solito, tranquila. No es tu culpa que estés enamorada de otra persona.

—Eso no es así, no… —me miró negando con la cabeza sin darme

crédito—. No sé lo que siento. Me gustas, es cierto. No quería admitirlo, pero te dije que me gustabas. No sé cómo ni por qué. Estoy confusa y no sé. Por otro lado, no voy a negar que siento algo por Óscar. Pero no sé lo que significa.

—Te lo pongo fácil. Dejemos las cosas como estaban, en el exacto mismo lugar. Me voy mañana. Tienes tiempo para pensar en todo esto. Cuando vuelva, si no quieres seguir conmigo o darnos una oportunidad, no pasa nada. Solo tienes que decirme que sí o que no. O simplemente tienes que seguir siendo tú misma. Prometo respetarlo y no insistiré.

—Vale. —Me entristeció su declaración, pero en ese momento estaba siendo más sensato que yo.

—Ahora… prométeme algo a mí también.

Asentí con la cabeza, con las mejillas mojadas por el llanto. Me sujetó la mejilla, limpiando parte del agua que caía de ellas. Cerré los ojos. Quería abrazarlo y sentirlo. Pero no me moví. Bajó su cabeza a mis labios y me susurró suavemente:

— Prométeme que pensarás en nosotros con cariño. Y que tendrás cuidado con Óscar. No estaré aquí para protegerte y eso me preocupa. —Abrí los ojos, no podía creer que siguiera con esta estupidez—. Sé lo que te digo, por favor, confía en mí. Aunque creas que te merece más que yo, créeme, no te merece.

—Chris, a veces te odio…

—Y a veces sé que me quieres. Sé que soy demasiado cobarde para quererte como te mereces y te ha dejado marchar todos estos años. Soy gilipollas, lo sé. Pero te quiero. Te amo. Desesperadamente.

—No sé cómo me siento ahora, pero no quiero que te vayas. Todavía no.

—Estoy aquí. —Posó una mano en mi pecho, en el lugar del corazón—. Aquí siempre me encontrarás.

Y me besó suavemente.

—Aunque tus labios se camuflen de otros, quiero llevar tu sabor conmigo —volvió a besarme.

Sus labios detuvieron mi pensamiento. Cuando se soltó, emití un gemido de abandono. Nos miramos en silencio, en despedida. Pensé, en ese instante que jamás podría oponerme a los sentimientos que nos acechaban. Su amor era auténtico, incluso en momentos como este que se mezclaba con el dolor. Y mi deseo por él, era cierto e igualmente genuino, aunque sabía que era un sendero peligroso. No podía luchar por el amor que ya empezaba a formarse por él. O quizás ya estaba formado, pero no lo sabía.

La puerta de la despensa se abrió de rampante y nos pilló a los dos de sorpresa. La señora Rocío se quedó con la cara embobada al vernos abrazados.

—¡Oh! Dios mío, Christopher… ¿qué pasa aquí? ¿Alba? —se puso roja de haber sido testigo de un encuentro secreto. La señora su madre era una persona adorable y de quien yo tenía una gran admiración.

Me sentí expuesta y avergonzada, así que me zafé de sus brazos y salí por la puerta, dejándolos a ambos atónitos.

—Perdón, me tengo que ir. Que tengas buen viaje, Chris… topher… —dije mientras miraba por encima del hombro, dispuesta a despedirme y salir corriendo.

Pero al irme, dejé atrás preguntas sin respuesta y respuestas sin dueño.

Capítulo 17

¿Nostalgia de qué?

«*Estoy que no me lo creo, vamos, que si me pincháis ni sangro*.» Con todo lo que me estaba pasando y toda la confusión que había en mi vida últimamente. «*Con el amor de los demás, puedo también*», pensé mientras me levantaba para ir a trabajar. El hecho de que mis neuronas me recordaran a las cinco de la mañana que tenía que asumir el cargo de gerente me hizo desear volver a la cama y no salir nunca. No era la primera vez que me ocurría; otras veces Christopher me había dejado a cargo de la cafetería y eso era como duplicar mi carga de trabajo.

Pensé en él y en todo lo que me dijo. «*Las únicas personas que (te) hacen falta son las que no (te) permiten echarlas de menos*.» O al menos eso pensaba en mi humilde existencia. Ahora, sentía una extraña opresión en el corazón que no me dejaba respirar bien. El hecho de que se hubiera ido no solo me molestaba en mis quehaceres, sino que le echaba de menos ahora que se había ido. «*Pero, si se acababa de ir, ¿cómo es que lo echaba de menos*?» No tuvo mucho sentido para mí. O más bien, ¿nostalgia de qué? ¿Echar en falta qué? No éramos nada. Y fui feliz hasta el momento sin tener que esperar a nadie. Y ahora... ahora no sabía qué pensar o sentir. Todo era grande y me sentía pequeña. Incluso más pequeña, si cabía.

Cuando llegué al trabajo, la Sra. Rocío ya había llegado y conseguí entrar. Eran las seis de la mañana. Me miró con una enorme sonrisa; siempre fue amable conmigo. Una de las razones por las que aún aguantaba trabajando allí era porque la señora Rocío siempre fue impecable conmigo y yo la adoraba. Sin embargo, pensé que su sonrisa juguetona no se debía a una recepción matutina de empatía, sino al hecho de haber pillado a su hijo en pleno delirio con las manos en la masa. O, mejor dicho, en mí. No sé qué pensó de lo que vio, pero desde luego no era lo que imaginaba. Fuera una cosa u otra.

Podría haberme dejado llevar por el momento, pero lo último que quería era mezclar mi vida personal con mi vida profesional. Con este pensamiento en la mano, decidí entregarme al trabajo, ya que mantener la cabeza ocupada me ayudaba a consolarme y compensar el hecho de que era una auténtica idiota con una vida que deseaba subastar.

En la realidad, exactamente, ¿cuál era el protocolo adecuado para tratar con la jefa que resulta ser también una pseudo suegra? ¡Ostras! «*No me toques las narices, consciencia, ¿de qué coño hablas? ¿Suegra?*

¡¡¡Alba, estás loca de atar!!!»

Me dispongo a abrir la caja y al final logro centrarme un poco, aunque no tanto como debería, porque ha venido un cliente a los treinta segundos abrir la cafetería y yo aún seguía en mis ensoñaciones.

—Buenos días, ponme un café del tiempo —dijo el cliente con aspereza en la voz.

—Disculparme, caballero, pero ¿qué me ha pedido? —pregunté con mi mejor sonrisa.

—No creo que sea un pedido difícil. Un café del tiempo, con sacarina, por favor. Y a ser posible, para llevar, que llevo prisa.

Se queda mirándome con los ojos saltones.

—Perdón, caballero, pero no sé a qué se refiere con «del tiempo»… —No entendía ni jota.

—*Mecaguen la mare que la parit*, pero vamos a ver, aquí en Madrid no hay hielos, ¿es eso? —iba a maldecir mentalmente, pero él me interrumpió—, ves dándote prisa, *cariñet*, que me quedan cuatro horas de *viatge*.

Sabía que tenía que pensar rápido, pero no se me ocurría nada y, como si los astros se hubieran alineado en mi contra, entró en el establecimiento ¿quién? ¿Quién sino? Mi «querido amigo» Alberto regalando sonrisas a su paso. Se cambió inmediatamente en cuanto se fijó en mí y se puso en la cola detrás de señor ese. *Mal día para tocarme los…*

—Siento ser insistente, entiendo que tenga prisa y que vaya a Cataluña, pero ¿qué me ha pedido? —Último intento de servir algo a ese señor.

—*T'agüela quan pixa fa clotet? (*Ya vale con el cachondeo, gracias) ¿cómo qué a Cataluña? Yo soy *Valencià,* ¿me has entendido?, valenciano. Ponme antes un café con leche y un hielo, si puedes. Para hoy…

Alberto se rio por lo bajo y su intervención facial burlona no me cayó *molt bé* como diría ese señor. En el colegio tenía un compañero de clase que era catalán y éramos buenos amigos. Conocía algunas palabras, pero no podía tragarme todos los diccionarios del mundo. Podía manejar el inglés, que ya era muy bueno, y el francés a ras de suelo. Borracha hablaba varios idiomas. Y ese era el deseo que tenía, emborracharme hasta quedar inconsciente o hasta que volviera Christopher.

Lo pensé durante unos segundos y casi derramé la leche de la taza de café del Sr. Mediterráneo. No sé si todo el mundo tiene una voz interior que le habla casi todo el tiempo en su cabeza, como yo, pero la mía no deja de darme la lata. Terminé mi tarea y dejé la bandeja preparada para entregársela al hombre que tenía delante.

—Aquí tiene, caballero, su café con leche y le pongo un vaso pequeño con cubitos de hielo. Espero que le guste. *Que tingueut un bonet viatget.* —Creo que metí la pata hasta el fondo, porque el hombre me lanzó una mirada que podría derretir toda la Antártida.

Y lo peor no era eso, sino que la risa de Alberto no podía contenerse desde aquella dulce boca que ahora parecía más sucia que de costumbre. ¡Estúpido! No sé qué tenía en mente para haberme dejado pillada por ese chico durante tanto tiempo.

— Debería haber ido a *Staribuques*, que tiene una cafetería y un servicio de categoría. No es como los demás. Que tenga usted un buen día —concluye con total decepción. Pasé de lerda a furiosa en un microsegundo por su culpa.

Llegó el turno de Alberto y torcí una sonrisa al saludarle.

—Buenos días, Alberto. ¿Qué te pongo? —parpadeó confuso y se quedó un poco chocado con mi sequedad. Por norma, suelo ser muy simpática con él y ya sé lo que quiere, pero no tenía más ganas de darle cuerda al corazón. Me cansé de ser digna sin querer, como decía mi querido Joaquín Sabina, ese gran cantautor.

—Hola, Alba. Lo de siempre. ¡¿Siempre te cabreas cuando alguien te habla en otro idioma?! — Pongo los ojos en blanco. «*Lo que me faltaba*».

—¡Venga! Trabajo en una cafetería, por si no te has dado cuenta, esas tonterías son el pan nuestro de cada día. —Inmediatamente le di la espalda y me puse a preparar su pedido.

Lo que me reventaba de esta absurda historia era que me había dado cuenta de que Alberto era un completo idiota. Me pasé dos años fundiéndome en sonrisas con él, dejándole galletas en el café y amor en todo lo que le preparaba. Y nunca dijo mucho más que un «gracias». Pero cuando alguien se interponía en mi camino, como hizo con Óscar y ahora con este hombre, enseguida se aprovechaba de la situación y se burlaba de mí todo lo que quería. A mí se me caería la cara de vergüenza de ser tan tonto. Una cosa es estar de tonteo sano y todo eso, y otra muy distinta dejarme humillar por alguien que no es digno de mi querer, como mencioné.

—Aquí lo tienes —No podía haber sido más seca. Y creo que se dio cuenta, porque utilizó la misma entonación en su respuesta a mí.

—Gracias, Alba. Que tengas un buen día, *cariñet.* —Eso fue la gota que colmó el vaso. Encima darle énfasis a la bromita. «*Espero que Manu consiga la chica que te gusta. No la mereces. Ni ella ni nadie.*»

Ni siquiera sabía cómo había llegado vivo al final del día. Entre organizar la cafetería, atender a los clientes, guiar a los compañeros, que en estas ocasiones parecían olvidar todo lo que habían aprendido, ¡uf! Llegué a casa con los pies en carne viva y la cabeza llena de nervios. Miré mi móvil y había un aluvión de avisos y mensajes en

todos los frentes. Y no tenía ganas de abrirlos. Decidí estirarme en el sofá, relajar mis piernas cansadas y dejar atrás el drama. Abrí el primer mensaje: de Rita.

«¿Qué tal, chavala? ¿Cómo ha sido tu día de gerencia? ¡Luego me tenía que pillar de día libre, qué mierda! Te hubiera echado una mano. Y Cristofito, ¿has hablado con él?»

Decido contestarle con dos palabras.

«Te llamo»

—Hola, prefiero llamarte que es más fácil. Estoy hecha mierda, reventada.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Pero ¿qué tal el día? ¿Mucho jaleo?

—Calla, no eran ni las seis y media de la mañana y ya estaba harta hasta la raíz del pelo. Qué día tan horrible. Salir hoy ha sido un desperdicio total de maquillaje, te lo digo yo. —Rita empezó a reír con mis tonterías, como de costumbre.

—No me digas que ya echas de menos a Cristofito. —Me estaba tomando el pelo aposta.

—Eres un bicho. Mejor no hablemos del tema. Esta mañana la Sra. Rocío me miró toda sonrisitas. Y no, ni siquiera tuve tiempo de echarme de menos a mí, ni mucho menos a nadie.

—Qué mal disimulas! ¡Venga ya! Es un canteo lo que estás haciendo. Llevas cinco años trabajando en ese local. Es obvio que la mujer te tiene como a una hija. Estará trabajando en la idea de verte como su nuera.

Me he quedado sin aire con su observación. «*Adiós a mi vida tranquila.»* Me invade el pánico cuando se lo plantea de esa manera.

—Rita, aquí la menda no ha tenido tiempo ni para rascarse. Para de darle vueltas al tema, y ya. No voy a darle importancia al asunto. Al menos no más de la que tiene. Ya sabes lo que dicen: abandonar es de cobardes, pero darse el piro es de molones. Por eso, me piro de este asunto.

—Oye, no te pases. Tú tienes que estar muy atenta a lo que piensa la señora Rocío, porque no hay nada como estar al loro para que nadie te desplume. Ella puede ser una gran aliada en tu caso.

—¿Aliada de qué y para qué, Rita? —«Ya estamos». Rita con sus achaques a darle vida a sus culebrones. Con mi vida.

—Mujer y ¿qué va a ser? De tu relación con Cristofito.

—¡Y dale con lo de la relación! Por enésima vez, no pasa nada entre Chris y yo.

—De momento —soltó y yo bufé exasperada—. Estás tan volcada en tu trabajo que no dejas espacio para nada más. No quieres compartir tu vida con nadie, solo te preocupa en vivir un día de cada vez, lo que me parece bien, de verdad, pero acabarás sola. En lugar de

vivir la vida y el amor.

—El amor… dices. —Tenía su gracia. Si Rita pudiera verme ahora, se daría cuenta de que me aterra esa palabra. No sabía lo que era el amor. Ni siquiera sabía cómo lidiar con los sentimientos que se desprendían de mi piel. Estaba confusa y muy perdida. No sabía qué hacer—. Hablas como si Christopher fuera el hombre de mi vida. No hace mucho tiempo lo odiabas tanto como yo. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Porque es muy castizo y parece duro. Y eso mola un montón.

—No jodas, Rita. —la reprendo. ¿En serio?

—¡Me has pillado! Venga, ahora en serio, ese hombre está locamente enamorado de ti, te lo he dicho muchas veces, pero no me has escuchado.

—No se trata de si te escuché o no, sino de si lo odié en su momento. Y tú lo sabes bien, no te hagas la tonta. —Yo le sigo la corriente y ella se ríe a carcajadas.

—Buff. Sí. Querías matarlo. ¿Te acuerdas? —soltó otra risada—. Ha sido un desagradable, un cruel, un insolente, pero… ahora sientes algo por él.

—Sí, sentimientos encontrados. Viéndolo con perspectiva, no estoy muy segura de nada, no entiendo demasiado bien qué pinta todo esto —confieso.

—Mira, Alba, se te ve a la legua que estás huyendo de una relación que sabes que puede ser más que ese enamoramiento que tuviste con Alberto.

—Ostra. ¡¡¡Lo que me acabas de recordar!!! No puedes imaginar lo que ha pasado hoy. Mañana te lo contaré todo. ¡Tela marinera, ya te digo yo!

—Si quieres, podemos quedar un poco antes en la cafetería y charlar un poco.

—Perfecto, así quedamos. Voy a descansar, si no voy a ir rollo zombi… —el cansancio me podía, poco a poco.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —me despedí y colgué.

Me quité la ropa, aún en el sofá, y la dejé en el suelo. Me recogí el pelo largo y liso en un moño hecho con mi propio pelo. Lo último que me apetecía hacer era levantarme del sofá y todo lo que ello conllevaba. Decidí que iba a hacer el mono y quedarme quieta, descansando. Cogí el móvil y abrí otro mensaje de wasap. Esta vez era de Óscar.

«¿Te gustaría quedar el viernes? No quiero hacerme ilusiones pensando en tu respuesta y anticipándome, pero espero que me digas que sí. Pensé que podríamos hacer un programa guay. ¿Qué te parece cenar en mi casa? Ya me lo dices. Por cierto, sé que no

debería decírtelo, pero te echo de menos.»

¿Quién en su sano juicio rechazaría una invitación así? Obviamente, alguien que como yo se estaba haciendo la picha un lío y no sabía qué hacer. Por un lado, tenía muchas ganas de estar con él y divertirme. Más aún un programa en su casa; obviamente parecía una invitación directa. Por otro lado, no podía dejar de pensar que estaba engañando a Chris, aunque en mi cabeza eso fuera una tontería. No teníamos ningún compromiso. No teníamos nada, me repetía, más que el ajo. Y no sé por qué cuanto más lo repetía, más me molestaba la idea. Contesté a Óscar lo que me nació en ese momento.

«El viernes va bien. Quedamos así.»

En cuanto pulsé el botón de enviar, solté el móvil, grité y me cubrí la cara con las manos. «¡*Gilipollas! Te lo estás buscando».* Me machaqué por mi comportamiento infantil. Intenté no ir más allá. Tras un minuto, me relajé y pensé con calma. Tenía que hacer algo con mi vida y necesitaba un plan B. Sí, tenía razón. Era una chica joven y confundida. Tenía derecho a equivocarme. «¡*Yo creo!*»

Leí el siguiente mensaje. Era de mi hermano, preguntándome cómo había estado desde la cena. Le contesté. Y eso fue todo. No hubo más mensajes. Dos llamadas perdidas de mi madre y una de mi padre. Y nada más. Estaba un poco triste. Chris no me había dicho nada, ni siquiera cómo había llegado. Decidí no darle importancia. Si dijo que me iba a dar tiempo, estaba haciendo lo que había prometido y eso me parecía bien. Eso era lo mejor para los dos. «¡*Creo*!»

Capítulo 18

La distancia no mola así tanto

Estaba en una especie de limbo, mientras terminaba mi cena. Toda esta situación me estaba agotando anímicamente. Por cuatro o cinco veces, esa noche, estuve a punto de enviarle un mensaje a Christopher, pero no quería que tuviera una imagen de mí distinta a la que quería transmitir. No quería que pensase que era una desesperada y que ansiaba por su contacto. Que lo era. Lo asumí nada más empezar a prepararme la cena. Justo en ese momento, mi móvil sonó. Cogí a atenderlo aun masticando mi filete de pollo.

En ese instante vi pasar a Vladimir con su calma y elegancia y pasó de mí por completo. Como ya había llenado su cuenco de comida, básicamente se cagó en mí. Últimamente, hasta mi gato me daba la espalda. Me sentí algo abandonada.

—Alba, cariño, ¿estás trabajando? —Mi madre estaba «adestrada» para hacerme esa pregunta. La razón es sencilla: cuando empecé a vivir sola, mi madre me llamaba cada dos por tres. Era por la mañana, por la tarde y por la noche. No me dejaba vivir. Tan pesada que tuve que cortarle el rollo.

—No, mamá, son casi las diez, ¿me quieres más esclavizada de lo que ya soy?

—Yo qué sé, hija mía. ¿Cómo estás?

—Bien y ¿tú? ¿Cómo está Antonio? —Mi padrastro era ingeniero civil y estaba en el extranjero en un proyecto. Mi madre se sentía muy sola y yo la comprendía. Estaba acostumbrada a estar siempre acompañada.

—Bieennn —Así fue cómo arrastró las palabras, que era lo mismo que dar entrada para seguir el tema.

—¿Cuándo vuelve? ¿Sabes algo? —le pregunté para dar paso a esa entrada de conversación.

—En un par de semanas. Se me está haciendo eterno, mi hija.

Cuando mi madre se separó de mi padre, creo que fue lo correcto. La mayoría de la gente se entristece cuando sus padres se separan, pero mi hermano y yo estábamos encantados. Mis padres eran como el agua y el aceite. No podrías mezclarlos ni siquiera con fórmulas mágicas. Poco después, conoció a Antonio. Mi madre era asesora inmobiliaria y le vendió una casa. Sí, lo sé, parece algo sacado de una novela romántica.

—Queda nada, mamá.

—La distancia no mola nada.

Me quedé pensando en su frase. Y de nuevo mis pensamientos se dirigieron directamente a Christopher. Maldita sea, ¿qué demonios me pasaba?

—¿Te cuento las novedades? —preguntó mi madre.

—Suelta.

—Tu padre está saliendo con alguien otra vez.

«*De nuevo con el mismo tema*». Sí, mi madre se había separado de mi padre, pero controlaba su vida en la misma medida que odiaba que controlaran la suya.

—Sorpréndeme, ¿qué hay ahora?

—Ya he perdido cuenta a todas las tías que se mete en casa. No sé dónde saca tantas pretendientes, las tendrá en un catálogo o las pedirá por internet en esas páginas sospechosas.

—¡¡¡Mamá!!! —me veía obligada a pararle los pies.

—¡¿Queeé?! No empieces. Es la verdad, Alba. ¿La has visto? Porque yo sí. Tiene edad para ser tu hermana.

—Tienes que parar con eso, mamá. Deja que mi padre viva su vida, no te metas en ella. Es grandecito y puede tomar decisiones por sí mismo, ¿no crees?

—Lo único que te digo es que te andes con cuidado, hija mía, porque esa mujer es la novia de tu padre y, además, puede que ahora mismo esté embarazada de tu hermanastro… o hermanastra. —me quedé boquiabierta—. Y compartirá la herencia contigo y con tu hermano, piensa en ello.

¿De qué herencia hablaba? Sí, porque hasta donde yo sabía mi padre era un don nadie, sin un duro, y si mi hermano y yo esperábamos enriquecernos a su costa, antes me convertiría en Kim Kardashian. Todos éramos de una familia de origen humilde con ingresos ganados a pulso.

—Tranquila ya hablaré yo con él a ver qué me dice de su nueva novia.

—Eso, haces bien. Y después me cuentas —*Chismosa como ella misma*.

¿A quién quería engañar? Mi madre nunca superaría el hecho de que mi padre tuviese novias tan jóvenes y guapas. Mi padre era demasiado atractivo y exhalaba sexo por todos los poros. No porque fuera mi padre, sino porque era un hombre encantador para su edad y bastante bien conservado. Si lo miraras, pensarías que era el sueño de cualquier mujer. El problema era que mi padre tenía otro problema. El mismo problema que tengo con Cristofito, como le llamábamos. Tenía un carácter de mierda y era un inquisidor. No había nadie que pudiera soportarlo.

¿Y sabes esa frase de que cuando se habla del diablo éste aparece? Así era, acababa de colgar el móvil con mi madre y recibía otra llamada.

Miré la pantalla: mi padre. No sabía si tenía fuerzas para todo ese drama que estaba viviendo desde que me había levantado.

—Hola, papá. —Decido que es mejor atender la llamada.

—Mi amor, ¿cómo estás?

—Ahí vamos…

—¿Qué me cuentas? —preguntó, como hacía siempre.

—¿Qué me cuentas tú? —respondí, como siempre también.

—Pues, nada. Te llamo para ver si quieres venir a cenar este viernes.

Se confirmó. Mi padre tenía una nueva novia. Cuando salía con alguien nuevo, me preguntaba si quería cenar con él. Entonces me presentaba y me pedía mi opinión sobre ellas. No sé por qué. Porque siempre le dije lo mismo: mientras seas feliz, lo que es bueno para ti es genial para mí. Pero lo entiendo. Si la pregunta fuera para Jules, mi hermano, sería lo contrario. Jules siempre pensó que ninguna de sus novias era lo suficientemente buena. Ya sea porque eran demasiado jóvenes, o tontas, o vagas o lo que sea. Encontraba fallos hasta en los piñones más blancos de sus bocas.

—Papá, el viernes ya tengo cosas concertadas, ¿lo dejamos para otro día?

—Oh, claro. No pasa nada. Solo me gustaría que vinieras a conocer a alguien.

—¿Y eso? —Me hice la tonta, porque siempre era la mejor estrategia con él.

—Una amiga con la que salgo. Nada especial.

Algunas veces tenía ganas de gritar. ¡*Al carajo con los hombres*! No me importaba si era mi padre o no. Esa manía de llamar a las novias «amigas» y decirnos que «salía con ellas» para no comprometerse con algo serio. Y el remate final con el «no es nada de especial» era lo que me mataba. Puede que mi padre haya sido, posiblemente, la mayor inspiración en mi vida para seguir siendo soltera.

— De acuerdo, te llamaré la semana que viene y organizaremos algo. Estoy deseando conocer a tu amiga —La asignatura de «cinismo» la aprendí en la universidad de los padres. Se podría decir que tengo un título en varias cosas.

—Te va a encantar. Ella también entiende mucho de cafés como tú.

Momento en el que me quedé quieta como un tronco. Mi padre decía que yo «sabía mucho de café». Joder. Lo que una persona tenía que escuchar en esta vida.

—Ah, ¡¿sí?! Que guay. Y ¿a qué se dedica? ¿Tiene una cafetería o es una barista? —Fingí interés.

—No, tiene estas profesiones que son nuevas ahora, esto de grabar vídeos, ¿sabes? *Youtuber*, creo que se llama así, es una creadora de contenidos. Y nada, sí, viaja por el mundo, ha estado en muchos países

y ha tomado café en muchos lugares. —Me quedé con la boca abierta mientras lo escuchaba. No sabía si reír o llorar. Elegí permanecer en silencio. Obviamente, no tenía ningún problema con el trabajo de la chica que ni siquiera conocía. Pero para comparar la suya con la mía, por favor, «*tened piedad de mí, me despierto todos los días con las gallinas*.» Esto ya era una tomadura de pelo.

—Papá, tengo que ir a dormir, mañana me levanto temprano.

—Claro, claro. Te llamo después. Te quiero. Un beso.

—Y yo a ti. Otro.

Colgué. Nunca decía la palabra «te quiero», a la vuelta. Para mí era difícil. Mis padres, en ese sentido, eran súper cariñosos. Creo que ese lado se quedó con Jules. A mí, en cambio, me costaba mucho hablar de mis sentimientos. La idea de abrirme a alguien me daba pánico. No tenía pies ni cabeza este comportamiento, pero siempre fue así. Tal vez porque me escondía detrás de esta personalidad atrevida, porque desde niña había optado por cubrir mis defectos encontrando otras virtudes; hay cosas y defectos en mi carácter que quedaron sin cubrir. Como ahora, por ejemplo, con esta sensación de agonía que tenía y no sabía por qué.

Necesitaba poner mis pensamientos en perspectiva, no podía dejarme llevar por el pánico. Sentía que ya no era la misma que antes, pero seguía siendo la misma. Mi mente me juega malas pasadas, era una batalla constante entre lo que sabía que debía hacer, la reacción inconsciente de mi cuerpo a las relaciones serias, y el miedo normal a lo desconocido. Era un poco como mi padre. Aunque debo admitir que él supo dar la vuelta. Era parecido a lo que necesitaba hacerme a mí misma. Restaurarme. Transformarme en otra persona, ser libre y dejar de vivir con miedo de enamorarme. Esta actitud que llevaba no hacía más que causarme problemas.

Cuando terminé de fregar los platos y me preparé para acostarme, ya en la cama, cogí el móvil. Vladimir subió corriendo a la cama y encontró un pequeño espacio para acurrucarse junto a mí y empezó a ronronear. Yo respiré profundamente. Me armé de valor y tecleé.

«Hola. ¿Cómo estás? No me has dicho si has llegado bien, estaba un poco preocupada. Espero que el viaje haya ido bien y que París sea tan bonito como me lo imagino… Por cierto, quería darte un beso de buenas noches. Todo está en orden por aquí, así que no te preocupes.»

Fueron muchas las veces que borré el contenido y volví a escribir, al fin y al cabo, esto es lo que acabé enviando. Mis manos temblaban como un palo verde.

Esperaba una respuesta que nunca llegó. No pasaba nada, no todo el mundo vivía pendiente de su teléfono móvil. Busqué en mi móvil la diferencia horaria con París. Era exactamente la misma hora que en

Madrid. De acuerdo. No era una excusa. ¿Estaría ya dormido? Podría ser. Dejé el móvil en la mesilla de noche y cerré los ojos para intentar dormir.

Una hora más tarde seguía dando vueltas en la cama. Y ya había consultado mi teléfono veinte veces. *Qué rabia*. Si no necesitaba nada de esto para vivir feliz.

A las dos de la mañana no pude aguantar más y lo llamé. Contestó al tercer timbre con la voz entrecortada por el sueño. Inmediatamente me sentí mal por haberlo despertado.

—¿Alba? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —el tono de su voz pasó de somnoliento a preocupado.

—¡Eh! Sí, hola. —¡¡Qué lista soy!! Para llamarlo por un impulso no me faltaba valor, pero ahora me moría de vergüenza porque no sabía qué decir—. No pasa nada. ¿Y tú?

Intenté simular una forma de hablar relajada. *«¡¿Realmente crees que esta es la postura más adecuada en estos momentos, Alba?!»*

—¿Ha pasado algo con la cafetería?

Sentí su pregunta como un puñetazo en el estómago. Por supuesto... la cafetería. ¿Qué otra razón se le podía ocurrir cuando una loca como yo llamaba a estas horas? Este argumento lo había repetido yo a mi mesma ya un millón de veces.

—No... Todo bien en la cafetería. Un día normal como los demás, nada que añadir. Como te dije, me quedé preocupada si habías llegado bien. Te envié un mensaje y cómo no me contestaste... es eso... estaba preocupada... nada más...

Me estaba enrollando más que una persiana. No, mejor, parecía un aro de *Hula hoop* dando vueltas y vueltas sobre mi cuello. *¡¡Pedazo de troll*!!

—Lo siento, no he podido llamar antes. Acabo de llegar a casa del cóctel que terminó súper tarde. Estaba agotado cuando llegué al hotel. Además, pasaba de la una, pensé que ya estarías durmiendo. ¿Por qué sigues despierta?

Me quedé sin respuesta, ahora estaba atascada. ¿Qué iba a decir? Que no podía dormir porque no dejaba de pensar en él, si había llegado bien, si se había olvidado de mí tan rápido, si estaba con alguien. ¡Dios! Me estaba volviendo loca.

—¿Estrella del Alba? ¿Sigues ahí, fierecilla?

A lo largo de los años, cada vez que oía a alguien llamarme de forma cariñosa, me sentía como una persona que ha sufrido de intoxicación acústica ambiental al cazar al vuelo alguno de estos hiperglucémicos apelativos. Pero oírlo de su boca, por alguna razón, me reconfortó.

—Sí, perdona.

—No me has contestado. ¿No deberías estar durmiendo? Mañana

es un día laborable.

—Claro, tienes razón. Siento haberte molestado. No debería haber llamado a esta hora.

—Que buen insomnio si me desvelo con tu voz.

El infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Un suave gemido salió de mi boca, era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto te sobrecoge. Una sonrisa tonta ocupó mi cara, pero, incluso entonces, me contuve y seguí callada.

—¿Alba? ¿Qué te pasa, cariño? Te siento rara. ¿Estás bien? No dices nada.

—Estaba preocupada contigo. Solo eso. Me sabe mal llamarte así…

—¡Hey! Tranquila, no pasa nada. Me puedes llamar cuando quieras. Yo… te dije que te daría el espacio y el tiempo que necesitaras, pero… estoy aquí. Estoy aquí para ti, siempre.

Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo, sus palabras, sus declaraciones. Pero, durante varios minutos, mi corazón siguió latiendo con un sonido ahogado.

—Chris… topher, yo…

—Me gusta cuando me llamas Chris. Mejor que cuando me llamas Cristofito.

—¡Qué exagerado eres! —me reí, colocando los ojos en blanco. Me gustaba cuando utilizaba su sentido del humor, lo hacía parecer más humano.

—¿Cómo fue la recepción? — Intenté desviar la conversación y creo que captó la idea.

—Ha sido una noche agotadora. Me duelen los pies de tanto caminar y estar de pie, creo que he hablado con todos los contactos de aquella maldita fiesta. No sé de dónde los franceses sacan tanta energía. Aparte de que cuando beben no se controlan.

—¿Has bebido tú?

—No. Yo no suelo pasar de la raya nunca. Bebo socialmente. Nunca me verás borracho.

—Entonces, eso significa que estás solo, ahora, quiero decir…

—Alba… Ya te lo he preguntado una vez, te lo preguntaré una segunda vez. ¿Qué te pasa? —se hizo un silencio incomodo—. Habla conmigo… ¿por qué te callas? Tú nunca te callas.

Una risa surgió en medio de mi llanto, porque me encontré llorando como una niña pequeña. Creo que, al oír su voz en ese tono tan dulce, la distancia, el anhelo que ahora empezaba a surgir en mi corazón, el miedo en mi pecho, las inseguridades aparecieron de golpe.

—¡Joder! No me hagas esto. ¿Qué te pasa, mi amor, por qué

lloras? Me estás dejando nervioso. Habla conmigo o cojo el primer vuelo ahora mismo.

Su amenaza y su preocupación solo consiguieron que mis lágrimas cayeran con más fuerza.

—A mí ninguna distancia me va a prohibir que te adore con toda mi alma. Alba, por favor…

Quería decir algo, a pesar de que en ese momento no lo comprendía ni sabía lo que me estaba pasando. Tenía los ojos rojos de tanto llorar y el corazón se me salía del pecho. Tenía un nudo, no era capaz de asimilar la avalancha de emociones que me consumían.

—A tomar por culo, vuelvo a Madrid.

—Que no, que no —eso bastó para que Chris volviese a considerar continuar tranquilo. Por un ratito—. Estoy bien, no sé qué me pasa. Lo siento.

—¡Ostras! ¡Me cago en…! —exclamó contrariado.

—Voy a colgar, tú tienes que descansar y yo también.

—Ni siquiera pienses en hacerlo ahora. Alba, no me vas a colgar hasta que me digas qué pasa.

—No sé qué decirte. No te preocupes por mí, estoy agobiada con todo lo que está pasando.

—Y ¿qué es que está pasando? Coño, habla conmigo, me dejas loco. Necesito que me hables, fierecilla.

—Chris, déjalo ya. No le des tantas vueltas. Lo que tenga que ser, será. Es todo muy intenso.

—¡Ya te digo! Es intenso hasta para mí.

—Todo esto me supera.

—Estoy aquí para ti o no, tú lo dirás. Estoy aquí para que seas lo que quieras ser. No tienes por qué estar así. Te dije que nos tomaríamos las cosas con calma. Sé cómo te sientes. Y te voy a dar tu tiempo. Yo también he pasado por eso. Cuando me di cuenta de lo que sentía por ti, pasé mucho tiempo negándolo. Mucho.

Él tenía razón, pero no podía pasar toda la vida huyendo. Chris me gustaba y creía que él era lo que necesitaba. Un hombre que sabía lo que quería, no un crío más inseguro que yo. Sabía que él era demasiado intenso con un historial difícil, pero sentía cosas muy fuertes por él.

—Chris, dame tiempo, por favor. Solo te pido eso.

—Alba, nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Para ti te doy todo el tiempo del mundo. Aunque me cueste estar lejos de ti — Su voz estaba ronca y pastosa por las emociones. Me dio un vuelco al corazón—. Alba…

—Chris…

—Quiero seguir llamándote. ¿Puedo? Mañana estaré bastante liado, pero viernes, ¿te puedo llamar? Estaré libre por la noche.

«Piensa, Alba, piensa.» Parecía que me habían golpeado con un cubo de agua fría. ¡Mierda! Viernes ¡no! ¿Cómo había sido capaz de ser tan zorra?

—Chris, lo siento, pero no será posible, el próximo viernes tengo un compromiso.

Cerré los ojos e inhalé una gran cantidad de aire que expulsé con la misma energía con la que había entrado. Como si aquel movimiento me inyectara coraje y valor. Un breve silencio adueñó el ambiente.

—Sé que no tengo el derecho a preguntarte, pero creo que me merezco al menos eso. ¿Vas a salir con él? —Noté la severidad de su voz.

—Chris, yo… —la voz no me salía. No era capaz de decírselo en voz alta.

—Solo respóndeme a esto: ¿tengo que preocuparme?

—Chris, no… —Intenté soltarme, pero nuevamente, algo no me dejaba hacerlo. Y sabía lo que era: mi cautivado y pesado subconsciente.

—Creo que es hora de irnos a dormir. Hablamos después.

—Escucha, esto se está complicando demasiado. —No podía aparecer en mi vida de repente y soltarme todo esto. Bueno, no es que haya aparecido en mi vida, concretamente. Él estaba en ella hace más de cinco años.

—Buenas noches, Alba. Descansa y… no te engañes. Te conozco y sé que sientes algo por él. Es inevitable no salir escaldado cuando él está cerca.

—No quiero hacerte daño.

—Y lo que no quiero es que te hagan daño. Sé que confías en él, pero ten cuidado, puede joderte. Un día, está contigo... —Lo oí tragar con fuerza—. Lo siento, no quiero seguir hablando de esto. Me resulta…

—Gracias por preocuparte por mí —lo interrumpí—, sé que no es fácil para ti. Pero, necesito esto… tiempo.

—¿Puedo preguntarte algo delicado? —inquirió completamente serio.

—Sí.

—¿Sientes algo por mí? ¿Algo que no sea odio?

Me mordí los labios y me retorcí las manos. Pero decidí decir la verdad.

—Sí.

—Okey.

—Okey —Lo mejor era que dejáramos en el futuro lo que no podíamos solucionar ahora mismo.

—Dulces sueños, fierecilla.

—Tú también.

Colgamos. Volví la vista y vi que Vladimir me miraba con una mirada que casi podría decir que era de desaprobación. *«Lo sé, lo sé, ¿a quién quiero engañar?»* En ese instante lo supe. Lo sentí. Era cierto. Quería jodidamente ese hombre: Christopher. Mi Cristofito.

Capítulo 19

Buscar al príncipe azul

Llegué a la cafetería donde había quedado con Rita y la busqué entre la multitud. La encontré al fondo ensimismada en sus pensamientos. Tenía la cabeza apoyada sobre una mano y con la otra sujetaba una taza de café del local «*cuyonombrenopronunciamos*». Me acerqué a ella preparando ya la reprimenda que le iba a dar.

—Buenos días. ¿Se te ha ido la pinza o qué? —me senté rápidamente mirando para todo lado. Ella se quedó mirándome con los ojos bien abiertos.

—Buenos días para ti también. ¿Qué te pasa? ¿Mala noche?

—Coño, Rita, ¿cómo se te ocurre traer para la cafetería una taza de… de esa cafetería? Y tan pancha tu… aquí… tomándola en la terraza a la vista de todos. ¿Qué van a pensar si te ven?

—¿Quién? ¿Los clientes? ¿O tu Cristofito? —se recostó, cogió su café y lo llevo a los labios que esbozaban una risa diabólica. *«La madre que la parió*!».

—Vete a la mierda, chavala, esto no va de mí, va de ti. ¡Qué fuerte! Si la señora Rocío te pilla con eso en la mano, haciendo publicidad en su terraza para la competencia, te echa en un periquete.

—Ya, pero ella no está. Hoy no viene. Vamos a comer un marrón de faena en la cocina.

—¿¿Qué?? —me quedé a cuadros—¿Cómo que no viene? ¿Cómo lo sabes?

—Acaba de llamarme al fijo de la tienda. Es que entré un poquito antes y estaba a dejar mis cosas cuando escuché el teléfono. Dijo que se encontraba mal y no iba a poder venir hoy. Supongo que te lo va a decir.

—A ver… ¿me lo va a decir cuándo? —cogí mi móvil del bolso por si ella había llamado y no me hubiese dado cuenta, pero no tenía ninguna perdida de su número. No me avisó y me quedé de sobre aviso. No era su costumbre faltar así de la nada. ¿Enferma? ¿Qué le pasaría?

—La llamaré cuando entre.

—Bueno, pero ahora cuéntame todo lo que tenías para me contar y sin prisas. Además, hoy solo estás tú como responsable de la tienda. Estás a cargo aquí.

—Ya, eso es lo que me está dejando preocupada, pero vamos… te cuento. Pero antes, déjame coger mi café también. El de esta tienda, claro —reforcé la frase con mucho énfasis y Rita se echó a reír.

Eran las seis menos cuarto pasadas, pero tenía la áspera sensación de que me habían robado media noche de sueño. Estaba cansada. Me senté y empecé a detallar los últimos acontecimientos a mi amiga y colega. La información recibida le sacudió la somnolencia de golpe, provocando que instintivamente me empezase a regañar conforme le contaba cosas.

—Ya te he dicho que me he visto empujada a ello. Y no puedes regañarme por aceptar una cita con Óscar.

—Claro que no te regaño. Y no creo que te hayas visto empujada a ello. No creo que un buenorro como Óscar pueda ponerte a ese nivel… y menos con las intenciones que se trae. Y no hay nada mejor que un buen polvo para robarte la paz mental.

La miré sin saber muy bien si estaba bromeando. No tenía la expresión de siempre.

—¿Me estás vacilando? No jodas que ahora te llevas a las bandas. Y elegiste al equipo Cristofito.

Rita desvío la vista para el paisaje. Lo sabía.

—Definitivamente no entiendes nada de sororidad —dije, ya rendida.

—Y definitivamente no entiendes nada de hombres. Y yo que pensaba que todos estos años eras más experta que yo. Creo que te has convertido más en uno de ellos que en otra cosa.

¡¡¡Toma castaña!!! La que me estaba cayendo. No me convenia ponerme beligerante porque sabía que llevaba las de perder. Me temía que tenía que escuchar la bronca y callarme.

A las seis entramos en la cafetería para abrir el puesto.

A las seis y diez estaba llamando a la Sra. Rocío para saber qué le pasaba. Uno nunca sabe para quién trabajará ni lo que le puede deparar el porvenir. *Nunca sabes hasta qué punto decisiones que tomas en la vida, por más sencillas que sean, pueden cambiar las cosas*. Al igual que nunca hubiera imaginado que el hecho de que la señora Rocío no me contestara al teléfono me preocupara más de lo normal. En fin, no podía hacer otra cosa sino esperar.

A las tres de la tarde, cuando estábamos terminando nuestro turno, ya le había dejado varios mensajes en su buzón de voz y en el wasap. Pero no contestó y empecé a ponerme nerviosa. Y Christopher tampoco me había dicho nada. Todo esto era muy raro, pensé.

La situación se volvió critica cuando ya en casa, ese día, no podía dejar de pensar en ella. ¿Qué podría haber pasado? Decidí llamar a Chris.

—¿Sí? —me contestó Christopher.

—Christopher, siento llamar así, pero necesitaba hablar contigo.

—Me estás haciendo quedar como una pésima persona —oí su jadeo—, ya te he dicho que puedes llamarme cuando quieras, solo no

contesto si estoy ocupado en el trabajo.

—Sí, es un vicio que tengo cuando se trata de ti. —Inmediatamente me arrepentí de lo que dije. Pero, de nuevo, ¡¿cuándo no ha ocurrido eso?!

—Albaaa… me encanta esa tu sinceridad, aunque a veces me desespera…

Dios, qué voz. Sonaba tan suave y sensual que pensé: antes me parecía que su voz era bastante chillona, ahora veía matices diferentes. No cabía duda de que era excitante encontrar en él otros aspectos de su personalidad, entre otras cosas, mucho más interesantes.

—Ya somos dos. A veces tu forma de plantear las cosas también me deja confusa.

—Mira, te voy a decir una cosa, que quizás te deje más confundida aún. —Su voz volvió a escucharse arrastrada y sentí un escalofrío en todo el cuerpo, dejándome la piel como escarpas—. Un día me enamoré de una chica muy loca. Y desde ese día siento que su locura es todo lo que necesito para ser feliz.

—Qué encantador. Parece ser una historia muy romántica.

—Y lo es. La más romántica de todos los romances.

—¿Estás muy enamorado de ella? —le seguí el juego, mientras una sonrisa se me dibujó en el rostro.

—Hasta las trancas. Como pudo Romeo querer a Julieta.

—Piensas, entonces, ¿que ese amor es una tragedia? ¿Que uno de ellos tiene que morir, como en la pieza de Shakespeare?

—Pienso que, ahora mismo, muero un poquito cada día, por no tenerla a mi lado y lo peor es que, para estar enamorado hay que encontrar un verdadero amor, real. Y estoy absolutamente convencido que ella es la mujer de mi vida. Ya lo dije, pero no parece creérselo o quererme de la misma forma. Aunque tengo paciencia… y esperaré lo que haya que esperar.

¡Jodeeeer! Me quedé incrédula. Casi me saltan las lágrimas en los ojos. No, yo no era particularmente una chica romántica, pero ¡¿quién se quedaría indiferente a tal declaración?! Nunca pensé que Christopher tuviera una vena tan romántica o cursi. Pero me gustaba. Di por mí a quererlo y a ansiar sus palabras. «*¡Esto del amor no es fácil!*»

—Tira pa'allá, Vladimir —chillé yo cuando sentí los afilados dientecillos de mi gato clavando mi mano, porque estaba yo tirada sobre el sofá y no me di cuenta de que Vlad me buscaba. Y yo, como buena compañera, no le presté atención. Al final, sacó a su siempre socorrida técnica de morderme. Resultaba siempre. Ahora sí, tenía mi atención.

—¿Con quién estás? —escuché Chris cambiar la voz que antes era

tan dulce y atractiva por algo posesivo. Me dio una cierta gracia y decidí representar un poco de tragedia shakesperiana.

—Con mi compañero de casa —dije, sin darle más importancia.

—No sabía que vivías con otra persona.

Me dieron ganas de reír, porque pude escuchar claramente el tono de celos en su voz, pero no iba a dejar caer la máscara.

—Nunca me preguntaste. No puedo recordar todos los detalles que quieres saber sobre mi vida. Apenas hemos tenido tiempo de hablar.

—Primero, entonces —dijo el, vacilando—tal vez deba saber algo más.

—Bueno, entonces, ¿qué más quieres saber?

Después de una pausa, estalló la inesperada violencia de su nerviosismo y casi suelto una carcajada.

—No debes decirme esa clase de cosas, acabo de decirte que te echo de menos y…

—Te diré todo lo que quieras; o no diré nada. No abriré mi boca a menos que me lo pidas —De acuerdo. Confieso que estaba siendo una hija de puta con él. Pero era solo para ver su reacción.

—Te juro que solo quiero saber de ti, saber… ¡joder! Alba, coño — ahora sí estaba desesperado y me supo mal jugar de esta manera con él—, ¿por qué lo pones todo tan difícil?

—A ver, Christopher, ¿Qué es lo que realmente quieres saber? Solo tienes que preguntarme.

Resulta que el gran problema de Christopher era suponer cosas sin preguntar, tener una inseguridad malsana respecto a las personas y, aparte de todo esto, una enorme dificultad para conducir los conflictos, por lo que me gustaba hacerlo reflexionar sobre sus propias palabras.

De nuevo el silencio al otro lado. Era duro para él. No iba a cambiar del día a la noche.

—Olvídalo. ¿Qué me querías decir?

—Chris, para. No puedes seguir siendo así siempre, ese tu orgullo acabará por hacernos daño a los dos.

Y otra vez el silencio. De esta vez, duró un ratito. Esperé a que hablase. Era su turno y yo también tenía mi orgullo. Lo dicho, éramos dos mulas cabezonas.

—Alba, ya te dije antes que no quiero hacerte daño, pero tampoco quiero hacérmelo a mí. Lo que siento por ti es muy… —lo escuché tragar fuertemente—, fuerte.

—Vivo con mi gato: Vladimir. Si me hubieras preguntado quién era, ante preguntarme con quién vivo, te hubiera dicho. Aunque parezca lo mismo.

—Ah, eres amiga íntima de tu gato, ya le tengo envidia. Qué bien que hayas superado tu miedo por el compromiso. Me alegro mucho

por ti. Pero de acuerdo, confieso que he sentido celos de él.

—Es lo que tú quieras que sea, su bobo —escuché su risa del otro lado y me quedé más tranquila—. Hasta ahora creo que he sido sincera contigo. Y es importante para mí que confíes en mí.

—Yo confío. He dejado mi restaurante en tus manos, ¿no crees que eso es digno de confianza?

Cuando habló en la cafetería recordé el verdadero motivo de mi llamada.

—Chris, te quería comentar algo…

—Dime.

—Tu madre no vino a trabajar, ¿sabes algo de ella?

—No. —noté que su tono cambió a preocupación—. ¿La has llamado? No me dijo nada. ¿Qué es lo que ha pasado exactamente?

—Cuando llegué esta mañana, Rita me dijo que tu madre había llamado al teléfono de la cafetería para decir que estaba enferma y que no iría a trabajar. La llamé varias veces durante el día y le envié varios mensajes, pero no contestó a ninguno. Estoy un poco preocupada. ¿No te dijo nada durante el día?

—¿A mí? Noo… ¿Enferma? Pero ¿qué tiene? —sus palabras adquirieron un tono de desespero y mi corazón se encogió.

—Mejor pregúntale eso a tu madre, porque yo no consigo ponerme en contacto con ella. No quiero preocuparte, pero yo misma ya no sé qué hacer.

—Deja que la llame y te llamaré de vuelta, ¿vale?

—De acuerdo, dime algo, porfi, estoy realmente preocupada.

—¿Alba?

—¿Sí?

—Perdón por mi estupidez de antes. Cuando el tema eres tú, me es difícil mantener la cordura, pero… quiero que sepas que, nunca he querido a nadie tanto como te quiero a ti, pase lo que pase, que nada ni nadie te hagan dudar nunca de eso, ¿vale?

—Bien.

Que gran moral era que le pidiera comunicación, cuando yo misma era un cero para hablar de amor.

—Ahora te llamo.

Esperé a que me devolviera la llamada, que no tardó ni cinco minutos.

—Estoy preocupado, Alba. Mi madre no suele ser inalcanzable, nunca. Necesito que me hagas un favor. Hablaré con la señora Neus, que es vecina nuestra para ver si sabe o ha sabido algo de ella. Y me gustaría pedirte un favor.

—Claro, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito que vayas a casa de mi madre si no la consigo localizar. No sé qué podría haber pasado, podría haberse caído, haberse herido,

estar…

Abrí los parpados y tuve que ser rápida ante la expresión de pena que me dio bajo su manto de miedo e incertidumbre.

—Chris, no te preocupes, seguro que no es nada. Debe haber dejado su teléfono sin sonido para no ser molestada y ahora no puede escuchar nuestras llamadas. Dame las indicaciones y me iré en cuanto me lo digas.

—Gracias. Ahora llamo a Neus. Hablamos.

—Sí, hablamos. Quédate tranquilo.

—Ya…

No tardé ni diez minutos en arreglarme, esperando la llamada de Chris para irme para casa de su madre. Y cuando lo hizo, tras haber hablado con su vecina, que no añadió nada más de lo que ya sabíamos, quedó claro lo que tenía que hacer. Me fui, con el corazón apretado, a toda pastilla, intentar saber que había pasado con la Sra. Rocío.

Capítulo 20

Tesoros de la infancia

Se me iluminó la cara cuando se abrió la puerta y vi a la señora Rocío, aunque aparentemente débil en la entrada de su casa. Vivo y de buen ton.

—Sra. Rocío, por Dios, ¿Qué le ha pasado? —me apresuré a preguntar.

—Entra, hija, entra. —despacio dejó hueco en la puerta para que pasara.

La vi alejarse tras cerrar la puerta por el pasillo de la casa. La seguí. Supongo que es la razón por la que he estado destinada a entrar en su dirección. Nunca había estado en su casa antes. No procedía por ningún motivo hacerlo. Sin embargo, allí estaba yo, en el salón enorme de la casa de la que viene siendo mi jefa en los últimos cinco años.

—¿Te apetece un té, mi niña?

Antes de que tuviese la oportunidad de responderle, se detuvo bruscamente y empezó a toser fuertemente. Me acerqué a ella y le puse la mano en la espalda. La Sra. Rocío era una mujer de unos cincuenta y pocos años, regordeta y de complexión casta. Siempre fue enérgica y de buen humor, y verla tan debilitada me produjo cierta aprensión. Christopher no era nada como ella, él sacaba su lado cardo borriquero, mientras ella era dulce y con don de gentes.

—Gracias —dijo con la voz entrecortada por la tos—. Esta gripe me ha pillado fuerte.

—Señora Rocío, estoy preocupada por usted. Lo estamos. Su hijo me pidió que viniera a verla. ¿Ha hablado con el médico?

—Mi hijo es un exagerado, me tiene como una rosa en una cúpula. Estoy bien, es solo una flema. Ya he hablado con el doctor y me dijo para descansar. El caso es que tenía allí unos medicamentos como los que me dijo que tomara y me equivoqué. Las pastillas que tomé anoche me dieron mucho sueño y me provocaron una erección.

Mis ojos casi se salieron de sus órbitas junto con una carcajada cuando mencionó tal cosa.

—¿Pastillas? ¿Qué pastillas son esas, Sra. Rocío? No me diga que son unas azules…

La idea de que hubiera tomado por error pastillas para tratar la disfunción eréctil me tenía muy confusa. No dejaba de preguntarme qué demonios estaba haciendo con esas pastillas. No, peor aún... ¿serían de Chris? Dios mío, ¿necesitaba ese tipo de medicina para...?

—Son estas de aquí, creo que son para las alergias. —Se acercó a un armario y cogió los dichosos medicamentos.

Un súbito alivio llenó mi corazón. No, eran pastillas para dormir y para la ansiedad. No tenía nada que ver con los penes. Bueno, en cierto modo.

—Estas pastillas no son lo que el médico le pueda haber prescrito, Sra. Rocío.

—Y tanto que no lo son, porque me picaban mucho los brazos... ¡Mira! —Me mostró sus brazos aún enrojecidos por la reacción que había tenido—. Me han provocado una erección.

Casi me eché a reír cuando me di cuenta de lo que había ocurrido realmente. Las drogas le provocaron una erupción en la piel, no una erección, obviamente. La Sra. Rocío se había hecho la picha un lío. Pobrecita, era una persona humilde y sencilla, sin afán de ser altiva. Me pareció súper dulce.

—No puede tomar estas pastillas. Le diré qué vamos a hacer: la llevaré al médico y a partir de ahí tomará las medicinas adecuadas, las que le prescriba el doctor.

—Pero que fastidio, no quiero molestarte, estoy bien... solo tengo mucho sueño y esta cosa en la piel, por lo demás estoy mejor.

—No es una molestia. Estaré encantada de ayudarla. Vamos, vaya a vestirse para su cita. Mientras tanto, deme su SIP y podré concertar una cita, a la vez que la espero.

—De acuerdo, pero una cosa, tengo algo que pedirte si vamos a hacer esto. No me trates por usted, me hace muy mayor. Podría ser tu madre y quiero que me trates por tú. Ya nos conocimos desde hace tiempo, Alba. Y te tengo en mucha estima, lo sabes.

Asentí con una sonrisa. Realmente era una persona encantadora. ¿Cómo iba a decirle que no?

—Muy bien, que así sea, pero ahora, ve a vestirte y yo me encargaré de todo. —Después de eso, fue a buscar su cartera y sacó su tarjeta sanitaria para dársela a mí.

—Ah y, por cierto, llámame de Rocío y deja a la señora —añadió, antes de escabullirse por el pasillo de la casa, nuevamente.

Hice lo que había prometido. Llamé al médico y le informé de que íbamos de camino a una consulta de urgencia. Concluida esa tarea me quedé mirando su salón. Rocío vivía sola en una vieja casa familiar en una de las muchas zonas urbanas de Madrid, donde incluso los edificios más nuevos parecen viejos y sucios, dando a la mayoría de ellos la apariencia de estar al borde de la ruina. Son edificios planos con habitaciones diminutas, oscuros y cerrados, incluso cuando les daba el sol. En ese piso, que según recuerdo de contárselo fue la herencia de sus padres, vivía Rocío y vivió otrora Christopher.

Chris llevaba unos años viviendo solo, pero antes de eso, vivió con

su madre. Apenas ellos dos. Sabía que la señora Rocío había quedado viuda y regresado a España tras la muerte de su marido. Chris tenía otros hermanos, pero vivían en el extranjero y no querían saber nada de los negocios de su madre. Entonces, digamos que él la cuidaba desde cuando tuvieron que volver a Madrid.

Seguí inspeccionando la casa, porque, aunque era un poco intrusivo, tenía mucha curiosidad por ver las paredes que alguna vez albergaron a Chris. Por lo que se veía a simple vista, aquel piso debía de ser enorme. Desde el vestíbulo se pasaba a un salón donde se podía patinar tranquilamente; un salón con luz tenue, pero acogedor.

Me detuve frente a un aparador, hurgando entre los marcos que había encima. En uno de ellos pude reconocer a Christopher. Era pequeño, de unos siete u ocho años, pero tenía el mismo aspecto. Y muy bonito. Parecía un niño adorable, de esos que dan ganas de comer a besos. Me preguntaba cómo sería tener hijos con él. ¿Serían tan guapos? ¿Tendrían esos ojos azules intensos que no dejaban a nadie indiferente? Sacudí la cabeza cuando oí pasos en el pasillo. Rápidamente me encontré divagando sobre cosas absurdas. ¿Qué me importaba el aspecto de los hijos de Chris, si no iba a ser yo su madre? ¿O sí? «*Oh, Dios, ¡cada día estoy peor de los sesos!*»

Cuando la Sra. Rocío salió preparada, nos dirigimos al centro médico. Cuando llegamos, ella entró para hacer la revisión. Mientras esperaba, me pareció prudente enviar un mensaje de texto a Chris y tranquilizarlo sobre su madre.

«Chris, estoy con tu madre en el médico, pero no te preocupes, parece que es apenas una gripe. Cuando salga de aquí la llevaré a casa y me aseguraré de que esté bien. Tú cuídate, también. Un beso.»

Es muy probable que ese beso fuera la palabra más cariñosa que hubiera pronunciado por activa y por pasiva hasta ese momento. No tardó ni unos segundos en contestarme.

«¿Estás segura de que es apenas eso? ¿Pero está bien? Alba, por favor, dime algo, mantenme al tanto. Estoy como jurado en el concurso, pero si pasa algo salgo inmediatamente y voy para allí. Por cierto, gracias por todo.»

Lo tranquilicé:

«De nada, Christopher. Lo hago con mucho gusto. Hablamos más tarde. Quédate tranquilo, te aviso si necesito.»

Al cabo de un tiempo, la Sra. Rocío tuvo el alta para ir a su casa. El médico confirmó la gripe y le ordenó descansar y tomar los medicamentos correspondientes a su estado de salud. Volvimos a su casa, después de pasar por la farmacia y abastecernos de lo esencial. La ayudé a recolocarse confortable en el sofá.

—Cuéntame cosas, ¿cómo va todo por la cafetería?

—Bien, sobre la marcha, sin más. Te echamos de menos, eso sí.

—Y sobre ti, cuéntame algo.

—A ver, ¿qué te cuento?, mi vida es bastante rutinaria, ya lo sabes. De casa al trabajo y del trabajo a casa, poco más.

—No soy una tonta, Alba. Sé que Christopher y tú tenéis algo. Solo que no logro saber el qué.

Tonta me quedé yo de escuchar una declaración tan directa, pero era obvio que ella lo sabía, después de vernos comiéndonos a besos en la despensa.

—Sé que, muchas veces, mi hijo puede ser una persona demasiado intensa. —añadió al ver que no emitía ningún juicio.

Intensa es un eufemismo. Christopher era el rey del drama y la tragedia griega y ni siquiera Shakespeare era tan intenso.

—Pero Christopher no siempre fue así. Era un niño dulce, cariñoso y dedicado.

—Y ¿qué pasó? —pregunté con real curiosidad.

—Cambias. Maduras. Dejas de ser infantil.

—Rocío, no logro entender porque Christopher es tan… terrenal. —No era la palabra que mejor lo clasificaba, pero era la mejor que podía sacar a su madre.

—Alba, mi marido murió cuando Chris cumplió 13 años. Una edad muy complicada —Me recordé del divorcio de mis padres cuando tenía la misma edad—. Cuando ocurrió, ya había visto demasiado y había aprendido a ser un niño diferente. Los hermanos son mayores, así que tuvieron la oportunidad de elegir otros caminos.

La historia de Chris era más dolorosa de lo que me imaginaba. Nunca hablaba mucho de su vida personal y la señora Rocío tampoco mencionaba mucho sobre el pasado. Pero sentí curiosidad por conocer los orígenes de aquel hombre que me tenía tan alterada.

—Pensé que, para conocer mejor a su hijo, me vendría bien comprender… de dónde viene ese comportamiento. ¿Qué puede contarme sobre la relación de Chris con su padre?

—¿Con Laurent? Era un hombre maravilloso. Chris lo adoraba. Incluso lo idolatraba. Creo que eso fue lo peor de todo.

—¿Por qué?

—Yo sabía que algún día Christopher despertaría y lo vería como era en la realidad.

—¿La realidad de cómo era su padre?

—Sí. Su padre era… solo un hombre.

Vi que parecía perdida y muy sombría. Algo allí no encajaba con mis pensamientos.

—¿Qué ocurrió, Rocío?

—Ay, Alba. El pasado solo sirve de soga al cuello para algunos de nosotros. El papá de Christopher y de mis otros dos hijos era un hombre débil. Gran parte de su vida la dedicó a las mujeres y al juego.

Por su culpa perdimos todo lo que teníamos y tuvimos que empezar de cero. Cuando falleció dejó muchas deudas. Además, llevó a Christopher muchas veces a esos antros que frecuentaba y lo obligó a ver cosas que no son apropiadas para su edad, lo que creo que lo hizo rebelarse contra el mundo. Con el mundo en el que vivía su padre y con el hecho de que era un marido odioso que me engaña con todo lo que tenía ojos y se movía.

Todas esas revelaciones me dejaron sin palabras y con un agujero en el pecho.

—Chris ya sufrió bastante al perder a su padre. Pero debía haber aceptado nuestro destino y no malgastar el tiempo conmigo, como lo hizo. Él asumió el papel del hombre de la familia y desde ahí, gracias a él, pudimos salir a flote. Dedicó gran parte de su vida a hacerme feliz. Y lo consiguió. Es un hombre encantador y cariñoso, pero las dificultades a las que tuvimos que enfrentarnos y el hecho de que, desde una edad temprana, tuviera que crecer y enfrentarse a un negocio, para cumplir mis sueños, lo convirtieron en alguien amargado y muy exigente con los demás. Demasiado. Aunque creo que la mayor exigencia es la que se pone a sí mismo.

—Pero si tanta consideración tiene por las mujeres y por usted, ¡¿por qué, a ratos, me trata así de mal?!

—Tú eres la única que le ha dicho que no. Creo que confía en que tengas el valor de volver a decirle que sí algún día.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si le digo que lo nuestro no tiene sentido? ¿Te parecería bien?

—Por supuesto. Confío en ti más que en nadie. Si decides que no, confiaré en que sea la decisión acertada.

—No sé qué hacer. Estoy confusa, y ahora que me contaste algo más sobre Christopher, siento que menos lo conozco. —Recordé mi padre, al que tanta había querido, y que había sido todo para mí, no obstante, su genio cagado y su afán de embaucar a los demás no era lo mejor de él. Pensar que esa figura para Christopher era todo menos ideal, me daba mucho apuro y mucha pena.

Rocío alargó una mano hacía la mía y me dio suaves caricias en su dorso. Sonreí con su cariño.

—Alba, no soy nadie para darte consejos ni decirte qué debes hacer con tu vida, cuando yo misma no supe qué hacer con la mía. Al final, elegí un hombre deplorable para ser el padre de mis hijos. No porque haya sido un mal padre, pero no fue un buen marido. Y, dicho lo dicho, resulta lo mismo. Otro en su lugar hubiera hecho mejor. No quiero para ti el mismo destino. Ni para mi hijo. Quiero que seáis felices. Me alegraría que dieras una oportunidad a Christopher. Como te dije, es un buen chico, tiene muchas calidades en su personalidad, pero también tiene muchas sombras. Si te apetece darle esa

oportunidad, quiero advertirte que no será fácil. Derribar muros del pasado, traumas y creencias es un proceso lento y muchas veces no tiene la resolución que uno se espera. Por eso, sé consciente de que, si lo haces, será un camino largo. Pero del roce, nace el amor. Y el amor es lo más bonito que uno puede vivir en esta vida.

Asentí con la cabeza. Mi corazón se enloquecía de asombro y de emoción a la vez, al oír sus palabras.

—Lo sé. No es eso lo que me da miedo. Yo también tengo mis cosas, mi locura —solté una risa—, no te sé explicar, me da miedo esto de enamorarme. Toda mi vida he huido de los compromisos, no sé, creo que inconscientemente —Todavía me acuerdo de la noche en que Pablo, un colega de instituto y yo nos enrollamos en mitad de una pista de discoteca con todos mis compis de clase allí, y todo el mundo se enteró que estábamos juntos. Y de cómo estuve meses esquivándome de él solo para no asumir nada más—. Siempre he tenido muchos amigos y no soy una santa, lo confieso, pero creo que, en cierto modo, siempre he tenido miedo a enamorarme y ahora con todo esto que está pasando, no sé... me viene grande.

—Mi niña, el amor es algo muy raro. Te entiendo perfectamente. Lo que quiero decir es que, cuando llega, llega por sorpresa. No te levantas con una sensación extraña en el cuerpo. No ves luces donde no debería haberlas, ni brillos distintos en los ojos. No se te ocurre decirle a todo el mundo que los quieres como si el corazón fuera pequeño para albergar tanto sentimiento. No. Si eres como yo, por ejemplo, te limitas a negarlo, a entenderlo como una enfermedad que se apodera de ti, como algo que eres incapaz de gestionar. El amor es algo indescriptible, poderoso y avasallador. Pero cuando lo sientes y eres capaz de verlo, lo reconoces al instante. Como los ojos vagos, o el porno.

Solté una carcajada tan profunda que Rocío me acompañó. Y súbitamente, las dos nos echamos a reír sin parar tras aquella constatación tan surrealista. Y a la vez, tan cruda y sincera. Y real.

Pasamos un poco más de la tarde juntas, pero luego volví a mi casa. Estaba contenta con la conversación con Rocío y más relajada con ciertas cosas. Tenía razón, tenía que darme tiempo y quizás darnos una oportunidad. Y entonces veríamos qué pasaría. Pero eso me dejó con otro problema: Óscar. No es que él fuera un problema exactamente. El problema era mío, al no saber dónde encajarlo en todo esto. Solo de pensarlo volvía a ponerme nerviosa, y notaba que se me agitaba algo en el fondo del estómago. No quería parecer mala, pero no entendía cómo se podía tener sentimientos que ni se sabía lo que eran por dos personas distintas. De las cuales casi nada sabía sobre ellas. Tengo la breve idea de que la única relación que podría tener en mi vida sería con alguien a quien estaba acostumbrada desde

la infancia: un psicólogo.

Christopher y yo aún hemos intercambiado algunos mensajes esa noche sobre el estado de salud de su madre. No podía llamarme porque era jurado de un concurso de baristas e iba a tardar en estar disponible. Pero me alegraba que, al menos, hubiera podido tranquilizarlo sobre Rocío y ahora yo también podía dormir más tranquila.

Capítulo 21

Una cita no a ciegas, pero muy ciega

Jugueteé con mi reloj, recordándome que mi decisión había sido la correcta. Había aceptado la cita con Óscar para demostrarme a mí misma que tenía el control de mis propias decisiones y sentimientos. Para poder escapar de la trampa que mi corazón parecía tenderme. Pero ahora, mientras subía en el ascensor hasta su ático, no estaba tan segura. Sí, cuando sentí que me temblaban las piernas, me vinieron a la cabeza una serie de pensamientos de arrepentimiento y estuve a punto de alejarme. Pero así era yo, impulsiva. Y en el fondo, quería conocerlo mejor.

Me detengo ante la puerta y llamo unas tres veces seguidas. Cuando estoy a punto de llamar por cuarta vez, tontamente y con nerviosismo, veo que Óscar abre la puerta con tensión, sujetando aún el pomo con fuerza. Al instante, su postura cambia por completo al darse cuenta de que soy yo.

—Alba, eres tú… —su voz se relaja y una sonrisa deambula por su rostro—, me alegro de que hayas venido. Entra.

Miré su gesto como una invitación a entrar en su casa y en ese momento suspiré y pensé para mis adentros: *la guerra es como el tiempo, no perdona a nadie*. Y en ese mismo momento, estaba a punto de cruzar una línea invisible que no era solamente el límite de su puerta, sino la línea de guerra que estaba a punto de trazar entre yo y mis sentimientos encontrados.

Entré.

Me hizo las presentaciones de su casa, por así decirlo, y yo, con mi aguda y pertinente capacidad de observación, no pude evitar fijarme en cada detalle. Las casas dicen mucho de las personas que las habitan. Para que una casa sea un hogar no basta con equiparla para que todo funcione, resulte cómoda y parezca bonita. Una casa no es un hogar hasta que se llena de vida, pero no solo de la gente que la habita, también de objetos que hablan por sí solos, que narran historias. La elección del mobiliario, de las lámparas, de las alfombras o las cortinas dice mucho de los propietarios de la casa, pero los que hablan de verdad son los objetos sin un uso definido que la habitan: fotos, cuadros, souvenirs de viajes, dibujos infantiles, recuerdos familiares, y demás cosas cuyo sentido no es funcional sino sentimental. Cualquier casa podría funcionar como un reloj sin ellos, pero sería una casa sin relato. Y una casa sin relato no es un hogar.

Me encontré recorriendo la casa por dentro, honestamente sentía

estar en un hotel lujoso. Todo era minimalista en tonos de negro y blanco. Me gustaba, pero me resultaba un poco impersonal. Escuché una música que llegaba a mis oídos y fue entonces cuando me di cuenta de que había puesto música ambiental. Era agradable y llenó el espacio de una suave melodía. Entonces se acercó a mí y me puso una mano en la cintura, haciéndome saltar ligeramente. Le dirigí una sonrisa avergonzada.

—No soy un experto en vinos como tu hermano, pero sé algo y hoy he elegido un excelente vino para nosotros. ¿Puedo ofrecerte una copa? —asentí.

Me acerqué a los grandes ventanales que enseñaban unas vistas que quitaban el hipo a cualquiera. Semejante lujo debería tener un precio bastante prohibitivo y eso me recordaba que Óscar y yo vivíamos en entornos muy distintos. Uno de los aspectos más sobresalientes de ese lujoso ático dónde me encontraba, era su terraza circular en la que nos aguardaba una piscina infinita. ¡Ostras! ¡Era la hostia! Que pasada de apartamento. Escuché la voz de Óscar en mi oído derecho, tan bajito que me produjo un escalofrío.

—Es caliente… —Me giré para mirarle a los ojos, desconcertada. Creo que se dio cuenta porque sonrió y me tendió la copa de vino—, el agua de la piscina. Si te atreves, podemos probarla esta noche…

No era una mala idea, aunque creo que estaba apañado demasiado pronto. Sería mejor que nos tomáramos las cosas con calma.

—Tu casa es una pasada, estoy flipando. ¿Es tuya?

—Quisiera yo. No. Es alquilada. No suelo estar mucho tiempo en el mismo sitio, por eso, pensé que lo mejor era alquilarla para una temporada.

—¡Humm! —murmullé. «Una temporada». ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué lo que quería conmigo también era algo para una temporada?

Sinceramente, debería estar contenta, porque yo era así, una chica de temporada. ¿No era eso lo que me preocupaba últimamente? Pues aquí estaba la solución, una persona sencilla y fácil. Y sin ataduras. Me mordí el labio inferior y él puso un dedo sobre mi piel para recorrer la zona que mordisqueé. Sus ojos adquirieron un brillo diferente, estaban más iluminados. Hubo unos segundos de tensión entre nosotros.

—Hay días en los que me apetece mandar a la porra tanto trabajo y disfrutar un poco de una vida más tranquila, más familiar —musitó.

Nos sentamos a charlar en el enorme sofá que adornaba su salón. Me dio la sensación de que intentaba darme pistas sobre sus intenciones.

—Tú y yo vamos a acabar por morir con las botas puestas.

—No creo. ¿Y tú? ¿No quieres tener tu propia familia?

—Sinceramente, no pienso en ello. De momento aún no ha tenido las ganas de cambiar de vida tan drásticamente.

—Eso lo piensas ahora, Alba, pero algún día…

—Sentiré exactamente lo mismo en los próximos tiempos, por lo tanto, menos averigua Dios y perdona. —Quería zanjar el tema que se estaba yendo por las ramas.

—¿Te gusta la comida italiana? He preparado una cena exquisita. Espero que te guste.

—Me encanta —el cambio de tema fue como una brisa de aire fresco en el rostro. Hablar de comida siempre lo era.

—Entonces ven conmigo, señorita. Te dije que esta noche haría todo lo posible para que fuera una velada perfecta.

Hablamos de todo un poco durante la cena y descubrí a un Óscar súper divertido y mucho más sencillo de lo que me había parecido a primera vista. Como las primeras impresiones son cruciales y pueden ser tan engañosas, pensé. La comida estaba deliciosa y el vino fluía con bastante regularidad. Demasiada. En algún momento de la noche, Óscar empezó a hablarme de asuntos profesionales, preguntándome varias cosas sobre la cafetería. Me pareció un poco extraño que se interesara tanto por el negocio de un competidor.

—¿Hablas en serio cuando dices que tu jefe te hace trabajar todas esas horas? Sinceramente, debería ser multado por una inspección.

Me estaba cansando un poco de hablar del trabajo y sobre todo de mencionar a Christopher. Teniendo en cuenta que estaba cenando con una persona a la que él odiaba, decidí interrumpir la conversación.

—Óscar, ¿podemos cambiar de tema? No me apetece seguir hablando del trabajo, lo siento.

—Claro, claro. Tienes toda la razón. Ven, vamos a relajarnos un poco.

Nos llevó a la fantástica terraza con la magnífica piscina climatizada.

—Espérame aquí un momento.

—Okey.

Cuando volvió tenía una botella de champán y dos copas en la mano. En la otra mano dos enormes y mullidas toallas blancas.

—¿Vas a decir lo que creo que vas a decir? —pregunté irguiendo una ceja.

Dejó todo en una mesa que tenía junto a las tumbonas, una de las cuales era donde yo estaba sentada. Y, lentamente, se agachó frente a mí, agarrando mis dos rodillas y hablando con su boca a escasos centímetros de la mía.

—Tengo muchas ganas de meterme en esa piscina contigo.

Sí, exactamente lo que pensé que iba a decir.

—Este es tu concepto de una cita perfecta, ¿eh? Sería ideal si no

fuera porque no he traído un bikini.

Balanceándome ligeramente en la tumbona, Óscar se frota la mandíbula, estudiándome, con una sonrisa pícara, antes de coger la botella y abrirla. Sirvió el contenido en las dos tazas. Me entregó una de ellas y la suya dejó en el borde de la piscina.

—Bueno, la invitación está hecha. Espero que cambies de ideas.

Y sin más, dejándome completamente aturdida, empezó a quitarse la ropa, pieza por pieza. Me sorprendió tanto el striptease que no pude decir ni una palabra y me limité a mirarlo mientras se desprendía sensualmente de toda su ropa. Sí, todas sus prendas. Todas. Ya desnudo por completo entró en la piscina como un nadador olímpico. *¡La madre que lo parió!*

Cerré los ojos al reconocer que la imagen de su cuerpo divino, desnudo delante de mí, me había desconcertado por completo. Eso y algo más en su cuerpo que no lograba sacar de mi mente. «*¡Dios, dame fuerzas! Esto se nos está yendo de las manos*.» Y aunque lo odiaba por ello, no pude evitar oírle decir:

—Está perfecta, entra. No seas mojigata.

—Óscar, que a ti no te cohíba quedarte en pelotas delante de mí no significa que a mí no me de palo.

—Vale, pues quédate en ropa interior. La traes ¿no?

—Quería mantener ese lado de mi vida en privado, pero contigo no se puede —sonreí con su atrevimiento. Sus ojos emitían una oculta lujuria.

—Lamento que tenga que demostrar mi sinceridad de esta manera —se burló.

—Sí, sí, ya te veo. Pero si quieres que entre, gírate hacia allá. No me mires.

—Vale, vale, como tú quieras. —A regañadientes se giró dentro de agua mirando al lado contrario.

No sé qué valor tenía en mi mente cuando empecé a desnudarme y me quedé solamente en bragas y sujetador.

—Voy a entrar, no mires.

—Te prometo que no lo haré. Tranquila.

Me metí en la piscina lentamente y comencé a mantenerme a flote. El agua era ideal, cálida y muy agradable. Confieso que era muy guay estar allí. Ansiosa y nerviosa le dije:

—Ya estoy. Puedes girarte.

Y se lo hizo. Lentamente. Hasta quedar a poco más de un metro de mí. Sonrió con cara atrevida, se acercó más a mí y al ver su mirada perdida, no dudé en comentar:

—Por Dios, Óscar. Contrólate.

El volvió a lanzarme una sonrisa atractiva que me sedujo y me dejó sin aire. *Así era difícil mantener la cordura*. Y sin que pudiera hacer

mucho más para evitarlo, se acercó totalmente a mí y me rodeó la cintura con sus manos.

—Espero que estés tan nerviosa como yo. —Y sin más, me besó. Los rayos de calor subieron por mi espalda mientras mi estomago revoloteó un poco. Exactamente lo que no tenía que pasar. No había nada peor que ser un torpe desastre al lado de una persona demasiado confiada. Cuando se apartó de mi boca, pude regañarlo.

—¿En serio?

—Eres tan dulce —se relamió los labios y volvió a besarme. Y yo me dejé llevar porque no podía ni tenía control sobre mi cuerpo. *¿Esto me hace parecer desesperada? No, estoy siendo dura conmigo misma. Esto demuestra que no tengo una pisca de respecto por mí misma. «Ay, Albita, ¡no intentes meterte la mula!»*

Sus manos se deslizaron por mi cuello. Apretándome suavemente la garganta con los pulgares me echó la cabeza atrás. Sentí la presión de sus labios contra los míos, con tal fuerza que impidió salir lo que fuera que estuviera a punto de llamarlo. Sus manos bajaron hasta mis hombros, rozaron mis brazos y se posaron en mi región lumbar. Sentí ligeros escalofríos de pánico y placer. Intentó estrecharme contra él, y yo le mordí el labio. Su boca sabía a vino. El contacto era suave al principio, pero luego, como si necesitara más, se apoyó contra mí y me besó con ansiedad. Tardé un instante en darme cuenta de que le estaba devolviendo el beso con la misma ansia.

Sentí su lengua explorar todos mis rincones. El beso con lengua era apasionado, señal inequívoca de que se quería algo más. El tipo de beso donde las lenguas juegan y se entrelazan de tal forma que es muy difícil no sentir abajo lo que sucede arriba. Un beso claramente sexual.

Óscar me mordió los labios, signo de que estaba listo para dejarse llevar por la pasión desenfrenada. En un momento de lucidez, decidí que lo mejor era pararnos los pies a los dos, o lo que fuera que estábamos haciendo se iba a ir en creciendo en menos que se santigua un cura loco.

—Para, para —solté jadeante.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Si ya sabía yo que esto no era buena idea —dije apartándome un poco.

—No, espera, escúchame un momento —me rogó él.

Me acerqué al bordillo de la piscina y di un sorbo en la copa de champán. Tras hacerlo, decidí que lo mejor sería beberme los pecados de una vez y, me la tragué hasta el final, sin dejar una gota. Óscar se acercó detrás de mí y me abrazó con mis espaldas en su pecho.

—Cierra los ojos —me pidió—. Y no los abras.

Dudosa, le hice caso. El vibrato de su voz recorrió todo mi cuerpo cuando me habló a los oídos, bajito.

—Confía en lo que sientes —me dijo mientras me volvía a recorrer mi cuerpo a besos y con necesidad. Sentí la presión de su excitación en mi culo. Le escaparon algunos gemidos de placer y a mí también.

—Esto es una locura, Óscar…

—Quédate conmigo.

—Yo no soy la mujer que buscas. Debería irme.

—No sabes lo que dices. Eres exactamente la mujer que busco.

«Calma. No. ¡Qué coño! ¿A quién quiero engañar? Me atrae y mucho. Y estoy borracha. Muy borracha.»

—Óscar apenas nos conocemos. Me gustaría ir de espacio, por favor.

—Yo no sé en cuanto a ti, pero a mí me gustas. Eres distinta, autentica. Si quieres irte eres muy libre, claro, pero a mí me encantaría que quedaras un rato conmigo. No tenemos que hacer nada que tú no quieras. Te prometo que voy a comportarme. Aunque ahora mismo, lo tenga muy difícil, contigo así en mis brazos.

—¿Podemos solamente quedar así, tranquilos y pasárnoslo bien?

Se apartó de mí y fue a buscar el champán. Volvió a llenar los vasos y brindó por mí.

—Te dije que tu cita incluiría una cena, un paseo, etc. La cena está servida, en lugar de dar un paseo vamos a dar una vuelta por esta piscina y el etcétera es tu compañía, ¿te parece bien? Brindemos, por nuestra primera cita. La primera de muchas.

Asentí con la cabeza y me alegré de que tuviera la cordura de dirigir nuestro encuentro en una dirección diferente a la que estaba a punto de producirse. Si quisiera ser honesta conmigo misma, sí, me habría gustado estar con él de forma más íntima. Era un hombre agradable, atractivo y sexy. Me sentía bien con él, pero hoy no era el momento. Mi mente estaba llena de mil historias. Historias que no me dejaban en paz.

Bebimos tanto o tan poco que la noche fue realmente increíble. Hablamos, escuchamos música, bailamos, nadamos y durante mucho tiempo conseguí dejarlo todo y pasarlo muy bien. Óscar se comportó perfectamente conmigo, porque cuando estaba completamente inconsciente, me llevó al dormitorio y me tumbó en la cama, con la enorme toalla que me rodeaba y se acostó a mi lado sin forzar nada. Ninguno de los dos estaba en condiciones de hacer nada.

—Conmigo estás a salvo. Duerme y descansa —me dijo, intentando relajarme.

—Lo siento, es que últimamente estoy muy quemada de la cabeza. Fue una noche increíble.

—Chuu, tranquila preciosa que solo te estás haciendo daño. Yo estoy genial contigo.

—No me gusta tener miedo, estoy confusa —el alcohol hablaba

demasiado.

—Lo sé, corazón. Mañana verás que todo se quedará más claro en tu cabeza. Yo mismo me certificaré de ello.

No entendí bien que quería decir con eso, pero asentí. Me dio un suave beso en la frente.

—Descansa —me dijo.

—Tú también.

Pasada una media hora, él dormía profundamente, y tuve todo el tiempo del mundo para observarlo a él y también al cuarto en el que nos habíamos acostado. Era limpio y neutral. Impersonal, como un cuarto de hotel. Mis ojos se cerraban del sueño. En menos de cinco horas me tenía que despertar e irme a trabajar. Esperaba no quedarme dormida, pero tenía tanto cansancio y una borrachera tan grande que solo quería cerrarme los ojos. Fue lo que acabé por hacer pasado un rato.

Capítulo 22

Concienciación del personal

«¡¡No me lo puedo creer!!» Aceleré todo lo que pude, pero por mucho que corriera, estaba literalmente mega atrasada. Hoy me tocaba abrir la cafetería y eran casi las diez y estaba cerrada. Tenía mil mensajes de todos los empleados que llegaban por la mañana y, lo que es peor, tenía mil llamadas sin contestar de Christopher. ¡Oh, Dios mío! Estaba jodida. Cuando llegué a la puerta, mi cara ardía de vergüenza. Había compañeros apoyados en la pared esperándome, clientes en la terraza esperando a ser atendidos. Era un caos. Ni siquiera dije nada, lo primero que hice fue abrir la puerta.

Adrián, que solo venía los sábados para reforzar los turnos, pasó junto a mí en la puerta, entrando y dirigiéndome una mirada despectiva. A regañadientes, soltó:

—Eso es lo que pasa cuando se ponen unos y otros como jefes de tienda.

Sus palabras me golpearon como un boxeador. Después de todo lo que ya me había pasado esta semana, esto era, de lejos, lo peor que me podía pasar. O al menos eso es lo que yo pensaba. Lejos de mí imaginar que lo peor estaba por llegar. Alrededor del mediodía me detuve a descansar cinco minutos. No me había parado un segundo para respirar. Cuando abrí la cafetería más tarde, todo se amontonó. Los compañeros no dejaban de mirarme de reojo e iban a tardar en olvidar este episodio. Me enfadaba que Christopher me hubiera dejado en esa situación; por mucho que me gustara, tenía que ser sincera: odiaba su forma de tomarse las cosas en el trabajo.

Abrí mi taquilla y saqué mi móvil de dentro. Si antes tenía mil llamadas de él, ahora tenía diez mil. Y un mensaje de Óscar. Lo abrí.

«Despierto sin tu cuerpo a mi lado y ya estoy anhelando volver a verte. Sí, ya sé que suena así de cursi. Pero lo cierto es que me costó un tiempo ganarme tu corazón. Y casi tuve que tratar a mis competidores a palos. Déjame decirte algo, chica guapa, me encantó estar contigo y solo pienso en más y más. No me dejes así, vuelve en cuanto puedas. Un beso. Voy a volver a dormir un poco más. Buen trabajo. Si trabajaras conmigo no tendrías que sufrir esa esclavitud.»

Lo que Óscar llamaba ganarme el corazón, yo llamaba un error indecente. Uno que me estaba costando la vida hoy. Otra cosa indecente era la resaca que también seria inolvidable. Me encontraba fatal y recordaba todo borroso como para dar detalles precisos. Me tapé los ojos con la mano, intentándome esconder de mí misma. Me

apoyé sobre la puerta de la taquilla, intentando no vomitar. Una súbita arcada me hizo tomar un respiro. «*Oh, Alba»,* dije con la garganta áspera bajito para mí, *«¿Cómo puedes liarla tanto, su burra?»*

Volví a mirar el móvil. No podía esquivarme más. Llamé a Christopher.

—Dígame. —Cogió al primer timbre y el tono de su voz era todo menos agradable. *«¿Dígame?»,* pero si sabía perfectamente que era yo.

—Antes de que digas lo que sea, déjame hablar. —Intenté apelar a la racionalidad. La poca que me mantenía en pie.

—Soy todo oídos. Tienes un minuto. —tragué en seco.

—Chris, lo siento muchísimo. De verdad, créeme. Esto nunca me ha pasado y lo sabes. Me conoces, yo nunca llego tarde, no sé qué pasó…

—Tu minuto se acabó. —me interrumpió con toda tranquilidad, sin que pareciera preocupado con lo que acababa de decir. Lo que pasa es que eso, me preocupaba a mí.

—Pero…

—He dicho que tu minuto se ACABÓ — cuando chilló la última palabra estremecí. Volví a colocar una mano en la cabeza—. A mí no me vengas con tus rollos de mierda. ¿Era tan difícil hacer tu trabajo? ¿Tienes idea de toda la gente que has comprometido con tu actitud imprudente?

Tal vez fuera porque mi cuerpo aún no estaba en este planeta o el shock de que me gritara, aunque ya debería estar acostumbrada, pero todo junto hizo que me pusiera a llorar profusamente.

—Chris, déjame hablar, coño…

—¡Que te calles! —Y ese fue el momento en que entré en shock total. No podía hablarme así. No podía tratarme de esa manera; no tenía derecho, nunca lo tuvo y yo estaba harta. Me había pillado en un mal día. Tal vez tuviera razón, pero era un idiota y no sabía hablar con nadie. Una vez más me corrió por las venas esa sensación de amor-odio—. Si no sabes comportarte profesionalmente y mezclas tu vida personal con el resto, no sirves para trabajar en ningún sitio, y menos en la cafetería.

A pesar de los gritos interminables, yo intentaba reprimir el dolor de cabeza que me mordisqueaba los bordes de mi cráneo. Me estaba preparando para darle una bofetada verbal, porque no entendía como una persona sola podría decir tanta barbaridad junta. La cogorza que llevaba súbitamente me estaba pasando en un santiamén.

—¿Es este el trabajo maravilloso que tú crees que merezco? Yo nunca te pedí para ser gerente, ni para ser jefa, ni para asumir responsabilidades que son tuyas. Esa es la realidad. Si crees que esto es lo que yo quiero hacer parte, te equivocas. Si es así, que me maten ahora mismo.

—Considérate como tal. Porque para mí no tienes ninguna justificación para lo que hiciste. Y está claro que tú no eres materia de líder.

—Ni tú tampoco. Un líder no trata así a sus empleados. ¿Y si me hubiera resbalado y caído, y se hubiera abierto la cabeza? Ni siquiera te has molestado en preguntar qué me ha pasado.

—Hubiera preferido que te golpearas la cabeza y estuvieras en el hospital, al menos estaba justificado. Ahora ambos sabemos que tenías la cabeza en otra parte. Eso y quién sabe qué más. Así que no te está yendo muy bien.

¡Miserable! No puedo creer que haya tenido el valor de decirme lo que acababa de decir. *«Que prefería que estuviera en el hospital».* Era muy retorcido.

—¿Sabes qué, Christopher? Tu problema es que tienes celos y eso no tiene nada que ver con el trabajo. Métete tu opinión en el culo y hablemos de cosas serias.

—¿Celos? No son putos celos. Es la realidad. Si no hubieras pasado la noche con ese hijo de puta, podrías haber llegado a tiempo hoy. Te lo advertí, Alba. Pero nunca me escuchas. Eres una niña mimada.

—Ni siquiera nos hemos dado la oportunidad de estar juntos y ya te estás empezando a convertir en la clase de cabrón que he tratado de evitar toda la vida.

—Deja de confundirme con el tipo que te estabas tirando o follando, me da igual… ¿Sabes lo que más me sorprende? Te crees que soy un gran gilipollas y que el hecho de que me gustes cambia mi forma de ser profesional, pero te equivocas. Nunca he interpuesto mi vida personal con el trabajo. Pensaba que al menos tendrías más consideración por mí, pero me he equivocado. Tú no, a ti tres cojones te importan; no pasas de una niñata insensata.

—Vaya… ¿así es como vas a reaccionar cada vez que pase algo menos bueno? No sé cómo pude enamorarme de ti. No sé ni porque me gustas, eres un desgraciado. Te odio.

—¿Qué has dicho? —escuché como su voz bajó varios tonos. Y fue entonces cuando me di cuenta de que, sin saberlo ni quererlo, le había confesado mis sentimientos. Me quedé en silencio durante unos segundos al darme cuenta de ello. E insistió—. ¿Alba? ¿Es cierto lo que he escuchado?

—Sí es cierto y, quiero que te vayas a la mierda —y le colgué en toda la cara.

Luego me llamó de nuevo y rechacé la llamada. Y volvió a llamar. Me envió un mensaje de texto. Ni siquiera lo abrí. No podía dejar de llorar, de rabia, de dolor, de despecho. Terminé apagando el teléfono y lo tiré para dentro de la taquilla que de inmediato cerré. Todavía estaba apoyada en la puerta, tratando de recomponerme, cuando oí

una voz a mis espaldas.

—Alba… —Giré la cara y vi a Chus de pie con los ojos muy abiertos mirándome.

—Ahora voy, Chus, dame un minuto —le pedí, limpiando las lágrimas que caían de mi cara con la manga de mi brazo.

—No es eso, el inspector está aquí y quiere hablar con el responsable.

—¿Inspector? —Me quedé un poco aturdida por la información, pero me recompuse rápidamente y volví al salón principal, junto con Chus. *«¡Lo que me faltaba!»*

—Buenos días, soy Andrés Ribera. Soy inspector de seguridad y salud. ¿Puedo hablar con el gerente?

¡¿El gerente?!, preguntaba él. Aquí estaba el quid de la cuestión hace dos minutos. El gerente me dejó con esa responsabilidad y ahora yo estaba metida en camisa de siete varas. Lo miré; no tenía pinta de venir con ganas de saludar e irse. Todos estamos de acuerdo en que las inspecciones sanitarias son útiles para mejorar la limpieza y la higiene de bares y restaurantes o, lo que es lo mismo, para multar a aquellos empresarios guarretes que hacen caso omiso de las normas más básicas de limpieza poniendo en riesgo la salud de sus pobres clientes. Pero a veces nos pueden multar o incluso cerrar temporalmente el negocio por incumplir algunas normas básicas debido al exceso de trabajo, al desconocimiento, a la ineficacia de los empleados nuevos… ¿Cómo podemos evitar problemas al recibir la visita de un inspector de sanidad? Sencillo: no dejando una simple empleada como yo asumiendo el cargo de jefa, cuando no lo era. Esto iba a dar mierda de la gruesa, ya lo anteveía.

—Alba Torres. —Le estiré la mano y me la apretó en un saludo—. De momento, yo soy la gerente. ¿En qué puedo ayudarlo? —Intenté parecer segura de lo que decía.

—Muy bien, Alba. Estoy aquí para inspeccionar las instalaciones. ¿Te importa que compruebe el local? —tragué fuertemente.

—Para nada. Siéntase como si estuviera en su propia casa. —Sonreí disimulando lo mucho que estaba sudando de los nervios.

—Genial. ¿Los baños? Empecemos por ahí…

—Claro, acompáñeme.

También tenemos la falsa idea de que los inspectores sanitarios que visitan bares y restaurantes van directamente a la cocina como si emularan al chef Chicote. Craso error. Un inspector sanitario puede revisar prácticamente todo, desde los baños, a los cristales, los accesos, el almacén, el office, el comedor, el callejón de atrás donde dejamos la basura… Vamos, que a este no le iba a escapar ni Dios. *«¿Y ahora qué? ¿Qué tengo que preparar para evitar problemas con un inspector sanitario que llega con ganas de multar?»* No era la primera vez

que la inspección acudía al local. Creo que desde que trabajo allí he ido unas tres veces, no más. Normalmente acuden a causa de una queja presentada por un cliente o directamente al consumidor. La diferencia es que las otras veces Christopher se ocupó del tema. Y ahora, por mucho que lo odiara, deseaba que estuviera allí. Acompañé al inspector en sus rondas y respondí a todas las preguntas que me hizo. De momento, las cosas iban más o menos bien.

Llegamos a la cocina y entonces empezó el problema. No había tenido tiempo de revisar nada desde que llegué, así que al no estar la señora Rocío, me encontré con que la cocina estaba hecha un desastre. Los compañeros que vinieron a preparar los desayunos y almuerzos habían dejado todo fuera de lugar. Y era mi responsabilidad comprobar que todo se hacía bien, pero no podía llegar a todas partes a la vez.

—Alba, ¿dónde está la persona encargada de la cocina?

—¡Eh! La señora Rocío, que resulta ser la dueña del local está enferma y tuve que ausentarse estos días. Hemos intentado acoplarnos lo mejor que hemos podido en su ausencia.

El inspector era una persona joven, de mediana edad, pero tenía una presencia imponente. Comenzó a inspeccionar minuciosamente todos los armarios, frigoríficos, alimentos, etc. Al final de una buena media hora, en la que estuve temblando cada minuto, dio su veredicto.

—La limpieza y la desinfección de los suelos, las encimeras, las mesas de trabajo, los hornos, las planchas, los fogones, etc., debe ser diaria y hecha en profundidad. Además, las baldas de los frigoríficos, el interior de los congeladores y las estanterías del almacén deben estar limpias como la patena. Esto está un desastre.

Si trabajas para crear una reputación también hay que mantenerla. Y me sentía mal por dejar en evidencia algo que a la señora Rocío le costó tanto trabajo. Cuando ella estaba, todo estaba siempre perfecto.

—Lo siento, señor inspector, hemos hecho lo que hemos podido esta semana.

—Sin excusas. Si no lo hacéis así, la multa de la inspección de sanidad la tenéis prácticamente asegurada.

—Se lo juro que esto suele estar como los chorros del oro, por favor, ha sido una situación excepcional.

El inspector me miró muy serio, pero al cabo de unos segundos asintió y respondió.

—Bueno, creo que uno puede cerrar los ojos ante una cuestión tan superficial. —esbozó una leve sonrisa—. Pero está advertida.

—No se preocupe, en cuanto…

No pude terminar la frase, porque una vez más, Chus entró por la cocina de rampante y empezó a hiperventilar nuevamente. Me iba a

hacer pasar un mal rato, lo juro por Dios.

—Chus… —la llamé, sorprendida por su actitud dramática.

—Alba… Alba, tienes que venir rápido, la señora de la terraza, oh, Dios mío, no sé cómo ha pasado... oh, Dios, tienes que venir, ahora...

—Chus, por favor, tranquilízate, no entiendo nada.

Hablaba angustiada y atropellando sus palabras, yo flipaba preguntándome qué demonios había pasado una vez más y el inspector que estaba a mi lado tenía cara de estar viendo una película de terror.

—Solo ven. Rápido.

Los tres salimos corriendo a la terraza para tratar de entender qué era lo que tenía a Chus tan conmocionada y debo confesar que lo que vi allí me dejó petrificada. *«¡Esto no se lo va a creer ni Dios!»*.

Allí, tirada en el suelo, estaba una clienta, que aparentemente se había caído de alguna manera. Pero el problema no era que se hubiera caído, sino el estado en que se encontraba. Se miraba golpeada, demacrada y muy pálida, y parecía que se había llevado un tortazo valiente en toda la frente que ahora le chorreaba sangre.

—No me lo puedo creer —murmulló el inspector Ribera. Lo miré, estupefacta. Si él no se lo podía creer, imaginad yo.

Él se apresuró a arrodillarse al lado de la señora y al mirarla vio que tenía una cortada en el rostro y, preocupado estiró la mano para tocarla.

—No me toquen, sus asesinos. Casi me matan. —Muerta estaba yo que seguía sin moverme y sin poder reaccionar.

—Ay, Dios mío —Chus continuó con su discurso religioso.

—Señora, buenos días, soy el inspector Andrés Ribera, tenga la amabilidad de dejarme ayudarla. Alba, llama una ambulancia.

Ambulancia. Él dijo ambulancia. Y mi cerebro estaba aún deletreando silabas e intentando asimilar contextos. Él la ayudó a levantarse y ella se puso de pie, con su cuerpo adolorido por todos los golpes que no tengo ni idea de donde han venido, magulladuras, rasguños y cortadas por todos sus brazos y piernas. La señora parecía un Cristo, y que Dios me perdone, pero lo único que le faltaba era la corona de espinas, por lo demás lo tenía todo. Pero yo era la única que iba a llevar esa cruz.

—Alba, por el amor de Dios, haz algo. Que alguien llame a una ambulancia.

Pero yo no podía moverme. Exactamente en ese momento, apareció el que más tarde llamé mi salvador, mi héroe: Manu. Había bajado a tomar café y me encontró en aquella escena, donde todo el mundo se había reunido para ver el espectáculo que allí se desarrollaba.

—Alba, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Estás herida? —dijo

preocupado.

—¿Herida? La única perjudicada e indignada aquí soy yo... ay... — la mujer se quejó y el inspector, sujetándola por el brazo, la hizo sentarse en otro asiento.

—Pero ¿qué ha pasado? —En medio de todo esto, Manu, que era el único que no había estado en la escena, fue la única persona sensata que preguntó lo más importante: ¿Qué coño había pasado?

—Yo… lo siento —Chus volvió a hablar—, venía con una bandeja llena de tazas, y accidentalmente tropecé con la base de las pérgolas y acabé dejando caer todo el contenido sobre la señora. Advertí mil veces al jefe que estas cosas iban a dar malos resultados...

Le eché una mirada diabólica. Tal como temía, era una pesadilla.

—Pero ¿cómo se ha podido caer la señora y romperse una silla? — preguntó el inspector y todos miramos la silla que había quedado colgando bajo el culo de la señora. Tenía que ser un buen culo para poder romper una silla así.

—Eso pregunto yo, señor inspector, cuando vi que el tubo caía encima de mí, casi me muero del susto. No sé qué fue peor.

Todos miramos con más detalle lo que había sucedido y las piezas del rompecabezas encajaron. Cuando Chus tropezó con la base de la pérgola, uno de los tubos que sujetaban el toldo se desprendió y cayó encima de la señora, con tal impacto que la tiró al suelo, dejándola hecha polvo. Si a eso le sumamos las tazas que derramó Chus, fue como una película de *Kill Bill*. Había sangre por todas partes. Tarantino nos hubiera dado trabajo a todos. Yo cerré los ojos y sacudí la cabeza en desconsuelo, deseando que todo desapareciera. Y aunque quise evitarlo, me eché a llorar. No pudo aguantarlo más. Era demasiado para mí. Mi suerte fue que Manu estaba allí y cuando me vio llorar y llorar, queriendo desaparecer también bajo un toldo, me dijo: «Ve para dentro, ya llamo yo la ambulancia y trato de todo. Ve para dentro».

Y yo me metí nuevamente dentro de la cafetería con las miradas de todos en mis espaldas, avergonzada y maldiciendo al cielo por permitirme semejante infortunio.

Quité el delantal y me senté a observar todo desde las ventanas acristaladas. Sabía que era una situación complicada. Afuera, ellos necesitaban un plan con urgencia y discutían acaloradamente qué hacer.

Poco después llegó la ambulancia y se llevó a la señora. Yo me sentía destrozada, como ella, pero por dentro. Se me mirasen más de cerca, verían que mis ojos verdes estaban enrojecidos y lacrimosos por el llanto. Vi mi reflejo en el cristal. Al igual que en la mayoría de las jornadas, vestía una sencilla camiseta blanca, ajustada dentro de mis pantalones negros, y zapatos bajos de color negro que también que se

veían profesionales y fáciles de llevar. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en una cola de caballo. Era mi uniforme oficial. Y todo ello reforzaba mi sentir de que estaba dejando pasar el tiempo mal viviendo en estas tormentas.

El inspector entró y todos lo siguieron. Entonces se detuvo frente a mi mesa y con los ojos de todos fijos en mí, dijo:

—Lo siento, pero después de lo ocurrido, no tengo más remedio que cerrar este lugar. A partir de este momento, ya no pueden trabajar aquí. Alba, por favor, ven conmigo. Necesito que me firmes unos papeles. Enviaré otra inspección para que haga un análisis de lo ocurrido aquí.

Dijo algunas palabras más y se dirigió al resto de los presentes para hablar. Pronto todo el mundo se había dispersado y yo era la única cuyas piernas y cerebro seguían bloqueados.

Capítulo 23

Decisiones que lo cambian todo

Hacía una hora que había llegado a casa, pero no había conseguido hacer más que encender la televisión, abrazar a Vladimir y beber una taza de té para calmarme. Los recuerdos de aquel día se apoderaron completamente de mi mente. La expresión del inspector, de la señora herida, no dejaba de aparecer a trompicones en mi mente. Sentía un poco de pánico cada vez que revivía aquella terrible situación. Mi teléfono móvil empezó a parpadear y miré la pantalla, viendo aparecer el nombre de Christopher por enésima vez. Estaba llamando, otra vez. No había devuelto ni una sola de sus llamadas. Evidentemente, ya sabía lo que estaba pasando. ¿De qué otra cosa podríamos hablar? No tenía ganas de escuchar sus gritos, no tenía ganas de nada.

Me acurruqué en el sofá y me quedé dormida. Estaba agotada y dolida de todo.

Desperté por la madrugada con la luz del móvil parpadeando en mis ojos. Aturdida, cogí el cacharro y miré la pantalla. Christopher. ¿No iba a desistir nunca? Preguntándome qué hora era, miré el reloj: las dos de la mañana. ¡Joder! Me quedé dormida desde las seis de la tarde. Me enderecé en el sofá y, de pronto, las lágrimas se asomaron a mis ojos y empecé a llorar sin contención.

No podía creerme que después de cinco putos años de trabajo duro todo se había ido al garete en menos de cinco minutos. Habían sido años infernales, trabajando sin descanso, siempre teniendo que demostrar que era buena en mi trabajo a pesar de todas las broncas que me echaron en el principio. Y todo para nada, para acabar en esto. La cafetería estaba cerrada por mi culpa. Pensé en la señora Rocío, en Christopher una vez más y en mis compañeros de trabajo y estaba decidida a hacer lo correcto. No había marcha atrás. Había tomado una decisión.

Cogí el móvil y empecé a teclear un mensaje, mis manos temblaban, mis ojos mal se abrían de tanto llorar y mi consciencia pesaba más que una bolsa de patatas.

"Christopher, siento mucho utilizar este medio para comunicarte mi decisión, pero me parece la forma más rápida y menos dolorosa. Siento mucho todo lo que ha pasado. Sé que ya no tiene importancia, pero nunca quise hacerte daño y desearía que nada de esto hubiera ocurrido. Por ese motivo y por todos los demás, presento mi renuncia voluntaria. A partir de ahora, ya no trabajo para ti. Buena suerte y,

una vez más, lo siento. Lo siento muchísimo en el alma."

Increíblemente, no respondió de inmediato. De hecho, el silencio que se siguió fue tan perturbador que me molestó. Pero por la mañana, cuando me desperté, había un mensaje suyo. Me estremecí antes de abrirlo. Por primera vez sentí un dolor tan fuerte en el corazón y unas ganas tan absurdas de llorar que me abrumaron. Y el contenido del mensaje me perturbó aún más.

"NO TENGO PALABRAS."

Así, tal cual, en letras bien mayúsculas. Para que no me quedase duda. Yo tampoco tenía palabras en ese momento. Apagué el teléfono y dediqué el día a las tareas domésticas. Aprovechando la oportunidad para limpiar la casa y así ocupar mi cabeza con algo productivo. Tenía que empezar a buscar otro trabajo. Por desgracia, no era rica y el dinero me hacía falta, como a todos. Tenía algunos ahorros, pero no podía vivir de ellos durante mucho tiempo. Lo ideal sería encontrar algo rápido. Por la noche, cuando encendí el móvil, había varias llamadas y mensajes, pero solo uno me llamó la atención. El de Óscar. Con todo lo que pasó no le dije nada más. Y fue en ese momento cuando se me pasó por la cabeza una idea. Decidí llamarle.

—Di la verdad, me has echado de menos — contestó con su voz burlona y sonriente, lo que me obligó a esbozar una sonrisa tenue.

—Hola, Óscar, ¿puedo hablar contigo un momentito?

—¿Qué pasa, estás bien? Te escucho seria.

—Sí, estoy bien. Te quería comentar algo. ¿Cuándo me hiciste la propuesta para trabajar en tu tienda era broma o hablabas en serio? — Ya estaba, lo iba a soltar.

—¿Broma? Mi amor, yo no mezclo vida personal con vida profesional. Obviamente que era serio. ¿Has repensado sobre el asunto?

—Sí.

—Y bien… —al ver que no contestaba, él intentó sacarme la información, pero me estaba costando dar ese paso. Me estaba costando un riñón.

—Creo que me vendría bien cambiar de aires y aprender cosas nuevas, así que si tu oferta se mantiene me gustaría trabajar contigo.

—No puedo decirte lo feliz que estoy de que hayas tomado la decisión correcta. Vamos a hacer un gran equipo, Alba. No te arrepentirás.

¡Arrepentimiento! Palabra que sentía cada vez que mi corazón pulsaba y bombeaba la sangre. Pero lo hecho, hecho estaba. Y este era un punto sin retorno.

—¿Quieres que nos encontremos y lo acertamos todo?

—Sí, me parece una excelente idea.

Óscar y yo concretamos las cosas relativas al nuevo trabajo. Y así,

de esta manera sencilla e impulsiva, puse fin a la vida rutinaria que tenía. A todo lo que conocía y sabía. Para iniciar una nueva etapa. Una que nunca quise, pero que me vi obligada a seguir.

◆◆◆

Habían pasado dos meses desde aquel día en que decidí cambiar el rumbo de mi vida. Y cuando miraba hacia atrás seguía atormentada por muchas cosas. El café de la señora Rocío reabrió un mes después. Lo sé porque Rita me lo dijo. Ella estaba encantada, todo el mundo tuvo unas largas vacaciones que nunca habían tenido. Todo esto fue causado por aquel fatídico día de la inspección. Desde entonces, la cafetería ha sido objeto de varias inspecciones y controles. Tuvo que enfrentarse a unas obras de mejoría y solo reabrió después de todo ese mes. La señora Rocío me llamó y no pude evitar contestarle, pero era una persona extremadamente educada y no me preguntó nada sobre mi abrupta salida. Solo hablaba de cosas triviales y de su estado de salud. Le prometí que en cuanto tuviera la oportunidad la visitaría y le daría las gracias por todo. Era realmente alguien a quien tenía mucho cariño.

Yo, después de una semana de vacaciones, empecé a trabajar con Óscar en Starlucks. Me formé y pasé a formar parte de una de las mayores cadenas de cafeterías del mundo. Tuve que aprender muchas cosas, como dijo Óscar, pero eso fue bueno y muy perturbador a la vez. Sin embargo, mi situación personal con Óscar había cambiado por completo. No volvimos a salir juntos y ahora solamente hablábamos de trabajo y apenas nos veíamos en la cafetería. Era mi nuevo jefe y el papel estaba bien asumido.

Y si me vas a preguntar qué pasó con Christopher, pues pasó lo que tenía que pasar: nada. Después de esos dos últimos mensajes dejó de llamarme. No le devolví ninguna de sus llamadas y se levantó un muro sobre ambos. Era como si no nos hubiéramos conocido en la vida.

Acababa de salir de una de las muchas reuniones que teníamos cuando Óscar me llamó.

—Alba, ¿puedes esperar un poco? Quería comentarte un par de cosas. Es rápido.

—Sí, claro. — Me senté de nuevo en mi silla en la sala de reuniones. Se sentó frente a mí con cara de circunstancias.

—¿Cómo va tu adaptación al puesto? ¿Lo estás disfrutando? Lo siento, pero he tenido tanto trabajo que no he tenido tiempo de saber de ti.

—No pasa nada. Lo estoy disfrutando, he aprendido mucho como has dicho. Los compañeros son muy amables y me ayudan mucho.

—¡Genial! Eso es lo que se quiere. Sabía que tenías potencial,

ahora solo quería comentar algunas cosas. Una de ellas es que aquí destacamos por la rapidez y veo que estás un poco fuera de lugar en esto y no puedes seguir los criterios que queremos.

El comentario me había sentado como una patata.

—Ah... bien. Intento ser rápida, Óscar, pero todavía hay muchas cosas que no sé y hay muchos tipos de servicio diferentes.

—Sí, sí, ya lo sé y no te ofendas por mi comentario, es mi papel, querida, pero esto no es la cafetería donde trabajabas y aquí tenemos que ser proactivos, así que espero lo mejor de ti.

Cuando me llamó «querida», una pequeña acidez subió por mi tracto digestivo. He aquí una faceta de él que aún no había conocido.

—No te preocupes, me esforzaré al máximo.

—Sé que sí, eres una guerrera. Por eso te he traído a mi equipo. Cuando veo algo con potencial, no descanso hasta conseguirlo. —Esa frase no me había sentado nada bien—. Ahora, otra cosa. Aquí no hablamos con los clientes durante las pausas, así que, si no te importa, puedes hacer tus descansos en la sala de descanso y no fuera con los clientes.

Ese fue el momento en el que casi se me desprende la mandíbula, de tanto que mi boca quedó abierta hasta el suelo. Es cierto que durante mis descansos salía, como solía hacer antes, a tomar un tentempié. Y casi todos los días me sentaba con Manu que, desde que se enteró de que había cambiado de trabajo, empezó a venir a la cafetería donde estaba ahora. En otras palabras, traía a un nuevo cliente y me decía estas tonterías. No me gustaba cómo iba la conversación y yo no era de las que se callan.

—No creo que sea del todo correcto lo que me dices. Es mi descanso, creo que puedo hacer lo que crea conveniente. No estoy haciendo nada malo. Todo lo contrario.

—Sí, es tu descanso, pero aquí mando yo y aquí digo que las cosas se hacen así. ¿Te parece correcto?

Segundo golpe en el estómago que recibí en silencio. Esto es lo que no esperaba, estaba perpleja. Pero no iba a ceder.

—Óscar, lo siento, ¿ha pasado algo? ¿He hecho algo malo para me hablares así?

—Querida, por supuesto que no. —Otra vez con la palabrita esa, me estaba poniendo de los nervios—. Ya te dije una vez que no mezclo mi vida personal con mi vida profesional. No te lo tomes como una afrenta personal, porque no lo es. Es un trabajo, Alba. Tienes que ser más profesional a la hora de aceptar las críticas.

Me hacía cierta gracia y al mismo tiempo cierta acidez en el esófago cuando personas como Óscar o Chris decían que no mezclaban la vida personal con la profesional. Ya había oído esa frase de mierda que sonaba como un mal cliché. Cuando se trataba de meter la mano,

la boca y todo lo que intentaban meter, entonces las mezclas no eran relevantes. ¡*Manda huevos*!

—Soy lo suficientemente profesional como para aceptar muchas cosas, pero déjame decirte algo: no acepto la falta de respeto. Esa es la información también. De todos modos, como te dije, tampoco te preocupes, haré un esfuerzo para adaptarme a las normas. Ahora, discúlpame, tengo faena que hacer.

Lo dejé con cara de tonto mientras salía furiosa de la sala, pero con la suficiente inteligencia emocional para mantener mi postura. Puede que fuera pequeña, pero era grande en mi misión. No intercambiamos muchas más palabras y desde este pequeño interludio no volvemos a hablar mucho. Unas semanas más tarde me encargaba de servir las mesas y limpiarlas, cuando en una de ellas me encontré con alguien que no esperaba.

Christopher sentado cómodamente con una joven muy bonita como compañía.

Me tocó atender su mesa. Cuando le di los buenos días intentando disimular lo mucho que me molestaba su presencia allí y verlo después de todo lo que había pasado, no devolvió la simpatía. No respondió a mi saludo. Ni siquiera parpadeó. Fue su amiga quien respondió y devolvió el saludo. Sin embargo, ella me ignoraba mientras le anunciaba las opciones de la carta, pero él no. Chris me miró fijamente y sin pestañear durante los cinco minutos que me llevó describirles todas las opciones que había. Me miró con calma, de una forma íntima y deliberada como si intentase —o eso quise creer yo entonces— leerme por dentro.

Durante su almuerzo, mientras les llevaba los platos y las bebidas, sus ojos no dejaron de buscar los míos ni un solo momento.

No pude evitar mirarlo de reojo para ver cómo reaccionaba con ella y cómo los dos hablaban como si tuvieran mucha intimidad. Sentía como si hubiera ratas en mi estómago peleándose en grupo, con las sensaciones que me producía todo aquello. Cuando fui a coger las cosas de la mesa y a recoger la cuenta, todavía muy perturbada por esta súbita reencarnación, apareció a mi lado Óscar que había salido de la nada y empezó a hablar, pasándome un brazo por los hombros. Esto me creó cierta confusión. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Christopher, es un placer recibirte aquí. —Es extraño. Habría jurado que no sabía su nombre—. Pero me alegro de que por fin hayas venido a conocer una casa de primera. Sentíos como en casa. Sobre todo, cuando te atiende una de mis nuevas camareras. —Se volvió hacia la chica, que le sonreía. Tenía mucho valor, con un hombre guapísimo delante de ella y coqueteando con otro—. Todavía tiene mucho que aprender, porque viene de un lugar muy arcaico y hay que tener paciencia, pero poco a poco será una estrella.

Juré que si no necesitara el trabajo habría mandado a la mierda a Óscar en ese mismo instante, de hecho, en ese momento, los dos me parecían una mierda. Y nunca me había sentido tan humillada y pisoteada. Me limité a bajar la cabeza y lo peor vino cuando Christopher abrió por fin la boca después de pagar y se levantó dejando la frase del día en el aire.

—Tengo que admitir que el sitio tiene potencial. Por lo demás, creo que tu estudiada estrategia de matar a la competencia solo me ha servido para obtener buenos resultados. Ahora tenemos el equipo que realmente nos merecemos. Y no necesitamos a nadie más. Buena suerte, Óscar. Que pases un bien día. ¿Vamos? —preguntó a la chica que lo acompañaba, apoyando una mano en la parte baja de su espalda. Casi quemó mi retina con el gesto.

Y después de aquella conversación entre dos señores feudales que discutían por una esclava como yo, todos volvieron a sus respectivos lugares y yo me quedé sintiéndome la mayor mierda del planeta. Esa noche, cuando llegué a casa, no hice más que llorar ríos de lágrimas.

Capítulo 24

La camarera contra ataca

La historia entre Óscar y yo no terminó simplemente con ese humillante *tête à tête*. No. A diferencia de las semanas anteriores, después de eso, Óscar parecía dispuesto a hacerme la vida imposible. No estaba segura de qué le había llevado a ese cambio de comportamiento, pero empezaba a pensar que tal vez no había ningún cambio. De hecho, me pareció que era lo que era: un verdadero idiota.

Se había empecinado en doblegar mi carácter enzarzándose en acaloradas discusiones conmigo. Y como ya sabía que yo le contestaba de manera airada, siendo la buena rebelde que era y con la lengua suelta, bastó para que la relación laboral entre nosotros fuera decadente. Yo, por mi lado, me limitaba a maldecir el momento en el que había aceptado trabajar con él y lo que había parecido una solución ideal se convirtió rápidamente en la pesadilla en la cafetería, parte dos.

Por suerte, era mi día libre de la semana y estaba en casa descansando de la verdadera paliza que me había dado toda la semana trabajando. Trabajaba allí de lunes a domingo y el horario era mucho más intenso. Así que solo podías tener un día libre a la semana y un día libre el fin de semana cada tres semanas. En otras palabras, nunca tenías dos días libres seguidos. Aunque estaba acostumbrada a un horario diferente al del resto de la humanidad, era mucho más agobiante y pesado que los que tenía en la otra cafetería.

Estiré mis patas en el sofá o, mejor dicho, estiramos nuestras patas en el sofá, Vladimir y yo. Llamé a Rita para que me pusiera al día. Hacía casi una semana que había hablado con ella y le había contado lo que había sucedido en el encuentro inmediato de tercer grado con Christopher.

—¡Oooh! Majestad, que gusto oírla —Rita saltó inmediatamente al trapo, burlándose del hecho de que hubiera contactado con ella.

—¡Anda ya! Como si no hubieras podido llamar tú, que moral tienes —añadí tranquilamente.

—No soy yo quien tiene un horario de mierda y no puede estar disponible ahora.

—Encima estás criticando mi situación de esclavitud, eres... sinceramente... Deberías sentir pena por mí, como bien has dicho, horarios de mierda. No es porque no quiera hablar contigo.

—Excusas —Su voz era fresca y divertida como siempre. Me encantaba hablar con ella, siempre me subía la moral—, pero no pasa

nada, cuéntame todo y no me ocultes nada.

Suspiré profundamente sin saber siquiera por dónde empezar.

—Estoy hasta al moño con Óscar. No te imaginas la rabia que le tengo.

—¿Tan mal está la cosa? Pensé que iban a mejor. Dijiste que ya no te decía nada.

—Eso era antes. Desde que Chris apareció en la cafetería ha sido un completo imbécil conmigo, siempre interfiriendo en mi trabajo, actuando como un jefe autoritario, diciéndome lo que tengo que hacer o no, estoy hartita de él.

—Tal vez solo tira de ti porque quiere que le ayudes o quiere que seas la mejor...

—¿Me llama imbécil y quiere que lo ayude? ¿De verdad? —le replico indignadísima.

—No ha dicho eso, Alba.

—Yep… no has dicho, pero has pensado. ¡Joder! Lo que me faltaba. No rechisto más, aunque me gustaría decirle cuatro cosas bien dichas, ya te digo yo, porque me urge el trabajo, sino…

—Alba, tu no vales para ser mandada, tu eres buena para mandar.

—Eso ya decía mi madre, pues… debería haberle hecho caso.

Nos reímos la dos de sandeces que decíamos juntas. Estaba totalmente segura de que sería buena como jefa. No iba a echarme flores, pero siempre pienso que tenía más perfil de líder que de liderada. Aparte de eso, no creo que para ser un líder haya que pasar por encima de la gente y cambiarla o pisotearla. Si no cuidas de tus trabajadores, no cuidarás de tu negocio. Pero, vamos, yo no era más que una muerta de hambre, sin educación avanzada o formación y sin medios. ¡¿Qué sabía yo de la vida o de negocios?!

—Y por lo demás, ¿bien? —preguntó Rita cambiando el asunto.

—Sí… sin novedades. Por cierto, ¿has visto Christopher? —he preguntado cómo alguien que no le da mucha importancia al tema.

—¿El pijo estirado? Lo veo todos los días Alba. ¿Qué quieres realmente saber? —inquiere con un tono socarrón. *«La madre que la trajo.»*

—Eres mi compinche, no seas así. No lo sé, me parece raro que haya aparecido en la cafetería así de la nada y ahora no sé nada de él. ¿Sabes si está saliendo con alguien?

—Sigue haciendo mella, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —Pero sí que lo sabía.

Anda que no me había dado tiempo para darle vueltas al asunto. Lo ocurrido meses atrás seguía fresco en mi cabeza. Era imposible olvidarlo. A veces bromeaba conmigo misma al decir que me había convertido en una especie de Rapunzel —el pelo lo tenía, solo faltaba las trenzas—, esperando el príncipe azul rescatarme de la torre donde

encerré mis emociones. Jamás pensé que iba a enamorarme de alguien así de esta manera, tan inesperada e intensa. Dejé escapar un suspiro al pensar en cómo habían cambiado las cosas desde el momento en que Christopher y yo nos enrollamos y en lo que hubiera pasado si todo lo que pasó a la continuación hubiese sido distinto. Pero no lo fue. Esa era la cuestión.

—Estás hasta las trancas por él. Admítelo.

—Tampoco es para tanto, Rita, pero sí, no me es indiferente.

—No sé si está saliendo con alguien, pero últimamente lo veo pasearse con una chica que va mucho a la cafetería con él. Entran y salen a menudo. Es muy joven. Más parece su hija que su novia. Pero a su madre la conoce. Hablan en otro idioma cuando viene. Creo que es de su pueblo, donde nació.

—Creo que sé a quién te refieres. Con ella fue a la cafetería. Probablemente para restregarme en la cara que ya ha pasado la página. Y tiene razón. Yo debería hacer lo mismo. —Asumiendo de que saberlo me costaba más de lo que quería.

Era muy consciente de cómo lo había tratado, de todo lo que había pasado y de cómo lo había traicionado sin pensarlo dos veces. Al menos, estaba segura de que así debió pensar. Por eso ni siquiera me miraba a los ojos. Había metido la pata hasta al fondo. Y ahora estaba sufriendo las consecuencias de ello.

—No te quedes así, me duele el corazón verte en ese estado, amiga. Al mejor el capullo solo te quería echar unos polvos y ahora que no ha conseguido lo que quería se ha ido a pinchar a otras. ¡Déjalo ya! No te merece. Sigue siendo Cristofito.

—Sí, tienes razón. —Podía tener razón y todo lo que quisiera, pero yo no me sentía por dentro así. Me dolía el corazón y me dolía mucho.

Terminamos de hablar de otras cosas triviales y colgamos. Me coloqué bocarriba en el sofá; Vladimir vino a tumbarse sobre mi vientre y pasé mis manos por su pelo, acariciándolo. Cuando empezó a ronronear se me cerraron los ojos y estaba a punto de quedarme dormida cuando oí el timbre de la puerta. Ambos nos levantamos aturdidos por el golpe de sonido en medio del silencio.

Me levanté con toda la tranquilidad del mundo. Al cabo de unos segundos, el tono empezó a sonar de nuevo con más insistencia. Grité en voz alta «¡*Voyyyy! TRANQUILOS*». Encima que me despertaban se ponían nerviosos. Abrí a porta con malas pulgas. Como tenía una correa que impedía que la puerta se abriera del todo, era seguro abrirla a esas horas. Para que nadie pudiera entrar por la fuerza.

Mi corazón se detuvo cuando vi a Christopher fuera de mi casa, como la última vez. La diferencia era que entonces deliraba con fiebre y ahora deliraba de verdad.

—Christopher… ¿Qué haces aquí? —y se repitió la pregunta.

—¿Puedo pasar? —sus labios se movieron dejando pasar una voz grave, con la suavidad varonil que me impactó de tal forma que el corazón quiso saltar del pecho y echarse a correr escalera abajo.

Cerré la puerta para quitar el pestillo y la abrí nuevamente. Di dos pasos hacia atrás y abriendo la puerta lo suficiente lo dejé pasar sin hablar. Él se adentró en mi casa. Cerré la puerta y volví a pasar la correa de seguridad. ¡No sé por qué! ¿Me estaba cerrando con él dentro de mi casa? Quizá era mi inconsciente el que quería secuestrarlo en mi torre de cautiva.

Los siguientes segundos, que parecieron una eternidad, fueron los más perturbadores que había experimentado hasta entonces. Y hubo situaciones que tuvieron una muy buena clasificación. Ambos nos miramos a los ojos en silencio. Intensa, nuestra mirada hablaba de todo y de nada.

—Alba…

—Chris… —Nuestras palabras eran gimnasia sincronizada por segundos.

—Mira, no he venido a robarte mucho tiempo, solo quería decirte algo que me parecía importante.

—Okey. Siéntate. —Señalé el sofá, pero parecía que se había metido un palo en el culo y estaba más tieso que un tronco.

—Como te he dicho, no espero tardar mucho, así que voy a ir directamente al grano.

—Como quieras. —Me crucé de brazos, armándome de valor y levanté la barbilla. Por dentro parecía un flan.

—Tengo muchos contactos, como sabes. Y desde el día de la inspección en la cafetería, aquel fatídico día... —hizo una pausa y tragué con fuerza—. Algo me decía que las cosas no estaban ciertas. Algo no iba bien. Las inspecciones nunca se hacen de esa forma aleatoria. Me pareció una coincidencia demasiado grande.

—Sí, recuerdo haber pensado lo mismo, pero ¿a dónde quieres llegar con todo esto? No hay nada que puedas hacer, lo pasado, pasado está.

Me miró de arriba abajo, en un gesto osado y arrogante.

—Sin duda, hay cosas que es mejor dejar en el pasado. Pero no he venido por eso. Solo quería decirte que ya he encontrado al culpable de todo esto.

—Chris, sé que hemos sido muy incompetentes con todo lo que ha pasado y te he pedido disculpas por ello, pero no sé qué más quieres que haga. Asumo mi culpa...

—Para. No has cambiado nada. Pensé que ahora que trabajabas para los reyes del café te habían enseñado a ser más reglada a la hora de escupir palabras.

Su comentario me enfureció.

—¿Has venido a tratarme mal? Tú tampoco has cambiado. Pero eso no me interesa lo más mínimo. Por favor, puedes salir de mi casa. No tengo paciencia para escucharte. Te he pedido disculpas, te he dicho que lo siento, ¿qué más quieres?

—Tal vez esa respuesta sea la única que no quiero responder y que no querrás escuchar.

Si realmente no lo soportaba y él a mi tampoco, la reacción normal hubiese sido ignorarnos uno al otro, pero tanta inquina entre los dos solo demostraba que no podíamos sacarnos de la cabeza. Y no lo diría, pero sí que moría de curiosidad por saber su respuesta.

—Esperaba que dejaras nuestros desencuentros a un lado, pero ya veo que no desperdicias la oportunidad de torturarme, Christopher.

—A tomar por culo —Y fue con esta magnífica frase con la que conseguí despertar a la bestia que llevaba dentro. Dio dos pasos en dirección a mí y se quedó más cerca. Bajando la cabeza para mirarme a los ojos, habló—. No me hables de tortura, Alba. Joder... tú no. No sabes de qué estás hablando. Eres una chica tonta.

—Basta ya de venirte a mi casa a darme lecciones de moral, a mi casa, mi trabajo, al diablo contigo. Me importa una mierda tu opinión. — Las voces se hicieron muy fuertes y por primera vez nos encontramos en una discusión muy fea.

—He venido a advertirte de algo que creo que deberías saber y lo único que haces es reiterar lo que ya sé. Que eres una mocosa malcriada, desagradecida y tonta. Y no me voy a callar la boca de una vez porque estoy cansado de callarme la boca contigo y tú siempre dejas que salga toda la mierda que quieres de esa maravillosa boca tuya. Ya he dicho lo que tenía que decir.

«Maravillosa boca tuya», qué manera tan interesante de decirlo. *¡Estúpido!*

—Muy bien, entonces, di lo que has venido a hacer o a decir y lárgate de aquí. —Lo dijo con tanta rabia que las palabras resonaron por toda la casa.

Resoplé al sentir las piernas inestables, me obligué a respirar hondo, porque sentí que se me acababa el aire y tenía que calmarme. Estaba un manojo de nervios, con ganas de llorar. Él sacudió la cabeza y su semblante se quedó desilusionado. Se movió hasta la puerta y se detuvo en seco antes de salir. Se giró y me dijo por encima del hombro.

—Fue tu querido amigo Óscar quien llamó deliberadamente a la inspección para joderme. Te dije desde el principio que sabía lo que hacía. Espero que seas muy feliz con él. Los dos os merecéis el uno al otro.

Cuando estaba a un paso de salir por la puerta, grité desesperada:

—No tan rápido. —Se giró completamente y me miró con las cejas

fruncidas— ¿Cómo sé que lo que dices no es precisamente para que piense mal de él? Tal vez seas tú quien haya llamado a la inspección. Tan inverosímil como tú.

Sus ojos se volvieron diabólicos y cerró la puerta con tal portazo que debió de oírse en todo el edificio. Estuvimos a un paso de tener a la policía en la puerta. Entre los gritos y los ruidos. Volvió hacia mí a grandes zancadas y me hizo retroceder de miedo al ver su rostro poseído.

—Repítelo. —me amenazó.

—¿Para qué? ¿Para que luego puedas volver con tus payasadas a cambiar la historia a tu favor? —Sí, sabía que me lo estaba buscando, pero no podía callarme. Él mismo lo ha dicho, yo no era de las que pueden cerrar la boca.

—He de reconocer que estoy bastante sorprendido —me escupió tan cerca y con las palabras tan llenas de resentimiento que me estaba torturando tenerlo tan cerca—. Te han bastado unos cuantos polvos con otra persona para que te conviertas en una víbora hija de puta.

Yo, que siempre he estado absolutamente en contra de la violencia, le di una bofetada tan fuerte en la cara que en ese mismo momento pensé que me había convertido realmente en lo que había dicho. El sonido estridente de mi palma en su mejilla. El rojo que dejé en su piel morena y recién afeitada, y la rabia y la decepción que vi en tus ojos, provocaron lágrimas en los míos.

—Exactamente, me pegas y tú eres la que llora. —contestó sarcástico intentando aparentar que no le dolía lo que acababa de hacer. No en la piel, sino en el alma. Lo podía ver.

Empecé a llorar tan fuerte que los sollozos ahogaron mi respiración y sentí que me atrabancaba en mi propia saliva. Mi pecho sufría espasmos. Él me miraba y yo a él. Entonces, pasó algo que no esperaba para nada. Me abrazó.

Ese abrazo fue recibido por mí como la medicina lo es para un paciente. Con la sensación de curar, de calmar, de apaciguar la tormenta. Poco a poco, conseguí recuperar la respiración y pude volver a controlar mis instintos básicos de supervivencia. Sus manos recorrían mi espalda, como las manos de los amigos que quieren aligerar nuestras penas. Me pareció cruel e incluso sin sentido que, después de todo lo que se dijo, fuera él quien me sujetara y no me dejara caer.

Se apartó un poco de mí para mirarme a la cara. Chris, que siempre se mantenía frío ante las situaciones más adversas, estaba cabizbajo y con la mirada triste.

—Me preocupo por ti. ¿Vas a estar bien? ¿Eres feliz?

¡Mierda! En lugar de mejorar, solo empeoraba todo. De nuevo sentí que las lágrimas me invadían.

—¡Shuu! Ya… Lo siento. No se habla más de esto. Cálmate, no quiero verte así. —me dijo, abrazándome otra vez y hablándome bajito al oído. Instintivamente le abracé con fuerza—. Alba…

—No digas nada Chris, por favor. No digas nada… —le pedí, de nuevo entre sollozos.

Estuvimos así unos veinte minutos, los dos abrazados en silencio. De pie en el salón de mi casa. Cuando vio que estaba mejor, me soltó, se metió las manos en los bolsillos y se despidió.

—Alba, creo que es mejor que me vaya. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos y…

—No estoy con él.

Él enarcó una ceja y pasando la mano por el puente de la nariz, clavó sus brillantes ojos azules en mí. Mi di cuenta que su respiración se quedó más agitada.

—No entiendo qué quieres decir con eso. ¿Por qué me dices esto?

Apreté los dientes, sin saber muy bien por donde salir de aquella afirmación que nos sorprendió a los dos. Yo misma no sabía por qué lo había dicho, pero lo cierto es que lo había hecho. Y ahora no había marcha atrás.

—Alba… —me llamó en su habitual tono.

—No es Óscar a quien quiero…

—¿No? Entonces, ¿quién quieres?

—¿No es evidente? —Aquí me quedé otra vez sin palabras.

Dio dos pasos hasta situarse frente a mí a poco más de cinco centímetros. Levanté la vista a lo alto que era.

—Voy a preguntarte de nuevo y esta vez me gustaría que fueras un poco más asertiva. ¿Qué quieres?

—A ti, coño —solté sin medirlo. Ya estaba.

—¿A mi coño? —dijo con un tono juguetón en su voz.

—Joder, Chris, qué difícil…

Ni siquiera tuve tiempo de terminar la frase porque sentí que sus labios se posaban sobre los míos en un beso tan ansiado y esperado como inesperado.

Capítulo 25

El cuerpo humano tiene limitaciones

Seguía jurando y perjurando que mis piernas se habían convertido en gelatina en el momento que Christopher tomó cuenta de mis labios nuevamente. Un beso que duró una eternidad y si por mí fuera duraría el infinito y más allá. «*¡¡Cómo besa el cabrito!!*» En un instante mi cuerpo estaba semi apoyado en los brazos del sofá y casi nos precipitábamos los dos encima de él o hacia el suelo. Consciente de eso, Christopher entrelazó su mano con la mía y me tiró más hacia él. Era tan enorme a mi lado que me sentía protegida y a la vez intimidada.

Las cosas empezaron a tomar un cariz distinto cuando sentí que me desabrochaba el botón de mis vaqueros. En ese momento puse mi mano sobre la suya para detenerlo. Alguien tenía que mantener la cordura. «*¿A dónde nos lleva todo esto*?»

—Christopher, para, esto no es buena idea —dije abrochándome el botón que él había abierto.

—Sabes perfectamente que esto ya no es una idea, es real —Pude interpretar el tono suplicante de su voz ansiosa. Y ver el deseo latente en sus ojos.

Me quedé quieta sin saber qué hacer o decir. El cuerpo humano tiene limitaciones y el mío estaba a punto de pasar todas ellas. Me agarró una parte de la cara con la mano, acariciándola ligeramente y eso me hizo cerrar los ojos por instinto.

—Déjate llevar —me pidió él—. Permítete sentir.

Dudosa, nerviosa y ansiosa era como yo me permitía sentir en ese instante. Quería dejarme llevar por él. Muchas veces me he dejado llevar por otras personas, incluso con mucho menos que esto. Sin siquiera conocerlos. Echar un polvo en el baño de una discoteca con el chico guapo que te encuentras por el camino y cuando la cantidad de ron cola ya ha superado tus límites. Pero este límite se basaba en algo más. Se basaba en el hecho de que estaba enamorada de él. Y no sabía dónde me dejaba eso. Negó con la cabeza al ver mi reticencia, el miedo en mis ojos y sonrió. Mientras me perdía en aquella sonrisa, la mano que guiaba la mía nos condujo a mi habitación y me ayudó cuidadosamente a tumbarme en la cama.

—En algún momento de tu vida tendrás que confiar en lo que sientes. Y me encantaría que estuvieras conmigo cuando eso pase, como ahora —sus manos recorrían mi cuerpo con suavidad.

—Te deseo, no voy a negarlo —dije en un acto de bravura—. No sé

si eso es lo que esperas de mí.

—Pero el... el deseo, supongo que podrías llamarlo así... es muy parecido a lo que a veces siento por ti, y eso..., bueno... es muy intenso.

Subió sus manos a mi pelo y sujetó mi cara entre ellas, con fuerza.

—Lo que siento por ti es mucho más que deseo, Alba. Va más allá de lo que pueda explicarte. Dios, quiero besarte tan fuerte hasta hacerte daño en tus suaves labios y ver las marcas de mis dedos en tu piel. Quiero hacerte mía y sentir tu cuerpo sobre el mío, quiero... —su mirada se oscureció y me provocó un escalofrío mientras miraba fijamente sus ojos azul cobalto—, te quiero tanto. Pero sí que es verdad que también quiero sostener tu cabeza contra mi pecho y mecerte como a una niña para que te duermas. Para protegerte y cuidarte. Tengo esa necesidad para ti. Quiero ser más que el deseo, eso es, Alba, simplemente quiero ser más para ti.

Mis ojos estaban tan llenos de lágrimas que no podía ver su cara con claridad. Mis brazos rodearon su espalda y el calor de su cuerpo me envolvió como la brisa de un monzón.

El miedo murió en mi garganta cuando vi que sus ojos también estaban húmedos. Sin embargo, sus dedos me rozaron la cara limpiando las lágrimas que se obstinaban en caer por ella, y lo que sentí en mi interior fue el impacto de la descarga de su ternura recorriendo mi cuerpo como una tormenta eléctrica. Y después de esa sacudida que me llevé, supe que era el momento de dejar salir lo que había estado guardando dentro durante tanto tiempo.

—Creo que me he enamorado de ti sin querer. —El pequeño dolor constante de mi corazón se sumergió en un torrente de ternura cuando vi la leve sonrisa que esbozó.

—Tal vez el quererme fue involuntario, pero te prometo hacer todo lo posible por hacerte querer que te quedes conmigo. Te deseo mucho y me gustaría intentarlo.

—Creo que a mí también me gustaría probarlo.

—¿Hay algo que no creas? —se burló de mi forma de plantear las cosas.

—Ahora mismo creo que sería mejor mantener la boca cerrada. O mejor, siempre que no se hagan cosas mejores.

—¡Qué atrevida, señorita Alba! Quiero ver eso.

—¿Necesitas una invitación? —Me reí mientras sorbía las lágrimas que aún caían.

—No. —Sus ojos brillaban de deseo—. Solo te necesito a ti.

Con razón o sin ella, de lo único que estaba segura en ese momento era de que quería estar con él. Y eso es lo que ocurrió. Los besos se hicieron más intensos, los abrazos se convirtieron en brazos que envolvían nuestro cuerpo y los cuerpos se fundieron en uno solo.

Aunque creía saber lo que iba a ocurrir, no tenía ninguna certeza al respecto. Por supuesto, el universo humano es infinito en sus modos, de manera que habrá personas a las que les resulte fácil hablar de sus emociones y tomar todo a la ligera. A mí no. Esto, en sí mismo, era en la realidad mi yo fracasado, la parte de mi personalidad que antaño no lograba sacar buenas notas, ni concentrarse en nada. Porque, quizás mi cerebro nunca quise centrarse demasiado en escucharme a mi misma. A escuchar lo que decía mi corazón. Pensé que podría vivir feliz con ello, pero me equivoqué. Ahora que tenía a ese hombre dentro de mí, recorriendo mi cuerpo, amándome, deleitándome, acariciándome y dejando una huella sobre mi cuerpo, no podía pensar en nada más que en todo lo que he estado castrando en mi vida. La posibilidad de amar y ser amada. Y era muy bueno. Se sentía como una brisa fresca de verano en un día caluroso.

Por otro lado, mirando a Christopher no podía dejar de pensar lo mismo: alguien que piensa demasiado es también alguien que ama demasiado. Y lo sentí. No había nada más que decir al respecto. Era así: estaba completamente enamorada de un hombre intenso, arrogante y tirano, pero al mismo tiempo era todo lo que necesitaba: dedicado, apasionado, cariñoso y extremadamente bueno en lo que hacía. Dejaré el tema así.

Estábamos abrazados, exhaustos y sin fuerzas sobre las sábanas de mi cama. Estaba en mi silencio aprendiendo a disfrutar de tener sus brazos alrededor de mí después de hacer el amor.

—¿Qué piensas Alba María? —besó mi amplia y lívida frente. Mi flequillo estaba ocupado protagonizando una película de terror, seguramente.

Mordí el labio inferior. El gesto no pasó desapercibido para él, que con un dedo retiró suavemente mi labio de debajo de mis dientes y acercando su lengua a ellos, dijo sobre mi labio, provocándome cosquillas.

—No puedes imaginar lo bien que saben tus labios, ni lo locamente enamorado que estoy de ellos, para permitir que los maltrates así. No permitiré que te hagas daño de ninguna manera, porque todo lo que hay en ti es sagrado para mí y quiero cuidarlo.

El beso que me dio la continuación podría haber protagonizado los carteles de las mejores películas, los libros más románticos, las descripciones más excitantes de la literatura erótica, pero para mí apenas era el mejor beso del mundo.

Hablar de besos por besos no tiene mucho sentido, hablar de que todos los que me dio esa noche avanzaba el indecible, alcanzaron en mis emociones de diferente naturaleza y me hicieron descubrir placeres que lograron provocarme sensaciones jamás sentidas y que nunca olvidaré. El dulce de su boca me exigía más al paladar, quería

quedar sin sabor de tanto succionarle los labios. Entonces, creía que es digno decir que eso implicaba la existencia del sentimiento llamado amor y que no solo una palabra llegaría para decirlo, pero sé que muchas veces una palabra bastaría para arreglar todo.

—Te quiero —Respiré profundamente intentando controlar las palpitaciones que me producía el corazón.

—¿Sí? —preguntó.

Sin mostrar ningún tipo de emoción. Empecé a temblar. ¿Era eso todo lo que tenía que decirme? Joder. He tardado veintisiete años en conseguir sacarme esta frase de dentro y ¡¿así era como la recibía?! Nunca pensé mucho en el momento en que finalmente la diría. «*No esperaba ni fuegos artificiales ni aplausos, pero quizá un poco más de credibilidad, no lo sé...*»

—¡Eh! Pues eso… —dos pasos para adelante y tres para tras.

—¿Puedes repetirlo entonces? No te he oído bien.

¡Su puta madre! Encima vacilándome. He reflexionado, ¿Por qué las mujeres en las provincias o el campo y la ciudad, como descarga de sus iras a las insinuaciones de conquista por los varones, responden furiosas «bésame el culo o el poto» ?, nunca dicen «te quiero y bésame en la boca», porque esconden sus deseos subliminales, manifestando lo contrario de lo que desearían del varón que les enamora e insinúa al conquistar el amor. Pues, yo, no hacía falta ser del campo para ser así. A eso cabe añadir la ayuda que me estaba dando Christopher en conseguir que expresase mis sentimientos.

Y solamente cuando lo vi levantar la cabeza sobre la almohada, poner un brazo bajo ella para apoyarse y mirarme con cara de gozo, me di cuenta de que estaba me estaba tomando el pelo, el muy cabrón.

—No recuerdo lo que respondí ni lo que dije.

Hizo un leve e incómodo movimiento con los hombros, como si quisiera aflojar una camisa demasiado ajustada en la espalda. Sacudió la cabeza como si no creyera lo que estaba diciendo.

—Todavía no me conoces bien, pero se me da muy bien torturar a la gente y no, no es nada parecido a lo que tú llamas tortura de Cristofito.

Abrí mucho los ojos. No podía creer que hubiera dicho eso. Nos miramos seriamente durante unos segundos y luego no pude aguantar más y solté una carcajada sincera.

—Ah, ¿te estás riendo? Espera y verás lo que te espera, mi amor. —Me hizo gracia su intento de parecer serio en lo que decía, pero al mismo tiempo sentí miedo, porque puso su mejor sonrisa siniestra. Empecé a querer salir corriendo de la cama y gritar.

—No te atrevas, Chris... tofito… —Otra risa salió de mi nariz.

—Espera y te diré quién es Cristofito...

La siguiente escena fue digna de una película de acción: él se levantó para intentar atraparme, yo salí corriendo de la cama. Quería empujarlo, pero no podía porque tenía miedo de que me agarrara los brazos. Y quiso alcanzarme, pero no pudo porque yo era muy rápida. Éramos como dos idiotas corriendo desnudos por la casa, sin prejuicios, sin vergüenza, sin nada, yo temiendo las consecuencias de su ira, él morboso de mi agonía. Gritaba como una perdedora cada vez que se acercaba.

—Así es, grita, y cuando te pille te haré gritar aún más, pero será por otra cosa.

—¡Uhhh! Qué miedo. —rio con una pequeña carcajada.

—Te lo estás buscando.

En un momento dado quedé atrapada entre la encimera de la cocina y la mesa. Y me tenía como un animal en una cuerda. A corta distancia. Empecé a reírme nerviosamente por la tontería y el miedo al mismo tiempo, porque él me miraba seriamente con una cara siniestra. Joder... era muy bueno asumiendo papeles. Podría ser actor. Aparte de que era bueno hasta los huesos y ahora, desnudo ante mí, era la imagen divina de un Dios, también tenía una fuerza de carácter, un poder viril, una presencia tan inquietante como excitante que me volvía loca.

Dio un paso adelante. Vio que le miraba con terror y sacudió la cabeza con fuerza, como si siguiera enfadado, pero luego me ofreció una sonrisa.

—Alba, Alba, te lo advertí. No juegues con tu suerte. Ahora tendrás que pagar castigo.

—Deberías era disculparte por hacerme correr por la casa. ¡Loco!

—Encima me pides cosas. Estás desnuda e indefensa y me dices que te pida disculpas… Ay, esto va a ser muy interesante.

—Ni se te ocurra, Christopher… pare de mirarme con esos ojos de gavilán.

—Bueno, eso es una amenaza seria, para un desviado sin principios como yo, pero supongo que no puedo considerar mis propios intereses en esta situación. La guerra es la guerra y tu cuerpo contra esa encimera me está creando unas imágenes espléndidas del castigo que quiero penetrarte... digo... darte.

—Muy divertido. De todos modos, ¿qué quieres? Estoy dispuesta a negociar... —Una parte racional de mí me decía que estaba mal entrar en ese juego, pero el morbo era mayor.

—Muy bien, puedo ofrecerte una alternativa. A cambio de no poseerte, por el momento, por todos los lados contra la encimera de tu cocina, puedo considerar tu castigo pagado, si repites lo que me dijiste dentro del dormitorio. Alto y claro.

¡Ah, pero era un cabrón sádico! No iba a rendirme así tan

fácilmente. Miré a mi alrededor intentando estudiar mi plan de huida, pero sus ojos perseguían los míos por todas partes, interceptando incluso mis pensamientos. De todos modos, tenía que intentarlo. Nunca perdería la guerra sin luchar hasta el final. En un movimiento rápido y calculado, corrí hacia la puerta esquivando una silla, pero el brutal impulso empleado en la corrida me desequilibró en dirección a él, que se fue hacia delante. Con todo esto, lo único que conseguí fue tropezar con la silla y acabar rindiéndome y quedando atrapada en sus brazos. Y mi testaruda mente no sabía con qué clase de bestia tenía que habérselas. Christopher no era hombre que pidiera merced nunca y no me dejaría escapar sin dejar su huella.

—Aquí te tengo, mi damisela en peligro. —Respiré profundamente para evitar que mi voz temblara de rabia. Solo podía imaginar lo que estaba tramando y esperaba estar haciendo lo correcto en ese acto.

Hablando de ello, acto seguido me levantó en brazos y empezó a llevarme de vuelta a la habitación.

—¿Qué pasa, cavernícola?, ¿me vas a enseñar a ser sumisa a estas alturas del campeonato? Que sepas que pierdes el tiempo, nunca me rendiré ante ti.

Aparté la vista de la sonrisa absolutamente atractiva que me dedicaba y que me hacía retorcerme por dentro. ¡Desgraciado! No podías jugar con él, te ganaba todas las intenciones. Y lo que vino a la continuación fue una de las escenas más insólitas que había contemplado en toda mi vida. Aprovechó los breves instantes en que me tenía atrapada en sus brazos para volver a dejarme en la cama y con una rapidez absolutamente espantosa, sacó una sabana y logró hacer una soga con la que me ató a la cama. No podía moverme. Estaba atada al cabecero.

—Oye, que te llamas Christopher, no Christian y esto no son las cincuenta sombras… ¡¿Hein?! No te atrevas a venir con tus mierdas dominadoras, te aviso ya…

Mi voz era divertida pero mezclada con seriedad. ¡¿Qué mierda me iba a hacer?!

Se arrodilló frente a mí, cogió mis piernas y colocó la boca justo delante de mi higo. Sí, mi chichi, mi fruta prohibida, mi fandango.

—Así que es sencillo, o me dices ahora mismo lo que tienes que decirme o me voy a deleitar en ti de todas las formas que he imaginado todos estos años, y créeme, no sé si saldrás de aquí respirando.

Empecé a reírme de forma histérica y nerviosa, intentando liberarme de la sábana, pero el animal me había apretado hasta el tuétano.

—Voy a contar hasta diez, cuando el tiempo se agote no habrá vuelta atrás. Ya no oigo nada.

—Cristopher, para, me estás poniendo nerviosa, no me gusta que me detengan los movimientos, me hace entrar en ansiedad. En serio, suéltame.

—Pero si se trata de eso, suéltalo tú primero. Tú eres la que tiene mis sentimientos atrapados dentro de ti y estoy en mi derecho de saber lo que es mío. Así que soy yo quien te dice: suéltate.

—Y una mierda Chris, lo único que voy a tener metido dentro de mí que sea tuyo es tu lengua y por mucho que eso me excite ahora mismo, me da mucho palo. No me hagas esto.

Lo miré con cara de oveja apenas muerta, apelando a su lado bondadoso y samaritano.

—En menos de diez minutos empezarás a gritar por cosas de tu interior mucho más intensas de lo que puedes imaginar, así que sé sensata. Lo que te pido es razonable comparado con lo que te voy a hacer sentir.

Lo miré y me di cuenta de que hablaba en serio. Odiaba la forma en que quería sacarme las cosas, pero tengo que admitir que era divertido. Y después de todo eso me hizo sentir aún más estúpida por él.

—¿Puedo cerrar los ojos?

—Depende de para qué, pero poder puedes. Tendrás que hacerlo en poco tiempo.

—Eres muy pervertido —le lancé una mirada fulminante.

—Sigue mirándome así y te diré lo perverso que puedo llegar a ser.... —tragué en seco y cerré los ojos. Antes de hacerlo vi su sonrisa de lado.

—De acuerdo... yo hablaré. —Cogí una bocanada de aire y intenté armarme de valor—, ¡eh!... dame tiempo... espera un momento.

—No he dicho nada —no podía verlo, pero escuchaba su voz divertida y suave. ¡Dios!

Pasaron unos diez segundos.

—Sé lo que quieres decir: que es posible que me cueste mucho hablar de mis sentimientos. Lo sé. Y también es posible que me haya enamorado perdidamente de ti. —Paré un poco. Él no habló. Yo no abrí los ojos. Proseguí cuando pude—. Pero no lo sé, porque no creo que los dos podamos funcionar juntos, no lo sé. Me gustaría decirte que lo tengo claro y asumido, pero no es así. Siempre te veo envuelto en una cierta oscuridad, y yo… ni sé que decirte. Demás, ¡piensa en lo mucho que chocarían nuestros temperamentos! Nunca he estado enamorada de nadie y no tengo experiencia en este campo del amor… yo…

Abrí los ojos. Permaneció con los ojos fijos en mí, sin parpadear. Y me dio el espacio que necesitaba para liberar mis miedos.

—Es cierto, te quiero. Y hasta decir esta mierda me cuesta. No es

que sea una mierda, pero la mierda radica en que no se me dan bien estas cosas. No soy una chica convencional, no como las demás, soy así... ¿qué vas a hacer?

—No conozco a nadie tan especial como tú, Alba. Esa mierda de que tú hablas es lo que me tiene perdido. Es lo que me hace desearte y adorarte. Te he visto ser tú misma cada día, sin pedir permiso para hablar, ni dar tu opinión, ni ocultar a nadie lo que piensas. Eres imprudente, molesta a veces, y puedes quitarle el juicio a cualquier ser humano cuando te lo propones.

«¡Santo cielo! Y dijo que me quería. Caray. Me pregunto qué diría si me odiase.»

Pero él siguió y mientras hablaba, quitó la sabana de mis brazos y libertó mis movimientos. Aunque yo no hui de esta vez.

—Pero al contrario de lo que tu propones o piensas, yo sí que pienso que hay sitio para nosotros. No pienso perderte. Llevo cinco años con este sentimiento atascado en mi pecho. Acabo de hacer el amor contigo y puedo jurar que ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida. No. No voy a dejar que se me escapes. Me da igual todas las sábanas que tenga que enlazar para atarte.

—Chris…

Acercó su boca a la mía y me miró profundamente a los ojos.

—Dame una oportunidad. Solo una…

Asentí con la cabeza.

—Yo también quiero una oportunidad. Pero tienes que ayudarme con todo esto. También he vivido muchos años con cosas atascadas en el pecho.

—En ese sentido somos iguales, yo te entiendo y tú me entiendes. Juntos podemos sacar lo mejor de cada uno. Ya que nos esforzamos por sacar y enseñar solamente el lado malo, todo este tiempo. Quiero estar contigo.

—Yo también. Te quiero.

—¡Vaya! Ya lo has dicho dos veces, a la tercera me convertiré en tu novio.

—¿En serio, Christopher? Eres tan cursi, de verdad… —resoplé y él se echó atrás a reír.

—Lo sé... pero ¿cómo va a ser? ¿Puedo ser tu novio o no?

Le miré con seriedad, pero no pude contener una sonrisa y se dio cuenta.

—Te quiero.

—Muy bien, a la tercera va la vencida.

Y rápidamente me agarró las piernas y puso su boca entre ellas. Eso me hizo dar un respingo y soltar un grito.

—Christopher….

Pero desde que no me hizo caso y su boca empezó a hacer otro tipo

de milagros, no puede hacer otra cosa que cerrarme los ojos de nuevo y agarrarme a las sabanas que me sujetaban y donde ahora quería estar para toda la eternidad.

Capítulo 26

Un tremendo abanicazo en la cabeza

Christopher me había dado lo que yo consideré un tratamiento mayestático. Fue una noche increíble, exuberante en sentimientos y repleta de placeres. *«He de confesar que ni mi primera vez ha sido tan especial.»* Él tenía el don —y lo llamaré don porque no hay otra forma de considerarlo—, de mantener equilibrio en el sexo. Algo que apreciaba muchísimo. Y, obviamente, no me refería al equilibrio físico, porque en ese aspecto, el hombre era un potro: joven y lleno de fibra. Me refería a la consideración que se puede tener con otra persona al compartir cosas íntimas. Y eso incluía saber no ensalzarse o empequeñecerse. Ni a ti ni a la otra persona.

Dejamos de lado la hipocresía demacrada; yo fui de frente a sus encantos, a la seducción de sus labios pacientes, a los brazos que me recibieron abiertos y, desperté entre mis sábanas marcadas por el roce y el amor; la pasión entregada toda la noche; y la fantasía de estar en los brazos de un hombre que nunca soñé que fuera tan ideal. Me alegré con mi decisión. La decisión de que me haya abierto a él en cuerpo y alma y que dejara que hablara lo que el corazón callaba. Pasase lo que pasase, de una cosa estaba segura: nada ni nadie me haría retroceder. Él curó mis miedos y en esto se podría decir que ha sido el primero. El único que logró alcanzar la barrera que había colocado entre yo y mis complejos. Y eso afectaba a los demás de una manera que nunca me di cuenta, porque nunca tuve la oportunidad de dejar entrar a nadie.

Me sentía como «Alicia en el país de las maravillas» cuando decía y, hacía mías sus palabras, que: *«Cuando me levanté esta mañana, sabía quién era, pero creo que he cambiado muchas veces desde entonces».* Y ninguna frase podría definirme mejor en esta ocasión.

Había que dejar ir a quien nunca hizo nada para quedarse, a esas personas de sentimientos temporales que nos hicieron invertir tiempo e ilusiones. Como Óscar. Dejar ir requería valentía, pero lejos de aceptarlo como un final, quería verlo como el principio de algo nuevo. La vida se había convertido en un avance imparable que me abrumaba y que me quitaba el aliento, y de nada me valía quedarme encallada en algo o alguien que me hundía hacia abajo como la piedra que cae por un pozo.

Pensé en Óscar otra vez. Llegó el momento de mi vida que lo mejor era «dejar ir». El dejar ir, era para mí sinónimo de cerrar una etapa de mi vida. Y no solamente a lo que se refiere con decirle adiós a quien

compartió vida con nosotros, en un acto de decisión o valentía. Es posible que no sea yo la que abandonará, podría ser que, en realidad, haya sido la abandonada. En este caso, la idea de soltarlo, de asumir esa ruptura y avanzar de nuevo hacia delante, era algo vital.

Siempre creí que quien alimenta la rabia, el despecho y el resentimiento se vuelve prisionero de quien le hizo daño. Y ese chico me ha estado haciendo daño. Me equivoqué, era cierto.

—¿En qué piensas? —me preguntó Chris, besándome la punta de la nariz.

—En ti.

—No hace ni veinticuatro horas que soy tu novio y ya me mientes.

—Eso dices tú… si me conoces tan bien, ¿cómo sabes que no he estado mintiendo toda la noche?

—¿Has estado? —directo y sin rodeos. Me gustaba.

—No. Pero que seas mi novio no te da derecho a invadir todos mis pensamientos.

—No me atrevería. Por eso he preguntado.

Todavía estaba imbuida de sus encantos y no podía negarme a nada de lo que me pidiera.

—No quiero estropear nuestro momento.

—Eso no es posible. Cuéntame ¿qué te trae en cuidado?

—Chris, no creo que sea el momento adecuado, mi cabeza da demasiadas vueltas a las tonterías.

Me hizo callar momentáneamente con un beso. ¿Qué probabilidad hay de que a tu nuevo novio de hace veinticuatro horas le moleste que le menciones a otro chico mientras aún estás desnuda y abrazada a él?

—Suéltalo, Alba. Te conozco...

—Es Óscar. —Me miró serio, pero con mejor expresión de la que creí que pondría unos minutos antes—. Creo que me he equivocado con él.

—No inviertas tiempo en quien ya no lo merece, en quien no hizo nada para quedarse a tu lado, o en luchar por ti. Ábrele el camino y ofrécele libertad, déjalo ir. Óscar es un hijo de puta, no tengo otra clasificación para él. Solo con pensar que te ha estado utilizando para promover sus perversos intereses, me entran ganas de matarlo.

—Chris, por favor, no vayamos por ese camino. Te lo ruego.

—¡Ya!...

Estaba cabreado. Ahora podía ver que lo estaba y con razón. Hizo ademán para bajarse de la cama, pero yo fui más rápida y conseguí sujetarlo antes de que pudiera hacerlo.

—Déjame explicártelo, por favor. Siento que hay cosas entre nosotros que no han quedado claras y no quiero empezar así.

—Y ¿qué me vas a explicar, Alba? Que un tipo que es capaz de liarse en menos de dos semanas haya conseguido sacarte de tu trabajo

de cinco años.... O que me haya hecho el remolón todos estos años, mientras él aparece y te quita de en medio sin más.

—Sin más ni más no. Estás siendo injusto, Chris. —Se lamió los labios con nerviosismo y sacudió la cabeza. Empezaba a alterarse mucho. Casi me arrepentí de haber sacado el tema—. Fue un beso, nada más. No hemos hecho nada más.

—Si lo piensas, para ti solo fue un beso, pero para él fue el principio de su plan perverso de joderme. Y mira que eres ridícula, pensando que se interesaba por ti.

Abrí la boca perpleja y sentí mis ojos se inundaren de lágrimas. Volvía a ser el mismo troglodita de siempre. *¡¡¡Ahhhhh!!! ¡¡¡Qué rabia!!!* No obstante, me dolía escucharlo.

—A ti lo que te pasa es que te da una inseguridad tremenda que hombres como Óscar lleguen y consigan lo que tus santos cojones no han logrado en todos estos años. Y eso te tiene paralizado. Bloqueado.

—¡Bloqueada estás tú con ese tío! Tal vez tengas razón, no estoy preparado mentalmente para esta conversación. Todavía me duele.

—Pero si te acabo de decir que tenías razón, Óscar únicamente se metió conmigo para obtener información de la cafetería, como bien has dicho. Y para que fuera a trabajar con él. Nada más.

—Te lo has ganado a pulso…

—¡Joder, Chris! ¿Por qué te pones así conmigo otra vez? ¿Cuántas veces me vas a masacrar con lo que ha pasado? —pregunté, levantando la vista e intentando controlar las lágrimas que resbalaban por mis mejillas.

Tapó los ojos con la mano, presionando con fuerza. Si que le estaba afectando compartir la cama conmigo en esta guerra. Me sentí fatal.

—Lejos de mi querer masacrarte con lo que sea. Yo… he dado un salto al vacío por ti.

—Cuando las cosas están confortables, te pones la zancadilla. Además, me has puesto como una opción, no como una prioridad. Es la impresión que me da —La conversación iba en un rumbo muy desajustado para los dos.

—Escucha, Alba, si las cosas siguen así, te perderé y me perderás. Y eso es algo que me pone muy nervioso.

—¿Como cuando llevaste a tu amiga a Starluck's para restregarme en la cara que ya no querías nada conmigo? —Su expresión cambio de color. Lo había pillado. Pero el exhaló aire ruidosamente.

—Ahora mismo vamos a hablar los dos. Esto es lo que siempre haces. No te das cuenta de lo que dices ni de cómo… ¿Y sabes qué? Tienes un ataque de celos idiota.

—¿YO? —Su rostro estaba desfigurado por la agitación de la discusión, yo estaba furiosa porque sabía que él tenía razón—. Si eres tú el que no para de hablar de Óscar. Te has montado un numerito

cuando me viste con él. Sin embargo, mantuve la compostura cuando llevaste a tomar café a una chica que tenía la edad suficiente para ser tu hija y me hiciste sentir como una mierda. Realmente te odié por eso.

—Tenemos serios problemas de confianza tú y yo.

—Qué fácil hablar de confianza. Tranquilo, por mi parte aquello quedó en agua de borrachas. Verla echarse encima de ti, aquel día, total que no, no me hizo mucha gracia. ¿Qué esperabas?

—¿De ti? No sé qué esperar.

—Me habría sentido mucho más cómoda si me hubieras dicho que querías seguir adelante y salir con otra persona.

—Ah ¿sí? Eso fue lo que tú hiciste, ¿correcto? Cuando te lanzaste a los brazos de él.

—Eres gilipollas.

—¿No se nota? Es obvio que soy gilipollas —elevaba la voz—, mírame aquí. Hilando tu demente comparativa, tú buscando crear vínculos con un… y me comparas con esa bosta… es que… ¡ahhhh! —soltó un grito al cielo.

—Yo simplemente estaba intentando dejar mis opciones en abierto y intentar solucionar todo esto.

—Vaya manera de dejar opciones en abierto. ¿Qué más has dejado en abierto?

—No permitiré que vuelvas a faltarme al respeto, Chris. —Él bajó la cabeza.

—Lo siento, solo digo mierda... perdón.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco me he quedado atrás.

Nos estábamos poniendo en tela de juicio y esto era devastador para los dos.

—La pifié y lo siento. Nunca imaginé que verme con mi sobrina te haría sentir así.

Nunca ningún hombre había estado tan dispuesto a demostrarme cuánto me quiere. Y acababa de echarme otro cubo de agua fría con esa confesión. Qué figura tan ridícula había hecho de mí misma.

—Me siento como una idiota.

—Sylvie es mi sobrina mayor, hija de mi hermano mayor que vive en Francia. Es como una hija para mí. Parece mucho mayor de lo que es, pero en realidad es una adolescente encantadora. Y una de las pocas personas de la familia con la que quiero mantener un contacto constante.

—No sé qué decir —¡¡*Qué bochornosa situación*!!

—El día que me mandaste el mensaje ese —empezó a hablar muy despacio y en voz baja, con el rostro aún oculto tras la mano—, diciendo que te ibas... Te juro, Alba... que fue uno de los peores días de mi vida. Sentí que te había perdido para siempre, sentí que te había

fallado de todas las maneras posibles, me sentí como una mierda por estar lejos, por dejarte....

Paró para respirar y cogió una bocanada de aire con bastante ímpetu y el sonido que hizo al hacerlo fue derrocador. Levantó la cabeza hacia el cielo y exhaló todo lo que le quedaba en los pulmones. Después me miró. Y nunca más olvidaré esa mirada; de dolor, de sufrimiento, de angustia, de pérdida. Todo causado por mí. Me lancé a su cuello y lo abracé con fuerza. Al principio se mostró reacio, pero luego sentí que sus brazos me envolvían en un abrazo protector, fuerte y conciliador.

—Te quiero, Chris. De verdad. Nunca tuve la intención de hacerte sufrir.

—Solo dime una cosa: ¿sientes algo por él?

—No. No, Chris. Nunca sentí nada por él, no como lo que siento por ti. En absoluto. —le cogí la cara entre mis manos—. Mírame. No quiero más mentiras ni engaños. Es cierto que he estado con él unas cuantas veces... —Quería apartar la mirada, pero no se lo permití—. Amor, déjame hablar —Y esta era yo lanzándome al vacío—. Los dos nos enrollamos, pero eso fue todo, nunca pasamos de ahí, te lo prometo. Confía en mí.

—Por mucho que me duela admitirlo no me preocupa que te lo hayas follado. Eras libre. No soy estúpido. Sé perfectamente que a lo largo de los años tú has tenido tus cosas y yo las mías. No es por eso, aunque soy sincero contigo y prefiero saber que no ha pasado nada más. Lo que no soportaré es compartirte con nadie.

—Te prometo que no ocurrirá, nunca te engañaría, ni quiero estar con él. Es más, quiero dejar ese trabajo. Voy a dimitirme esta semana.

—No quiero que pierdas oportunidades por mi culpa, si crees que estar allí es mejor para ti te apoyo, aunque no lo vea como una oportunidad seria.

—Chris, es una mierda. —Se echó a reír por la mueca que hice al decirlo y los dos acabamos riendo—. Es muy bonita la cafetería, pero Óscar es horrible, es un jefe terrible, de hecho, por lo poco que lo conocí, siento decir que parecía un buen tipo, pero es una mala persona.

—Pues yo no lo siento para nada. Se veía una mala persona de primeras. Una persona mala que aparenta ser buena. No tienes motivos para sentirte mal por no saberlo. Porque no merece la pena luchar contracorriente, porque toda puerta que se cierra es una oportunidad que se abre.

Mi morro, mi coraje y me obstinación, que mi padre solía decir que eran a la vez mi mayor don y su mayor dolor de cabeza, ahora me salvaban de cometer un error. Y ese pensamiento me dio fuerzas.

Sentí de nuevo esas ganas tremendas de llorar, no porque estuviera

triste, sino porque cuando miraba a Christopher, escuchaba sus palabras, su forma de ser, me sentía cada vez más enamorada de él y era sumamente embriagador descubrir que ese pedazo de *mala sombra* era también la persona más inteligente, dulce y fascinante que había conocido.

—Yo que tú no preocuparía ni lloraría, porque Cristofito aún no se ha ido a ninguna parte. —me eché a reír. *¡La madre que va!*—. Y... te amo. Mucho. Estoy seguro de que juntos superaremos cualquier cosa, ahora... una cosa que has dicho es correcta.

—¿Una sola? ¡Joder! ¡Qué puntería!

—Boba. —Acarició mi rostro y limpió mis lágrimas. Empezaba a convertirse en un hábito—. No quiero más mentiras ni engaños entre nosotros.

—Te lo prometo.

—Eso espero. Porque ahora mismo eres demasiado importante para mí. Y no quiero que nada interfiera en mi relación contigo, nada.

—Abrázame y bésame —le pedí, deseando sellar nuestro futuro.

—Voy a hacer mucho más que eso y lo sabes.

Me guiñó un ojo con sus ojos brillantes. Mi corazón se calmó y se dejó llevar por la emoción. Volvimos a hacer el amor y nos involucramos en una complicidad reciente, pero que ya prometía mucho. El futuro aún tenía muchos giros que dar, pero por ahora era consciente y estaba decidida a cambiar el rumbo de mi vida y a encontrar mi lugar en el mundo. Necesitaba pensar, pero por aquel momento solo quería disfrutar de los brazos de mi Cristofito.

Capítulo 27

Deseos de estrellar algo

El lunes estaba de vuelta y ahora tenía que enfrentarme a otra situación: conseguir pedir mi dimisión sin perder los nervios. Cuando estaba terminando de vestirme para empezar mi jornada diaria, recibí un audio de Manu. Desde que habíamos intercambiado los contactos, hablábamos más a menudo. Últimamente casi se había convertido en mi mejor amigo. También estaba bastante embelesado con la chica que le gustaba, pero las cosas tampoco estaban fáciles para él, aún así le deseaba lo mejor. Y esperaba que pronto pudiera tener la suerte de que ella viera lo maravilloso que era: un chico de cinco estrellas. Amigo de los amigos, de buen corazón, loco, pero lleno de buenas intenciones y que se merecía ser feliz.

Y al mismo tiempo, yo también merecía ser feliz, pensé. Me puse el teléfono en la oreja para escuchar el audio, teniendo en cuenta a mis compañeros que compartían vestuario conmigo. No quería que nadie se enterara de mis conversaciones. Y menos esta.

—Ya hablamos sobre esto varias veces en los últimos días. No te sientas mal por nada, porque no se merece nada de ti, después de cómo te ha tratado. A este te lo quitas de encima hoy.

Perentorio en su discurso, pero más cierto que cualquier otro. Eso era lo que tenía que hacer, dejar de lado las cordialidades y dedicarme a mi misión. Si algo me tiraba para tras, era el hecho de que en su momento fui yo quien solicitó el trabajo, me dio una oportunidad cuando se lo pedí. Fui yo quien pidió estar allí y no al revés, y Christopher no tenía razón en eso. Al decir que apenas había hecho todo esto para aprovecharse de mí y sacarme de la cafetería en la que estaba. No fue así o, por lo menos, no fue así como vi las cosas. No obstante, eso no cambiaba lo que tenía que hacer. Entré en el baño y acerqué el móvil a la boca para contestar el audio de Manu.

—De primeras me siento una imbécil teniendo que entrar en el baño privado para enviar un audio en mi móvil. Sobre lo demás, sí, tienes razón: hay que hacer lo que hay que hacer. Estoy en ello. Hablamos más tarde y te lo cuento todo.

—Oye, pedazo de capulla —Ya tenía ganas de reírme de su peculiar forma de hablar y de su humor—¿Sabes cuántas cosas importantes se habrán decidido en audios de baños? ¿Las relaciones secretas entre amantes? ¿Las conspiraciones más siniestras? Se ha dicho mucha tela al oído de la oreja de Wasap.

—Tengo que irme antes de que mi oreja se parezca más a la de

Van Gogh y menos a esas guías cinematográficas que montas en tu cabeza.

—Pues nada, un último consejo: que no te tiemble las piernas al hablarlo y recuérdate que tras eso tenemos una tanda de quintos fresquitos para celebrarlo.

—Celebrar ¿el qué? ¿Mi paro? No jodas, Manu, gran amigo me saliste.

—Y no sabes tú la suerte que tienes en tenerme como tal. Tira pa'allá y vete a dar por culo al metido ese.

—Sí que sé. Y te adoro. Hablamos más tarde; de verdad me tengo que ir antes de que piensen que estoy de diarrea. Llevo sentada en la tapa del váter casi diez minutos.

—Empiezas bien el día, afrontando la mierda de frente.

Ni siquiera le contesté, o nos habríamos ido de las manos con la chachara. Fue más bien una charla sin sentido, pero nos hizo sentir mejor. El saber que alguien te comprendía y te apoyaba en las decisiones más idiotas de tu vida, en las tonterías y alegrías, era un lujo. También esta amistad estaba siendo un soplo de aire fresco en mi vida, tal como la de Christopher. Pensé en él. Aquella mañana, antes de abandonar sus brazos, se aseguró de hacerme creer un poco más en mis capacidades y en lo mucho que puedo hacer las cosas si me empeño en hacerlas.

Salí del baño y me dirigí al despacho de Óscar. Había una sala de gerencia en la zona restringida para los trabajadores dentro de la tienda. Y ahí es donde solía estar. Sabía que ya había llegado, porque su coche estaba aparcado delante de la puerta. Un lugar que siempre había estado reservado para él. *¡El que puede, puede!*

La puerta estaba abierta y lo vi sentado en su escritorio con la mirada perdida en sus papeles. Con mis nudillos golpeé ligeramente la puerta para hacerme anunciar. Levantó los ojos hacia mí y se mostró serio y sorprendido.

—Buenos días, Alba. ¿Necesitas algo? —su voz era profesional y seca.

—Buenos días, Óscar. Necesito hablar contigo un momento, ¿te viene bien ahora?

Expulsó una cantidad de aire por la boca; miró varios puntos distintos y ninguno en concreto de la mesa y se encogió de hombros.

—A ver... ahora mismo no me viene muy bien, pero bueno. Entra.

«*Qué simpatía, ¡siempre tan disponible y receptivo!*»

Entré, cerré la puerta al pasar al interior, gesto que no pasó desapercibido a su mirada y me senté, sin pedir permiso, en la silla frente a su escritorio. Crucé las manos sobre las piernas, estiré la espalda y empecé a hablar de lo que me había llevado allí.

—Antes de decir lo que me trajo aquí, quería agradecerte la

oportunidad que me diste de trabajar en este lugar. Fue una experiencia muy... interesante. —No era la palabra que mejor lo definía, pero era la única que quería expresar.

—Ya me lo has dicho antes y te agradezco tu humilde reconocimiento. Eso es algo que realmente valoro en las personas. Que sepan reconocer a quien les ha ayudado en su momento.

—Como bien has dicho, el valor; el valor de cada uno es algo muy importante. Y más es el valor que damos a cada uno. También creo que es de valorar que alguien te ayude cuando más lo necesitas, así que te lo agradezco. Pero, personalmente, también valoro algunas cosas, como el hecho de que los demás no me lo echen en cara, todo el rato.

Vi perfectamente cómo su semblante cambiaba de color y de expresión y pasaba por una fase rápida que iba del disgusto a la ira. Levanté la barbilla determinada a no dejarme intimidar por él. *Y pensar que estuve a punto de follarlo. Qué asco me daría ahora.*

—Alba, no sé a dónde quieres llegar con este discurso, pero como puedes ver —hizo un gesto con la mano señalando los papeles que tenía extendidos sobre su desorganizado escritorio—, tengo mucho trabajo que hacer y no tengo tiempo para estas quejicas de empleados.

—Es tu hora de trabajo y la mía también. Así que, por lo que sé, tu trabajo consiste en escuchar a los trabajadores, ya sean quejas o lo que sea, que te pagan por ello. —«*Acabas de lucirte como una Estrella de Alba, como decía Chris*». Él alzó las cejas y hizo una mueca de horror. Se echó hacia atrás en su silla y cruzó los brazos autoritariamente frente a su pecho.

—¿A dónde crees que vas con esa charla? —dijo con ironía.

—He venido a decirte que a partir de hoy ya no trabajo para ti. Renuncio a mi puesto, con efecto inmediato. Estoy en período de prueba, así que no tengo que darte días. Considérame fuera, en cuanto salga por esa puerta —Le contesté en el mismo tono que él.

«Esto es lo que ocurre cuando te dejas llevar por unas cuantas copas de buen vino.»

Súbitamente, comenzó a reír y me sobresaltó su reacción. Se estuvo riendo de mí a conciencia durante un buen minuto completo. Luego, de repente, dejó de hacerlo. *«¡Me cago en todos sus muertos!»* Se parecía a un personaje siniestro de una película de terror.

—Se te nota demasiado la falta de formación que tienes.

Si me hubiera abofeteado, no me habría ofendido tanto. ¿Qué tiene que ver lo que he dicho con mis estudios? Volvimos a los años dorados de mi vida, cuando ese era el lema para excusar o culpar de todo en mi vida. Con la sutil diferencia de que ya no iba al cole y era una camarera, no una ingeniera aeroespacial. Ni siquiera me dejó responder, porque volvió al ataque.

—Dejando de lado tu ingratitud, creo que estás cometiendo un gran error. Pensaba que eras una persona con potencial, alguien que, sin necesidad de más estudios o conocimientos empresariales, podría evolucionar, dentro de sus posibilidades, hacia un mundo laboral más profesional. Sin embargo, veo que nunca eres más que una pueblerina.

Noté como mis latidos se aceleraban y algo resurgía de mis adentros. La vena pueblerina que sí que tenía, pero que él no había conocido hasta el momento, estaba a punto de decir cuatro cosas.

—A ti también se te nota demasiado el plumero, Óscar. —Se enderezó en la silla y yo hice lo mismo—. Cuando pienso en la idea que tenía de ti cuando te conocí, déjame decirte que las primeras impresiones son las que más cuentan, como dicen. Y no tuve que ir a la universidad para aprender a reconocer una lagartija cuando la miras. Con mi título de «Supervivencia en la Jungla», tomo uno, dos y tres, me bastó.

—Ya somos dos —contestó, pero no dudé en interrumpirlo.

—Y en la escuela a la que fuiste, te habrán enseñado que cuando un burro habla, el otro para las orejas. Es una total falta de respeto interrumpir a los demás y lo haces constantemente. Empezando por interrumpir la trayectoria de los demás.

Se echó a reír lleno de sarcasmo. Le devolví la sonrisa.

—¿Qué trayectoria? No sé de qué hablas, lo único que vi fue una chica con la lengua más larga que su cuerpo atendiendo a clientes en una cafetería condenada al fracaso. Empezando por arriba.

Sentí una tremenda rabia cuando dijo eso. Quién era él y quién se creía que era para dictar el destino de los demás o ponerse a hablar de las trayectorias de los demás. Era un prepotente. «*Mil veces me quedo con mi Cristofito ante tú*»

—Insisto, si alguien se siente defraudada por todo esto, soy yo, Óscar, creía que eras una persona diferente, estoy realmente sorprendida por tu forma de ser.

—¿Tan despechada te has sentido? Escúchame, Alba, no quiero discutir contigo, sé de qué va esto. Entiendo que tenías unas expectativas sobre nosotros que quizás no avanzaron, pero... —Lo miré de reojo, mientras se levantó de su silla y empezó a rodear la mesa, hasta quedarse con la boca a escasos milímetros de la mía. Estremecí con su proximidad—, no hay que mezclar churros con merinos.

—Se dice churras con merinas, no eso que acabas de decir. —Sí, lo diré de nuevo: no tengo un título en nada más que la escuela de la vida, y esta escuela me ha enseñado algo más que churros de carretera.

—Ay, Alba… Alba —pasó la mano por mi pelo y eso me produjo algún asquete—, me encanta esa tu personalidad de tigresa…

descarada y sexy.

El enfrentamiento visual que establecí con él duró unos diez segundos, antes de que su boca se acercase a mi cuello, dejando babada la zona con su ataque repentino. Sentada, lo empujé en el hombro para apartarlo de mí, pero sus manos ya estaban ocupadas en agarrarme y sujetarme contra él. Consiguió levantarme y en un acto rápido y salvaje, me sentó en su escritorio y se colocó entre mis piernas. Siguió con su boca en mi cuello y yo intenté con todas mis fuerzas quitármelo de encima, pero fue en vano.

—¡Para! ¡Quítate de encima de mí, ahora! —le chillaba.

Debería oírse en toda la tienda y, para evitar ser la diana de los comentarios de los demás, me tapó la boca con la mano. La ira y el miedo subieron a mi garganta al mismo tiempo, ahogando un grito ante la sorpresa de su acción.

—Sé de sobra que te gusto, Alba, no luches contra mí. Pude sentirlo aquella noche en la piscina de mi casa, una pena que hubiera bebido demasiado; continuemos lo que dejamos a medias… No tengas miedo… sí que muerdo, pero muy suave.

¡Joder! Pedazo de cliché de libro malo. *¡Me cago en la madre que lo parió! ¡Tú eres el que ha cruzado el semáforo en rojo, imbécil!*

—Ni bañándome se me quitó todo lo sucio que quiero hacerte.

Su boca seguía relamiéndome, bruscamente. Intenté zafarme de él, pero sus manos eran como un pulpo, atrapándome por todos lados sin ningún criterio, igual que él. Cuando conseguí liberar una de sus manos, en medio de aquella lucha corporal, no me lo pensé dos veces y le di un puñetazo entre las piernas con todas mis fuerzas. Tuve tiempo de verlo gruñir como un animal.

—¡Joder! Su desgraciada… ¿qué has hecho? —Se agachó para ver si su pene seguía entero e ileso. Ojalá se le hinchase como un melón.

—¡Qué te den, su gilipollas! Ni si te ocurra volver a ponerme esas patas inmundas encima.

Con un portazo salí de su despacho, corriendo hasta el vestuario, donde abrí mi taquilla a toda prisa y logré coger mi bolso y mi ropa. Ni siquiera me atreví a cambiarme de ropa allí y salí, sin más, con el uniforme de trabajo puesto, mi ropa en la mano y el bolso al hombro. Cuando me encontré en la calle, mi respiración estaba completamente alterada. Todavía intentaba comprender si estaba o no en estado de shock por lo que acababa de ocurrir. Y quizás fue ese lapsus mental el que me llevó a cometer el error que cometí a continuación.

—Chris… —No me lo pensé dos veces cuando saqué el móvil del bolso y marqué su número, aún caminando sin rumbo por la calle; con la respiración entrecortada apenas podía hablar—, Chris… ¿me oyes?

—¿Alba? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —mi voz debió de sonar agitada y descontrolada.

—Perdona, no debía haberte llamado… no sé que ha pasado, en un momento estaba allí y luego se me echó encima… —ya no hablaba coherentemente.

—¿¿¿QUÉ??? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué mierda ha pasado? —me llevé la mano a la cabeza, mientras la otra sujetaba un par de vaqueros, una camiseta y un móvil que intentaba mantener en la oreja. Christopher estaba alterado y era mi culpa. Ahora no tenía más remedio que decirle la verdad. *«¿Quién te ha dicho que lo llamaras, idiota?»*

—Chris, lo siento, esto se me ha ido de las manos, Óscar… —ni me dejó terminar la frase.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Qué ha hecho? Habla, coño, que me estás haciendo el funeral, joder.

—Por favor, necesito que te tranquilices, para nerviosa ya basto yo. No ha sido nada o, mejor, sí… —cogí una bocanada de aire y gané coraje—, entré en su despacho para decirle que quería irme, como te había dicho, y las cosas empezaron a torcerse y lo siguiente que supe es que empezó a agarrarme, quería soltarme...

—¿Dónde estás? —su voz cambió a la más profunda serenidad. Me quedé un poco descolocada, pero más tranquila a la vez.

—En la calle. Salí corriendo de allí, sin pensarlo realmente, cogí mis cosas de la taquilla y me fui... No pensé en nada más...

—No te muevas de ahí, envíame tu ubicación y te recogeré ahora. No salgas o te encontraré en el puto infierno si es necesario.

Me quedé helada cuando lo oí. Semejante calma me parecía bastante extraña, y mucho menos en un hombre con la mecha muy corta, como Chris. Era un hombre de sangre caliente e impulsivo en muchas cosas. Otrora en este mundo, tanto las peleas entre gladiadores —*munera*—, como las de hombres contra fieras salvajes, como leones y osos —*venationes*— llegaban a ser extremadamente sangrientas. Pero la que se avecinaba, esa no tenía nombre. «*¡Al pueblo, pan y circo!»,* ya lo decía mi sabia abuela.

Ni siquiera me dio tiempo a refutar materia, porque me colgó. Y entonces, pude leer el mensaje que envió y al que respondí obedientemente.

“***Envíame tu ubicación. AHORA.”***

Todo por culpa del sinvergüenza de Óscar. Un puto cobarde de tomo y lomo, ¡¿Cómo se le ocurrió hacerme tal salvajada?! El panorama pintaba mal, yo estaba en shock; finalmente conseguí admitir lo que me pasaba: me temblaban las piernas y fue entonces cuando me di cuenta de lo que estuvo a punto de ocurrir en aquel despacho.

Estaba claro que de la cafetería de Chris a la de Óscar había una manzana de distancia, y se podía cruzar de una a otra en menos de

cinco minutos a pie. Christopher se llevó dos. Y llegó a mi frente con las manos a ambos lados y los puños apretados. Su figura me produjo un escalofrío. Cuando empezó a hablarme, su voz se notaba a punto de explotar en combustión.

—¿Está en la tienda? ¿Dónde queda su despacho?

—Chris, por favor —No me saludó, no nada. Me miraba y miraba la tienda a pocos metros de distancia. Me había certificado de apartarme lo máximo que pudiera—, estate tranquilo. No quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—No estoy tranquilo, la cuestión es que ya estoy arrepentido. De no haberle desfigurado la cara cuando tuve la oportunidad. Pero hoy no es el día de echarme atrás, no después de lo que te hizo. Voy a romperlo en pedazos, Alba.

—Déjame hablar, Chris, por favor, no hagas esto. No debería haberte llamado, fue un impulso. Ahora estoy bien y no fue nada. Óscar es un estúpido y pensó que podría sacar algo de mí, pero no lo hizo.

Christopher miró el cielo y pasó la lengua por su labio superior. Cuando me miró a los ojos, solo pude ver la ira que destilaban. Tragué en seco. Me tomó por la barbilla y, tras depositar un suave beso en mis labios, que me supo a poco, me hizo sentir las lágrimas rebotar por mis cilios. Habló suavemente apoyándose en mi frente.

—Tienes toda la razón, mi amor. Todos cometemos errores. Y voy a asegurarme de que ese cabrón no vuelva a cometer el mismo error, ni con mi novia ni con ninguna mujer que se cruce en su camino. Te quiero. —Lo dijo antes de rebasarme y encaminarse hacia el *Starlucks.*

Lo dicho: las luchas —el más sanguinario de todos los eventos— se llevaban a cabo en los anfiteatros, cuyo mayor y más célebre ejemplo es, precisamente, el Coliseo romano, que actualmente sigue en pie y abierto al público como atracción turística en la capital italiana. Los espectáculos que tenían lugar en los anfiteatros eran los más sangrientos y con los que se despertaban las pasiones más bajas de los asistentes que, con frecuencia, pedían la cabeza de algún pobre infortunado —que podía ser un prisionero de guerra, un criminal o un gladiador—, cosa que en ocasiones les era concedido. Durante las peleas entre gladiadores —donde el combate era cuerpo a cuerpo—, si alguno de los contendientes era herido, su destino lo decidía el público.

Cuando se luchaba contra animales, éstos se mantenían encerrados y sin alimento unos días antes del evento, para aumentar su fiereza y el peligro al que se exponía el combatiente. Suponiendo que actualmente existieran —y estuvieran permitidos— ese tipo de eventos tal como eran entonces, ¿crees que tendrían éxito y el mismo efecto sobre el público? ¿Serían igual, más o menos sanguinarios? ¿Tú

asistirías?

Porque yo estaba a punto de asistir a una lucha de gallos, hombres, bestias o lo que coño fuera lo que se escenificarían para pelearse y, tampoco tenía respuesta para ninguna de esas preguntas.

Capítulo 27

¡Y aquí paz y después gloria!

Todo tiene un final, y creedme, el final para de esta historia no será bueno. Al menos, si no intervenía en ese momento y rápidamente. Christopher acababa de entrar en la cafetería y yo tenía que hacer algo. No podía quedarme ahí, parada, mientras sangre se derramaría en mi nombre. La forma en que lo vi llegar y lo vi salir, no me daba esperanzas de que conservara su fuerza. Sospecho que las agotará en la defensa de la palabra y ya no le quedarán otras formas para defender los hechos. A fuerza de buscar buenas razones para detener una tragedia, logré moverme y empecé a correr para intentar salvar el día.

Como se estuviera guiada por un impulso llegué velozmente al despacho de Óscar. Esperaba llegar y ver cosas volando, pero no, antes de aparecer en la puerta, oí a Chris hablar y preferí quedarme fuera antes de aparecer y empeorar las cosas. No podían verme, porque estaban dentro de la oficina discutiendo, pero la puerta estaba abierta y podía oír lo que se decían uno al otro.

—No me iré hasta que me digas todo lo que quiero oír —dijo Christopher en tono alto, pero manteniendo la cordura, ni yo sé bien cómo.

—No sé por qué has venido aquí, si era para defender a tu camarera puedes irte por donde has venido. Ella es la que quería irse. Yo no le dije que se fuera, tú hablas con ella y os aclaráis los dos. No tengo nada que ver con ello.

No podía creerlo. Encima haciéndose el santo. Óscar era un gran mentiroso y manipulador, y más cuando se trataba de defender su imagen.

—Mira, Óscar —las palabras le salieron llenas de amenazas de tiempo. Sí, del tiempo, del tiempo que se agotaría para Óscar si se ponía tonto—. ¡¿Cómo tengo que decírtelo?! Pues te lo diré de la única manera que conozco: nunca más en tu puta vida te atrevas a ponerle las manos encima a Alba ni a ninguna otra mujer que no esté dispuesta a aceptarlo. A ver si te queda claro.

Óscar comenzó a reírse con despecho. Sí, lo estaba pidiendo a gritos que la cosa acabara mal.

—¿Me estás amenazando? Creo que he sido muy claro contigo, no ha pasado nada, ella ha venido insinuando cosas sobre mí. No hice nada que ella no quisiera que hiciera.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —Estaba furioso, se

notaba muchísimo. Prosiguió—, Y, antes de que sigas diciendo mierda de esa boca, ¿quieres que te recuerde todo lo que has estado haciendo estos meses?

Óscar no dudo en contraatacar.

—No me vengas con tus paranoias. Me has acusado de varias cosas, vienes aquí a amenazarme otra vez y ¿de nuevo vienes con esta historia?

¿Había dicho otra vez? Eso significaba que Christopher había estado allí antes o le había amenazado. Excepto que no me dijo nada. Me quedé pensando en ello por un breve momento y ¿qué otra cosa que no fuera la inspección en la cafetería podía justificar aquel comentario?

—Estás acabando con mi paciencia, Óscar, habla en serio como un hombre, por una vez en tu vida. ¡Te voy a quitar las palabras de un puñetazo!

—¿Te drogas, tío? Es un juego de tontos, no vamos a entrar por ese campo, Christopher. Sabías que tarde o temprano esa mierda de cafetería que llevas cerraría. Solo aceleraré el proceso.

—No vales un carajo… —¡Dios mío! La cosa se estaba poniendo muy fea. No sabía que hacer: si entrar o quedarme quieta.

—Tú tampoco vales mucho, idiota. Vienes aquí todo altivo como un héroe pensando que puedes salvar a la chica. Tal vez tu querida camarera no quiera a un tío como tú metido a macho alfa, tal vez quiera hombres como yo, hombres con éxito y que saben lo que las mujeres quieren.

—Mejor empieza a callarte…

—¡Oblígame, bravucón!

¿Era Óscar tan imbécil como para seguir burlándose de él? Sentí que un frío escalofriante me recorría todo el cuerpo, pude escuchar la voz de Chris demasiado dura y pacífica para lo que creo que estaba pasando en su interior y me dio miedo. Yo lo conocía. Era impulsivo. Y sí, de vez en cuando me daba la sensación de que se hacía el macho alfa, pero por alguna razón guardaba demasiado la compostura. Temía por lo que pudiera pasar a la continuación, y ver al hombre que amaba en otra órbita despertaba los peores sentimientos en mí. Este llamado de atención suele venir acompañado de un rostro amenazador que no se lo deseo a nadie... al menos el mío.

—Nunca me has engañado, eres una mierda de hombre y no me voy a ensuciar las manos contigo, pero no me tientes...

—Ya sé que te faltan cojones, no te tengo miedo.

—No soy de tu especie, pedazo de gilipollas —respondiendo a la «bipolaridad» de Óscar—. Este es el lugar de trabajo de muchas personas y hay muchos clientes y tiempo invertido aquí, tú como líder de mierda deberías estar callado. Yo, que al menos sé cómo llevar un

negocio, nunca vendría aquí a hacer escándalos. No me confundas contigo, escoria. Si quieres terminar la conversación, conozco un lugar privado donde podemos hablar a solas.

Incluso yo me quedé con la boca abierta ante la bofetada de guante blanco que le dio.

—Vamos a relajarnos. Deberías aprender a controlar tus emociones. Todo esto por una chavala… que sí que está buena y todo lo que tu quieras, pero hombre, no hace falta llegar a tanto.

—Si vuelves a hablar así de ella, te juro que… —hubo un momento de silencio y estremecí. Estaba a punto de entrar—. No tienes ni idea de lo que me cuesta no romperte la cara ahora mismo, tengo ganas de partirte el cuello y romperte todos los huesos, Óscar, así que mejor te callas la puta boca. Estás advertido y tómame en serio, porque la próxima vez que te vea, no me lo pensaré dos veces, recurriré a la violencia y acabaré entre rejas, pero tú no irás a un lugar mejor...

—No harás nada —dijo él con tono altivo, pero pude notar el miedo en cada nota de sus palabras—. Y ya sabes... te jodes, Alba no quiere saber nada de ti. Te desprecia. Acabará volviendo conmigo.

La rabia y la frustración se habían apoderado de mi y no pensé más: iba a entrar, pero cuando iba a moverme, Christopher habló antes de salir por la puerta de su despacho dando un portazo y tropezando en mí.

—Me temo que es un poco tarde para eso. Alba, es una mujer valiente y sabrá distinguir lo que es mejor para ella. Y sean cuales sean sus decisiones, más vale que la respetes, de lo contrario te enseñaré a respetar a una mujer de la misma manera que intentas conquistarlas y hacerte de ti mi puta. Te advierto la segunda vez, no habrá una tercera.

Me vi forzada a quedar boquiabierta ante la vulgaridad del discurso que empleó. ¡Qué fuerte!

—¡¿Qué haces aquí?! —en cuanto lo vi se me paró el corazón. Delante de mí tenía un gigantesco hombre con los ojos más azules que había visto en mi vida, tanto que la rabia que brillaba en ellos me pareció que no había ninguna criatura de este mundo capaz de tener unos ojos tan intensos y brillantes.

«Mierda», pensé. E instintivamente abrí la boca para hablar, pero él no me dejó.

—No deberías estar aquí. ¿No te ha dicho nunca tu madre que es muy feo oír detrás de las puertas? —me contestó en tono brusco y frío, pero enseguida esbozó una sonrisa de lado. *¡Me quería matar!*— Vámonos de aquí.

Yo deseaba marcharme y él me pasó un brazo por encima del hombro y nos condujo fuera. No intercambiamos palabras. Llegamos a su coche, me subí y, sin saber siquiera a dónde íbamos, me dejé

conducir por él.

Me di cuenta de que habíamos llegado a su casa, cuando entró con su coche en un chalet. Nunca imaginé que Christopher viviera en una casa así. Pensé que sería como Óscar más bien fan de un piso citadino. Estábamos en las afueras del centro de Madrid, pero no muy alejados. Conocía bien la zona y sabía que tenía un alto valor económico. La casa era sencilla pero muy bonita. Tenía dos pisos, por lo que se podía ver desde el exterior. Aparcó en un garaje cerrado y cuando dio la orden de cerrar la puerta, estábamos dentro del coche a oscuras, con solo una luz de garaje que no iluminaba lo suficiente. Se quitó el cinturón de seguridad, yo no me moví de mi asiento.

Aunque la emoción, los celos y el odio lo habían cegado, seguía siendo el responsable de que todo se hubiese solucionado a buenas, en cierta medida. Y estaba confusa y me sentía culpada por ello; no debería haberme dejado llevar por Óscar. No había palabras para expresar lo mal que me sentía y en el medio de la oscuridad, tras todo el pico de emociones del día, no pude hacer nada más que empezar a llorar a moco tendido. Él no se movió tampoco.

Como no quería atosigarme, me dejó llorar un buen par de minutos. Entonces, salió de la puerta del vehículo, a toda prisa, rodeó el coche y abrió mi puerta. Me quitó el cinturón, mientras lo miraba confusa y llena de lágrimas. Luego me sujetó en rosto con una mano.

—Después de todo lo que ha pasado, no quiero dejarte sola. ¿Te importaría pasar la noche conmigo en mi casa?

Asentí con la cabeza, con las palabras ahogadas y presas en la garganta. Él también asintió y me tomó en sus brazos. Cerró la puerta del coche con el pie y abrió con maestría una puerta que conducía al interior de la casa, siempre conmigo en sus brazos. Apoyé la cabeza en su fuerte pecho y me dejé llevar de nuevo. Llegamos a un salón, que estaba oscuro, aunque era de día, pero tenía las cortinas cerradas y le daba un aire de casa no habitada. Aun así, sentí que estaba cálida y silenciosa. Y eso me gustó. Me dejó en el sofá, pero luego se sentó conmigo, sujetando mis manos entre las suyas. Sentí la necesidad de apoyar mi cabeza en su hombro y él tomó una de sus manos y la puso alrededor de mi espalda, abrazándome. Dejó la otra en mi mano. Y me acurruqué sobre él y sobre el sofá con las piernas dobladas hacia atrás.

El silencio reinaba en la casa. Habían pasado quizás diez minutos sin que nadie pronunciara más que su propio aliento.

—Chris… —llamé bajito.

—Dime, mi estrella —contestó apoyando la barbilla en mi cabeza.

—¿Lo que le dijiste a Óscar era cierto? —pregunté.

—¿Cuál de las cosas que le dije?

Tragué en seco. Me costaba hablar.

—La de que él sea tu puta...

Se plantó otro silencio entre nosotros. Mi corazón se estrujó esperando su respuesta, pero lo que oí fue mucho más que eso.

Dejó escapar una risotada de la boca y empezó a reírse a carcajadas. Fue tal su ataque de risa que tuve que mirarlo, sonriendo y viendo que hasta las lágrimas habían acudido a sus ojos. Cuando comprendí cabalmente lo ridícula que era mi pregunta, empecé a reírme también. Conseguí poco a poco relajarme de todo lo que había pasado.

Fue entonces cuando me miró sonriente. Los ojos de él estaban muy cerca. Se inclinó y cogió mi nuca con una mano, la otra descansaba aún sobre mi pelo. Nos quedamos mirando a los ojos en silencio, dejando en el aire aquella alegría y diversión. Me besó y yo abracé su cuello sin despegar mis labios de los suyos. Había comprensión en su beso, había ternura y amor. Sentía como si alguien hubiera retirado un velo de mis ojos, permitiéndome ver el monstruo hecho belleza y brutalidad. Pero entre las conflictivas sensaciones que me asaltaban no había culpa ni remordimiento.

Lamenté no tener el talento para saber amar como él se merecía, pero después de todo lo que había pasado, supe que ese hombre era el motor para que yo quisiera ser alguien diferente, alguien que quiere aprender a decir cada día lo importante que se ha convertido para mí. Alguien que me respetara como mujer y alguien que supiera respetarse a sí mismo como hombre, alguien que por fin nos mirara como a un igual.

Capítulo 28

El futuro tiene tu nombre

Me veía desnuda frente al espejo grande de su cuarto de baño. Christopher me miraba por el rabillo del ojo, mientras se ponía la bañera a llenar. Era una habitación amplia y bien decorada. Tenía buen gusto, si lo había decorado él mismo. Entonces me pregunté si había sido alguna otra mujer o si había habido alguien especial en su vida de la que no nos habíamos dado cuenta, entre los cotilleos de la cafetería. Jadeé y llevé una mano al pecho. Sí, acababa de tener mi segunda punzada de celos. ¡Qué tonta!

—¿Te he dicho lo increíble que me pareces? ¿Y lo feliz que me haces? —su enorme cuerpo abrazándome por detrás, me hacía ver allí en su espejo, como un ratoncito indefenso atrapado en los brazos de un felino. Al mismo tiempo, me aportaron la sensación de protección que tanto anhelaba.

—Tu que me ves con buenos ojos —dije un poco avergonzada.

Me dedicó una sonrisa muy sexy y depositó un beso en mi cuello, apartándome el pelo.

—Ven, vamos a relajarnos un poco.

Me tendió la mano para que la cogiera y me ayudó a entrar en la bañera, que se estaba llenando de espuma y agua. Las sales que había puesto dentro perfumaban la habitación. Entró conmigo y nos puso en una posición favorable. Se inclinó hacia un lado y me puso entre sus piernas con la espalda apoyada en su pecho. Flanqueé la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—No me canso de ti… estrella.

—Mi nombre es Alba. ¿Tan pronto me cambias el nombre por el de otra?

—Mi estrella de Alba. Sabes perfectamente que apenas tu nombre me vuelve loco.

—¿Lo sé?

Fijó la mirada en mí y mordí el labio inferior.

—¿Qué quieres saber?

—Nada —me salió demasiado rápido—. ¿Por qué preguntas?

Su sonrisa ya había destrozado mi coraza hacía tiempo, su roce en mi cuerpo me hipnotizaba. Esa mano suya acariciando mis brazos y mi pecho me rindió totalmente a sus indagaciones. No sé cómo lo hacía, pero no podía mentirle.

—Curiosidad. ¿Te cuento un secreto? —Ahora la curiosa era yo.

—Dime únicamente lo que quieras decirme, te escucharé y

guardaré tus secretos más oscuros y diabólicos —Puse un tono grave y siniestro y él sonrió por la tontería.

—Eres la primera mujer que he traído a mi casa.

La gente suele decir que cuando te dicen algo bueno eso te trae buen karma. Yo, en cambio, no sabía qué hacer con su confesión. Sorprendida, quizás; feliz, ciertamente y sí, ¿por qué iba a mentir? Me he alegrado por lo que ha dicho, estúpidamente.

—También puedo contarte un secreto —¡*Una vez puñetera, siempre puñetera!* Esto seguía siendo una forma de disimular los momentos incómodos, en los que no tenía palabras para intervenir. Acercó el oído a mi boca y dejó escapar un leve gemido de placer. Mi cuerpo se estremeció. Qué cualidad tenía para hacer de cualquier momento entre nosotros una flama de deseo—. También eres el primer hombre que traigo a tu casa.

—¡Gilipollas!

Empecé a reírme como una niña y él intentaba ahogarme en la bañera. La pelea duró unos segundos, y yo ya me estaba ahogando en otra cosa, en mi propia risa.

—Para, me vas a matar… —No pretendí que mi suplica sonase cautivadora ni nada por el estilo, pero él lo interpretó como tal.

—Y ¿cómo quieres morir hoy? ¿En mi boca o en mi…? —lo callé con un beso mojado.

Los hombres tienden a llevar todas las conversaciones a su terreno. Y después hablaban de nosotras. No perdía la oportunidad de seducirme con cualquier cosa y eso me dejaba muy excitada con él. Lo tenía muy infravalorado y casi muero, eso sí, de pensar que estuve a punto de perderme tal espécimen. Cuando soltó su boca de la mía, apenas pude respirar. ¡Qué bestia! ¡Qué bestia más deliciosa! Incliné la cabeza intentando volver a su boca, pero él hizo la cobra y me esquivó.

—¡Ohh! —solté atónita. Su sonrisa perversa lo delataba.

—Antes de violar mi boca, quiero saber algo —mordió el labio inferior y ¡Dios!, lo iba a arrancar con los dientes—. ¿Quieres tomarte en serio lo nuestro?

Sacudí la cabeza. Tragué fuertemente.

—¿Sí?

Sonrió y añadió encantado.

—Alba, te quiero tanto… Ni siquiera recuerdo haber sentido esto por nadie ni por nada. Como te dije, he tenido mis cosas, no soy un santo ni un pecador, he salido con otras mujeres. Pero ninguna de ellas me hizo desear lo que quiero contigo. Ni una sola. Y a veces, desde que dejé de vivir con mi madre, me siento solo en esta enorme casa.

—¿Por qué compraste entonces una casa tan grande?

—Ni puñetera idea. Me gusta vivir con espacio, con comodidad, pero confieso que no hubo ninguna razón particular. Quizá mi inconsciente pensaba más que yo y se imaginaba que algún día otra persona o una familia podría vivir aquí, no lo sé...

¡El universo y el karma podía irse a la mierda! Pude ver hacia dónde se dirigía la conversación y empecé a sentir pánico.

—¡Ah! Cierto. Sí, tienes razón, nunca se sabe lo que depara el futuro. —Más ambigua no se podía ser. Creí que se había dado cuenta porque empezó a reírse.

—Alba, eres muy graciosa. Me encanta cuando te pones nerviosa, porque no sabes qué decir. No quiero rizar más el rizo de lo que estaba diciendo, lo que quiero es que sepas que me encantaría verte en mi futuro.

Se quedó mirándome unos minutos en silencio.

—Y quizás... hacerte mi esposa, llenarte de hijos y hacerte feliz. —Puso una mano en mi vientre y mis ojos se abrieron como platos. ¿Qué coño estaba diciendo, estaba loco?—. Y si quieres podemos empezar a practicar ahora...

No podía respirar, no podía hablar, tenía la boca abierta hasta el desagüe de la bañera. Y gracias a Dios, ese loco se puso a reír a carcajadas y me sacó de dudas.

—Hijo de puta… de verdad, Christopher, ¡joder! Me quieres matar de susto. La madre que te pari… —me interrumpió con un beso y cuando soltó mis labios me miró serio y dijo.

—No era broma. Quiero que vengas a vivir conmigo. Lo de los bebés puede esperar. Pero yo no quiero esperar más tiempo a estar contigo. Te quiero.

—¿No era broma?

—No. Pero no tienes que contestarme ahora. Piénsatelo, con calma. Y hablamos. Hay otras cosas que quiero hablar contigo, pero no creo que sea el momento indicado para tal. Ahora, tengo otras cosas pendientes.

—¿Tienes cosas…? —embrutecida era la palabra para mí.

En vez de me contestar, me metió la lengua por la boca y empezó a acariciarme en zonas intimas, bajo agua. Gemí en sus labios y sentí la respiración acelerar tanto que jadeé fuertemente.

—Imagina esto cada noche... y cada día...

—Sí… —contesté entre jadeos mientras sentía cosquilleos por todo el cuerpo y mi instinto animal subirse a la superficie de mi piel.

—¿Estás segura de que eso es un sí? ¿Lo doy por valido? —Me vacilaba y me mareaba con sus trucos y palabras. Era muy listo. Arqueé la espalda cuando me besó el cuello con la lengua. Dejé escapar otro gemido.

—Sí… te quiero… —y así sellaba un futuro incierto, lleno de

promesas de placer y otras cosas de las que en eso momento no venían a cuento.

◆◆◆

Rita estaba cómodamente sentada en el sofá de mi casa, mientras Vladimir se rozaba en ella, deseando que ella lo acariciara. Miré mi felino y pensé en los gatos y por qué me gustaban tanto. Los gatos son muy cariñosos y tienen un gran carácter, pero también valoraba su independencia. Creo que cuando elegimos una mascota, elegimos un amigo con el que compartir el espacio, como un novio/a. Decidimos el tipo de animal que queremos para nuestra compañía en función de sus personalidades y creo que lo hacemos más en función de la nuestra que de otra cosa. En realidad, yo era como un gato. Por eso su compañía me resultaba tan fácil, admitía los errores de su personalidad. Al igual que los míos, no se convirtieron en errores o debilidades, sino en rasgos normales, y eso me hacía sentirme bien conmigo misma.

Los gatos aparecieron en la Tierra antes que los perros y que muchos animales que han llegado a ser domésticos, pero han sido uno de los últimos en domesticarse. En la realidad se dice que a un gato nunca lo domesticas de verdad. Son ellos los que te domestican a ti, sin que te des cuenta. Y cuando lo haces, ya comes en su mano y no al revés. Hasta ahora yo era así, alguien que no se dejaba domesticar. Pero las cosas estaban a punto de cambiar y había propuestas sobre la mesa que podían cambiar todo eso.

—¿Cómo te sientes? Con todo lo que ha sucedido, aún no hemos tenido la oportunidad de hablar las cosas. Sabes que siempre estoy de cachondeo, pero me preocupo por ti.

—Lo sé. Yo igual. No sé qué decirte. Las cosas con Chris están bien, creo. Ya llevamos un mes y medio juntos, hemos tenido la oportunidad de conocernos mejor. Eso nos permitió formar esa conexión tan fuerte en tan poco tiempo.

—Estoy flipando, chavala. Nunca imaginé que acabarían en algo tan intenso.

—Ni yo. No ha sido fácil. Si esto era rendirse —Hice un gesto con los dedos para indicar lo cerca que estaba de algo—, yo estaba en la cúspide. Pero estamos aprendiendo a ser buenos amigos.

—¡No jodas, Alba! Buenos amigos… Christopher es mucho más que eso y lo sabes.

—A ver, sí, claro. No lo digo por eso, pero todavía estamos construyendo una relación, ni yo ni él somos expertos en la materia y tenemos muchas cosas diferentes y no es fácil, pero sí, está funcionando, poco a poco.

—¿Has pensado en lo que te ha propuesto de irte a vivir con él?

—¿Te traigo más vino? —Y esa era yo intentando no sacar el tema.

—Sí —Me levanté y me dirigí a la cocina y Rita seguía hablándome desde el salón—. Me quieres emborrachar, el vino es delicioso. ¿Tu hermano también te dio esta botella?

—¡¡Yep!! —contesté desde la cocina. Cogí el sacacorchos eléctrico para abrirla—. Conseguí confiscarle un par de botellas.

—Me vas a poner como una cuba y son cuatro de la tarde. Pero es espectacular. Nunca he bebido un vino así.

Volví al salón y cogí nuevas copas, para no mezclar sabores. Últimamente me estaba convirtiendo en una experta en vinos. Cuando Christopher y mi hermano se juntaban parecían dos personas hablando de un mundo diferente que solo ellos amaban y yo me quedaba mirando como una tonta, sin asimilar nada. Al fin y al cabo, algo se aprende.

—Es obvio que nunca has bebido un vino como este, cada botella nos costaría el sueldo de una semana, así que olvídate y disfruta.

—Te refieres a mi salario de la semana, porque todavía estás sin trabajo. ¿Cuándo piensas volver a trabajar?

—Pronto. No puedo vivir de mis ahorros para siempre, ni siquiera un par de meses, y mucho menos más. Pero todavía no lo sé.

—Veo que tienes muchas dudas sobre muchas cosas, vivir con Chris, un nuevo trabajo, ¿qué te pasa, amiga?

Bajé la cabeza y cuando la volví a levantar, cogí mi copa y tomé un largo sorbo del vino. Que, sinceramente, se deslizó mejor por mi garganta que algunas de las cosas que intentaba tragar.

—Nada en concreto, Rita. Creo que después de todo lo que ha pasado no quiero sentirme presionada a hacer nada, quiero tener tiempo para pensar en lo que quiero hacer con mi vida. Han pasado muchas cosas recientemente...

—¿Dé que tienes miedo? Te conozco.

—Pareces Christopher hablando. Al parecer, todo el mundo me conoce menos yo.

—Madre mía, cómo está el patio. Estás fatal, chica.

—No es eso, Rita. Solo quiero evitar que nos contaminemos las ideas.

—¡Uy! Explícame eso, que no lo pillo.

Vladimir se levantó del regazo de Rita y ha venido a probar otro lugar donde acurrucarse encima de mis piernas cruzadas como un buda.

—Necesito resetearme, es eso. Pensar por mi cabeza, sacar mis propias conclusiones. No quiero dejarme influir por nadie.

—Desde luego tú estás más para *influencer* que para dejarte influenciar.

—Sí, no te preocupes que estoy pensando en ganarme la vida como *instagramer*. De hecho, ya sé cómo llamarlo: *«Crónicas de mi vida en las cafeterías»*.

—¿Sabes qué? Hubieras estudiado... —Rita siempre decía eso. Y sí, tenía razón, hubiera estudiado y nada de esto me pasaría.

—Perdóname, «Le dijo la sartén al cazo: ¡aparta que me tiznas!»

— Hablando de sartén la tienes por el mango.

— ¿A qué te refieres con eso?

—Vete a vivir con Chris y no tendrás que trabajar más, con todos estos años, debe ser rico, el tacaño.

—Solo estoy un poco bloqueada y confusa, eso no me convierte en una cazafortunas.

—No disimules. No te hacía pillándote de cazafortunas, pero unimos el útil al agradable. —Suspiró y se recostó más en el sofá.

—Sé por donde vas y no tiene nada que ver, Rita, para con eso.

—Tú es la que no sabe por donde va, pero eso se arregla. Oye, Alba, pensándolo bien, no sería mala idea.

—Y ¿acaso tú tienes buenas ideas?

—Cállate y sírveme más vino, anda ya.

Esta era la tónica constante entre nosotras, solo hablábamos de estupidez. Soltábamos el lastre y todo lo demás que nos pasaba por la cabeza, pero nunca acabábamos solucionando nada. Lo cierto era que mi lema podía estar muy manido, lo tenía claro, pero era complicado encontrar soluciones extremas que cambiaban tu vida de forma permanente. Mi cómplice y yo seguimos bebiendo el vino maravilloso ofertado por mi hermano, por toda la tarde. Era un reflejo de nuestra vida, sin pensar y sin hacer nada para cambiar nada. Solo ahogamos nuestras penas, risas y estupideces en buen vino. Que ya era mucho mejor que con un vino malo. Al final, no tenías que caer tan bajo en la vida. Pobres, pero con estilo.

Capítulo 29

A buen vino, no hay mal bebedor. O eso dicen.

Esa tarde, a última hora, recibí una llamada de Christopher. Rita ya se había ido, por su propio pie, aunque no sabía muy bien cómo.

—Buenas noches, estrella de Alba. ¿Cómo estás?

—Hola, Chris. Bien. Y ¿tú? —me dejé caer en el sofá, nuevamente. Llevaba unas buenas dos horas, desde que Rita se había ido, a intentar mantener el equilibrio.

—Estaré mejor cuando esté a tu lado.

—Ayy, Chris, ¿no te cansas de ser tan cursi? ¡¡Auchhh!! —mi voz salió demasiado estridente y el eco en mis oídos de escucharme a mi misma, casi me reventó los tímpanos inferiores.

—¿Ya te estás cansando de mí? Sí, estás jodida porque yo soy así y se pone peor la cosa. Por cierto, ¿qué te pasó? ¿Te has dado con algo? Has aullado.

—Aullado… sí como las gatas en celo.

—Me está gustando cómo va la conversación.

—Oh, vacilón, déjate de ser un pervertido.

—¿Pervertido yo? Tú no has visto nada. Escúchame, ¿te apetece que lleve un vino y nos estiramos en tu sofá?

—¡¡NOOO!! —Estaba segura de que ahora eran dos con rotura del tímpano superior e inferior—. Perdona. Nada de vino, porfi.

—Y ¿eso? Te encanta el vino.

—Yap, pero sabes como es, debes de tener una mente clara para no cagarla.

—Pero si lo que quiero no es que tengas la mente clara, quiero que tengas la mente sucia...

¡¡*La madre que lo encargue!!!* Tenía que recordar de anotar en mi cuaderno mental los motivos por los que lo odio hoy más que ayer y menos que mañana. Y, de paso, también las razones por las que lo quiero cada vez más. A veces, pensaba que anhelaba estar sola, pero solo hasta que llega alguien y te dice que no será para siempre.

—Menos palabras y más acción, ¡ven aquí y deja de hablar! Y déjate el vino en casa, ya bebí demasiado esta tarde.

—Cómo me pone cuando tenemos ego grupal.

—Perdona, no me vengas con esas chuminadas de marketing que no entiendo jota de lo que dices. ¿Qué significa eso ahora?

—Significa que voy de camino a tu casa y te traeré unas aspirinas.

—Vale —me sonreí—, te espero, medio desnuda.

—¡¡¡Uff! Alba… de verdad… voyyy.

Colgó.

Treinta minutos más tarde, como diría «*Bob Esponja*», Christopher llegó a mi casa. Le abrí la puerta, pero no medio desnuda como había prometido. Más bien, con un moño despeluchado, un gran jersey que me ponía para andar por casa y los ojos somnolientos de alguien que se deja dormir en el sofá, nada más terminó la llamada. Abrí la puerta y lo miré.

—No digas nada, me dejé dormir. —Él se apoyó en el pilar de la puerta y me dedicó una sonrisa tremendamente sexy. Al verlo allí, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la camisa negra que le quedaba de muerte, casi se me cayó un lago de babas al suelo.

—No he venido con la intención de hablar. —Entró y cerró la puerta. Me agarró por la cintura con sus dos manos y me subió, haciéndome rodear su cintura con las piernas. Me dio un beso suave a modo de saludo y me supo a poco—. ¡Humm! Yo diría, aromático, dulce, con cuerpo — Sus manos me apretaron las dos nalgas y di un respingo—, ligero, un toque afrutado —Se movía conmigo en brazos y me miraba intensamente a los ojos. Me dio otro suave beso, pero esta vez, cuando se apartó, se pasó la lengua por los labios y se quedó pensativo—. Definitivamente intenso, con alta densidad y su sabor mejora con el tiempo, antes de entrar en declive.

Abrí los ojos como platillos ante ese último comentario.

—¿Ah, sí? ¿Declive? No entiendo mucho de vinos, ya sabes…

—Pero de beberlos sí. —me sonó en tono reprobatorio unido a la sorna.

—Ey, tampoco es para tanto. Estábamos de buen rollo y se nos fue un poco de las manos…

—¿De las manos? Creo que para ti fue un poco más «de boca», diría yo. Vine lleno de intenciones imprecisas y locas, pero ahora entiendo que una aspirina realmente te hará mejor que yo.

Se inclinó sobre el sofá tumbándonos. Se quedó por encima de mí y yo seguía con las piernas alrededor de su cintura. Me hizo una suave caricia en la cara y cerré los ojos.

—Y, ¿puedo saber con quién has disfrutado de tan buen vino? — Abrí los ojos.

—¿Celoso?

—¿Del vino? Sí… parecía ser de buena cosecha. —Le cogí el rostro entre las mis manos y lo escrudiñé como si no fuera a dejar de mirarlo jamás. Estaba borracha, no cabía duda. Él me besó la frente, los ojos, las mejillas y los labios.

—Creo que me estoy haciendo a esto de probar una relación más permanente.

Que mal me salían las palabras de vez en cuando. Para haber estado durmiendo, parece que mi cerebro no procesó bien el descanso.

—Un momento, un momento —Se levantó de mi cuerpo y se enderezó en el sofá. Hice lo mismo, con cierta dificultad y mi cabeza empezó a palpitar en la zona lateral—. ¿hemos pasado de ser novios a algo más permanente? ¡Uau! Al final me ascendieron. ¿Quieres contarme cómo fue eso?

—Oye, que no te pega nada la ironía y la cabeza de chorlito.

—Tengo una justificación muy lógica para esto, que lo sepas… —su sonrisa lo delataba y me estaba vacilando. Luego tuerce los labios en una expresión maquiavélica.

—Me estoy planteando seriamente dejarte colgado.

—¿Por qué, amor? Ya me quieres cambiar por ese misterioso con quien te tomas vino por las tardes, ¿así me rompes tú el corazón?

Hizo un mohín como un niño y la cuestión era que, a pesar de que quería mandarlo a la mierda con sus tonterías, también parecía adorable.

—¿Otra vez? —lo piqué—, ¿No se supone que ya lo habíamos superado?

—No sé de qué hablas —Se hizo el tonto, encogiéndose de hombros.

—Sabes, me gusta descubrir cosas de ti, como por ejemplo que eres un celosillo y, por mucho que lo intentes disfrazar, no lo consigues, eso ya es otro cantar.

—¿Quieres saber qué es lo que no consigo? —se puso serio. ¡Caray! Pensé que estábamos de tonteo, como siempre. Tragué en seco. Así que esto iba en serio. Asentí.

—Pues bien, me pides que te de tiempo, te lo he dado. ¿Qué quieres que te diga? Que creo en nosotros, que quiero estar contigo, que te amo, que quiero vivir contigo, que me pongo celoso solo de pensar en que me dejes y vuelvas a caer en los brazos de cualquier mierda. ¡Joder, Alba! Estoy cansado de esperarte.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me sorprendió inmediatamente la forma en que terminó su apoteósico discurso. Él se levantó del sofá y sentí que se me estrujaba el corazón, no sabía si era el vino o la sensación de sufrimiento que me producía.

—Quiero saber adónde vamos, Alba. Adónde quieres ir conmigo. No tengo veinte años.

No conseguía decir mucho, por eso permanecí callada, pero él parecía haber venido no solo con la intención de echar un polvo y darme unas medicinas, sino con las ganas de arreglar lo nuestro. Fuera lo que fuera «el nuestro».

—No sé qué quieres de mí. Te abro las puertas de mi corazón, de mi casa y tú me haces esto.

—¿Qué te he hecho? ¿Emborracharme a vino con Rita? ¿Hacerte pensar, que no lo hice, que estaba con otra persona? A ver si lo

entiendo, Chris —vale, el vino, por fin, empezaba a subirme bastante. Ya tenía la lengua suelta. Volví a ser simplemente yo—. ¿Qué es que te he hecho exactamente? ¿Follarte como una loca? ¿Querer pasar tiempo contigo? ¿Aguantar tus mierdas? ¿Queéé?

No han venido insultos de ninguna parte. Su mirada era fija en mí y su respiración agitada. Su pecho bajaba y subía rápidamente.

—No me apetece discutir contigo. Tomate la aspirina, mejórate, ya hablaremos otro día.

Me dio la espalda y se dirigió a la puerta, pero fui más rápida que él. Corrí hacia allá y bloqueé la puerta con mi cuerpo.

—No tan rápido, Cristofito —dije irguiendo la barbilla desafiante. Estoy segura de que me veía ridícula con mi metro y medio de altura enfrentándome a ese tío enorme. Lo vi contenerse una sonrisa y cruzó los brazos frente al pecho.

—¿Qué quieres, Alba?

—Tengo muy claro que quiero estar contigo. Estoy aquí, ¡joder! ¿No me ves?

—Sí te veo, demasiado. Quizás ese sea el problema…

—¡¡Ahhhh!! Me exasperas a ratos, Chris. El problema es la forma como ves las cosas, como fuerzas las cosas, no das margen.

—¿Margen? —dio una carcajada irónica—. ¿Qué te parecen cinco años de margen? ¿Eh? ¿No te parece suficiente? Vaya…

—Ya, te entiendo, Chris y todo lo que tú digas, pero no puedes pedirme que cambie mi vida en cinco días. Esto no es ocho u ochenta.

—Lo único que te ha pedido fue que fueras a vivir conmigo. No quiero ni imaginar lo que dirás cuando oigas mi propuesta de trabajo.

—¿¿¿¿Quéee??? —No, era definitivo: no volvería a beber tanto. El alcohol interfería en mi audición.

—Mejor hablamos otro día.

—Ahora que has abierto el melón, lo comes.

—Sí, pero primero te voy a comer a ti, porque con verte así, con tu postura amazona y de pie ante mí, me está volviendo completamente loco.

—¿¿Perdo…???

Qué ágil era para hacerme callar a base de besos. Después de veintiséis años, alguien consiguió hacerme callar. Si hubiera conocido el truco, todas las veces que me han dicho que no me podía callar ni debajo del agua, habría respondido: Sí, pero a besos es otra historia. Y tan pancha me hubiera quedado. Lo único es que ahora me estaba quedando mojada y no era por estar debajo de agua, sino que debajo del cuerpo de Christopher que me tumbó en el suelo y ya me estaba desnudando.

No es necesario decir lo que siguió, porque está al alcance de todos. El sexo después de las discusiones sigue siendo la combinación

más explosiva del mundo. Te daría ganas de pasar todo el día discutiendo, solo para terminar así.

◆◆◆

Mientras me apoyaba en su pecho y él me acariciaba el pelo, pensé en lo que nos estaba pasando.

—Lo siento. Me he sentido abrumada con todo esto.

—Lo sé. —Levanté los ojos para encontrarme con los suyos.

—¿Por qué siempre entiendes toda la mierda que digo o hago?

—Porque te quiero, ¿no es evidente? Pensé que lo había dejado claro ya. —me besó la frente.

—¿Estás seguro de que todo esto no es un capricho tuyo?

—¿Por qué eres tan insegura, Alba? No conozco ese lado tuyo.

—Por fin, parece que empezamos a entendernos. Es tan difícil que la gente entienda que ni siquiera me conozco bien... Nunca he tenido que pensar en lo que quería ser o soy, porque siempre he vivido un día a la vez.

—*Carpe Diem.*

—Sí, exacto. El puto *Carpe Diem* y el *Carpe Noctem* también.

—Y ¿lo que pasa si lo que quiero es pasar las noches y los días contigo y vivirlos día a día?

—Pues que no sé si esto va a ser una oportunidad para ambos o si me estoy metiendo en un marrón de tres pares de cojones que me va a destrozar por completo.

—Nunca haría nada que te hiciera daño.

—¿Cómo lo sabes? Cómo vas a saberlo, no lo sabes. Las relaciones fracasan, se acaban. Vi que, por ejemplo, mis padres no eran el uno para el otro, y no funcionó.

—¿Yo también y qué? Lo único que veo es que te dejas llevar por el miedo.

Fue entonces cuando recordé todo lo que había hablado con su madre, todo su pasado. Lo duro que fue para él y lo que tuvo que soportar; el increíble hombre en el que se había convertido. Y cuando me di cuenta de que tenía razón y de que mis temores se basaban en fundamentos que no tenían sentido, al menos para los dos, sentí que algo dentro de mí cambiaba.

—Quiero intentarlo.

Se incorporó desde el suelo y se sentó conmigo a horcajadas sobre él.

—¿De verdad? —Parecía que le acababan de decir que Papá Noel no bajaba por la chimenea y que el Conejo de Pascua no dejaba huevos escondidos por ahí.

—Creo que… podemos probar a vivir juntos, no sé, a ver si funciona.

—¡Joder! Eso lo cambia todo…

—Eh… Chris, si has cambiado de opinión, no hay nada malo. Solo decía… por lo que tú has dicho el otro día…

—Alba, coño, deja de hablar. Que cuando empiezas vas como una moto y no ves…

—¿No veo qué?

—Que me has hecho el hombre más feliz del mundo.

«Madre mía lo que me espera con este hombre» Yo una loca perdida y él un romántico empedernido. ¿Quién lo iba a decir?

—Ni que te hubiera pedido que te casaras conmigo —le solté.

—No me des ideas.

—Para. Lo digo en serio. No tengo salud para tus ataques de literatura romántica.

Me abrazó y me dio uno de esos besos dignos de libros. Hablando de literatura… como decía Rita… ¡hubiese estudiado! Sin embargo, Christopher tenía el tema bien estudiado. Y qué buen profesor era. Estaba segura de que con él empezaría a aprender algo más que los años que pasé inútilmente en la escuela.

Cuando se separó de mis labios, volví a estar borracha, pero esta vez no era vino, sino una casta mucho más especial. Decantarlo y degustarlo era algo que no podía dejar de hacer. Acabaría en «Cristofitos Anónimos.» Encima le dije que quería vivir con él. Menuda lección me estaba metiendo.

—Hay algo más de lo que quería hablarte. Y es mejor decirlo ahora, mientras estás de buen humor.

—¡Oye! —le di un cachete en el hombro. Y él me pegó uno en el culo.

—No te pongas violenta, no soy partidario de la violencia, sino tendré que enseñarte a poner las manos en los sitios adecuados. —Me agarró la mano y la puso en su entrepierna. Y me di cuenta de que estaba preparado para otra ronda.

—¿Y qué querías contarme?

—A ver… si quieres estar en una relación conmigo no puedes usar mis propias palabras como salvoconducto para esquivarte de tener sexo conmigo.

—Ni tú las mías para decir lo que te salga del rabo.

—¿Te he dicho que te amo?

—Chris, va en serio, dímelo de una vez, ¿qué me quieres contar tan importante? ¿Qué propuesta querías hacerme?

Entornó los ojos. Mordió el labio inferior. Y estremecí. Me olía que no iba a salir nada bueno de allí.

—He estado pensando en ello y creo que todos estos años, mi gran error fue que puse todo como prioridad menos a mí mismo. —Asentí y le di una sonrisa de compasión. Estaba de acuerdo con eso—. Y

después de pensarlo mucho y darle muchas vueltas creo que me gustaría arriesgarme a hacer algo que realmente me guste.

—Eso es genial. Oye, tienes todo mi apoyo.

—No creo que tenga la vocación de ser el gerente de una cafetería. Como tú mismo has dicho, ni una cafetería ni nada.

Pronunció aquellas frases en un tono diferente, sin sonrisa y con una mirada demasiado seria. Me sentí fatal, como si hubiera pegado una gripe.

—Chris, yo no quería haberlo dicho de esa manera… No era mi intención hacerte sentir mal, lo siento.

—No. No lo sientas. Es la verdad.

—Bueno, un poquito sí —¡¡Su puta madre!! Pero ¿por qué no me sabía callar la boca?

Levantó levemente las cejas y soltó una carcajada.

—Pero tú sí.

—Perdona, no te entendí. Yo sí ¿el qué?

—Tú sí que eres una buena gerente. Por eso me gustaría que volvieses a la cafetería oficialmente como tal. Esa es mi propuesta.

Quedé en shock como una imbécil. Apreté los labios para no abrir la boca, sentí ni corazón en la lengua y cuando por fin pude vociferar alguna palabra, lo único que me salió fue:

—Ni de coña.

Capítulo 30

Tragando las cicatrices

—A ver que no te entiendo Al, primero que querías algo más allá de ser camarera y ahora que tienes la oportunidad, te echas atrás. Muy bien, muy coherente. De repente, todo son pegas.

—No, mira Jules esto no va de eso.

—No, mira tú, lo único que yo entiendo es que todo esto son excusas para no avanzares en la vida.

—¿Qué dices? Si acabo de aceptar irme a vivir con Christopher, así sin pensarlo.

—Sin pensarlo no fue, querida hermana, estuviste casi dos meses para darle una respuesta.

—Ah, claro, se me olvida que ahora tú y él sois amiguitos. Tenéis un proyecto juntos y os habéis convertido en uña y carne.

—Sí y tú en una gilipollas rencorosa y envidiosa.

—¿Has olvidado tan rápido que tienes una hermana? ¿O es porque ahora tienes un nuevo hermanito?

—Joder, Alba, no sabía que te ibas a casar. ¿Puede ser el padrino?

—Que te den, Jules.

—No digas eso que sabes que me gusta.

No sé por qué pensé que hablar con mi hermano era una idea brillante. Ahora me estaba saliendo el tiro por la culata. De acuerdo, tal vez me hubiera pasado un poco de la raya. Pero necesitaba a alguien que me ayudara a tomar decisiones importantes en mi vida y Jules se dedicó a montar la bodega que él y Christopher decidieron que querían hacer juntos. Tal vez me uniría a ellos, haríamos una hoguera y nos sentaríamos todos de la mano cantando el «*Kumbayá*».

—Jules, no me des la espalda —apoyé mi cabeza en su hombro—, te necesito.

—Me parece que deberías darte la oportunidad de probar otra dirección en tu vida. No lo digo porque sea tu hermano o el futuro socio de tu novio, sino porque quiero que te sientas realizada encontrando tu lugar en el mundo, y no podrás hacerlo si no lo intentas.

—He sido gerente muchas veces, recuerda, así que no es nada tan novedoso.

—Te equivocas —Eso es lo que temía: cometer un error—, no es lo mismo saber que tienes el poder de hacer las cosas a tu manera, que ser la sombra de otra persona.

—¿Quieres decir que he sido su sombra?

—Bueno, pues muy mala sombra no has sido, se enamoró de ti. —Le hice una mueca y le saqué la lengua, como cuando éramos niños—, a ver ¿Qué es que te recarga tanto en ese tu espíritu inquieto?

—Muy gracioso, Ju. No sé, igual me estoy haciendo una tormenta en un vaso, ya lo sé, pero me da reparo volver a la cafetería después de todo lo que pasó, volver a ver mis compañeros, pero ahora siendo su jefe. Me da palo, ¿qué quieres que te diga?

—Me suenan las tripas, chiqui, ¿pedimos algo de comer?

—¡¡¡JULES!!! —le eché la bronca—. Estoy aquí contándote las dificultades que pasaré si acepto este trabajo y tú solo piensas en comer. ¿Qué clase de hermano eres?

—La clase que se muere de hambre. No me culpes, llevo sin comer todo el día.

—Ya vale, pido unas pizzas. —Cogí el teléfono para hacernos el pedido.

—¿Te cuento cómo vamos a trabajar Christopher y yo?

—Claro, claro…

Lo típico de mi hermano. Lo adoraba, pero cada vez que quedaba con él para contarle mis cosas, acababa escuchando sus problemas o contándome sus éxitos. Me alegré por él y por Chris, de verdad. Me pareció estupendo que por fin empezaran a hacer algo que les apasionaba y que seguro que sería un éxito. Yo es que ya no sabía dónde acudir para tener alguna luz que iluminase la oscuridad dónde me encontraba.

◆◆◆

Dos días después decidí salir a comer con mi padre. Estaba cansada de empaquetar cajas de cosas para mi supuesta mudanza a la casa de Chris. Y pensar que ni siquiera había conseguido alquilar mi pequeña habitación. Qué pena me dio dejar mi piso de cerillas.

Habíamos reservado en el restaurante al que siempre me llevaba cuando era adolescente y estábamos sentados en la terraza, hacía un día precioso.

—¿Qué tal el trabajo? —Mi vermut casi sale por la nariz al escucharlo.

—El trabajo… bueno, sobre eso, tal vez me puedas ayudar. A ver… he tenido una propuesta y no sé qué hacer.

Durante los diez minutos siguientes le conté muy brevemente la propuesta de Chris. Y esperaba que al menos mi padre, que era un buen profesional, pudiera ayudarme y aconsejarme. Y sí, esta vez estaba dispuesta a escuchar los consejos de mis padres, algo que solo descubres que debes hacer de niña, cuando ya eres adulta.

—¿Qué te cuesta tanto decidirlo, cariño? —preguntó mi padre, tras haberme escuchado con atención.

—No lo sé. Por una parte, quiero llegar al momento presente. Por otro lado, no sé si soy la persona indicada y no quiero cagarla, no con Chris. Ya lo he hecho demasiado. Además, está la señora Rocío y ya sabes lo mucho que la estimo. Es el negocio de su vida, por el que ha luchado mucho para que funcione, y yo no soy de la familia. Soy una extraña.

—Lo que es extraño es lo que siempre haces.

—¿Y eso sería, papá? —erguí las cejas.

—Sabotearte.

—¡¡¡PAPÁ!!! —¡¿Qué le pasa a todo el mundo?! Que apenas podía ayudarme sacando mis propios errores al hocino.

—Alba, sabes que es la verdad, llevas toda tu vida saboteándote para no aceptar las calidades que tienes y son muchas. Te lo hemos dicho muchas veces tu madre y yo.

—¡¡Uaau!! Ahora os ponéis en consenso los dos. Me alegro de que al menos podáis poneros de acuerdo en algo fuera de vuestro divorcio.

—Estás siendo infantil. Tu madre y yo siempre pensamos en lo mejor para ti y para tu hermano y nos esforzamos por evitar que os afectara todo lo que nos pasó.

—Pero no habéis podido evitarlo del todo.

—No. Y hay que madurar y aprender a vivir las consecuencias de eso. Pero esto no va de mi o de tu madre y de nuestras decisiones, que malas o buenas, las hemos tomado. —En eso tenía razón—. ¿Quieres realmente saber lo que opino yo? Que ya eres mayor para tomar tus propias decisiones.

—No entiendes lo que todo esto significa para mí. La libertad es una gran parte de mi vida y lo sabes, me costó horrores conseguirla, me cuesta abdicar de ella.

—No pienso que por lo que me contaste de Chris que, por cierto, espero conocerlo antes de que te mudes —Cosas de padre, queriendo conocer el pretendiente antes de la boda y darle su aval. Ya parecía mi madre con sus novias—, sea el tipo de persona que te restringe la libertad. Más vale que no lo sea...

—No lo es. Y antes de que digas nada más debo recordarte que, a efectos de esta conversación, sigues siendo mi padre; tú debes que estar de mi lado.

—Siempre ha estado y lo sabes. —Me eché hacia atrás en la silla con los brazos flotando junto a mi cuerpo, rendida—. Hay muchos proyectos a los que podrías dedicarte, pero bajo mi humilde opinión y no quiero influenciarte con nada, este es lo que tienes en manos y deberías darle una oportunidad.

—¿Así de sencillo? —dije ya sin fuerzas para contrariarlo.

—A veces, cariño, los negocios no son tan complicados.

—Parece que últimamente todo es complicado.

—¿Qué pasa, Alba?

—Es que… estoy preocupada con todo esto de la mudanza y de empezar una relación seria.

—¡Ey! —Se inclinó sobre la mesa hasta que pudo sujetar mi barbilla y hacerme mirarlo fijamente, con cariño. Sentí que mis ojos se humedecían. Todavía me costaba hablar de mis sentimientos a la ligera—. Sé que no he sido el mejor ejemplo en tu vida para enseñarte a expresarlos o a valorar las relaciones estables. Soy consciente de ello. Lo sé y lo siento.

—Papá, no pasa nada, no digas esas cosas.

—Escúchame. Tiempo. Tienes que dar tiempo al tiempo. No siempre puedes estar con las personas que amas, pero date a ti mismo tiempo para estar contigo. Escúchate a ti.

—Bueno, tal y como van las cosas, no lo sé.

—Ya me contarás que has decido. Seguro que lo que decidas será lo mejor para ti. Y te apoyaré en cualquier decisión que tomes.

—Gracias, papá.

Capítulo 31

Entre viñedos y alpacas de paja

Desde la ventana del coche vislumbraba la magnifica paisaje de la Rioja. Esa región de España maravillosa que no es solamente compuesta por viñedos, sino que por pintorescas casas y un paisaje de quitar la respiración. Con la ventana abierta, respiraba el aire libre y limpio del campo. Acostumbrada que estaba a vivir en un centro urbano, con toda la polución y el tráfico, poder llenar los pulmones de un poco de oxigeno puro, era un lujo.

Después de conducir unos cuantos kilómetros, llegué al nuevo terreno que iba a formar los vinos que Christopher y Jules iban a vender en una especie de bar bistró con degustación en Madrid. Una idea que combina la cocina de fusión con el vino. Para cubrir los gastos, decidieron plantar sus propios viñedos y comercializar así su propio vino.

Pero la inversión era enorme y había mucho trabajo por delante, así que pasaron sus días libres entre el trabajo y el nuevo negocio hasta que pudieron dedicarse plenamente al nuevo proyecto. Parte de la razón por la que Chris no podía estar aún al 100% era que todavía no había encontrado un gerente que le sustituyera en la cafetería. Y por esa razón, decidí subir el fin de semana para visitarlos. Iban a estar dos días organizando cosas en la finca.

Aparqué el coche y empecé a caminar hacia la casa principal, pero mi hermano me encontró por el camino y me dijo que Chris estaba en un almacén recogiendo cosas. Cuando entré lo vi ocupado transportando cajas de un lado al otro, sudoriento y sucio del trabajo.

Llevaba unos vaqueros de trabajo polvorientos y las mangas de la camisa enrolladas dejando ver unos antebrazos musculados. Era tremendamente sexy. Bajo esos trajes que siempre llevaba, se escondía un hombre muy interesante. No sé cómo he podido ser tan inconsciente del poder de su atractivo durante todos estos años. Bajé unos peldaños de madera para llegar hasta el almacén donde seguía trabajando.

—Hola —Levantó la vista de sus quehaceres y con una mirada seductora me ofreció una gran sonrisa.

—Hola. ¡¡Qué sorpresa más buena!!

Me acerqué un poco más.

—Jules ha hecho un gran trabajo con este local ¿verdad? —dijo, dejando una caja de vinos en el suelo.

Lo miré parada frente a él sin decir nada.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar un momento?

Limpió las manos a los pantalones de obra y asintió con la cabeza. Lo vi dejar algunas herramientas que tenía en la mano, en el suelo, al lado de la caja que acababa de posar también. Se acercó a mí, pero paró antes de besarme o tocarme.

—¿Puedo besarte? Estoy todo pringado del trabajo y no quiero manchar tu vestido precioso.

—¿Esto? No importa, es solo un vestido, puede ensuciarse.

—No me digas eso así, menos cuando estás tan… —me agarró por la cintura y me elevó hasta quedar con mi boca colada a la suya—, guapa y sexy.

A continuación, él cubrió de besos mi garganta y abrí la boca anhelando la suya. Sus labios rozaron toda mi piel hasta depositar el beso que tanto quería en ella. Puso una mano bajo mi vestido para palparme las piernas y otras cosas.

—Para, Chris, tenemos que hablar.

Noté su respiración jadeante y frustrada al soltarme despacio en el suelo.

Bien, pero algún día me dejarás cumplir mi fantasía de follarte en un montón de paja, como si fuera un ranchero.

—Las pajas son las que harás si no dejas de ser tan perverso. ¿Solo piensas en el sexo?

—Solo pienso en ti, lo que por definición me hace querer hacerte el amor todo el tiempo.

—Ideal, si alguna vez piensas en convertir esto en una caballería, además de la bodega ya tienes el primer semental, tú —comenté irónicamente.

—Si no salimos de aquí ahora mismo, voy a echarte una carrera para que puedas determinar la calidad de la raza de este semental.

Le di la espalda y me adelanté a grandes zancadas antes de que cumpliera sus promesas. Oí su risa en mi cogote. Cuando estábamos fuera, se acercó y me cogió la mano.

El mar de viñedos que rodea a las villas medievales se convierte en el entorno perfecto para el local que habían escogido para montar su negocio. La región de la Rioja era única en el mundo por su calidad de vinos y estaba segura de que triunfarían con sus buenas proyecciones. Aun así, tenían mucho trabajo por delante. La finca que habían comprado había sido abandonada y apenas quedaban viñas en buen estado. Había mucho que hacer, pero estaban motivados. Nunca había visto a mi hermano tan feliz, junto con Jordi, que finalmente abandonó el proyecto de Barcelona y decidió invertir en el proyecto de mi hermano. Christopher se esforzaba al máximo, era una persona diferente y yo me alegraba por él.

Nos detuvimos a la sombra de un enorme árbol que tenía unas vistas preciosas de los viñedos y nos sentamos a disfrutar del paisaje. Chris me abrazaba por los hombros. Estábamos solos y alejados de la casa principal.

—He tomado una decisión —Sentí que sus ojos me miraban, pero mantuve la mirada en el paisaje.

—No tienes que decidir nada de eso ahora mismo.

—Ha llegado algo a mis oídos y quería preguntarse si es cierto.

Clavé la mirada en sus ojos y su expresión se quedó seria. Lo vi tragar en seco.

—Un pajarito me ha dicho que antes de estar juntos querías ascenderme a gerente, ¿es eso cierto?

—Sí, de hecho, hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¿Por qué siempre das a entender que desprecias mi trabajo?

Aunque ya había tomado mi decisión sobre mi vida profesional, quería saber su respuesta antes de darle la mía. Necesitaba saberlo.

—No pensaba que te vería aquí esta tarde, pero me alegro de que haya venido. Y quiero darte las respuestas que buscas. He estado en las sombras muchos años —lo vi perderse la mirada en el horizonte—. Creo que dejé que las cosas se desmoronasen entre nosotros. Como te dije antes, me llevó tiempo aceptar mis sentimientos por ti. Pero no porque piense que eres una inútil, como puede que haya insinuado tontamente. Si no, por todo lo contrario. Quise cambiar mi actitud muchas veces, pero la presión que me impuse de las responsabilidades me cegó.

Le cogí la mano y él sonrió y se la llevó a los labios para depositar un suave beso. Luego me besó ligeramente en la boca y volvimos a tumbarnos en el páramo, uno frente al otro para poder seguir hablando. Y él siguió con su discurso.

—No me gusta hablar mal de los muertos porque no están aquí para defenderse, pero durante muchos años tuve que luchar contra el pensamiento de que tal vez un día llegaría a ser como mi padre. Y tú no eras alguien digno de un hombre así.

—Chris, no digas eso, eres muy digno. Para mí o cualquiera que tenga la suerte de tenerte.

—No quiero tener a nadie más. Te quiero a ti. Y si te sirve de algo, lo que espero que sí, siento cómo te he tratado a lo largo del tiempo, quería que fueras la mejor, pensé que, si era duro contigo podrías llegar a ser mucho mejor.

—Si te consuela no creo que haya sido a propósito lo que has hecho, pero no estuvo bien.

—Lo sé, admito que soy muy frío a veces.

—No eres frío, eres un maldito iceberg.

La tensión que había acumulado durante el viaje hacía allí iba desapareciendo poco a poco. Con el paso de los días, pudimos hablar más abiertamente el uno con el otro, aunque era más el tiempo que pasábamos discutiendo. Y haciendo las paces.

—La cuestión es… Alba, creo que eres la única que sabe manejarme, con tus formas y locuras. Y, si puedes manejarme, puedes manejar cualquier cosa. No conozco a nadie en quien confíe más que en ti para dejar mi negocio. Tú eres la persona indicada. Siempre lo supe. Eres brillante.

Me desbancó completamente con sus palabras.

—Como te he dicho, he pensado mucho y he llegado a una conclusión sobre tu propuesta. Y he decidido aceptarla —no quería darle más vueltas al tema. La decisión estaba tomada.

—Tú eres mi familia, ahora. Lo que es mío es tuyo. Y me alegro enormemente de que te hayas dado una oportunidad.

—Para ti es fácil decirlo. A pesar de lo que he dicho de ti, has hecho un trabajo excelente durante estos años. Sé que te hemos odiado en muchos momentos, pero la verdad es que la cafetería es lo que es porque tú has sabido conducirla solo. Y todo lo que sé, lo he aprendido de ti.

Vi brillo en sus ojos.

—Gracias, Alba. Gracias por elegirme y aceptar formar parte de todo lo que es importante para mí. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero te juro que, si llegas a ser tan ñoño y me haces llorar, cambiaré de opinión.

—Si quieres que te sea sincero, incluso yo tengo ganas de llorar, no podría ser más feliz.

—No… no… no… más ataques cursis, ¡no! —Iba a intentar incorporarme para sentarme, pero me agarró del brazo y me echó encima de él, me hizo girar sobre el heno y me besó hasta dejarme sin aliento.

—Y ahora que hemos resuelto nuestras diferencias y tomado nuestras decisiones, ¿puedo seguir con la prueba semental? Ese tu olor a vaqueriza me pone mucho…

—¡¡¡La madre que te parió!!! —le di una hostia en todo el brazo. Se echó a reír.

—Oye, que mi madre te adora.

—Es lo que te vale.

Y el primer soplo de libertad antes de estrenar las benditas tierras del buen vino con nuestros cuerpos, lo di en su presencia. Seguía sintiéndome independente y feliz. Yo estaba dispuesta a entrar en una nueva etapa de mi vida, de nuestras vidas; porque al final todos nos íbamos a lanzarnos en nuevas descubiertas y desafíos, todos teníamos nuestros retos por delante, pero íbamos entrar con sueños.

Pero saber que lo haces en la compañía de alguien que te valora, te admira y te impulsa, es un extra muy, pero muy abrumador. No necesitaba de Christopher para que fuera más yo, ni nadie en realidad. No sabía mucho sobre el amor, aún nos quedaba mucho por aprender, pero de lo poco que sabía, de lo que estaba segura era de que para estar con alguien que mereciera la pena, únicamente podía ser alguien así. Que te levanta, sin subestimarte. Que te empuja sin precipitarte, que te baja a la tierra cuando vuelas demasiado alto, pero sobre todo que te respeta a ti, a tus decisiones y no hace de tu vida su esclava, ni viceversa. Eso era el amor, el resto era pura palabrería. Lo demás era cosa de lagartija.

Epílogo

—No puedo concentrarme así —la voz sorprendida de Christopher me tomó por sorpresa. Él estaba sentado en el sofá y posaba la tableta a su lado, mirándome serio.

—¿Puedo ayudarte con algo? —le pregunté, realmente interesada en aportar algo.

Christopher estudiaba coctelería a distancia y por Internet, porque era la única manera de poder compaginar su trabajo en la bodega con el curso. Y no era algo sencillo, había muchas combinaciones, protocolos y fórmulas en el mundo de las bebidas.

—Sí —suspiró profundamente—. Intento concentrarme… y solo veo tu culo en esos pantalones apretados que marcan absolutamente todo y… ¡Bah! ¡Acaso quieres distraerme de terminar mi modulo?

Abrí la boca para contestar, pero la cerré de inmediato. Estaba en el salón que ahora compartíamos dentro de la misma casa, su casa sí, pero ahora la mía, desde el momento en que me invitó a vivir en ella. Y yo intentaba hacer unos ejercicios de pilates que me había enseñado mi madre para ayudarme a sobrellevar las innumerables horas que trabajaba como encargada en la cafetería. La brillante idea de mi querido novio. Llevábamos casi cuatro meses viviendo juntos, pero la convivencia era jodida. Poco había cambiado: discutíamos cada dos por tres, teníamos distintas formas de vivir los espacios, distintas opiniones y distintas perspectivas de las cosas. ¿Y por qué seguíamos juntos? Sencillo: a pesar de todo, había algo entre nosotros que nos hacía desearnos más que odiarnos y el sexo era algo brutal que nos dejaba a los dos en otro planeta. Pero ¿quién ha dicho que la convivencia fuera fácil? Por supuesto que no lo era.

—No. —Abrí los ojos y sacudí la cabeza, dando unos pasos hacia atrás y empezando a recoger la esterilla.

«¡Ahhhh!». Internamente quería chillarle. Jamás en la vida pensé que sería tan… controlador. Sí, eso era lo que Christopher era: un maniático del control. Subí al piso de arriba y cogí el teléfono para llamar a Manu.

—¿Qué pasa, chavala? Dime que has llamado para organizar nuestra cena, por fin. *Sexylady*, me llevo dos semanas esperando a que me confirmes. Y ni si te ocurra darme otro «latigazo de la indiferencia».

—Un latigazo era lo que me merecía por ser una idiota.

—¡Wow! ¿Qué pasó de esta vez? —Manu frenó su entusiasmo por el programa de las fiestas.

—No sé por qué he venido a vivir con este hombre. Me desespero.

Continuamente, día tras día. Vamos de mal en peor.

—Creo que ya he oído esta historia. ¿Qué ha pasado ahora, pequeña?

Me tiré en la cama de espaldas con el móvil en la oreja y tratando de estirar las piernas hacia el techo.

—Chris es un idiota controlador. Para él todo lo que hago está mal.

—¿Controlador?

—Sí.

—Siento decirlo, pero mira quién fue hablar.

—No, yo no soy nada controladora.

—Cariño, lo eres. Reconócelo. Te adoro, pero es así. Tú disfrazas tu ansiedad con tu energía y sonrisas. Christopher la tiene reprimida bajo sus responsabilidades.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué yo no tengo responsabilidades? Ahora soy gerente de una cafetería. Eso es mucha responsabilidad y lo sabes. Has estado conmigo durante todo el proceso y sabes que, si aún no me he vuelto loca, os debo mucho. Porque para él...

—Lo que he dicho, Chris tiene su tensión reprimida, quizás no tiene la misma forma que tú de sacarla.

—Uy, qué va, de reprimida nada. La está sacando fuera sin tapujos. ¿Sabes? Empecé a olérmelo cuando actuó así de borde conmigo cuando trabajábamos juntos, pero ahora que vivimos juntos, es insoportable. No sé como pude pensar que era un príncipe azul.

—Claro, y ya sabes cómo le gustan las chicas a un príncipe azul, ¿verdad? Sobre todo, si ese príncipe azul es y cito tus palabras: «Oh Manu, no tienes ni idea de lo que me hace sentir ese hombre. Es un puto dios del sexo.» Incluso a mí Christopher me intimida y no lo conozco bien.

Tuve suerte de estar hablando por teléfono, de lo contrario Manu me habría visto sonrojada hasta las orejas.

—Bueno, ¿pues sabes qué? Voy a pasar desapercibida de tal forma que no va a notar ni mi presencia en casa. A empezar por mi ropa. Sí, porque si cree que mis leggins son lo único que marca todo como él dice, es hora de mostrar mi lado más Alba.

—Mi vida, sigue mis consejos que para eso soy hombre y tu amigo: te he visto hacerlo otras veces, no te dejes intimidar. Los hombres aman a las mujeres que les hacen creer que son indispensables. Demuéstrale que no es imprescindible. Pero tú sí lo eres.

—¡No sé si eso es la solución! Pero, lo que sí sé es que tengo que contraatacar.

—Lo que tengas que hacer para que tu «Dios del sexo» novio entienda que tú también tienes un lugar en esa casa, hazlo. ¡Lo que quiero saber es cuándo vamos a cenar!

—Hoy —solté sin más rodeos. Sí, hoy empezaba el capítulo «Alba empieza a tener protagonismo en su vida».

—Joder, ¿hoy? ¡¡¡¿Así sin previo aviso?!!!

—¡Hostias! Pero si eres tú quien me ha dicho que lo decida, ya he decidido que es hoy, así que ahora piérdete. Me pasaré a las seis para que podamos tomar algo antes.

—Vale, okis, que sí, que me apunto. *¡Cuenta con mi espada, amiga!* —dijo mi amigo Manu recreando una escena de «*El señor de los anillos*».

Salté de la cama y abrí el armario. ¡Qué soso! Rebusqué entre mis cosas y recordé que tenía un vestido súper cañero escondido en una de las cajas que aún no había abierto en el garaje. Bajé a buscarlo. Cuando volví a pasar por la habitación, Christopher levantó los ojos para verme, pero volvió a bajarlos ignorándome literalmente. Quise preguntarle si esbozarme una sonrisa le costaba así tanto, pero decidí mantenerme callada; intenté con todas mis ganas, aun queriendo explotar con él. Lo que no quería era tener que oírlo decir, una vez más, que era yo quien promovía las discusiones con él debido a mi efusivo temperamento. Estaba a punto de decirle lo efusiva que era.

Encontré el vestido y volví a subir al dormitorio para ducharme y prepararme. Al pasar de nuevo por la habitación, hizo el mismo gesto. Cuando me miré en el espejo el resultado fue tremendo. Ni siquiera me parecía a mí. Creo que se me habían pasado unos cuantos pueblos. El vestido rojo, completamente ajustado a mi cuerpo, mostraba mis curvas y las pocas que no tenía. No era demasiado corto ni demasiado escotado, pero era sensual y bonito. Hacía una figura muy elegante y atrevida. Me hice una coleta alta y bien trabajada que daba a mis ojos un aspecto felino y me marqué los párpados con una sombra de ojos negra, haciendo un difuminado bien hecho. Sí, tenía un aspecto muy femenino y elaborado, pero esa era la idea. Y lista para salir. Necesitaba una noche de juerga para poder desconectar de todo el trabajo agotador, de intentar integrarme en un nuevo hogar, en una vida de pareja. De todo.

Cuando estuve lista me bajé para salir. Tardaría cuarenta minutos en llegar a casa de Manu y estaba a tiempo. Pillaría un taxi y sería rápido.

Cuando bajé, Christopher volvió a mirarme con esa mirada tan molesta que tenía, pero cuando bajó la mirada, volvió a subir y abrió los ojos. Dejó la tableta tan rápido que parecía que se había quemado con ella y se levantó como si tuviera muelles en el culo.

Me detuve al pie de la escalera y lo miré.

—Voy a salir.

Vi perfectamente cómo tragaba con fuerza.

—No me dijiste que tenías un evento o que ibas a salir.

—Es muy posible que si te hubiera dicho algo no lo hubieras escuchado. Voy a salir con Manu.

Su expresión cambió y ahora estaba furioso.

—¿No se te ha ocurrido parar, y pensar… que quizá necesite concentrarme en mis estudios? ¿Tan egoísta tienes que ser? Yo tengo mi sistema de concentración y has decidido alterarlo con tus modales. ¿Tan difícil es que hagas lo que yo te pida?

Lo miré perpleja.

—No tengo ningún deseo de discutir contigo. Voy a salir, no sé a qué hora volveré.

—¿Y te vas a ir así, sin más? ¿Solo tú y Manu? ¿Por qué no me has invitado?

—¿Invitarte? ¿Para qué? ¿Para qué me digas que estás ocupado y que soy una loca que no entiende que tienes que estudiar? No. No tengo ganas de salir contigo, Chris. Tengo ganas de salir con mis amigos.

—Pero no vas a salir con tus amigos, vas a salir con Manu. O más bien... —Me miró de arriba a abajo y hizo una mueca—, no parece que se vayan a ir de fiesta. Más bien una cita. ¿Estás segura de que es con Manu?

Lo miré, queriendo darle una bofetada en la cara, pero me contuve. Definitivamente éramos tóxicos el uno para el otro. Los celos, el control, las estupideces de ambas partes, parecíamos dos niños viviendo juntos y no dos adultos que se quieren.

—Si necesitas algo de mí, aquí estoy. Si no, me tengo que ir. No quiero llegar tarde.

Hice ademán para pasar por él, sin embargo, se colocó delante de mí para barrarme el camino.

—No tan rápido, señorita. —Crucé los brazos frente al pecho impaciente.

—¿Qué quieres?

—No me siento cómodo con que salgas sola así, así... —Volvió a mirar mi ropa y ni siquiera se atrevió a hacer el comentario machista que tenía en la cabeza, porque ya sabía que yo era capaz de tirarle algo a ella—, ... sola.

—Si puedo ir sola al trabajo, si puedo quedarme sola en casa cuando no apareces porque te quedas en la bodega y si puedo quedarme sola incluso cuando estás, porque te importo una mierda, puedo perfectamente salir sola. Me he pasado toda la vida siendo independiente, no te necesito para nada.

—Cuando nos conocimos tu tenacidad me impresionó. Pero ahora veo que tu desprecio a las opiniones de los demás… excepto la tuya, es un peligro.

—Ahórrame tus discursos de mierda. Date por contento que quiera

volver a casa esta noche.

Sin importarme si estaba delante o no, lo empujé con una mano hasta que conseguí pasar. Pero volvió a hablar a mis espaldas. Y ni siquiera me giré para escucharlo.

—Cada vez que te digo algo que no te gusta, me amenazas con que te vas a ir. Si estás tan mal, alégrate tú si te dejo entrar por la puerta hoy.

No pude contenerme y me volví hacia él con los ojos ardiendo de rabia.

—Si te atreves a dejarme en la calle, Christopher, te juro que será la última vez que nos hablemos. Y quizás la última vez que nos veamos.

Nos quedamos los dos, como siempre mirándonos con rabia y resentimiento. El tono de nuestras discusiones era siempre el mismo: dos personas intensas con cabezas que explotaban con mechas cortas y una impresionante falta de filtros. La tónica de nuestras vidas en pareja. Sentí las lagrimas asomaren a mi rostro.

—Es tu elección, puedes irte o no. Pero las consecuencias son imprevisibles.

—Felicidades. —Aplaudí lentamente con ironía—. Me fascina tu forma de hablar directa. Y por si esta es la última vez que hablamos, quería darte las gracias… por recibirme en tu casa. He aprendido mucho en los últimos meses, acerca de ti, acerca de mí y… siento haberte defraudado tanto. En el final, nada de esto importa, ¿a qué no?

Su rostro era inculpable. Hoy en día seguía sin entender cómo pudo ser tan buen actor para disimular sus sentimientos. O al menos eso sabía, era una roca. A veces mega romántico, otras veces un monstruo de piedra.

—Quizá debería aplicarme mi propio consejo y ceñirme a las consecuencias —fue el único que soltó.

—Sí quizá de pronto eres tú el que debería encerarse en tu propia torre —hice un gesto para su casa—. Buenas noches, Christopher.

—Alba…

Cuatro letras. Y salí por la puerta.

◆◆◆

Toda la noche pensé en el rumbo que mi vida había tomado. Lo que más deseé era haber encontrado mi propia ruta, mi sitio. En vez de eso, encontré a un hombre perfecto y a la vez tan horriblemente imperfecto que me sacaba de las casillas. Pero lo amaba y sabía que esto de construir relaciones era duro. Apenas presté atención a Manu toda la noche. La única cosa a la que realmente presté atención fueron

los inúmeros chupitos que me tragué sin parar. Eso apenas reforzaba lo que ya sabía: era cuestión de tiempo que la magia se desvaneciera entre Christopher y yo. No pensé que fuera tan rápido, eso sí. Tenía sentimientos encontrados con relación a nuestra convivencia. No sabía qué hacer, en parte sentía que intentarlo significaba volver a ser la persona que era en el instituto, cuando siempre intentaba ser algo que los demás requerían. Y eso logró sacar el mejor y peor de mí. Pasé más tiempo metidas en confusiones y olvidando quien quería ser que en pensar en mí. En lo que importaba de verdad. Sin embargo, Chris me importaba de verdad. Estaba muy enamorada de él y eso también era nuevo para mí. Pensé que era más madura ahora y capaz de tomar decisiones sensatas, pero a mis veintisiete años recién cumplidos, aun no sabía qué hacer con mi vida. Y tampoco sabía si quería volver a casa con él.

—Chica ¿vámonos a casa? Estoy pedo. —Manu se sentó a mi lado desplomado en el sofá y borracho como una cuba. Asentí con la cabeza y me tomé el último chupito de un trago. No sabía dónde estaba mi casa en ese momento, pero pensé que aquel no era un buen día para tomar decisiones, y menos con la cabeza caliente.

—Llamaremos a un taxi, te dejaremos a ti primero y yo de ahí seguiré.

—De acuerdo, pequeña. Vámonos. —Fue divertidísimo para los que nos miraban ver cómo los dos intentábamos levantarnos. Hicimos lo acordado y en poco tiempo estaba en casa. O, mejor dicho, en casa de Chris. El aire que entraba por la ventanilla que venía bajada hasta el fondo en el taxi me ayudó a recuperar un poco la cordura.

Entré en la casa y traté de hacer el menor ruido posible. Estúpidamente podría haberme quitado los tacones, pero mi cabeza no llegaba a eso. Y ahora intentaba atravesar la habitación tropezando con mis propios pies. Cuando estaba a punto de llegar a las escaleras, miré hacia arriba y vi que Christopher estaba unos peldaños más arriba mirándome. Me sorprendió tanto verlo allí a esas horas que ni siquiera lo saludé. Bajó los escalones que quedaban y me levantó, alzándome con ambos brazos. Empezó a subir las escaleras conmigo.

—Oh, príncipe azul, ¿por qué me llevas en brazos como a una princesa? Una bienvenida tan romántica. Pensé que querías sacarme de casa. ¿Qué vas a hacer? —No sabía lo que me había dado, aunque desconfiaba de que el alcohol tenía algún parecer allí, pero no me callaba y seguía diciendo una tontería tras otra; él ni siquiera cedía—. No dejaré que sigas dirigiendo mi vida. Eres un imbécil. ¿Sabías que te odio? No. Mejor aún, ¿sabías que siempre te he odiado? Y no voy a seguir poniendo excusas, porque no te lo mereces. No te mereces nada de mí. Te mereces que me vaya y te deje. Para siempre. Sabía que esto no funcionaría, eres un troglodita. Sí, un troglodita. El barco zarpó…

¡ohhh!… —hacía aspavientos con una mano—, hace mucho tiempo y tú no estás dentro de él. Paciencia… ya no te quiero atracado a mi puerto.

Cuando llegamos a nuestra habitación me colocó en el suelo y, sin pensarlo dos veces, me agarró por la espalda del vestido y me lo arrancó por completo, dejándome desnuda y con la boca abierta.

—Mi vestido, su animal… ¿por qué has hecho eso? Su idiota…

Empecé a darle puñetazos en el pecho, aunque era tan fuerte que parecía una niña pequeña jugando a «te voy a pegar». Me agarró por la cintura y me puso las piernas alrededor de su cintura. Luego se tumbó encima de mí en la cama, dejándome completamente abierta y expuesta a él. Empezó a besar mi cuello y el efecto del alcohol empezó a notarse.

—Para, no vas a solucionar nada con el sexo, siempre haces lo mismo. Esta vez no vas a arreglar las cosas con sexo.

Se detuvo y me miró a la cara.

—¿Quién dice que quiero conseguir algo con el sexo? Lo que quiero es follar con mi novia, lo que deseé en el mismo momento en que te vi con ese vestido. Y como nadie se atrevió a hacerlo por mí, no voy a dejar pasar la oportunidad. Volviste a mí, te dije que había consecuencias.

—¿Y quién te ha dicho que quiero acostarme contigo?

—Me has dicho que no me quieres atracado en tu puerto, pero yo quiero seguir anclado a ti. —Apretó su sexo contra mi y sentí su excitación. Lo que hizo la mía surgir automáticamente—. ¿Cómo quedamos?

—No quedamos.

—Respuesta errada.

—Chris…

Me besó con intensidad, furia y pasión y lo dejé ir, no tenía fuerzas para luchar, y mucho menos por algo que quería. Y en ese momento, quise estar con él.

—Alba, tú me conoces, soy bastante pasional e intenso, pero también soy un hijo de puta. —Soltó mis labios y casi solté yo un gemido del abandono—. Tu boca sabe a tequilla. Eso me acuerda algo.

—Chris…

No me dejaba hablar, cada vez que intentaba me besaba con su lengua barrando mis palabras.

—No quiero oírte más, has dicho lo que has querido desde el salón hasta aquí, ahora es mi vez de hablar. Te quiero, te quiero y te quiero, soy loco por ti y lo sabes. Ya sé que soy estúpido y odio que me interrumpas. Odio que me reorganices los cajones a tu manera. Odio que siempre dejes la ensalada que te preparo, aunque digas que la vas a comer. Odio que hables sin parar cuando estamos viendo películas.

Odio que me acuses de todo lo que es mi forma de ser de siempre y odio hacerte lo mismo, porque me sacas de quicio… y… no obstante lo cuanto odio todas esas cosas en ti, te amo cada día más. Lo siento, no quise decir lo que te dije esta tarde. Yo fui estúpido, estaba cansado de estudiar y estaba celoso. Y fui estúpido para ti.

Me puse a llorar. Beber tiene de esas cosas, no puedes controlar tus emociones. Al menos no lo hacía tan bien como él. Pero delante de mí no estaba ese Chris, que se controla y controla todo, solo él del que estaba enamorada.

—No quiero estropear esto que tenemos.

—Y ¿qué es lo que tenemos, Chris? Pasamos el tiempo discutiendo, es obvio que no somos materia de novios el uno para el otro.

—No, no somos.

Las lágrimas corrían sin parar para el colchón debajo de mí. El colchón que fue testigo de muchas noches de locura y amor y que ahora iba a ser testigo de una ruptura muy triste.

—Al menos estamos los dos en sintonía.

—No quiero ser tu novio. Me he dado cuenta de eso hoy.

—Bien. No podía esperar otra cosa después de todo lo que pasó.

No me dejó terminar. Me besó. Me terminó de desnudar y una conversación importante se quedó a medio terminar, por aquella arrebatadora pasión que nos llevó a los dos a hacer vibrar las paredes con la intensidad con la que nos amábamos en aquella habitación. Extasiados y abrazados, todo parecía surrealista. Hicimos el amor arañando la pasión que picaba nuestras pieles desnudas.

—Lo nuestro es… especial.

Me dejó un poco aturdida. Se estiró, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó algo de su interior. Y cuando volvió hacia mí tenía una mano cerrada con algo dentro. Acomodé mi cabeza para apoyarla en su hombro y mientras me abrazaba a su pecho, aunque no podía verle la cara, me cogió una de las manos y me abrió los dedos hasta que mi mano quedó completamente abierta frente a nosotros.

—No puedo esperar a ver qué pasa, me alegro mucho de que estés aquí. Y no quiero perderte por bobadas.

De repente, sentí que me ponían algo en el dedo. Un anillo. Me quedé con la boca abierta al ver que se deslizaba por mi dedo anular un precioso anillo con un diamante incrustado. Era espectacular. Y entonces, levanté la cabeza para encontrarme con sus ojos, cuando el anillo se posó en el fondo que adornaba mi mano y me entró el pánico.

—Chris… ¿qué significa esto?

—Que te amo. Que te quiero y que no puedo esperar más para que seas mi mujer. Alba, por favor, cásate conmigo.

Christopher siempre ha tenido dos caras: la del amor y la del

futuro. Experimenté el amor de esta manera, con planes para el futuro.

—Tendré toda la vida para aprender de vinos y de amor, pero no quiero hacerlo si no es a tu lado. Di algo.

—Acabas de pedirme que te hunda la vida.

Esbozó una sonrisa enorme.

—No podría esperar otra respuesta tuya. Y ¿eso es un sí o un no? —podía ver el nervioso que estaba. Y yo más.

—La madre que te parió Christopher…

—Oye, nada de acosar mi madre, que es su anillo, me lo dio encantada de que te lo entregase a ti. Ella te adora y yo más.

—Con ella me casaría.

—¿Y conmigo?

La tensión llegó a su punto álgido. ¿Conoces esos momentos de las películas en los que todo sucede a cámara lenta? Así es como experimenté mi pedida de mano. En cámara lenta. Y mi respuesta tardó en salir, aunque sabía que solo eran dos letras. Solo dos letras y podría hacerlo. Podría separar o empujar el muro que había entre nosotros: Sí o no.

—¿Ni?

—No me vale.

—Bueno, entonces… ¿Sí?

—Esa respuesta sí que me vale. ¿Es definitiva?

Suspiré profundamente.

—Es sincera.

Su sonrisa llenó mis ojos de luz, y el agua llenó los suyos cuando vi que las lágrimas caían por su rostro. A veces no podía ocultar sus emociones, a veces era simplemente un hombre romántico y un tontorrón con mala baba. A veces era solamente el hombre de mi vida. Y a veces yo simplemente quería ser suya para siempre.

Por eso, sí. Definitivamente esa era mi respuesta. Y definitivamente, quería apostar por nosotros. Aun no era momento de bajar armas, era momento de entrar con los dos pies, con las manos y con un anillo en el dedo y dejarse llevar.

Mi vida seguiría siendo una crónica, en la cafetería, en casa, con el novio, con los amigos. La historia de nosotros esa, iba a ser un nuevo capítulo, unas otras crónicas por contar.

No te vayas ya, que tengo algo que decirte.

Cuando empecé a escribir esta historia, como todas las demás, no sabía qué iba a pasar con los personajes. Imagino una historia y sé lo que quiero contar. Aparte del proceso de escritura que conlleva la elaboración de una novela, hay una cosa que a menudo permito a mis personajes: la libertad de cambiar el curso de sus vidas, su forma de ser o lo que sea a lo largo del libro. Ya sean giros inesperados o la necesidad de verlos evolucionar o lo contrario, verlos marchitarse en sus personajes; son ellos los que mandan en mis libros y no yo como autora.

Las crónicas en la cafetería no aparecieron de primera mano, no. La primera historia que empecé a escribir fue la de Manu, para la que ya tengo la portada y la organización. La historia se llamará Crónicas del Coworking, aunque el título será una sorpresa. Ahora que ya conoces un poco a este personaje que fue secundario en la historia de Alba, ya sabes que tiene su propia historia, también muy humorística y divertida.

Pero, como en mis libros, en la vida real también ocurren desastres y un día, hace poco, cuando estaba en medio de esta historia, perdí toda la información que tenía en un disco externo donde guardaba algunas copias de seguridad de algunas de mis novelas. Y desgraciadamente, por estupidez, no tenía una copia de los tres primeros capítulos de la historia de Manu. Y los perdí. Un autor no tiene la capacidad de replicar lo que ha perdido, porque no se puede escribir lo mismo dos veces, y tal fue mi tristeza que me vi obligada a dejar esa historia para otro futuro. Cuando me sienta con la energía suficiente para empezar desde cero. Pero que sepáis que su historia tiene una voz y está ahí para ser contada.

Por otro lado, le he cogido tanto cariño a esta novela (digo lo mismo de todas) y a sus personajes que he decidido en los últimos capítulos que, si con vuestro apoyo y si queréis, sería interesante, explorar la historia de Alba y Christopher en esta nueva etapa de su vida. Es solo una idea, que estoy dispuesta a escribir, si tengo vuestro apoyo y querer.

Yo quería escribir una historia de personajes reales, que tuvieran sus motivos para mantener sus distancias, sus debilidades y sus manías. Pero el amor tiene por costumbre pillar las personas por sorpresa. Y nuestros queridos Alba y Christopher son definitivamente opuestos que se atraen. Lo que ellos no sabían es que tienen más cosas en común de lo que creen. Los dos van a tener que esforzarse para seguir siendo felices y mantener su amor vivo.

Así que, dejadme vuestra opinión, es muy importante para mí. Dejadme críticas constructivas y positivas para seguir mejorando y aportar más y mejores contenidos.

Os agradecería mucho que me dijereis si os gustaría ver una segunda parte de esta historia. Y si aceptáis participar en ello, prometo leer cada una de vuestras opiniones con todo mi cariño.

Gracias por estar ahí, lectores, por llegar a esta frase y por darme una oportunidad. Para hacerlo mejor siempre hay tiempo, pero lo que hay que agradecer es el tiempo que habéis dedicado a leerme. La gratitud es eterna.

Con cariño y deslumbrada,

Elena Martin

Y si te apetece sígueme en las redes como @Elenamartinauthor o @elenamartinescritora

O mándame un correo: elenamartinauthor@gmail.com

Prometo escuchar tu voz y tu pluma. Como tú has escuchado la mía.

Libros de este autor

Vacaciones con mi jefe

Imagina que tu odioso jefe te dice: ¡Nos vamos de vacaciones! ¡Juntos!, ¿cuál sería tu reacción?
"Vacaciones con mi jefe", es una divertida comédia romántica llena de escenas emotivas y desastres naturales de los que no saben que están enamorados.
Bueno, ahora te contaré lo que pasó con Paola García. Esta chica de 26 años trabaja para una de las mayores agencias de modelos de España, en Madrid. Pero no es una modelo, aunque lo parezca, es la nueva asistente ejecutiva de Alexander Ruiz, contratada para hacer una sustitución de la baja por maternidad de su antigua secretaria, durante seis meses. Resulta que nada más llegar, se da cuenta de que su jefe es un auténtico imbécil, arrogante y exigente. También se dice que es un mujeriego empedernido y que tiene la mala costumbre de acostarse con varias de sus modelos. Esto puede tener sentido, ya que Alexander Ruiz es un argentino de cuna, creado a partes iguales en México y Estados Unidos, y su forma de hablar, sus atributos corporales masculinos y su belleza dejan a todas las mujeres con las que habla mojadas las bragas.
Todas menos Paola, que está deseando terminar ese trabajo y librarse de ese horrible jefe que la tiene esclavizada a las horas extras. Pero eso no va a ocurrir pronto, porque ahora un pequeño imprevisto en la empresa va a dejar abierta una situación muy peculiar.
Alexander tiene que terminar un trabajo y no tiene intención de perderse las vacaciones. Así que decide que lo mejor es que su secretaria y su asistente viaje con él a este destino turístico.
Y es aquí, en una maravillosa isla paradisíaca del Caribe, donde la tensión entre estos dos se llevará a extremos nunca vistos. Lo que ocurre es que esta tensión es una cuerda floja que acabará rompiéndose de la forma más sensual, erótica y excitante que existe.
Y cuando las vacaciones terminen, las cosas no volverán a ser lo mismo. Porque… lo que pasa en el Caribe no se quedará en el Caribe…

No te pierdas esta novela romántica divertida, sensual y erótica, con mucha tensión del típico cliché de amor-odio, entre jefe y empleada. Una historia con una pizca de humor, diversión y momentos tiernos. Ahora, cuidado, es muy probable que quieras terminar el verano con

un Alexander en tu vida.

¿Ya estás haciendo las maletas? No te olvides de poner esta novela dentro.

"Adictiva y divertida"
"Te enganchará desde el primer momento"
"Te hará reír con tanta mezcla de idiomas y torpezas"
"Sin duda el libro para este verano"